FABIANA PERALTA



En tus brazos...
y huir de todo mal 2

PASIÓN

esencia

FABIANA PERALTA

Pasion

En tus brazos huir de todo mal II

Autor: Peralta, Fabiana
ISBN: 9788408128915
Generado con: QualityEbook v0.68



Una vida escurriéndose entre las manos y la esperanza arrolladora de vivir un gran amor.

FABIANA PERALTA

Prólogo



ABRIL de 2013

Hotel Four Seasons, Nueva York

Rachel había intentado aproximarse a Alex por todos los medios antes de entrar, pero él la ignoró y se preocupó, en todo momento, de mantenerse apartado para no tener que cruzar con ella ni una palabra. Al final, llegó el momento de entrar en el salón y no tuvo más remedio que acercarse a ella, quien volvió a la carga con su acoso. Él no le hizo ni caso.

—¿Vamos, bombón? ¡Qué guapo estás! Hoy no me has saludado. —Le dio un beso, pero él movió su cara a tiempo para ofrecerle su mejilla—. ¿Me das tu brazo? —Alex puso los ojos en blanco, le brindó su apoyo con desgana, ya que no tenía otra posibilidad, y empezaron su marcha—. Hum, apuesto a que seremos la pareja más atractiva del cortejo.

Los acordes de la canción que marcaba su entrada comenzaron a sonar y, entonces, el cortejo nupcial hizo su ingreso. Ahí iba Alex, caminando con un porte impecable, ataviado con su traje de padrino. Paula intentaba centrarse en él y hacía esfuerzos para alejar de su mente a la persona que iba de su brazo.

«A él sólo le importo yo», se repetía una y otra vez mientras miraba a su hombre, que en cuanto entró, fijó su atención en sus ojos, dándole la total y plena seguridad de que las cosas eran tal

como ella pensaba. Alex, por su parte, también había decidido borrar de su cabeza que iba con Rachel del brazo; la rubia no le importaba lo más mínimo.

En su camino hacia el altar fijó sus ojos cristalinos en los profundos iris verdes de Paula, porque no estaba dispuesto a que hubiese ningún malentendido. Que él hubiera tenido que entrar con Rachel fue una circunstancia especial que no había podido obviar; pero, aun así, quería que supiera que sólo tenía pensamientos para ella.

Cuando dejó a su amor atrás, clavó su vista al frente, buscó a su hermano y a sus padres, que estaban expectantes en el altar, y una inmensa felicidad lo embargó. Jeffrey por fin uniría su vida a la de Alison y no pudo evitar soñar que muy pronto sería él quien estuviera en ese lugar, esperando para unirse con la mujer de sus sueños, la única que le había robado el corazón, el alma y todos los sentidos.

Imaginó ese momento y, por un instante, vislumbró lo bonita que estaría Paula con su vestido de novia. Una sonrisa se dibujó en sus labios. El trayecto al altar terminó y cada uno ocupó su lugar. Desde su ubicación, buscó con rapidez la mirada de su chica, que allí estaba, pendiente de la suya. Entonces, le ofreció un guiño cómplice y le lanzó un beso casi imperceptible, pero que ella notó y festejó sonriendo satisfecha.

La ceremonia fue corta, pero entrañable. Alex nunca había visto emocionarse a su hermano y le encantó su sensibilidad.

Tras los novios y los padres de ambos cónyuges, el cortejo nupcial se puso en marcha de nuevo.

Alex se encontró con Rachel en el pasillo y le ofreció su brazo. Paula se adelantó para salir e intercambiar impresiones con él, antes de que fuera a hacerse las fotografías de rigor con los recién casados. En cuanto salieron del recinto, Alex se desprendió de Rachel, buscó a Jeffrey para fundirse con él en un abrazo, y luego también felicitó a su flamante cuñada, demostrándoles cuánto se alegraba de que hubieran podido cumplir sus sueños. Amanda y

Edward también se sumaron y los cuatro hermanos Masslow se fundieron en un abrazo colectivo. Los demás esperaban a que ellos terminaran con el ritual para acercarse a besar a los novios.

—Hey, bonita, saliste antes que todos —dijo Alex mientras se giraba para encontrarse con Paula; la abrazó y le dio un beso en el cuello para no quitarle el carmín.

—Quería saludarte antes de que te fueras otra vez; estuvo hermosa la ceremonia, ¿no?

—¡Sí y muy pronto seremos nosotros los protagonistas! No veo la hora —respondió él.

Paula se arrebujó entre sus brazos; no había otro lugar donde quisiera estar. El cortejo se reunió en seguida para partir con los novios, y Alex y Paula tuvieron que despedirse.

—No te preocupes, la abuela y Ofelia están pendientes de mí. Ve y disfruta de este momento con tu hermano.

—Prometo que cuando regrese no me apartaré de tu lado.

—Hum, te tomo la palabra. Y quiero que estés bien alejadito de quien ya sabés.

—No tendrás queja alguna, te lo aseguro.

Aunque no quería especular e intentaba, por todos los medios, borrar de su mente esos pensamientos, a medida que pasaba el tiempo y esperaba que Alex regresara, no podía dejar de imaginar que quizá Rachel estuviese tratando de acercarse a él; sólo pensarlo la enardecía. Sus celos eran difíciles de manejar y empezó a sentirse desanimada. Por muchos esfuerzos que hiciera por evitarlo, recordaba cómo ella se había colgado de su cuello en la puerta del hotel y, si cerraba los ojos, podía verlos haciendo el amor. «Tengo que tranquilizarme, no estoy pensando con cordura. Además, Amanda está con ellos», se repetía para calmarse.

Había pasado una hora cuando Alex entró en el salón con la mirada ávida, escrutando las mesas para descubrir dónde estaba Paula, que se encontraba acompañada de Lorraine, Chad, los

abuelos, Ofelia y sus padres. Sus miradas se cruzaron pronto y él atravesó el recinto como un ciclón, abriéndose paso entre la gente.

Se abrazaron como si hubiesen pasado días sin verse; Alex no podía explicarse por qué sentía esa necesidad de regresar cuanto antes a su lado y, con ese abrazo desmedido, le hizo saber cuánto la había echado de menos. Bailaron y se divirtieron mucho durante toda la noche. La fiesta estaba muy animada y el buen humor de los novios se había contagiado a toda la familia.

Alex, muy atento y solícito, no se alejó ni un instante de ella, tal como le había prometido, y se deshizo en atenciones, bajo la mirada de todo el mundo. Se sentía feliz y no lo ocultaba; estaba dichoso y orgulloso junto a Paula y deseaba que todos los presentes se enterasen.

Entrada la madrugada, llamaron a todas las solteras porque Alison iba a tirar el ramo.

—Dale, Paula, andá —la animó Amanda.

—No. Me da vergüenza.

—No seas tímida. Sos la única soltera de la familia, andá en representación nuestra. —Lorraine, también la alentó.

—Andá, mi amor, ¡y atrapá ese ramo! —la conminó Alex, que la puso de pie y le dio un ligero empujoncito.

Paula accedió y se acercó al centro de la pista. Alison arrojó las flores que, como por arte de magia, acabaron cayendo en sus manos. Paula saltó, a su alrededor se hizo un círculo y, entonces, con la mano en alto, se lo enseñó a Alex, que empezó a silbar para vitorearla. Chad, Jeffrey y Edward también se sumaron a los vítores; Amanda aplaudía enloquecida y daba saltitos en su lugar y Lorraine no paraba de reírse. La mesa de los Masslow era una algarabía celebrando la suerte de Paula.

Después de hacerse una fotografía con Alison, regresó a su sitio, donde su hombre la besó y la abrazó con dulzura.

—No cabe duda de que serás la próxima novia y la más hermosa —afirmó éste con una caricia.

—Bueno, bueno, conténgase, jovencitos —bromeó Ofelia mientras ellos se besaban.

—No te pongas celosa, vos siempre tendrás un lugar en mi corazón.

—Callate, mocoso, no reveles nuestros secretos.

Todos soltaron una carcajada. Alex dejó a Paula, se acercó a el ama de llaves y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Me parece, Ofelia, que usted está muy lanzada con mi nieto y recibe más besos que yo, que soy su abuela.

—Para vos también hay, abuela, no te pongas celosa.

Joseph y Bárbara no estaban ya en la mesa, ya que habían ido a despedirse de Jeffrey y Alison, que estaban a punto de irse. En ese instante, el maestro de ceremonias invitó a todos a levantarse para hacer un corro alrededor de los novios y decirles adiós. Alex cogió a Paula de la mano y se acercaron para escoltarlos, también Lorraine, Edward, Amanda y Chad.

Entre aplausos, pétalos de flores y silbidos, los novios partieron para disfrutar de su noche de bodas y de la posterior luna de miel.

—Mi amor, parecían tan felices... ¡la fiesta ha sido hermosa!

—Sí, realmente mi hermano estaba muy feliz, nunca había visto a Jeffrey tan alegre como hoy —convino Alex, que la mantenía aferrada por la parte baja de la cintura, mientras con su mano plana acariciaba la zona desnuda de su piel, en el escote de la espalda—. Volvamos a la mesa —sugirió.

A unos metros de ellos, Rachel los observaba maliciosa; odiaba verlos tan juntos. No podía dejar de luchar por Alex, aborrecía la cercanía que demostraban y consideraba que Paula sólo estaba a su lado por interés. Le causaba un enorme dolor ver que él, siempre que podía, se deshacía en halagos y caricias con la chica. «Zorra trepadora, no vas a salirte con la tuya. Alex es mío, no permitiré que me lo quites», pensó y montó en cólera. Ofuscada, dio media vuelta para dirigirse al baño, no soportaba verlos tan acaramelados.

En la soledad del váter, se echó a llorar desconsolada, pero muy pronto pasó de la pena a la ira. Al abrigar ese sentimiento se

recompuso y regresó al salón.

Desde su mesa, el enfado fue *in crescendo*, los observaba a distancia sin poder apartar sus ojos de ellos; así había sido durante toda la noche. Cada sonrisa, cada atención de Alex para con Paula la cegaba más; la rabia la consumía y estaba dispuesta a hacer lo que fuera para no seguir sintiéndose así.

—Voy al baño, mi amor —le dijo Paula a Alex.

—Te acompaño.

—No es necesario, Alex, además —le susurró al oído para hablarle—, *Ojitos*, sos un peligro adorable en el baño de mujeres. —Ambos sonrieron recordando lo ocurrido en Lupa.

—Cuando quieras, repetimos —él se lo dijo en voz alta con una expresión pícara, mientras le guiñaba un ojo, y Paula se ruborizó, aunque nadie podía entender el porqué. Sus mejillas se encendieron, así que, sin más dilación, agitó su cabeza y se encaminó hacia el tocador.

Cuando salió del baño, se colocó frente al espejo para retocar su maquillaje. De pronto, vio a Rachel tras ella. De inmediato, pensó que ignorarla era lo mejor.

—Miserable, te has vestido como una golfa —la insultó Rachel.

Paula cerró los ojos e intentó eliminarla de sus pensamientos. No pensaba entrar en su juego. Toda la familia de Alex estaba allí y no iba a quedar como una vulgar por culpa de esa zorra.

—Lo siento, Rachel. Mal que te pese, Alex no opina lo mismo, a él le encanta mi vestido y, ¿sabes qué?, no ve la hora de que estemos solos para poder quitármelo. —Se rió de forma socarrona—. ¿Qué pasa? ¿Estás ofuscada porque no te ha prestado atención durante toda la noche? ¡Cuánto lo siento! —exclamó e hizo un mohín —. Creo que es hora de que empieces a darte cuenta de que no existes para él.

—¿Por qué no te quedaste en tu país? Si no hubieras venido... —empezó a decir, pero no terminó la frase.

—Sólo te folló, estúpida. Se quitó las ganas contigo como se las habría podido quitar con una prostituta. —Rachel se asombró de que

Paula estuviera al tanto de lo que había ocurrido entre ellos—. Y lo hizo porque no podía tenerme a mí; ese revolcón nunca contó para él: lo olvidó tan pronto como se corrió.

Se clavaron las miradas y ambas sintieron asco y odio la una de la otra. Paula no quería terminar dando un espectáculo lamentable y, después de retomar la cordura, hizo un amago para retirarse del lugar. Pero cuando estaba a punto de salir, Rachel sacó la mano que tenía tras la espalda y le enseñó un arma. No la apuntaba, sólo la empuñaba con su brazo relajado al costado de su cuerpo; sin embargo, fue suficiente para que Paula se quedara congelada.

—Tenías que haberte quedado en tu país, Paulita, tendrías que haberme hecho caso. Y eso que te lo advertí muchas veces por teléfono... Deberías haberte alejado de él, pero eres tan buscona que no pudiste hacerlo. Alex es mío. He esperado muchos años a que Janice desapareciera de su vida y, ahora que él comienza a mostrarse interesado por mí, ni una zorra como tú ni nadie podrán apartarme de él. —Paula descubrió entonces que había sido ella quien había hecho las llamadas a Buenos Aires; no se había equivocado al pensarlo, Rachel era quien había conseguido separarlos aquella vez—. ¿Te das cuenta de lo que me estás obligando a hacer? No te vas a quedar con Alex, no vas a aparecer de la nada para arruinar mis planes, golfa; no voy a permitirlo, voy a salvarlo. Hasta que te plantaste en su vida, yo tenía una excelente relación con él y no me lo quitarás —decía Rachel amenazadora mientras movía la mano que empuñaba el arma—. Voy a remediar esto de inmediato; sí, voy a hacerlo, voy a librarlo de ti.

—Estás loca... ¿Eras tú la que me llamaba acosándome? Pero... yo no tengo la culpa de que Alex no se haya interesado por ti.

Rachel largó una risotada desquiciada:

—No, no estoy loca —le aseguró mientras seguía riéndose con una extraña expresión—. Estoy enamorada, amo a Alex, lo he querido durante toda mi vida y, cuando tú ya no existas, Alexander me amará —lo dijo ilusionada—, porque él antes estaba interesado en mí. Hasta que te conoció, nosotros estábamos muy unidos, él me

necesitaba y, con tu aparición, lo arruinaste todo. Por eso debo terminar con esa obsesión que lo ata a ti. —Su mirada, de golpe, se tornó agresiva—. Para que podamos ser felices, tengo que ayudarlo, ¡voy a salvarlo!

—Guarda ese arma, Rachel, tranquilízate, se te puede escapar un tiro. —Paula estaba pálida. Rachel decía incoherencias con la mirada ida; su voz sonaba sin sentimientos, sin inflexiones, vacía.

—¿Qué pasa, Paula, estás asustada? ¿Esto te da miedo? —Rachel levantó el arma y se la enseñó, mientras la movía y, a ratos, la apuntaba. Paula pensó en tirarse sobre ella y arrebatársela, pero tenía tanto miedo que estaba paralizada—. ¿Piensas que no sé cómo usarla? Pobrecita, ¿creíste que me asustabas con tu estúpida advertencia? Ayer te lo dije —se rió burlona—, te advertí que no sabías con quién te habías metido. ¡Eres una trepa! —le gritó Rachel y la apuntó con la mano muy firme. Paula se sobresaltó—. Haces muy bien en tener miedo. ¡Uy, qué miedo, Paulita! Puedo ver el temor en tus ojos. Créeme que lo estoy disfrutando, me encanta que tiembles así. A ver si, de una vez por todas, te enteras de quién soy —soltó otra risotada y luego...

Rachel apretó el gatillo de la Walther PPK calibre 380 y el proyectil hizo su camino e impactó en el vientre de Paula. La expresión de su agresora era monstruosa, estaba furiosa y la miraba con tanto odio que Paula pensó que iba a vaciar el resto del cargador en ella. Se agarró el abdomen con ambas manos y, en un principio, no sintió dolor, pero muy pronto la sangre empezó a manar de la herida y a quemarla por dentro. Sus manos estaban cubiertas por su propia sangre, su cuerpo comenzó a entumecerse, las piernas a flaquearle y se deslizó amargamente hasta quedar de espaldas en el suelo. Rachel la observaba sonriente mientras la miraba caer; se acercó despacio y le quitó el anillo de compromiso para colocarlo en su dedo.

—Aquí es donde debe estar —sentenció y luego se marchó, dejándola abatida en el suelo del baño.

A diferencia de lo que suele ocurrir en las películas, la bala que la hirió no había silbado. Sólo había sentido el golpe del impacto en su carne y cómo la desgarraba a su paso. Su mente estaba nublada, su cuerpo ya no le pertenecía y esperaba despertar pronto y que todo sólo fuera una pesadilla. Aunque intentaba gritar para pedir auxilio, las palabras simplemente no le salían. De todos modos, el estridente sonido de la música no hubiera dejado que nadie la oyese.

—Alex —alcanzó a decir casi sin aliento.

En ese instante, empezaron a pasar por su mente los recuerdos de momentos vividos junto a él: ambos amándose de forma desmedida, abrazados en el muelle de Los Hamptons, durmiendo con los cuerpos entrelazados, cocinando, bailando en Tequila, reencontrándose en el aeropuerto, pugnando en la empresa por un contrato, extasiados y embadurnados de chocolate y sirope.

Como un relámpago, vinieron a ella algunas frases del poema «Inesperado amor», de su amiga Anabel Espinoza Higuera, y empezó a recitarlo en silencio:

[...] El amor es algo irracional, por más que pienso no comprendo, pues bastó sólo ese beso para mi corazón quererte entregar [...]

[...] Me has enamorado, me has hipnotizado con tu boca y tu olor, con esa voz has hecho que caiga rendida a tus pies, tú eres mi delirio, mi pecado, sólo sueño con tenerte aquí a mi lado. Con sólo escucharte, con sólo mirarte enciendes estrellas en mi interior, eres la luz que toca mi corazón, no puedo imaginar ya mi vida sin tu amor, eres parte de mi ser mi locura y mi pasión. [...]

No sabía cuánto rato había pasado, había perdido la noción del tiempo cuando creyó oír que alguien se le acercaba y le hablaba... pero Paula no podía atender bien, sólo pensaba en Alex.

No se había equivocado, Lorraine la había descubierto en el suelo del baño, malherida, y había corrido despavorida para buscar ayuda. Paula no apartaba de sus pensamientos todos los momentos vividos

junto a Alexander, pero sentía frío y no paraba de temblar. Imaginaba escenas oníricas que la transportaban a momentos felices y eso le daba esperanzas, sólo deseaba volver a vivir todo aquello y mucho más junto al hombre que amaba.

De pronto, se dio cuenta de que sus ojos estaban ahí, junto a ella, adorándola; esos iris que la extasiaban y la descontrolaban, pero que también le regalaban calma y certeza; esa mirada que vivía en la suya y que, en ese momento, estaba anegada en lágrimas.

Alex se había quitado la chaqueta y había cubierto su gélido cuerpo. Amanda, a su vez, había juntado toallas de papel del baño y hacía presión en la herida para detener la hemorragia. Alexander lloraba de manera desconsolada, mientras Edward llamaba al servicio de urgencias.

—Sé fuerte, mi amor, sé fuerte. Te necesito, no me dejes, por favor. Ya vienen los médicos —le pedía él entre sollozos—. Te amo, mi amor, te amo, Paula, quedate acá conmigo, no me abandones, mi vida.

—Alex, por favor, calmate; así no ayudás. Edward, traeme más toallas —ordenó Amanda, que intentaba calmarlo mientras taponaba la herida.

Joseph y Bárbara acudieron al lugar después de que su yerno los fuera a buscar. Chad se cogió la cabeza con las manos al ver el cuerpo de Paula con convulsiones. Lorraine lloraba sin consuelo en brazos de su esposo; Edward la apartó de su lado unos instantes y se agachó para tomarle el pulso a Paula.

—Está muy débil y la ambulancia no llega. —Edward volvió a levantarse y, entonces, Bárbara se arrodilló junto a ella, le sostuvo la mano y le acarició la frente mientras le hablaba.

—Tranquila, mi cielo, los médicos llegarán en seguida. Te pondrás bien.

—Edward, por favor, andá a buscar a Bob, él es cirujano. ¡Mierda!, ¿qué hacemos todos acá sin hacer nada? —se preguntó Joseph en un momento de lucidez—. Alex, tranquilizate un poco,

hijo, la estás angustiando. Fijate en cómo te mira —lo instó su padre.

—Lo siento. El tío Bob, Serena y Rachel ya se han ido. Estoy intentando llamarlos al móvil pero no me atienden —informó Edward, que había regresado a la carrera.

—¡Fue esa malnacida, fue ella! ¡Estoy seguro! —Alex soltó la mano de Paula y empezó a golpear las paredes. Amanda, al darse cuenta de lo que él estaba diciendo, empezó a llorar también. Su hermano estaba desesperado y Paula se estaba desangrando en sus manos.

—¿Qué decís, Alex? ¿De qué mierda estás hablando? —Joseph cogió a su hijo por los hombros y lo zarandeó, luego lo abrazó y fue correspondido por Alexander.

—Fue ella, papá, fue Rachel, estoy seguro. Yo la rechacé y ella no se conformaba. Una de las últimas veces que hablamos parecía perturbada, me hablaba de forma extraña —le contó entre hipos y sollozos—. Todo esto es culpa mía, debí prestar más atención. Paula se va a morir por mi culpa, no la protegí lo suficiente, soy una mierda. ¿Por qué dejé que viniese sola al baño?

—¡Ya está, Alex, ya es suficiente! —le chilló Amanda. Joseph no entendía nada, nadie entendía, excepto su hermana.

Alex se alejó de su padre y volvió a inclinarse sobre Paula. Ella quería hablarle, tranquilizarlo, veía que estaba desesperado, pero lo escuchaba como si estuviera muy lejos, su voz resonaba en sus oídos cada vez más lejana.

—Mi amor, mirame, Paula, por favor, mirame. ¿Fue Rachel? ¿Te lastimó ella?

—¿Qué intentás hacer, Alex? ¡Dejala en paz! —lo reprendió Amanda—. No es el momento, hermanito, por favor, no la angusties más.

De pronto, Paula empezó a sentir que las fuerzas la abandonaban y que ya no podía mantener los ojos abiertos durante más tiempo. Aunque no quería cerrarlos, los párpados le pesaban; oía otros gritos, otras voces, pero no quería alejar la vista de Alex, de su Alex,

no le interesaba saber de quién eran las otras voces, temía no volver a ver aquellos ojos que tanto amaba; ése era su mayor temor.

La mirada de Paula quedó perdida, clavada en un punto fijo, en nadie en particular. Todo se oscureció para ella.

Alex empezó a gritar de manera desgarradora.

—¡No, no, no, por Dios, noooo, Paula, no me dejes, mirame...! ¡Paula... Paula... Paula, mi amor, mi vida...!

Capítulo 1



LOS médicos y la policía habían llegado al baño guiados por el personal del hotel, a quien ya se había dado el aviso. Para intentar reorganizar la escena los hicieron salir a todos, salvo a Alex, que no quería apartarse de ella.

Dos detectives interrogaron a la familia, cuyos integrantes, con grandes esfuerzos, se empeñaban en relatar los pocos hechos que podían referir de lo que allí había ocurrido.

—Voy a necesitar ver las cámaras —dijo el detective Clark al personal del hotel mientras señalaba los dispositivos instalados en la entrada del baño.

—Por supuesto, el jefe de seguridad lo acompañará.

—¿Me permiten ir con ustedes? Quizá pueda reconocer a alguien.

—Disculpe... ¿Qué parentesco lo une a la víctima?

—Es la prometida de mi hijo.

—Venga conmigo, por favor —le indicó el detective y Joseph lo siguió.

Trasladar a Paula al hospital era realmente urgente, porque había perdido demasiada sangre y sus constantes vitales no eran alentadoras. Dentro del baño, el servicio de urgencias se esforzaba denodadamente en detener la hemorragia, pero parecía una tarea imposible, así que en cuanto le colocaron las vías, subieron a Paula a

la camilla y partieron a toda velocidad. Alex los acompañaba sin soltar la mano de su chica.

Ella no había vuelto a recobrar la conciencia y la urgencia de los médicos ponía de manifiesto que su estado era realmente grave.

—¿A qué hospital la llevan? —se interesó Edward.

—Al Lenox Hill.

—Tranquilo, Alex, nosotros te seguimos.

Pero él parecía no oír nada, sólo estaba centrado en Paula. Subieron la camilla a la ambulancia y Alex se acomodó donde le indicaron.

Los médicos, entretanto, advirtieron por radio al hospital que ya estaban en camino e informaron de las condiciones de la paciente, para que supieran a qué atenerse cuando llegaran.

Dentro de la ambulancia, el personal médico hizo muchos esfuerzos por estabilizarla. Necesitaban asegurar una respiración y un flujo sanguíneo adecuados, para poder identificar las lesiones implicadas, pero Paula no reaccionaba a nada. En pocos minutos, entró en choque hipovolémico, es decir, su corazón se volvió incapaz de bombear suficiente sangre al resto del cuerpo; lo que significaba que la emergencia era aún mayor. Su presión arterial había caído considerablemente y decidieron inyectarle medicación para mejorar su ritmo cardíaco.

Alex se cogía la cabeza sin creerse del todo lo que estaba ocurriendo; sólo quería despertarse y ver que todo había sido una pesadilla. La sirena de la ambulancia abriéndose paso en la madrugada de Manhattan retumbaba en su cabeza. Paula estaba muy mal, se daba cuenta, no hacía falta que preguntase nada para saberlo, ella parecía irse por momentos de entre las manos de los médicos.

—Paula, mi amor, estoy acá, por favor, reaccioná —le suplicaba, mientras se mesaba el cabello con desesperación.

—¡Ha entrado en parada cardiorrespiratoria! —vociferó uno de los médicos y, acto seguido, comenzó con la reanimación y el masaje

cardíaco. Alex se sentía sofocado, creía que él también iba a dejar de respirar junto con ella.

Llegaron al Lenox Hill, donde el equipo de urgencias los estaba esperando. La ingresaron con gran celeridad. La puerta de la sala se cerró delante de él: Alex tuvo que quedarse fuera, ahogado en su angustia, anegado de miedos y oprimido por la congoja. Su mente repasaba lo que había pasado aquel día. Las imágenes iban y venían sin orden en su cabeza, como destellos que aparecían y desaparecían.

La veía sonriendo mientras bailaba aferrada a su mano, desfilando para él en la habitación del Four Seasons, extasiada entre sus brazos dentro del jacuzzi, sosteniendo el ramo que había atrapado y enseñándoselo feliz y, por último, tirada en el baño sobre su propia sangre con la mirada perdida.

Estaba enloqueciendo. Su familia no tardó en llegar para acompañarlo: Chad se había encargado de llevar a todas las mujeres; Joseph y Edward se habían quedado con los detectives para hacerse cargo de la situación.

—¡Hijo querido!

—Mamá —exclamó Alex con un hilillo de voz al verla. Se abrazó a su madre con desesperanza, mientras Amanda le acariciaba la espalda para infundirle consuelo.

—¿Qué sabés?

—Estaba muy mal. Cuando llegamos había sufrido una parada cardiorrespiratoria, no sé nada más... Ya hace rato que espero, pero nadie sale para informarme y estoy desesperado. —Se aferró a su madre y hundió la cara en su cuello.

—Tranquilo, hijo, todo saldrá bien. Tengamos fe.

—No puedo tranquilizarme, mamá, no puedo imaginar que ella me falte. ¿Qué voy a hacer, mamá?

—Tranquilizate, hermanito. Escuchame, si no salieron todavía, eso indica que pudieron reanimarla —intervino Amanda.

—Claro, hijo, tu hermana tiene razón. Si hubiera empeorado, ya habrían venido a informarte.

Hacía cuarenta y cinco minutos que habían llegado y nadie había salido todavía a decirles nada. Parecía que se habían olvidado de ellos. Alex caminaba de un lado a otro, se sentaba y se agarraba la cabeza, se secaba las lágrimas que asomaban de sus ojos cuando temía lo peor y volvía a levantarse. De pronto, la puerta de la sala de urgencias se abrió y un médico se asomó. Alex se abalanzó sobre él buscando información y los demás también se pusieron en pie súbitamente y se acercaron para recibir las noticias.

—Hemos conseguido estabilizarla, ha salido de la parada cardiorrespiratoria y ya está en quirófano. Pueden subir a la décima planta, donde les informarán más tarde.

—Pero... ¿es muy grave? —preguntó Alex, que necesitaba saber; la incertidumbre lo estaba matando.

—Es muy grave, no quiero mentirles. Es una lesión muy delicada y su vida corre peligro, pues la bala ha tocado el hígado y es necesario extraerla cuanto antes. El cirujano intentará hacer todo lo posible para reparar el daño y detener la hemorragia. Por suerte, estaban muy cerca y el traslado fue muy rápido: eso juega a su favor, pero, aun así, la operación es muy complicada. Lo lamento, quizá no sean las noticias que esperaban oír, pero, aunque resulte cruel, es bueno que sean conscientes de la gravedad de la herida. Por ahora, no puedo decirles más que esto; suban al quirófano y, cuando la intervención termine, el doctor Callinger saldrá a informarlos.

—Vamos, hijo, hagamos lo que el doctor nos indica.

Alex seguía sin creer lo que estaba sucediendo. Su mente se había oscurecido, no podía pensar, no razonaba, el dolor y el miedo que sentía eran tan grandes que notaba un hueco inmenso en su pecho; le faltaba el aire y deseaba que la puerta del quirófano se abriera y alguien apareciera diciéndole que Paula ya estaba bien. Sólo ansiaba que ocurriera eso con todas sus fuerzas. Pero el tiempo resulta siempre ser un tirano. Había transcurrido otra hora y nadie le

explicaba nada. De repente, se abrió la puerta del ascensor y salieron de él Joseph y Edward, que caminaron hasta donde estaba sentada toda la familia.

—¿Qué noticias hay? —preguntó éste.

—Están operándola, aún no sabemos nada, sólo que la bala ha tocado el hígado —le informaron.

Edward y Amanda tenían conocimientos médicos y no pudieron evitar cruzar sus miradas, en silencio.

—¿Estuvieron hasta ahora con la policía? —preguntó Bárbara.

—Esto es una pesadilla —dijo Joseph muy apesadumbrado—, han detenido a Rachel, porque se veía claramente en las cámaras que ella salía del baño guardando el arma en su bolso. He discutido con Bob, que no quería entregarla. Todo ha sido muy penoso.

Alex ladeó la cabeza y miró a su padre: las lágrimas brotaron en sus ojos. ¡Se sentía tan culpable por no haber protegido a Paula!

Bárbara dejó escapar un grito y un ruego.

—¡Virgen santísima! Que la misericordia de Dios y la Virgen puedan perdonarla. —Alex fulminó a su madre con la mirada.

—¡Que se pudra! Esa malnacida tiene que pudrirse en la cárcel —le espetó en la cara—. Yo no le deseo ningún perdón y mejor que no te siga diciendo lo que le deseo, porque sé que mis pensamientos te asustarían. —El tono que había empleado Alex intimidó a Bárbara, que no le conocía esa mirada. Sus palabras resonaron en toda la sala de espera.

—¿Llamaron a Julia? —preguntó Joseph.

—Yo me encargo —dijo Alex intentando retomar la cordura y las riendas de la situación.

—¿Querés que lo haga yo? ¿Qué te parece, Alex, si antes conseguimos un vuelo privado y después la llamamos? Dejame encargarme de todo, hijo, me pondré en contacto con Alan para ver qué nos puede conseguir.

Alex no se opuso, su mente no estaba para pensar en tantas cosas, así que dejó hacer a su padre. Cuando tuvo todos los datos,

se puso de pie y se apartó de la familia para hablar en privado con su futura suegra.

July, al otro lado de la línea, lloraba con desconsuelo, mientras él le explicaba los desafortunados hechos, al otro lado de la línea. La madre de Paula estaba ahogada en un hondo clamor que terminó contagiándolo y derrumbándolo a él también. Alexander lloraba a la par de Julia, pues entendía perfectamente su dolor, así que Joseph le quitó el teléfono y continuó hablando él, mientras sus hermanos y su madre intentaban contenerlo. Lorraine se había tenido que apartar para que no la viera llorar y se calmara. Chad lo miraba atónito y se tapaba los oídos; ni cuando había muerto Janice lo había visto tan desesperado, parecía incontenible.

Finalmente, Joseph colgó; en Mendoza, también Julia había cedido el teléfono y él había terminado hablando con Pablo, el hermano de Paula.

Transcurridas cuatro horas, y ante la falta de noticias, Chad había ido en busca de café para todos. Alex rehusó: tenía el estómago contraído y no le entraba nada.

—¡Que alguien se apiade y salga para decirme algo! ¡Por favor, me voy a volver loco! —gritó Alex y golpeó una de las paredes.

—Calmate, hermano, es un procedimiento quirúrgico muy delicado —le indicó Edward.

—Pero necesito saber algo, no aguanto más.

—Alex, tenés que tranquilizarte.

—¿Qué quieres que haga, Amanda? Me estoy muriendo con cada minuto que transcurre.

Una enfermera salió y Alexander se abalanzó sobre ella.

—Necesito saber algo de Paula Bianchi, por favor, la están operando por una herida de bala.

—No puedo contarle nada, señor, sólo puedo decirle que la operación aún continúa. En cuanto termine, el doctor Callinger saldrá a hablar con ustedes.

Después de casi seis horas, la puerta del quirófano se abrió y apareció el cirujano.

—¿Familiares de Ana Paula Bianchi? —preguntó cerciorándose de que se trataba de ellos; Alex ya estaba a su lado porque había pegado un salto en cuanto lo había visto salir.

—Soy su prometido —se dio a conocer.

—Soy el doctor Callinger y he estado a cargo de la operación.

—Alexander Masslow —se dieron la mano—. Dígame, por favor, ¿cómo está Paula?

—Ha sido una intervención muy complicada, complicadísima en realidad, y aunque quisiera obviar ciertos detalles deben saber que verdaderamente es un gran milagro que permanezca con vida. Es un gran luchadora —Bárbara y Joseph abrazaron a Alex, uno a cada lado, conteniéndolo—. Ha llegado con una herida con un orificio de entrada y la bala, en su trayecto, había lesionado el hígado; de ahí la hemorragia. Le hemos hecho una transfusión y ahora le estamos reponiendo los líquidos endovenosos; por suerte, hemos podido extraer la bala y suturar la herida. La paciente, por el momento, se encuentra estable, pero su pronóstico es muy reservado pues ha sufrido otro paro cardíaco durante la operación.

—¿Qué quiere decir eso, doctor? —se desesperó Alex.

—Que su estado aún es muy crítico, su vida corre peligro todavía, no quiero mentirle. —Sus palabras fueron acompañadas por un gesto de pesar en su cara. Las lágrimas de Alexander brotaron—. Le estamos administrando antibióticos para evitar un cuadro séptico. Además, hay que controlar que la herida interna en el hígado no vuelva a sangrar.

Alex se pasó la mano por la frente, después de secarse las lágrimas que se le habían escapado.

—¿Y cómo se darán cuenta de si la hemorragia ha cesado? —preguntó Bárbara.

—La tendremos en observación durante veinticuatro o cuarenta y ocho horas. Hay signos que nos pondrán en alerta si eso ocurre. Por ahora, le administraremos sedantes y analgésicos y permanecerá en cuidados intensivos. Se encuentra con soporte ventilatorio, pues la intervención ha sido muy larga; poco a poco, se lo iremos retirando

y veremos cómo evoluciona. No hay mucho más que les pueda decir de momento. Sólo resta esperar a que la paciente siga estable y comience a progresar.

—¿Puedo verla?

—Vaya a la UVI, señor Masslow. Autorizaré su entrada. Los demás pueden permanecer en la sala de espera, si así lo desean.

Todos asintieron. Alex entró en la UVI. Estaba destrozado y sentía que sus fuerzas lo abandonaban; verla así fue muy doloroso, parecía frágil, indefensa y él se sentía tan impotente... No podía hacer nada y, lo peor de todo y según le había dicho el médico, no podían asegurar que ella se pusiera bien. Paula estaba conectada a un monitor cardíaco y, como le había comentado el cirujano, estaba intubada, enchufada a un respirador artificial y a otras máquinas que él no podía identificar. Le estaban pasando una unidad de sangre y, de un soporte, colgaban dos botellas de suero. En el dedo, tenía puesto un dispositivo que medía su oxigenación en sangre.

Alexander se acercó a la cabecera y le acarició la frente con sumo cuidado, como si ella fuera a romperse. Le delimitó el rostro, los ojos y las cejas, ansiaba con infinito deseo que Paula volviera a abrir los ojos para mirarlo; luego se inclinó y depositó infinidad de besos en toda su cara, parecía resquebrajada, pensó. Aferró su mano, se la besó y entonces le habló:

—Ponete bien, por favor. Te necesito tanto, te amo, preciosa. Tenés que ser fuerte, Paula, tenés que salir adelante para que podamos cumplir nuestros deseos, te necesito a mi lado. Sos mi vida, mi amor, sos la mujer de mis sueños, no me dejes, nena, no me dejes, Paula. Me urgen tus besos, tus caricias, tu sonrisa, que me contagies con tu alegría. Necesito seguir aprendiendo de vos, escuchar tu voz a diario —le pasaba sus labios por el rostro, rozándola mientras le susurraba.

Clavado a su lado, se quedó acariciando su frente, besando su mano, colocándole bien las sábanas. Le acercaba la nariz a la mejilla mientras la arrullaba y se impregnaba de su olor. Una enfermera le alcanzó una silla para que se sentase al lado de la cama. Alex se

acomodó y le agradeció el gesto de forma caballerosa, fiel a su estilo. Sin darse cuenta, el ruido rítmico de las máquinas a las que Paula estaba conectada lo hizo entrar en un sopor y, agotado, finalmente se durmió. De pronto, sintió que alguien le tocaba la espalda y levantó la cabeza sobresaltado y aturdido; su madre había entrado y estaba junto a él.

—Alex, mi amor, Heller te ha traído ropa para que te cambies —le susurró.

—No quiero.

—Yo me quedo un rato con Paula, te cambiás y volvés, estás manchado de sangre.

—No, mamá.

—No seas testarudo, yo me quedo cuidándola. Si llega Julia y te encuentra así, se llevará una muy fea impresión.

Tras considerar las palabras de su madre, Alex asintió de mala gana. Afuera, aún permanecían Amanda, Edward, Chad y Joseph; Lorraine se había ido a cuidar a los niños. Su familia, al verlo salir, se interesó en saber cómo estaba Paula.

—Rodeada de máquinas e inconsciente, parece tan vulnerable. Váyanse a descansar, no tiene sentido que se queden acá, no podemos hacer nada, sólo hay que esperar.

—¿Y vos qué vas a hacer? —le preguntó Amanda.

—¿Qué pregunta es ésa? Me quedaré con Paula, por supuesto.

—Deberías irte a descansar también —le propuso Edward.

—Si la que estuviese en esa habitación fuese Lorraine, ¿te apartarías de ella? —Su hermano hizo una mueca dándole la razón.

—Papá, andate y llevate a mamá, por favor. No se queden acá.

Alex no tardó más de diez minutos en regresar a la habitación, sólo deseaba estar al lado de Paula y nadie iba a impedírselo.

—Ya estoy acá, mamá, volvé a casa.

—No te digo que vos lo hagas, porque sé que no me vas a hacer caso, pero no me pidas que me vaya, hijo. Me quedaré en la salita contigua, nadie me va a mover de tu lado y del de Paula.

—No es necesario, mamá, de verdad.

—Vos sos cabezón y yo soy más cabezona que vos. De acá no me voy, mandaré a casa a papá para que luego vaya a recoger a Julia y a tu cuñado al aeropuerto. Estoy afuera, salí cada tanto y me decís cómo sigue, por favor —le besó la cara mientras lo acariciaba sin parar—. Se pondrá bien, Alex. Debés tener fe. Ya viste lo que dijo el médico: ella es una gran luchadora.

Bárbara hizo lo que había dicho, nadie iba a moverla de al lado de Alex. Ya le habían traído ropa para cambiarse, así que pensaba acomodarse en uno de los sillones de la sala de espera y acompañarlo desde ahí.

Alexander se instaló de nuevo junto a Paula, la observó durante largo rato pero ella estaba inerme, totalmente sedada. Luchó contra el cansancio, temía quedarse dormido y no escucharla si necesitaba algo, aunque, así dopada, Paula ni se movía. De todas formas, y por más estúpida que pareciera, tenía la sensación de que debía estar despierto. Sin embargo, finalmente se durmió con la cabeza apoyada en la cama, mientras sostenía la mano de su chica. De repente, sintió ruido alrededor de la cama y se despertó; había dormido varias horas y Julia y Pablo ya estaban ahí.

—Mi nena, mi nenita.

Alex se puso de pie y se apretó para dejar que Julia se acercara. Pablo, con un gesto adusto, le extendió la mano mientras guiaba a su madre aferrado a su hombro. Bárbara también estaba adentro. July lloraba mientras besaba a su hija y le rogaba que se pusiera bien, que no la dejara. Pablo también se acercó y le besó la mano y la frente y, aunque no quería llorar porque debía permanecer fuerte para contener a su madre, una lágrima se deslizó por su mejilla, aunque se la enjugó con premura antes de que nadie pudiese advertirlo.

—Quiero saber cómo está. Por favor, Alex, ¿qué te dijeron los médicos? Tiene muy mal aspecto. Joseph nos contó un poco de camino, pero ¿no te dijeron nada más?

—No, July, sólo que hay que esperar.

—Por Dios, ¿cómo pudo pasar esto?

—Lo siento. Te prometí que la cuidaría y no lo hice. —Una lágrima se escapó de sus ojos.

—Ya lo creo que no lo has hecho, eso salta a la vista —repuso Pablo, que se mostraba muy parco con él.

—Lo siento, Pablo, daría mi vida por estar yo en su lugar.

—Pero no lo estás y esa mujer se ensañó con mi hermana por tu culpa. No comprendo a Paula, desde que te conoce sólo la he visto llorar... y ahora esto. Mi hermana tiene una habilidad especial para cruzarse con gente que no le conviene, y cuando encuentra a una buena persona, la desecha. No logro entenderla. —Su último comentario había sido en alusión a Gabriel.

—Es suficiente, hijo, por favor, no es el momento ni el sitio —le rogó Julia.

Alex hubiera querido contestarle, pero en el fondo consideró que Pablo tenía razón. Se guardó su orgullo e intentó ponerse en su lugar.

—Cariño, entiendo que estés dolido por ver a tu hermana en este estado, pero todos la queremos mucho. —Bárbara intentó calmar los ánimos.

—Ya hablaremos tú y yo.

—Cuando gustes —le contestó Alex a Pablo muy bien plantado—. Aunque comprendo que lo que decís es cierto, está bien que sepas que amo a Paula más que a mi vida.

La enfermera llegó y se encontró con todos ellos en la habitación y se enfadó muchísimo.

—Señor Masslow, sólo usted tiene autorización para quedarse aquí. Esto es una UVI.

—Por favor, son su madre y su hermano, acaban de llegar desde Argentina.

—Lo siento. Sólo puede quedarse una persona; tendrán que pedir autorización al doctor Callinger para que pueda haber alguien más aquí. Los comprendo perfectamente, pero están poniendo en riesgo mi trabajo. Les ruego que se retiren.

—No te preocupes, Julia, quedate vos en mi lugar; yo iré a buscar al doctor y le pediré otra autorización.

Alex, Pablo y Bárbara salieron de la habitación; afuera estaba Joseph. Todos se sentaron en la sala, menos Pablo, que permanecía de pie mirando por la ventana. Entonces, aprovechando su distancia, Alex se acercó sigilosamente.

—Lamento que nos tengamos que conocer en estas circunstancias —se quedaron mirándose como dos titanes, midiéndose el uno al otro, la tirantez entre ellos era evidente y ninguno pensaba disimular—. Paula y yo teníamos planeado viajar el próximo fin de semana a Mendoza, quería ir a pedirte su mano, como corresponde.

Pablo ladeó la cabeza sin dejar de mirarlo a los ojos. Alex no pretendía evitar su enfado, no era su estilo no hacerse cargo de sus acciones, y estaba actuando en consecuencia.

—Lo siento, estoy muy nervioso.

—No te preocupes. Si yo fuera vos y la que estuviera en esa cama fuese mi hermana, probablemente te hubiese partido la cara.

—¿Qué mierda pasó para que esa loca se ensañara así con Paula? Si mi hermana es más buena que el pan.

—No me gusta hacer alardes de mis conquistas, pero esa perra estaba obsesionada. Le expliqué una y mil veces que amaba a Paula. Yo no estaba con tu hermana cuando tuve algo insignificante con ella, fue una relación pasajera, un maldito polvo de una noche, pero ella no lo entendió así y yo debía haber advertido que algo como esto podía pasar, sólo que como era la hija del mejor amigo de mi padre...

—Tu padre me ha dicho que está bajo custodia policial.

—Sinceramente, no sé nada más que eso, sólo puedo pensar en Paula. En este momento, no hay otra cosa que ocupe mis pensamientos.

—Espero que pague lo que le ha hecho a mi hermana.

—No te preocupes, dalo por hecho. Acá, en Estados Unidos, las leyes se cumplen y ella, por mucho dinero y prestigio que mi tío

tenga, no saldrá en libertad. No lo permitiré, ansío tanto como vos que pague por esto, quiero sencillamente que se pudra en la cárcel. Pero ahora sólo estoy centrado en que Paula se ponga bien. Cuando ella esté repuesta, te aseguro que me encargaré de eso.

A medida que la conversación avanzaba, la tirantez había empezado a disiparse, aunque de todas maneras, cada vez que Pablo se daba cuenta de las condiciones en que estaba su hermana, no podía dejar de enfadarse con Alex.

Se habían cumplido las cuarenta y ocho horas del postoperatorio y Alex no se había despegado de su lado. Por supuesto, el doctor Callinger había autorizado a que él, Pablo y Julia pudieran permanecer allí.

Paula estaba estable y respondía de manera satisfactoria, no había tenido fiebre y todos los signos eran alentadores.

Era martes a primera hora de la noche, Alexander estaba de pie al lado de la cabecera de la cama y le hablaba al oído. Era lo que hacía durante la mayor parte del tiempo y, aunque no sabía a ciencia cierta si ella lo escuchaba, no podía dejar de probarlo; necesitaba decirle a cada momento cuánto la amaba.

—Mi amor, me urge que te pongas bien, tenemos que seguir planeando nuestra boda, preciosa. Hay tantas cosas para resolver, por favor, bonita, seguí luchando.

Verla con ese tubo en la boca era desgarrador para él, no soportaba más el estado de indefensión en el que ella se encontraba, se sentía inútil por no poder hacer nada. Aunque el sonido le diera la seguridad de que ella respiraba, el ruido del respirador era lastimoso. El médico le había explicado que era mejor mantenerla sedada para que no sintiese el dolor, pero obviamente la intubación implicaba un riesgo. Sólo esperaba que Paula saliera de ese proceso sin ninguna complicación.

Ella, que siempre era tan avispada y movida, estaba ahora tan quieta que a Alex le dolía. La miraba dormida en esa cama, llena de

máquinas, y no podía creerlo. Era una imagen que quería desterrar pronto.

La puerta de la habitación se abrió y el doctor Callinger entró junto a otro médico, el doctor Fergouson, un anestesista que ya había estado varias veces controlando la sedación de Paula. Saludaron a todos y se acercaron a evaluarla, leyeron los monitores, el informe clínico y, entonces, después de deliberar entre ellos en términos médicos, Callinger les informó de que pensaban terminar con la sedación para intentar quitarle el respirador. La enfermera, que también se encontraba en el lugar, siguió las indicaciones del médico y le retiró una de las botellas de suero.

Ahora había que esperar que Paula despertase.

Esa noche fue interminable. Al final, de madrugada, los tres habían terminado rindiéndose y se habían dormido. Julia y Pablo estaban en la sala de espera, adormilados en los sillones, y Alex, como cada noche desde que ella estaba en el hospital, permanecía sentado junto a ella con la cabeza apoyada en la cama y aferrado a su mano.

Paula abrió los ojos con lentitud y gran esfuerzo, le pesaban los párpados, sentía que había dormido durante un mes seguido. Miró a su alrededor y a priori no reconoció dónde se encontraba. Entonces, quiso moverse pero no pudo, no tenía fuerzas, su cuerpo parecía entumecido. Notó que la tenían aferrada de la mano, así que bajó su vista y vio a Alex dormido. Intentó hablarle, pero tampoco lo consiguió. Se sintió confundida, no sabía si estaba despierta o si estaba dentro de un sueño; intentó mover la mano que Alex agarraba, para llamarlo, pero no supo a ciencia cierta si lo había conseguido. De repente, éste despertó, había notado moverse la mano de Paula, así que se puso de pie y ahí la vio, mirándolo con aquellos hermosos ojos verdes que lo extasiaban. No pudo contener su emoción.

La besó por doquier, mientras le hablaba entre beso y beso.

—Te amo, nena, te amo, te amo tanto... mi amor. —Paula intentaba hablar pero estaba intubada y no podía hacerlo—.

Tranquila, mi vida, no intentes hablar. Estás con un tubo en la tráquea y te podés hacer daño. No lo pruebes, nena, por favor.

Alex comenzó a tocar el timbre con desespero, para llamar a la enfermera. Se alejó de ella con un movimiento fugaz y se asomó vehemente por la puerta.

—¡Pablo, Julia! —los llamó con apremio—. ¡Paula se despertó! —les gritó a bocajarro para que se despabilaran. Ellos, sobresaltados, salieron despedidos para la habitación.

—¡Hija querida de mi corazón! —July la besaba mientras le acariciaba la frente y Pablo, apostado al lado de su madre, le besaba la mano.

—Hermanita, te quiero tanto..., ¡qué susto nos diste!

Alex acariciaba sus piernas. Estaba emocionado, pero intentaba contenerse. En seguida, llegó la enfermera y se encontró con un gran alboroto.

—¡Ah, no, no! Si no se tranquilizan, los hago salir a todos; la paciente necesita estar tranquila.

Llegó el doctor Callinger y les pidió a todos que lo dejasen acercarse.

—Hola, Paula, no intentes hablar porque te harás daño. Sólo cierra los ojos cuando yo te pregunte. Un parpadeo será un sí, dos veces será un no. ¿Sabes dónde estás?

Paula se quedó mirándolo durante unos instantes. Aún se sentía muy aturdida, pero había empezado a recordar lo ocurrido en el baño del Four Seasons y entonces supo que estaba en un hospital. Cerró los ojos y los abrió.

—Bien, ¿recuerdas lo que te pasó? —Ella volvió a parpadear una vez y entonces una lágrima afloró a sus ojos. Buscó a Alex con la mirada; él estaba expectante a los pies de la cama.

—Tranquila, todo va a salir bien. —Alex intentó sosegarla, notó la angustia en su mirada y ella asintió con la cabeza. Él le tiró un beso estirando los labios.

—Bien, Paula, bien, buena reacción. Soy el doctor Callinger, tu médico. Vamos a extraerte el tubo para que comiences a respirar por

tus propios medios. Por favor, debes estar serena, prometo que será muy rápido, aunque no puedo prometerte que no sea incómodo. ¿Estás preparada?

Movió la cabeza levemente y, con gran esfuerzo, levantó la mano para que su prometido se la cogiera. El doctor esperó a que se acercara y, entonces, Alex mientras se la besaba le rogó calma.

—Tranquila, mi amor, acá estoy. Tenés que hacer todo lo que te indican, no me separaré de tu lado. —Ella volvió a asentir.

Le quitaron la almohada, bajaron la cama y entonces le retiraron la cinta adhesiva que fijaba el tubo. Paula apretó la mano de Alex. Luego, el médico, asistido por la enfermera, le indicó que inspirara y, con un rápido movimiento, se lo quitó, provocándole una arcada y una tos inmediata. Acto seguido, le proporcionaron oxígeno por vía.

—Muy bien, Paula, lo estás haciendo muy bien. Ya está, ahora respira tranquila. —El doctor se quedó evaluando las lecturas del monitor cardíaco y le tomó la presión sanguínea. Dados los resultados, se mostró muy optimista—: Te molestará la garganta, así que no hables demasiado. Necesitas mantenerte tranquila, en un rato volveré a verte de nuevo.

El médico y la enfermera se retiraron y Paula se quedó con su madre, su hermano y Alex, que se agolparon alrededor de su cama. Alexander, por supuesto, se apoderó de sus labios de inmediato, los besó con mimo, con delicadeza y volvió a decirle cuánto la amaba. Ella levantó su mano, se aferró a su cuello y empezó a llorar.

—Paula, por favor, nena, ya pasó todo. Si no te tranquilizás, te juro que me voy a ir —le advirtió Alex y ella intentó serenarse.

—¡Mamá!

—Chis, hija, no hables. Ya oíste lo que decía el doctor. —Julia se acercó también para besarla por todo el rostro.

Alex se apartó un momento para permitirle a Pablo que se aproximara a saludarla. Mientras tanto, se acercó a la ventana y aprovechó para secar las lágrimas que se le habían escapado y que, por todos los medios, intentaba contener. Sacó su iPhone y llamó a Bárbara.

—¡Se ha despertado! ¡Está bien, mamá, ya nos dijo alguna palabra incluso! —le convino atropelladamente, sin ocultar su felicidad.

—¡Mi amor! ¡Qué buena noticia! Siempre supe que se pondría bien. Mandale mis besos y decile que mañana la voy a ver. —Joseph había saltado de la cama al oír el teléfono: vivían en un continuo sobresalto desde que Paula estaba hospitalizada. Bárbara le transmitió lo que ocurría para tranquilizarlo. —Acá, a mi lado, está papá, que también le envía cariños.

Julia estaba agotada. A Alex le costó convencerla, pero entre Pablo y él lograron convencerla de que se fuera a descansar. Heller recogió a madre e hijo en el hospital y los llevó al apartamento de la calle Greene. Por supuesto, él se quedó junto a Paula. No iba a irse de su lado bajo ningún concepto.

—Tengo la boca seca, necesito tomar agua. —Paula hablaba con la voz rasposa y en un tono muy bajo.

—Mi amor, voy a llamar a la enfermera para ver si podés beber.

Después de que el médico lo autorizara, la enfermera regresó con agua y una pajita para que Paula bebiese tan sólo algunos sorbos, que tragó con muchísima dificultad, pues le dolía horrores la garganta.

—Me duele mucho el vientre —le informó a la enfermera—. Los dolores que siento son realmente insoportables.

—En un rato te toca la medicación, pero ahora averiguo si puedo adelantarla. No falta tanto, intenta descansar —le dijo con dulzura.

—Es imposible, me duele demasiado.

—Ya vuelvo, mañana ya estarás más aliviada. —La cincuentona y cálida enfermera no tardó en regresar con los calmantes para Paula —. Tienes un enfermero de lujo —bromeó ella, mientras le inyectaba el medicamento en la vía—. El bombón de tu novio no se ha movido de tu lado en dos días. —Paula sonrió mientras Alex le besaba la frente—. No hables porque comenzarás a toser y te va a doler mucho la herida. En seguida se te calmará el dolor, ya lo verás.

Al marcharse la mujer, Alex se dirigió a su novia:

—Ya has oído a la enfermera, no hables, no te esfuerces y no te preocupes por mí. Acá, lo único que cuenta es que vos te pongas bien.

—¿Por qué, Alex? ¿Por qué se ensañó tanto conmigo? Tuve tanto miedo de morirme, cuando me disparó sólo pensaba en vos.

—Chis, no te angusties. No quiero que te mortifiques porque ya pasó todo y ella está donde debe estar, en la cárcel, y te aseguro que me ocuparé de que no salga de ahí. No debés pensar más en eso. Sólo quiero que sepas que te amo, que sos lo más importante en mi vida y que ella nunca significó nada, jamás le prometí nada para que creyera que podíamos tener una relación importante, ni antes de conocerte ni después. No podría soportar que lo dudases. —Le dio un mullido beso en los labios. —Ella asintió con la cabeza y le correspondió el beso.

—¿Me operaron? Quiero saberlo todo.

—Si me prometés que no vas a hablar más, te cuento todo. —Paula tosió y una mueca de dolor se evidenció en su rostro—. ¿Ves? —Alex abrió los ojos como platos—. Eso es por hablar. —Le dio un sonoro beso; no podía contenerse, estaba feliz de que estuviera consciente y en plena mejoría. Luego, empezó a explicarle—: Te quitaron la bala, ha sido una operación muy larga y muy difícil porque la tenías alojada en el hígado, pero muy pronto estarás repuesta. La espera de noticias, mientras te intervenían, se me hizo eterna, creí que iba a volverme loco. Vine con vos en la ambulancia y, cuando llegamos al hospital, habías sufrido una parada cardiorrespiratoria, estuviste muy mal, Paula, y yo casi me muero con vos.

—Dijo tantas incoherencias... y disfrutó tanto cuando me disparó. Creí que seguiría y que vaciaría todo el cargador en mi cuerpo; fue horrible, Alex. Recuerdo que noté cómo se me desgarraba la carne por dentro. —Mientras recordaba, las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas.

—Paula, por favor, no hables. Luego tendremos tiempo; no quiero que te pase nada, el doctor fue muy claro, hacele caso.

—Estoy bien.

—No, mi amor, no estás bien, estás operada de hace dos días.

—¿Pasaron dos días? —Ella tenía un vacío en su memoria, porque había estado sedada.

—Así es, pero si seguís hablando me voy a ir y te voy a dejar sola.

—Está bien, está bien, me callo, rezongón. Dame un beso y te prometo que no hablaré más.

Alex acercó la silla de nuevo y se acomodó a su lado, mientras le acariciaba los nudillos.

—En cuanto el doctor nos autorice, nos iremos unos días a Miami para que te recuperes allá. Quiero alejarte de esta ciudad y que te sientas relajada. Y, cuando estés mejor, viajaremos a Mendoza para pasar unos días en tu tierra, mientras terminamos de planificar nuestra boda. Quiero cuidarte hasta que estés bien... en realidad, quiero cuidarte el resto de mi vida.

—Te amo, Alex.

—¡Yo más!

—Imposible amar más de lo que te amo, *Ojitos*. ¿Sabés? Mis últimos recuerdos del baño del hotel son de tus ojos. Tu mirada me dio fuerzas porque constantemente pensaba que no quería dejar de verlos. —Volvió a toser.

—Si seguís tosiendo, te va a doler la herida. Paula, por favor, no hables más, intentá dormir.

—De acuerdo, ¿qué hora es? —Alex miró su reloj.

—Las cinco y veinticinco de la madrugada. Dormite.

—Vos también, pero buscá un lugar más cómodo. No podés quedarte ahí, en esa silla.

—No existe mejor lugar que a tu lado.

Ella sonrió feliz y se calló. Estaba cansada, su cuerpo experimentaba un debilitamiento importante y la pequeña charla la había agotado. Alex apoyó su cabeza en la cama y le dio infinidad de besos en la mano que tenía aferrada a la suya.

«Gracias, Dios, por devolvérmela, la amo tanto... Prometo cuidarla mejor; de ahora en adelante, viviré por y para ella. Gracias por permitirme volver a oír su voz y por conceder que esos ojos que me enamoraron desde el primer momento vuelvan a glorificarme con su luz», elevó su pensamiento a Dios.

Alexander estaba medio adormecido cuando escuchó que ella emitía un quejido.

—Alex, mi amor.

—¿Qué pasa, Paula? ¿Te sentís mal? —Dio un respingo y se puso de pie mientras le acariciaba la frente—. ¿Llamo a la enfermera?

—No, no te asustes. Sólo que recordé algo. —Ella levantó su mano izquierda levemente y con mucha dificultad—. Me quitó el anillo. —Se puso a llorar—. Ella era quien llamaba, me lo dijo, y también que si yo me hubiese alejado de vos no hubiese tenido que hacer esto.

—Chis, preciosa, no te angusties. Dejá el brazo quieto, tenés colocada una vía y te vas a hacer daño. No te preocupes por nada y mucho menos te angusties por eso. Te regalaré otra sortija. Ahora descansá, mi amor, estoy acá a tu lado.

—Prometeme que no va a salir nunca más de la cárcel.

—Hey, Paula, mirame. ¿Creés que me quedaría tranquilo si no fuese así? Sos mi prioridad. —Ella asintió y Alex se quedó de pie a su lado, mientras le secaba las lágrimas con sus besos y la acariciaba para calmarla—. Chis, dormí mi vida, acá estoy cuidándote. Descansá que yo no me voy a mover de tu lado. —Recostó su cabeza en la almohada, junto a la suya, y se quedó acariciándole el rostro hasta que ella se durmió.

Después, caminó hasta la ventana y apoyó su frente en el vidrio, cerró su puño y lo apretó con fuerza. Estaba realmente furioso.

«¡Maldita hija de puta! Te vas a pudrir en la cárcel, no permitiré que salgas, lo juro, aunque sea lo último que haga en mi vida. ¿Cómo es que no me di cuenta? Me siento el más estúpido, juro que esa zorra va a pagar por todo.»

Capítulo 2



HABÍAN llegado al apartamento de la calle Greene y Alex estaba terminando de arropar a Paula, después de ayudarla a que se acostara. Tras siete días en el hospital, por fin le habían dado el alta, pero debía seguir guardando reposo para recuperarse completamente; aún era todo muy reciente.

—Al fin en casa, preciosa. Ahora, poco a poco, retomaremos la normalidad y todo pasará a ser un mal recuerdo.

—Sí, mi amor, no veía la hora de salir de ese hospital. Además, ya no soportaba verte un día más durmiendo mal e incómodo: primero en la silla de la UVI y luego en el sillón de la habitación.

—Hey, nunca duermo mal si estoy a tu lado.

—Dame un beso, pero de los que me gustan a mí, no de los que me das cuando hay gente.

Alex poseyó sus labios con ternura pero con intensidad. Cuando entraba en su boca sentía que tocaba el cielo con las manos. El contacto de sus lenguas iba más allá de un momento erótico; se necesitaban como el aire para respirar.

Julia aún estaba en Nueva York e, instalada en una de las habitaciones libres del apartamento, pensaba quedarse hasta que Paula estuviera repuesta.

—Perdón, no quise interrumpirlos. —July se apenó por entrar mientras estaban en pleno beso. Ambos se rieron.

—Tranquila, July, nos encanta tenerte acá. Además, tu compañía me permitirá trabajar un rato. El chico de los recados me trajo un cúmulo de papeles de la oficina; con Alison de luna de miel, está todo descontrolado.

—Amor, sólo soy un problema.

—¡Ah, no! Ana Paula Bianchi, que sea la última vez que me decís eso —le advirtió con el cejo fruncido y le puso un dedo sobre los labios para hacerla callar—. Vos no sos un problema en mi vida, todo lo contrario. Sos mi bendición, el problema soy yo en la tuya, sino mirá por todo lo que estás pasando por mi culpa. —Paula negó con la cabeza y le mordió el dedo con el que le acariciaba los labios.

Alex las dejó un rato solas y aprovechó para atender algunos asuntos pendientes. Julia le había llevado a Paula una compota de frutas, pues necesitaba comer pequeñas cantidades, varias veces al día.

—¿Estás cansada, hija?

—Un poquito. La verdad es que el viaje me cansó, pero no se lo digas a Alex; está tan asustado que casi ni duerme.

—Lo sé. No te preocupes, que no se lo mencionaré. Yo también lo noto agotado, necesita imperiosamente serenarse y descansar. Esperemos que, ahora que ya estás acá, consiga hacerlo. Ese hombre te quiere más que a su vida y te lo ha demostrado.

—Lo amo, mamá.

—Mi vida, Alex es un amor. Estoy feliz de que lo hayas conocido. A pesar de todo esto que está pasando, creo que es la persona adecuada en tu vida.

—Alex es maravilloso. —Paula cambió de tema con brusquedad —. ¿Avisaste a Maxi y a Mauricio de que ya salí del hospital?

—Sí, tranquila, anoche hablé con Maxi y le dije que era muy probable que hoy te dieran el alta. Llamaron a Alex o a mí a diario, querida, preguntando por vos.

—Lo sé. Alex me pasó con ellos cada vez que lo llamaban, hablé con ambos.

Alexander estaba abriendo sus correos en el despacho cuando sonó su teléfono.

—¿Qué mierda tienen todos en la cabeza? —Era Jeffrey—. ¿Por qué me entero de todo recién ahora?

—Tranquilo, ya pasó todo.

—Ya sé que ya pasó, papá me lo contó. No puedo creer que hayamos estado todo este tiempo acá sin saber nada, ¿cómo pudieron ocultarnos lo que estaba ocurriendo? ¡Parece que no perteneciéramos a la familia!

—Estás de luna de miel, Jeffrey. Yo les pedí que fuera así. Paula ya está bien, gracias a Dios.

—No es posible que nos hayan tenido al margen y ustedes pasando por todo eso. No puedo creer lo de Rachel. Alison está tanto o más atónita que yo.

—Pues créanlo. Es una jodida y ya sé, no me lo digas, tendría que haber mantenido mi bragueta cerrada.

—No te lo voy a decir, pero sí. Igualmente, no hay justificación para lo que hizo.

—Jamás le prometí nada. Fue sólo una vez y cuando estaba separado de Paula. Se metió en mi casa, en fin... Aunque le he dado vueltas a esto, creo que, por más que no hubiese pasado algo entre ella y yo, este asunto hubiera terminado así de todas formas. Rachel llegó a llamar a Paula a Buenos Aires, amenazándola, cuando todo lo nuestro comenzó.

—Nos hemos enterado, y Alison está muy apenada. Se siente muy culpable, porque fue ella la que cometió el error de contarle sobre Paula y vos.

—Decile que no se preocupe, sé que lo hizo sin maldad. ¿Sabés? Rachel no está bien, estoy casi seguro de que está desequilibrada mentalmente.

—Eso no es bueno para la causa.

—¿Cómo?

—De comprobarse que no está en su sano juicio, la sacarán de la cárcel y la enviarán a un psiquiátrico.

—¿Estás seguro?

—El derecho penal no es mi especialidad, pero eso lo sabe cualquiera. Te enviaré el teléfono del mejor penalista de Nueva York. Fue mi profesor, pero tiene un bufete particular. Mejor aún... lo llamaré, dejame hablar con él para intentar por todos los medios que lleve el caso de Paula y no lo delegue en nadie. Creeme, Alex, si él no consigue que Rachel quede presa, podés estar seguro de que nadie lo conseguirá. Es, sencillamente, el mejor. ¿Paula ya declaró?

—No. Lo he estado alargando por su estado. Es que no tenía cabeza para pensar en otra cosa que no fuera verla bien, y ni siquiera tenemos abogado todavía, pero no creo que pueda dilatarlo más; ya está en casa.

—Sí, papá me dijo que le habían dado el alta, y me alegro de que esté reponiéndose; pero, escuchame bien, que no declare hasta haber hablado con un abogado. Necesitan guiarla en su declaración, una palabra de más o una de menos y Rachel saldrá en seguida.

—Así lo haré. ¿Sabés? Papá se peleó con Bob, quería que retirásemos la demanda, decía que él la internaría.

—¿Cómo se atreve a usar su amistad de esa manera? ¿Te das cuenta de lo que te digo? Van a intentar probar que no está en su sano juicio, si ya el tío avanzó eso...

—Yo también me peleé con papá, Jeffrey, está furioso conmigo, y yo con él. No me dejó explicarle, no me habla. Por supuesto, Paula no está enterada de eso, no quiero angustiarla o empezará a tejer en su cabeza que, por su culpa, estoy distanciado de papá.

—No te preocupes, eso se arreglará. Debe de estar dolido por lo del tío Bob; ellos se conocían de toda la vida y terminó agarrándosela con vos. —Alex hizo una mueca de disgusto.

—Gracias por llamar.

—Lo hubiera hecho mucho antes si no me lo hubieran ocultado.

—Ni loco podía arruinarte la luna de miel.

—Era necesario que estuviéramos allá, acompañándote en lo que pudiésemos. ¡Podríamos haber reanudado el viaje en otro momento, hermano!

—Sé que es lo que hubieran hecho y, aunque no estaban, los sentí a mi lado en todo momento. Pero ese viaje, en otra ocasión, no hubiera sido igual.

—¡Bah! Sos un pendejo testarudo. —Alex se rió.

—Ya me conocés. ¿Cómo está Alison? ¿Qué tal la Polinesia?

—Un paraíso. Alison está acá, junto a mí. —Jeffrey la abrazó mientras lo decía.

—¡Hola, cuñado! —saludó ella acercándose al teléfono.

—Saludala también de mi parte.

—También está muy enojada porque no nos avisaron.

—Decile que disfrute y no se preocupe más. Es un momento único en sus vidas que no debe empañarse por nada. Además, Paula ya está bien, en unos días le quitarán los puntos.

—¿Por nada? ¿Que a Paula le hayan disparado y casi pierda su vida te parece nada? Me siento inútil a tantos kilómetros de distancia.

—Ya pusiste tu granito de arena, hermano. Aun en la distancia, me acabás de decir que vas a contactar con el mejor penalista, ¿te parece poco? No le des más vuelta al asunto, disfrutá de tu lujosa luna de miel, que me salió por un ojo de la cara.

—¡Maldito engreído! —se carcajearon y se despidieron.

Alex trabajó un rato más, pero le costaba concentrarse después de lo que Jeffrey le había dicho. Las alarmas habían empezado a sonar. Durante todos aquellos días, sólo se había preocupado por la salud de Paula y había pensado muy poco en Rachel y en su condena, pero ahora no tenía su mente en paz. Estaba ansioso porque su hermano le enviara el teléfono del abogado. Que Rachel pudiese salir de la cárcel no había estado nunca en sus planes. No la quería en un psiquiátrico, la necesitaba entre rejas, en un lugar bien seguro.

Dejó lo que estaba haciendo y se fue al dormitorio a ver a Paula. Ella, ajena a todo el calvario que se había desatado en su cabeza, dormía con placidez. La admiró desde el resquicio de la puerta, luego sigilosamente se recostó a su lado, y así permaneció

mirándola por unos instantes, adorándola. Parecía tranquila y él no quería que nada la alterase. No le contaría nada sobre lo que Jeffrey le había insinuado. Le apartó con suavidad un mechón de pelo que le cubría la cara, para admirar mejor sus facciones. Desde que la habían atacado, le encantaba ponerse muy cerca de ella y sentir su respiración en el rostro; eso lo tranquilizaba, era la forma que tenía de comprobar que ella seguía viva, un hábito que había adquirido en el hospital, cuando le habían sacado el respirador.

Su teléfono vibró dentro del bolsillo del pantalón, se apresuró a cogerlo para no despertarla. Se levantó con prontitud y caminó hacia el salón. Era un número desconocido, pero igualmente contestó.

—Hola.

—¿Alexander Masslow?

—Sí, ¿quién habla?

—Buenas tardes, mi nombre es Jason Parker. Su hermano Jeffrey me ha pasado su número, soy el abogado de quien le habló hace un rato.

—¡Oh, un placer, letrado! Muchas gracias por tomarse la molestia de llamar.

—El placer es mutuo. Jeffrey me ha explicado un poco la situación y, como nuestra relación de profesor-alumno traspasó esa frontera, voy a aceptar el caso. Estaría bien que nos viéramos cuanto antes: es necesario que pactemos un encuentro para que pueda hablar con la señorita...

—Paula. Es mi mujer.

—Sí, estaba buscando su nombre, lo tengo aquí apuntado, Ana Paula Bianchi, ¿verdad?

—Ella misma, pero hay un problema. Paula aún no puede trasladarse, hoy mismo ha salido del hospital y no creo que pueda postergarse mucho más su declaración. Mi hermano me aconsejó que, antes de que lo hiciera, consultara con un abogado.

—Por supuesto, eso es primordial. Hagamos una cosa, mañana a las diez en punto iré a su casa para montar una estrategia y, por la tarde, haremos que Ana Paula declare.

—Perfecto, señor Parker, le estoy muy agradecido por las molestias. ¿Anota la dirección?

Después de concretar la cita con el abogado, Alex estaba más preocupado que antes. Era evidente que no podría ocultarle a Paula lo que Jeffrey le había insinuado, pero esperaría a que el doctor Parker se lo dijera, no iba a angustiarla antes.

Se quedó pensativo junto al ventanal que daba a la calle, mientras se daba golpecitos con el móvil en sus labios, cavilando.

—¿Pasa algo, Alex? Disculpame que te pregunte, no es que quiera meterme, pero te veo preocupado. Y, además, fue inevitable oír que hablabas con un abogado. —Julia, que estaba en la cocina, no había podido resistirse; notaba que algo no iba bien y se lo hizo saber. Alexander se acercó a la encimera.

—Lo siento, Julia, no quiero preocuparte pero necesitaré tu apoyo. Presiento que Paula no va a tomarse esto bien cuando se entere.

—Me estás asustando.

Él la miró fijamente y, luego, intentando mostrarse calmado, le habló:

—Es muy probable que intenten probar que Rachel es una enferma mental para evitar que vaya a una cárcel común, y presiento que lo lograrán, puesto que yo también creo que está perturbada.

—Dios, Alex, ¿significa eso que no se quedará en la cárcel?

—No nos precipitemos, pero es una posibilidad.

—Alex, por favor, mi hija seguirá en peligro si ella sale.

—Conseguí un muy buen abogado. Según mi hermano, es el mejor penalista. Julia, no voy a permitir que no pague por lo que ha hecho, tranquila —le dijo clavando sus ojos en los de ella y acompañando su afirmación con un movimiento de cabeza—. Confiá en mí, debemos tranquilizarnos, porque no quiero que Paula se altere ahora. Intentemos que, al menos en esta primera noche en casa, permanezca serena, que disfrute de que salió del hospital,

quiero que se sienta a gusto. —July secó las lágrimas que se le habían escapado.

—Tenés razón, somos sus pilares y no podemos permitirnos el lujo de ponernos mal: ella nos necesita íntegros.

—Exacto, sé que es difícil. Y sé también lo que estás sintiendo, porque, a pesar de que quiero mostrarme íntegro, me paraliza el mismo temor que a vos. Pero poniéndonos nerviosos no solucionamos nada; las cosas no se pueden revertir, así que sólo debemos encontrarle una solución. Tenemos que mirar hacia adelante. Paula aún no está repuesta del todo y lo más importante de toda esta mierda que nos tocó vivir es que ella esté bien de salud. Además, mañana por la tarde tendrá que declarar frente a un detective, así que nos necesitará más que nunca. Será muy duro recordar todo de nuevo y es muy probable que deba hacerlo con todo lujo de detalles.

—Lo sé, Alex, sólo te ruego que no permitas que esa mujer salga en libertad.

—Es lo que menos deseo, July, yo también quiero que lo tengas claro. —Alex abrazó a su futura suegra ofreciéndole contención.

La noche había llegado. Alexander había terminado de darse una ducha y estaba secándose enérgicamente el pelo con una toalla mientras tenía otra enrollada en la cintura. Paula lo admiraba desde la cama. Su hombre era muy deseable y se lo estaba comiendo con los ojos. Él sintió que ella no lo perdía de vista, lo estaba repasando de pies a cabeza. Entonces, Alexander se dio la vuelta, sonrió y le guiñó un ojo. ¡Menuda sensación la que le causaba que la pillara! Ella también se rió y se llevó un dedo a la boca mientras su mente la trasladaba al día en que se habían conocido; su memoria retrocedió, precisamente, al momento en que él la había pescado observándolo embobada, mientras hablaba por teléfono en el Bistró del Faena. Aquel día parecía tan lejano y, en realidad, tan sólo habían pasado unos pocos meses, aunque si lo pensaba un poco, todo lo que había sucedido entre ellos había sido increíblemente intenso.

Alexander fue al vestidor y salió con un bóxer negro, preparado para meterse en la cama con ella. Se sentó contra el respaldo y la invitó a acurrucarse bajo su abrazo, mientras le besaba la coronilla.

—¿Estás cansada?

—No —negó ella con la cabeza—, dormí toda la tarde. ¿Sabés? Estoy muy feliz de estar en casa.

—Yo también estoy feliz, y me encanta que digas «en casa»: me fascina saber que lo sentís así. —Ella aún se movía con dificultad por los tironcitos que le daban los puntos de la herida, pero eso no le impidió darse la vuelta y olerlo.

—Hum, ¡qué bien olés siempre, mi amor! —le dijo y le besó el cuello. Él se retorció con el gesto—. No soportaba más esa cama de hospital, no hay nada mejor que esto, extrañaba mucho tu contacto.

—También yo, aunque sólo podamos mimarnos así. —Profundizó su abrazo—. Sentir tu cuerpo es de ensueño.

—Te amo, Alex, te amo tanto..., mi amor. Tuve tanto miedo de no poder decírtelo nunca más...

—Hey... —la apartó y la miró—. ¿Otra vez con esa angustia? Preciosa —le dijo, e hizo una pausa para abrigarla más aún entre sus brazos, con posesión y el convencimiento de que nada más podría pasarle—, no pensemos más en cosas tristes.

—Pero necesito hablar. Sé que no querés que recuerde el ataque de... —dudó antes de decir su nombre— Rachel, pero necesito hacerlo, me urge contártelo y quitarme de encima todas esas sensaciones horribles que tengo guardadas adentro. Ahora recuerdo bien todo; los primeros días me sentía aturdida y sólo rememoraba algunos momentos, pero ahora tengo todo más claro.

—A ver, dejame decirte algo. —La miró a los ojos profundamente —. Hoy no, Paula. Mañana vendrá un abogado y vas a tener que hacerlo con todo lujo de detalles. Después, por la tarde, se acercará a casa el detective Clark para tomarte declaración. ¿Es necesario que la primera noche que volvemos a casa lo repasemos también? — Paula dio un respingo.

—¿Mañana tendré que declarar?

—Sí, preciosa, ya no podemos postergarlo más, ¿te parece que podrás?

—Sí, por supuesto, lo haré.

—Bien. De todos modos, el abogado nos instruirá por la mañana; me lo ha recomendado Jeffrey, que ya se enteró.

—¿Cuándo se enteró?

—Hoy, y se enfadó mucho porque no los habíamos avisado, pero... ahora vamos a acostarnos y a dormir en la paz de nuestro dormitorio. —Ella asintió con la cabeza y se deslizó en la cama con dificultad. Alex la ayudó y esperó pacientemente para arroparla, luego se acostó a su lado.

Aquél fue un día muy difícil. Tal y como se lo había advertido Jeffrey, el abogado de Rachel se preparaba para declararla enferma mental.

Recordarlo todo con minuciosidad y dos veces en el mismo día había sido agotador. Primero había tenido que hacerlo con el abogado, rememorando detalles ínfimos, y luego, en un tono más escabroso, con el detective, que la atosigó a preguntas y resultó, incluso, despiadado en su manera de investigar. Finalmente, Paula, con la recreación de todos los hechos, terminó llorando desconsolada en brazos de Alex y de su madre.

—Creo que es suficiente, detective. Ella es la víctima, ¿lo ha olvidado? No es justo que la trate de esta forma. Mire lo angustiada que está —le gritó Alex, mientras intentaba acabar con aquella situación—. Lo acompaño a la salida, Paula ya le ha contado todo cuanto quería saber.

—Lo siento, señor Masslow, era inevitable repasar todos los hechos con detalle, no ha sido mi intención incomodarlos.

—Puede que no, pero lo ha hecho. Mire en qué estado se encuentra Paula por su culpa. Ha sido cruel, ¿le parece que no ha pasado por demasiado ya?

—Estoy bien, Alex; entiendo que era necesario, pero aun así ha sido muy fuerte volver a revivirlo todo. Todavía puedo sentir el olor a

pólvora y el ruido del disparo, fue como volver a experimentarlo de nuevo.

—Detective Clark, mi cliente ya le ha dicho todo. Creo que si, en algún momento, considera que debe ampliar su declaración no habrá ningún problema, pero lo expuesto es más que suficiente para que presente los hechos ante el fiscal del distrito.

—Así es, letrado Parker.

—Señorita Bianchi, créame que lamento haberla hecho recordar tan penoso momento, pero era imprescindible. Además, como ha pasado un tiempo, necesitaba comprobar que su declaración era correcta y que no estaba omitiendo ningún detalle. Entiéndame; es necesario que usted esté segura de los hechos que me ha relatado.

—Lo sé. Puede estar convencido de que fue como se lo he contado, aunque desee borrarlo de mi mente, jamás olvidaré esos momentos.

El detective se retiró y Paula, ayudada por July, regresó a la cama. Mientras tanto, Alex se quedó en el salón hablando con el abogado, aunque no tardó en despedirse de él para volver junto a Paula y terminar de consolarla. Desde la mañana, había estado acongojada. Desde que el abogado les plantease la defensa y la estrategia para evitar que Rachel ingresara en un psiquiátrico, en vez de en una cárcel común, no se había sentido en paz.

—Alex, no voy a poder vivir tranquila si ella no está presa.

—Calma, Paula, ya viste lo que nos explicó el abogado. Por más que sea un hospital mental, es un lugar de máxima seguridad.

—No, pero no es lo mismo. Viviré inquieta.

—Paula, aún no es seguro que eso ocurra. Ya oíste al detective; el fiscal del distrito también hará lo imposible para que eso no ocurra.

—Lo sé. Además no sería justo; no me importa que esté loca, ¡casi me mata! Era lo que quería, quería matarme, era lo único que ansiaba; loca o cuerda, ése era su deseo.

—¡Hey! No me lo tenés que decir a mí o ¿acaso creés que yo sí quiero que salga de la cárcel? Pero si así fuera no tenemos que

desesperarnos, porque ella estará encerrada de todos modos.

—Pero eso no sería una condena. ¿Y si dicen que está curada y sale? ¿Cuándo se va a acabar esta pesadilla? Alex, no quiero vivir con miedo. —Él la abrazó con fuerza y cerró los ojos, intentó calmarse por ella, pero también sentía miedo, aunque no podía dejar escapar sus temores, necesitaba mostrarse íntegro para infundirle seguridad.

Estaban terminando de cenar y Paula seguía muy irritada. Por momentos, se quedaba abstraída e inmersa en sus pensamientos. Había insistido en cenar en el comedor, alegando que le dolía demasiado la espalda de tanto estar en la cama. Para no contrariarla, Alex y Julia la habían acomodado en uno de los sillones del salón y habían cenado ahí con ella, pero Paula casi ni había tocado la comida.

—No cenaste nada, ¿no te gustó lo que te preparé, querés que te haga alguna otra cosa?

—No, mamá, no es eso, solamente estoy desganada. —Julia y Alex se miraron, no dijeron nada.

—Tenés que alimentarte bien, así te recuperarás antes —le habló él sin mirarla, mientras cortaba un bocado y se lo llevaba a la boca.

—Estoy bien, Alex, no te preocupes. Sólo es que no tengo hambre, no hagan un problema por nada.

Terminaron de comer, Julia retiró los platos y Alex se puso de pie y fue hasta la nevera. De allí, trajo una porción de gelatina con frutas, se paró junto al sillón y le enseñó lo que traía. Se rió tentándola y haciendo ruiditos con la boca para demostrarle que estaba muy rica. Paula frunció la boca y negó con la cabeza, pero él no le hizo caso. Se sentó a su lado sobre la alfombra del salón y le ofreció una porción. Parecía una niña caprichosa que no quería abrir la boca, pero Alexander tuvo paciencia hasta que ella la engulló.

—Mejor así. —Alex se estiró y la besó.

—Sos muy insistente.

—Muy insistente, cabezón e insoportablemente testarudo. Sabés que siempre me salgo con la mía, seguí comiendo.

—Bueno, pero me das otro beso.

—Primero te comés otra porción. —Paula se rió, abrió la boca y entonces él la besó—. ¡Ah, de haber sabido que te robaría tantos besos hubiera hecho lo mismo con la otra comida que ni tocaste!

—¡Aprovechado! —Alex le guiñó un ojo. Julia no dejaba de sonreír desde el fregadero de la cocina. Le encantaba ver a su hija tan feliz y no podía disimular su alegría. Había pensado que nunca vería a Paula así de enamorada, pero Dios era misericordioso y la había escuchado. Por fin había puesto en su camino a un hombre bueno y comprensivo que, además, la amaba con locura.

—Siempre que pueda tener tus labios, no me importa la forma en que los consiga —dijo él.

—¿Me querés?

—Te amo, Paula, te amo con desesperación.

—Y yo a vos.

Capítulo 3



ENTRARON en la habitación a paso lento. Paula iba apoyada en Alex, que la sostenía por debajo de la axila, guiándola. La herida aún le molestaba mucho. Él la asistió para que se sentara en el borde de la cama y, luego, con delicadeza la ayudó a desvestirse. Fue al baño a buscar un apósito impermeable para heridas y, con sumo cuidado, se lo colocó sobre el vendaje.

—Listo, ahora vamos a bañarnos.

—Hum, me encantará que me hagas mimos.

—Tramposa, no he parado de mimarte.

—Lo sé, pero no me cansaré jamás de recibirlos.

—Ni yo de hacértelos.

Alex la dejó de pie en la entrada de la ducha y se aprestó a deshacerse de su ropa, que dejó sobre el suelo del baño. Luego abrió el grifo y tocó el agua con la mano hasta que estuvo templada.

—Vamos, entremos, ya está a punto. ¿Seguro que no querés que busque algo para que te sientes?

—No, estoy bien así.

Puso jabón en la esponja y le masajeó la espalda, mientras reunía su pelo en una coleta con la mano. Le frotó el cuello, pero no pudo evitar la tentación y se lo besó.

—¿Me extrañas?

—Mucho, pero ya tendremos tiempo cuando estés bien.

—Yo también te extraño, echo muchísimo de menos nuestra intimidad. ¿Creés que es normal que, aun maltrecha, tenga ganas? —Alex se rió.

—Sí, creo que es normal, es por eso por lo que nos amamos. —Le indicó que se diera la vuelta, la puso frente a él y lentamente pasó la esponja por el resto del cuerpo, dejando para el final la parte de alrededor de la herida—. ¿Te duele?

—No, mi amor, sos muy tierno. —Alex se rió y le besó los labios, pero ella no iba a conformarse, poseyó su boca mientras se aferraba a su cuello y él le dio entrada. Cuando el beso se estaba desbordando, Alexander se apartó y emitió un sonoro suspiro.

—Paula, tranquila.

—Sí, lo sé, lo siento.

—Dejame terminar de bañarte.

—Lo que vos digas. —Paula se movió con brusquedad y la herida le dio un tirón—. Sí, creo que es mejor que me bañes, porque me hago la loca y mirá cómo estoy, más cansada que el mecánico de un *transformer*. —Se carcajearon.

Alex terminó de lavarle el cabello, luego se dio una ducha rápida y cerró el grifo. Le envolvió el cabello en una toalla y con otra la secó despacio. Después Alex fue a ponerse una bata y regresó con una para ella.

—Vení, vamos a la cama, así te recostás y te seco bien la herida. —Con extrema delicadeza, le quitó primero el parche impermeable y luego le hizo las curas.

—¡Hum, cuánta concentración, señor Masslow!

—La tarea lo requiere, no quiero hacerte daño.

—Tus manos jamás podrían hacerme daño, y no te rías con esa sonrisa de perdonavidas; estoy convaleciente y, para más inri, con el período.

—Bueno, eso en otro momento no hubiese sido un problema, ¿no? Podríamos haber usado la puerta trasera, siempre y cuando no tengas cólicos —se carcajearon.

—¡No me hagas reír que estoy sin la faja!

Terminó de curarla con esmero, le puso una venda y, entonces, suavemente, bajó su cabeza hasta su vientre y le depositó un delicadísimo beso.

—Voy a cuidarte siempre, me encanta hacerlo.

—Yo preferiría que no tuvieses que hacerlo por esta razón, pero es lo que me tocó.

—Hey, ¿otra vez triste?

—No me hagas caso, soy una tonta.

La vistió con un pijama, secó su cabello y la ayudó a acostarse; él no tardó en hacer lo mismo y meterse en la cama.

—¿Querés que veamos la televisión?

—Alex... estaba pensando...

—¿Qué pensaba esa cabecita loca? —le preguntó él dándole un beso en la frente. Estaba de lado y con un codo apoyado en la almohada, expectante a lo que ella dijera.

—Quizá deberíamos posponer la boda.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca?

—No, en serio, las entrevistas para definir cada cosa se retrasaron, ¿y si no llegamos a tiempo?

—Ni lo sueñes. Si tengo que pagar el doble por todo lo que haga falta no me importa, pero el 24 de agosto es la fecha y no se moverá.

—Yo tampoco quiero moverla, Alex, pero intento ser realista... ¿qué ocurrirá si no estoy repuesta del todo?

—Paula, hoy estás negativa. Hace nueve días que te operaron y mirá cómo evolucionaste en poco tiempo. De acá hasta la fecha, esto que nos pasa será sólo un mal recuerdo. —Se miraron a los ojos.

—Tenés razón, debemos continuar con todo y no permitir que esto estropee nuestros planes.

—Exacto, mañana iremos a que te quiten los puntos y, poco a poco, podremos recobrar la normalidad.

—Deseo estar bien, quiero regresar al trabajo.

—Me hacés reír, para eso falta mucho todavía. ¡Dudás de si estarás repuesta para la boda y, de repente, querés volver a la oficina! No sos coherente, preciosa.

—Tampoco falta tanto, hay muchos temas pendientes en la empresa y estar sentada frente a un escritorio no implica mayor esfuerzo. Además, estaba preparando un encuentro con Chloé, seguramente muy pronto habrá que viajar a París.

—¿Pensabas viajar? No lo sabía. —Alex frunció el cejo.

—Lo hablamos durante la conversación que tuve con ella en el Four Seasons. Con todo esto, no pude decírtelo, pero se suponía que en estos días lo íbamos a definir. Ella, al final, no podrá venir a Washington y parece que está a punto de conseguir unos locales insuperables.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? ¿Cuando estuvieses con un pie en el avión? ¿Por qué no me lo comentaste ese mismo día?

—Alex, creí que tenía plenas facultades en mi puesto como para decidir algo así.

—Lo sé —admitió él e hizo una pausa—, perdoname, creo que sólo pensar en que debemos alejarnos me pone de mal humor.

—Bueno, tendremos que aprender a gestionarlo.

—Sí, igual, por el momento, olvidate del viaje.

—¿No me digas? ¡Como si no lo supiera, mirá cómo estoy!

—Hermosa, estás hermosa, como siempre. —Le dio un beso en el nacimiento de los senos.

—Sí, encorvada, ojerosa, delgada y dependiendo de vos y mamá.

—Hoy no es tu día. Definitivamente, creo que el período te está afectando, aunque no quieras reconocerlo y digas que no te cambia el humor con él. Yo no estoy de acuerdo.

—Vos me cambiás el humor. Quiero estar bien muy pronto para comerte esa boca y más. —Lo tomó del pelo y lo besó—. Ahora sí, si querés, veamos la tele, pero vos mirás conmigo, nada de traer tu ordenador y ponerte a trabajar.

—Alguien tiene que hacerlo, ¿no?

—Gruñón, pero ahora no, por favor —le pidió uniendo sus manos a modo de súplica.

—De acuerdo, miraremos la tele juntos, ¡cómo decirte que no si me lo rogás de esa forma!

Era de madrugada. Dormían velados por la oscuridad y la calma de la noche. Paula estaba boca arriba; él, de lado y aferrado a su mano, ansiaba abrazarla, pero temía hacerle daño. De pronto, la aparente tranquilidad del sueño de ambos fue interrumpida por los gritos de ella.

—Estás soñando, Paula. Tranquila, es sólo un sueño, mi amor. —Ella se aferró a su cuello.

—Abrazame fuerte, por favor, abrazame. —No paraba de llorar. Alex, por supuesto, la contuvo.

—Chis, tranquila, sólo fue una pesadilla, estamos en casa. —Le besó el pelo.

—¿Va todo bien, hija? Paula, ¿estás bien? Te oí gritar. —Su madre preguntaba desde fuera de la habitación.

—July, tranquila, era sólo una pesadilla. Paula está bien.

—Sí, estoy bien —contestó ella entre sollozos—. Andá a dormir, mamá, y perdoname que te haya despertado. —Julia apenada regresó a su habitación y los dejó solos.

—¿Querés tomar agua?

—No —respondió Paula e hizo un puchero—. Era tan real... —continuó explicando—, la veía a los pies de la cama y me apuntaba con el arma.

—No pienses más, estás acá conmigo, fue un sueño.

—Pero parecía muy real. Tuve la misma sensación que cuando lo hizo. No tenía piedad, Rachel me miraba y me odiaba.

—Estás sensible porque hoy tuviste que relatarlo todo dos veces, pero ya pasó. Tranquila, mi amor, acá estoy con vos, cuidándote y protegiéndote.

—No quiero que salga de la cárcel, Alex, no lo permitas. Por favor, no lo permitas.

—Mi vida, no llores más. Me hace mucho daño verte así. Haré todo lo posible para que eso no ocurra y el abogado y el fiscal también lo harán, pero no te angusties más. —Alex le acariciaba la espalda y no paraba de besarla; estaban sentados en la cama—. Chis, calmate, respirá hondo. De tanto llorar, te va a acabar doliendo la herida y mañana tenemos que ir a que te quiten los puntos y luego... tengo una sorpresa para vos.

—¿Qué sorpresa? —preguntó ella lloriqueando todavía.

—Si te lo digo ahora, dejará de serlo.

—Pero quiero saber, soy muy ansiosa, Alex.

—Por eso no te había dicho nada todavía.

—Sabés cómo distraerme, Alexander Masslow, sos un tramposo. —Él se rió y le besó la nariz enrojecida de tanto llorar, y después se apoderó de sus labios.

—Dejaré la luz encendida hasta que te duermas, ahora acostate otra vez, intentemos dormir, por favor.

Él se puso de costado y, con la mano, le delimitó el contorno de la cara y los labios; le acarició el puente de la nariz y el cejo, intentando que relajara el rictus.

—Te amo, estoy acá, dormí —le susurró muy cerca del oído.

Al final, Paula consiguió dormirse. Entonces, él se dio media vuelta, sin mover demasiado la cama, y apagó la luz; volvió a su posición y se acomodó muy cerca de ella.

—«Mi amor, ansío tanto que todo esto pase muy rápido. No soporto que estés así de angustiada, se me parte el alma cuando te veo llorar.»

Capítulo 4



CUANDO llegaron al consultorio del doctor Callinger, la recepcionista los anunció y los hizo pasar en seguida. Tras evaluar la buena cicatrización que Paula presentaba en la herida, el médico decidió quitarle los puntos.

—Paula, ¡es asombroso lo bien que estás recuperándote! Todos los resultados están perfectos.

Acababa de hacerle un ultrasonido y una resonancia magnética y tanto los análisis de sangre como los cardiológicos también eran correctos. Callinger se mostró optimista.

Paula estaba sentada en la camilla y Alex, a su lado, le sostenía la mano. Se agachó y la besó en la frente.

—Ahora, cuando te quite los puntos, te sentirás más aliviada: se terminarán esos tironcitos, aunque de todas formas deberás seguir con todos los cuidados. Sin embargo, tendrás más libertad de movimiento. Lo estás haciendo bien, Paula, eres una paciente muy dócil.

—Espero ir recobrando la movilidad poco a poco, tengo la sensación de ir a cámara lenta.

—Es normal, Paula, tu lesión fue muy grave, la bala tocó un órgano de vital importancia y sufriste un shock que te provocó una parada cardiorrespiratoria. Eso, sumado a que perdiste mucha

sangre, hace que tu organismo esté resentido. Debes tener paciencia, ya volverás a ser quien eras.

—¿Ves, cabezona? Poco a poco —le insistió Alex también.

Después de que el cirujano le extrajera los puntos, Alex la ayudó a vestirse y a incorporarse en la camilla.

—Te espero dentro de diez días para que te sometas a un nuevo control.

—Muchas gracias, doctor.

Intercambiaron una cordial despedida, se estrecharon las manos y salieron del consultorio.

Era cierto lo que el médico le había dicho; si bien seguía caminando despacio, los tirones habían desaparecido, ahora sólo notaba una pequeña molestia.

Llegaron al aparcamiento y Alex la ayudó a subir al automóvil. Habían ido hasta allí en uno de los Audi A8 híbridos de la empresa, porque el deportivo de Alex era demasiado bajo para Paula. De regreso al apartamento de la calle Greene, el tráfico era un caos en Manhattan.

—¿Y la sorpresa de la que me hablaste anoche?

—Ansiosa, todo a su debido tiempo.

—Pero, al menos, dame una pista.

—Cuando lleguemos a casa, te lo diré.

Sonó el teléfono de Alex; llamaban de la oficina, así que respondió por el manos libres.

—Dime, Mandy.

—Señor, tengo en línea a la señorita Chloé Renau, que quería hablar con la señorita Paula, pero le contesté que intentaría ver si la podía atender usted, ¿se la paso?

—Sí, por favor.

Alex se quedó en línea a la espera.

—Puedo atenderla perfectamente, hablar por teléfono no me supone ningún esfuerzo, Alex —insistió Paula.

—Tranquila, amor, vos no te preocupes por nada que no sea recuperarte. Joseph aún está en la empresa y yo te cubriré mientras

tanto. —Le tiró un beso—. Sólo descansá y recuperate pronto para mí. —Le guiñó un ojo.

—*Allô*.

—*Hello*, Chloé.

—¡Alex, qué sorpresa! Pensaba que ya no tendría más trato contigo —dijo ella en un inglés bastante bueno y con cierta melosidad en su voz.

—Paula ha tenido un problema de salud, pero muy pronto estará con nosotros nuevamente.

—Espero que no sea nada grave, aunque también me gusta tratar contigo, inicialmente fue con quien imaginé que tendría que hacerlo.

—Hola, Chloé, estoy bien, no te preocupes. Me han tenido que operar, pero Alex es un poco exagerado y no quiere que atienda ni al teléfono, aunque bien podría seguir con las negociaciones que habíamos comenzado —intervino Paula sin contenerse.

—¡Oh, no sabía que estabas ahí! —Alex sonrió sin apartar la vista del camino, extendió su mano para acariciarle el hombro y agitó su cabeza—. Perdón, pero no entiendo. La persona que me atendió me dijo que no estabas y que me pasaría con Alex, ¿estás en la empresa?

—No, en el coche, estamos en un atasco en medio del tránsito de Nueva York.

—Paula es mi novia, Chloé, por eso estamos juntos —le aclaró sin dejar de reírse.

—Tu prometida, mi amor, soy tu prometida.

—Ah, no lo sabía, disculpad la indiscreción. —Chloé se había quedado algo cortada, no esperaba esa noticia.

—Claro, Chloé, no te preocupes. Sólo deseaba saludarte, pero habla con Alex, él seguirá con esto hasta que yo me encuentre del todo bien. Espero que no te incomoden tantos cambios, aunque... creo que dijiste que no.

«¡Ah, gabacha, ahora ya sabés que estoy en el medio! Sí, claro, ¿cómo no? ¿Querés trato con él? Pues andá sabiendo que lo vas a

tener, pero sólo profesionalmente.»

—¡Oh, Paula, te deseo una pronta recuperación, por supuesto que no me molesta!

—Sé que estaban planeando un encuentro con Paula —interrumpió Alex.

—Sí, así es, como mi viaje a Washington se pospuso, quedamos en que buscaría un emplazamiento para Mindland en París y después le enviaría una lista de los lugares para que viniera a conocerlos. Entonces firmaríamos todos los contratos.

—Pues, como verás, eso no será posible por el momento.

—Es que acabo de encontrar tres lugares perfectos y no me gustaría perderlos. Tengo un contacto en el mercado inmobiliario y me dio cierta prioridad, pero no me esperará por mucho tiempo. Uno de los locales está sobre Champs Elysées, otro en la Rue du Faubourg Saint-Honoré y el último, en las galerías Lafayette Haussmann.

—¡Vaya lugares! —exclamó Alex mirando a Paula. Ella llevó su mano sobre la de él, que descansaba en la palanca de cambios y sonrió exultante. Alex le guiñó un ojo con complicidad.

—Necesito que venga alguien para darme su aprobación y hacer la reserva cuanto antes.

—Envíame toda la información a mi correo electrónico, lo revisaré hoy mismo. Yo tampoco quiero perderlos, Chloé.

—Mindland en tres lugares emblemáticos de París *est un rêve devenu réalité pour tous! Excuse moi*, con la emoción he mezclado los idiomas; te decía que es un sueño hecho realidad para todos.

—Te he entendido, no te preocupes.

—De acuerdo, Alex, espero tu respuesta cuanto antes. Te mando un abrazo.

—Gracias, Paula también te envía saludos —dijo él cortés, aunque ella hizo una mueca como que no era verdad. Alex se carcajeó en silencio.

—Otro para ella. Un beso, Alex.

La llamada había terminado.

—¿Eso significa que deberás viajar en mi lugar?

—Paula, mi amor, vos no estás en condiciones de hacer un viaje de esa magnitud.

—Lo sé, pero, aun así, me fastidia. —Alex sonrió—. ¿Mis celos te dan risa?

—No tenés por qué sentirlos, no tengo ojos más que para vos, mi amor.

—Pero las demás sí los tienen y sos condenadamente lindo y sé que esa gabacha te tiene ganas.

—Paula, ¿de dónde sacaste eso?

—Intuición femenina, mi vida, y el tono de alegría que mostró cuando la atendiste.

—La alegría en su voz es por lo de los locales. Vamos, preciosa, ya casi estamos llegando a casa y vas a recibir tu sorpresa. No perdamos el tiempo hablando de tonterías.

Se quedaron callados.

—Muy buena ubicación tienen los locales que consiguió, ¿verdad?

—Sí, al parecer son muy buenos emplazamientos.

—¿Podremos ver juntos lo que te envíe? Me había ilusionado con gestionar este proyecto.

—Claro, hermosa, no pensaba hacerlo solo —respondió él y le acarició el carrillo. Ella cogió su mano y se la besó.

—Gracias.

Llegaron al número 60 de la calle Green y entraron bromeando, subieron en el ascensor y, cuando llegaron al cuarto piso, Alexander le hizo cerrar los ojos y se los cubrió con las manos, mientras la guiaba por atrás.

—Tengo miedo de caerme.

—No lo permitiré. Vamos, yo te conduzco, ¿querés tu sorpresa o no?

—Sí, claro.

—Bueno, dale, entonces caminá. Debemos entrar en casa, porque la sorpresa está en el salón.

Entraron al apartamento y Alex se detuvo en cuanto lo hicieron y le preguntó:

—¿Estás preparada?

—Sí, por supuesto.

Alexander le descubrió la vista y ella abrió los ojos. De inmediato, comenzó a gritar y a llorar. Hubiese querido salir corriendo y abrazarse a ellos, pero entre la emoción y su estado de salud, le era imposible. No podía creer lo que estaba viendo, se cubrió la cara y siguió sollozando con gran desconsuelo.

Maxi, Mauricio, Daniela, Clarisa y María Pía estaban en el salón del apartamento y ella no podía creerlo. Sus amigos habían venido desde Buenos Aires y estaban en su casa. Maxi se acercó y la abrazó, aunque lo hizo con mucha suavidad, pues temía hacerle daño. Mauricio se aproximó y le besó la cabeza y le acariciaba la espalda para tranquilizarla.

—¡Hey, si hubiéramos sabido que te pondrías tan triste no habríamos venido! ¿Querés que nos vayamos? Pará de llorar, tonta —la instó Maxi, mientras la llenaba de besos.

—Lo siento, me cogieron por sorpresa. —Todas las demás también se acercaron a saludarla—. Y, además, estoy más sensible que de costumbre.

—Se lo debés a Alex —le dijo Daniela—, fue idea suya.

—Mi amor, gracias. —Se dio la vuelta, le agarró la cara entre sus manos y lo besó—. Sos único. —Alex le guiñó el ojo, muy feliz por verla tan emocionada.

—¿Mamá, vos lo sabías?

—Claro, pero era una sorpresa —Julia también se secaba las lágrimas, mientras dejaba una bandeja con refrescos en la mesita baja del salón.

—¡Ay, Dios, no puedo creer que estén acá!

—Vamos a sentarnos —sugirió Alex, que quería que Paula se sintiera entre algodones.

Se acomodaron en el sofá, Maxi y Mauricio sentados uno a cada lado de Paula.

—¿Cómo estás, Pau? ¿Te sentís mejor? —le preguntó Maxi.

—Me acaban de quitar los puntos y estoy más suelta sin ellos, aunque ya vieron, parezco un robot al caminar. —Se carcajearon—. No quiero reírme mucho, porque después me duele la herida y estoy harta de tantos calmantes. —Se tocó el vientre.

—¡Qué susto nos diste! En cuanto me enteré, juro que hubiera cogido el primer avión, a no ser porque justo estaba en medio de un juicio y no podía. —Mauricio le acariciaba la mejilla mientras le hablaba.

—Y yo justo con un desbarajuste en sueldos.

—Me disculpo una vez más por no haberlos llamado cuando pasó todo, pero no me daba la cabeza para pensar en nada. Cuando Mikel se puso en contacto conmigo me di cuenta de que no los había avisado —se excusó Alex.

—No te preocupes, Alex, lo entendimos perfectamente y Mikel nos puso al corriente de inmediato —intervino Maxi.

—Ni siquiera él, que estaba acá, se había enterado. Fue una casualidad que justo me llamara.

—Intento imaginarme lo que pasaron y me cuesta. Fue un shock cuando nos enteramos en Buenos Aires, pero ahora lo importante es que Paula ya está bien y casi repuesta. —Daniela, como siempre, había sido muy sincera.

—Hay dos días que se perdieron en mi memoria —les contó ella —. Recuerdo el momento en que pasó todo, aunque preferiría borrarlo de mi mente —explicó e hizo una mueca, mezcla de consternación e incredulidad— y, luego, cuando me desperté, estuve bastante aturdida. Mamá y Alex dicen que estuve muy mal.

—Volviste a nacer, hija. El médico nos dijo que muy pocas personas sobreviven a una herida como la que tenías. La mayoría mueren desangrados.

—No era tu momento, Pau. Creo que tenés un ángel que, desde el Cielo, te cuidó con cariño —le manifestó Clarisa, refiriéndose a su padre.

—Opino lo mismo, amiga —afirmó María Pía— y sabés que no soy muy dogmática, pero mi hermana, que es cirujana, también me explicó que era increíble que estuvieras viva con semejante lesión.

Sonó el timbre. Alex hizo un ademán para ir a atender.

—Dejá, querido, voy yo. —Julia se dirigió al interfono, luego regresó y anunció que Mikel había llegado.

María Pía se puso de pie para recibirlo y se fundieron en un abrazo y un beso. Hacía veinte días que no se veían y la distancia les pesaba a ambos. Todos silbaron alentando ese encuentro.

Almorzaron en el apartamento. Alex pidió comida en Van Dam Diner; comieron camarones y pasta fresca y, de postre, pastel de manzana y *lemon pie*.

La mesa del comedor rebosaba de gente, Paula estaba muy animada y eso a Alex lo alegraba mucho. Desde la cocina, mientras destapaba unos vinos, la miraba extasiado, porque de esa forma es como él quería verla siempre, feliz y sin preocupaciones, al menos no con más de las normales. La hora de comer había pasado volando y también la tarde.

Maxi y Daniela se quedaron en el apartamento como huéspedes, mientras que los demás se fueron a casa de Mikel. Como los recién llegados estaban agotados por el viaje, después de cenar, se fueron a dormir.

Paula estaba bastante cansada también; el día había sido muy intenso y con muchas emociones, así que, en la intimidad de su habitación, Alex llenó el jacuzzi y se entregaron al placer de meterse juntos en él.

—Hum, esto es vida. Nada es comparable a un baño de inmersión en tu compañía. Por suerte me quitaron los puntos y ya podemos hacerlo.

Alex la tenía aferrada por detrás, rodeándola con sus brazos, y ella estaba apoyada contra su pecho en el hueco entre sus piernas.

—¿Te dije, Paula...?

—¿Qué cosa?

—Que te amo.

—Tonto, yo también te amo.

—Me encanta verte feliz. Hoy se han vuelto a iluminar tus ojos, con tus amigos cerca, aunque debo confesar que he sentido un poco de celos.

—¡Hey, creí que eso estaba superado! Tu lugar es irreemplazable... Si no, pregúntales cómo andaba yo cuando no estábamos juntos.

—No me refiero a eso, sé que este sitio es mío. —Puso su mano sobre el corazón de Paula.

—Y, entonces, ¿por qué los celos?

—Porque ellos te levantaron el ánimo de una forma que yo, en todos estos días, no logré.

—A mí me parece que sos un egocéntrico, porque si ellos están acá es gracias a vos. Alex, mi amor, comparto con vos otros sentimientos que con ellos no puedo. Aunque Maxi y Mauricio siempre estuvieron a mi lado en los momentos difíciles, no es comparable a lo que me provoca tu compañía. Sé que tu dolor es el mismo que el mío, te siento en el alma. —Alex frunció la boca y cerró los ojos—. Gracias por pensar siempre en lo que me hará bien. —Él puso carita de perdonavidas y Paula lo salpicó con el agua—. ¡*Ojitos*, sos un creído! ¿Te lo dije alguna vez? —Alexander se carcajeó—. ¡Ay, cómo te gusta que te adule! —Paula entrecerró los ojos, calculadora, y él sonrió con picardía mientras arqueaba una ceja—. Pero me encanta, así que no dejaré de hacerlo. —Se besaron —. Tus besos me alucinan, ¿te dijeron que besás muy bien? —Él hizo una mueca indicándole que lo estaba pensando—. No me contestes, engreído. —Él volvió a besarla.

—No puedo creer cómo has cambiado mi vida. Conocerte ha sido lo más hermoso que me pudo pasar. Sos mi alegría, le das sentido a mis días. Todo lo que hago a tu lado es diferente, lo disfruto de otra forma; Paula, nunca imaginé que estar enamorado sería así de lindo. —Alex le acariciaba la mano mientras le hablaba—. Debo regalarte otro anillo, no quiero seguir viendo tu mano sin él.

—Lo siento, no es justo que tengas que volver a gastar, pero el detective Clark dijo que no lo habían encontrado.

—Chis, no tenés que sentirte apenada. Te compraré uno mejor aún.

—No, quiero que sea más sencillo, no deseo que gastes mucho dinero.

—De eso me encargo yo, vos no te preocupes.

—¿Sabés? Se me ocurrió que, como las chicas están acá, podríamos aprovechar para ir a ver los vestidos de las damas de honor. Mañana llamaré a Amanda.

—No quiero que camines mucho todavía, ya oíste al doctor. Te quitó los puntos, pero aún debés guardar reposo.

—Bueno, iremos antes que vuelvan a Argentina —aceptó ella e hizo un mohín—. Igual, mañana hablaré con tu hermana para que nos pase algunas páginas y poder mirarlo en Internet. O, mejor, le diré que venga. No me gustaría que Amanda se pusiera celosa.

—Bien pensado, porque si no la invitás estoy seguro de que se pondrá celosa, y Amanda celosa es insufrible —se rieron—. Salgamos ya, parecemos viejitos de tan arrugados que estamos.

—No quiero salir, quiero quedarme acá con vos y sentir tu cuerpo junto al mío. Extraño mucho que me hagas el amor.

—Paula... mi cuerpo reacciona a tus palabras; no soy de piedra, mi amor.

—Perdón, lo siento.

—No te disculpes, me encantan las sensaciones que despertás en mí, pero calmarlas es imposible en tu estado y debo confesar que es un poco como un suplicio.

—¿Creés que para mí no lo es? Echo de menos nuestra intimidad, aunque así, tan cuidadoso, también me gustás mucho. Me embriaga que estés todo el tiempo pendiente de mí, voy a extrañar todos estos mimos cuando ya esté bien.

—¿Y quién te dijo que voy a dejar de mimarte? —Chasqueó su lengua—. Estás muy equivocada si pensás eso. —Se besaron de nuevo—. Salgamos, Paula, el agua está fría y no quiero que te

resfríes, tus defensas están bajas. Tenemos que seguir todas las indicaciones del doctor.

—Lo sé, protestón, y también sé que no me dejarás olvidarlo, me ha quedado muy claro.

Alex se puso de pie y, después de envolverse una toalla en la cintura, salió de la bañera y fue a por más toallas para Paula. Obsesionado por su cuidado, sólo entonces la hizo salir del agua y la secó con diligencia para que no cogiese frío. Ambos se arroparon con batas y Alex le secó el cabello, pues ella lo había intentado pero, cuando levantaba el brazo, todavía le dolía la herida.

—Listo, ahora te traigo el pijama y te metés en la cama. Hoy estuviste todo el día en danza.

—Sí, estoy cansada —admitió Paula y respiró hondo. En ese instante sonó su teléfono—. ¡Mami! —respondió contenta.

—Hija, llamo para avisarte de que me quedo a dormir en el Belaire.

—Claro, imagino que estarás poniéndote al día con Bárbara.

—Como de costumbre —se carcajearon—. Esperá que te la paso, quiere saludarte.

—Paula, mi amor, ¿cómo estás? —le preguntó la madre de Alex.

—Hola, Bárbara, estoy bien, gracias. Ahora un poco cansada, porque esta mañana fuimos al médico y luego llegaron mis amigos de Argentina.

—Sí, July me contó que tenías visitas y, al mediodía, hablé con Alex y también me lo explicó. Sólo quería mandarte un beso aprovechando la comunicación, pero ya me despido; si no, mi hijo se va a quejar de que no te permito descansar y de que te asfixio. Ya ves, hoy, en vez de llamarte a vos para saber cómo te había ido en el doctor, me comuniqué con él porque dice que no te dejo respirar si te llamo tantas veces al día.

—¿Tu hijo quejándose? Imposible, no te creo. —Paula lo miró y Alex elevó sus ojos al cielo—. Últimamente, está hecho un gruñón, no le hagas caso, a mí me encanta que me llames a diario, al menos me divierto hablando con vos.

—Sí, pero ese hijo mío es un acaparador, sólo quiere que hables con él. —Alex se acercó al teléfono.

—Chao, Bárbara, hasta mañana. Paula se estaba acostando. —Ella lo amonestó con la mirada.

—¿Ves lo que te digo? —protestó su futura suegra.

—No le hagas caso, Bárbara. ¿Cómo está Joseph?

—Por el quinto sueño, más o menos.

—Mandale saludos a mi suegro y preguntale si dejé de ser su nuera favorita, porque, desde que salí del hospital, no me ha venido a ver.

—¿Cómo que no te fue a visitar todavía? Ya me va a escuchar.

—No lo regañes, sé por Alex que está muy ocupado en la empresa; sólo era una broma.

—Por supuesto, querida. Ofelia también te manda saludos.

—Mandale un beso a esa vieja hermosa. Acá, el celoso de tu hijo se queja de que Ofelia me envía saludos sólo a mí.

—No me extraña, pero que se aguante. Es tu momento, mi vida, nos toca a todos mimarte.

—No me hagas reír, que recién salgo de bañarme y estoy sin la faja.

—*Sorry! I'm so sorry, baby*, andá a la cama a descansar o, si no, mañana mi hijo me llamará y me dará un sermón. *Sweet dreams, baby*, y un beso a mi bebote.

—Gracias, hasta mañana, se lo daré de tu parte.

—De parte de Ofelia también, pero hacelo sufrir, no se lo digas todavía.

—Basta, me hacés reír, ciao —se despidió Paula y cortó—. Tu madre es imparable, ¡cómo la quiero!

—Mamá puede llegar a ser muy abrumadora, lo sé, pero tiene un corazón único.

Ya estaban ambos metidos en la cama y Alex había llevado consigo su ordenador para ver lo que Chloé le había enviado. Paula se acercó a él para revisar todos los datos también.

—Alex, creo que no hay nada que pensar, mi amor. Aunque el local de Lafayette no es de gran tamaño, creo que eso es lo de menos. Encontrar un emplazamiento ahí adentro es una oportunidad muy valiosa, es de los lugares más visitados por los turistas.

—Lo sé, Paula, pero es pequeño, sinceramente, no me convence.

—Pensalo así: vamos a estar en tres de los puntos neurálgicos de París; el local es chiquito, lo sé, pero una vez que estemos en la galería, será más fácil enterarnos si se libera otro y podremos cambiarnos.

—No es lo que estamos acostumbrados a ofrecer.

—Pero es París y es Lafayette.

—Es tu proyecto o sea que, si así lo querés, tenés mi apoyo, pero no estoy seguro del todo.

—En Argentina, también tenemos tiendas de ese tamaño y no nos fue tan mal.

—Pero es diferente, acá están puestos los ojos de todo el mundo.

—Lo sé, entiendo perfectamente a qué te referís, pero para mí no representa un verdadero problema. No es el único espacio que abriremos en París y los otros dos tendrán todas las comodidades que siempre damos a nuestros clientes.

—Sí, eso es cierto, pero, cuando Chloé mencionó Lafayette, pensé que éste sería el mejor, creo que por eso me decepcioné tanto.

—Bueno, pero tendremos presencia en la Rue du Faubourg Saint-Honoré.

—Sí, pero mirá el mapa, creo que está un poco alejado de las grandes tiendas. No sé, habría que ir y ver la zona. El de los Champs Elysées es perfecto. Mañana llamaré a Chloé.

—¿Irás a París?

—Tendré que hacerlo.

—Me había ilusionado con ir, no conozco Europa.

—Ya viajaremos.

—¿Por cuántos días te irás?

—Intentaré que sean pocos.

—No te preocupes, andá tranquilo y atendé eso que es muy importante, yo creo que mamá se va la semana próxima. Si viajás después, podría quedarme en el Belaire.

—Me parece una idea estupenda; de esa manera estaría muy tranquilo y podría concentrarme en los negocios.

—Lo sé, por eso te lo dije, quiero que te centres en la sucursal de Mindland en Francia.

—Bueno, ahora a dormir, que yo también estoy muy cansado.

—¿Puedo pedirte algo?

—Lo que quieras, Paula.

—¿Podemos cambiar de lugar? A ver si logro ponerme del costado donde no está la herida y así podemos dormir abrazados.

—Claro, me encantará hacerlo, probá si no te resulta incómodo.

Cambiaron de lado de la cama, Paula reptó con dificultad por encima de las sábanas y Alex se aferró a su cuerpo. Quedaron frente a frente en la oscuridad de la noche.

—¿Estás cómoda?

—Sí, es el estado perfecto para dormir.

—Hum, para mí también. —Le besó la nariz—. Hasta mañana, mi amor.

—Hasta mañana.

—¿Te incomoda mi brazo ahí? Mirá que puedo bajarlo, también puedo poner la mano sobre tus caderas.

—Mejor dejala donde está, *Ojitos*, lo otro sonó demasiado tentador.

Alex sonrió, le dio un beso en la boca y se durmieron.

Capítulo 5



POR la mañana, Paula despertó con las piernas enredadas a Alex, que aún dormía. Tenía la mano aferrada a sus nalgas y ella se quedó extasiada mirándolo dormir; como cada día que abría los ojos, le pareció que estaba soñando despierta. La alarma empezó a sonar, pero Paula no se pudo dar la vuelta con rapidez para detenerla. Le extrañó que él la hubiera puesto, sobre todo porque estaban Maxi y Daniela en la casa. «Qué raro, no me dijo que pensaba ir a la empresa», pensó.

Alex abrió los ojos y la vio observándolo; le dio un beso, luego se estiró por encima de su cuerpo y apagó la alarma del teléfono, que había quedado sobre la mesilla de noche.

—¡Buenos días!

—Buenos días, lindo, ¿vas a ir a la empresa que pusiste la alarma tan temprano?

—No, vamos a salir de paseo. ¿Dormiste bien? —le preguntó algo adormilado aún.

—¿De paseo? ¿Adónde? Ayer no me dijiste nada —dijo ella intrigada.

—Porque quería sorprenderte otra vez. ¿Dormiste bien? —volvió a insistir.

—Espectacularmente bien.

—Vamos a levantarnos o se hará tarde, Maxi y Daniela ya deben de estar poniéndose en marcha.

—¿Ellos sabían que íbamos a salir?

—Todos lo saben, por eso ayer tu mamá se fue al Belaire; la sorpresa es para vos.

—Pues gracias por la sorpresa, pero me siento la más estúpida. Esto es como que te pongan los cuernos, parece que soy la última en enterarme.

—Si te ofende, no vamos.

—No, no es eso. —Paula se sintió apenada por su falta de tacto —. ¡Ay, no me hagas caso, Alex! Soy una bruta, perdoname; sé que es con buena intención. En realidad, creo que sentí celos de tu complicidad con ellos.

—¡Ah, no me digas eso!, porque entonces el que se pondrá celoso seré yo por querer la exclusividad con tus amigos. —Se rieron y Alex le dio un sonoro beso—. Vamos o va a hacerse tarde.

—¿Adónde vamos? Supongo que debe de ser algo tranquilo, porque, si no, no lo hubieses planeado.

—Chis, por supuesto que tomé todas las precauciones, tu salud es lo primero; ¡ahora a vestirse!

Alexander ya se había levantado y estaba dentro de unos vaqueros que le quedaban que ni pintados. Se estaba poniendo una camiseta blanca, cuando Paula justo empezaba a incorporarse en la cama.

—¿Te ayudo?

—No, amor, está bien, aunque lo haga lentamente, tengo que comenzar a arreglármelas sola. No puedo depender siempre de vos y mamá. Aspiro a que cada uno vaya recobrando su vida poco a poco.

—Bien, pero te echo una mano con la ropa, Paula, para mí no es molestia.

—Si no puedo, te aviso.

—Vestite con ropa liviana, con algo informal.

—¿Adónde vamos?

—No seas curiosa, ya te enterarás.

Alex y los demás estaban en la cocina preparando el desayuno y parloteando cuando ella entró en el salón.

Estaba impecable: se había vestido con unos vaqueros blancos, una camisola que parecía un pañuelo, ceñida a la cintura con un lazo, en tonos blancos, celestes y azules, y unas sandalias a juego.

—¡No sean tan obvios! Ya sé que no debo enterarme de adónde vamos, pero dejen de cuchichear y disimulen un poco cuando entro.

—¿Y para qué vamos a disimular si ya estás enterada? No te hagas la ofendida, que no te pega —le dijo Maxi cuando se acercó para darle un beso en la mejilla—. ¡La sorpresa te va a gustar!

—¡Traidor! —le espetó Paula en la cara.

—¡Ah, ya veo por dónde va la cosa! —Maxi levantó un dedo a modo de advertencia—. ¡Traidor no! —Le aclaró—. Vos sos mi amiga y como tal deberías saber que sé guardar un secreto. Sentate que ahora te servimos el desayuno.

Cuando terminaron de almorzar, acabaron de prepararse; Paula fue a por su bolso y, finalmente, salieron todos juntos del apartamento. En la calle, estaba estacionado el automóvil de Paula.

—Le pedí a Heller que trajera tu coche, en el mío no íbamos a caber.

—¿Éste es tu coche, Pau?

—Sí, amiguito mío, ¿te gusta? Me lo regaló Alex.

Maxi silbó.

—¿Que si me gusta? ¡Está de muerte!

A mitad de camino, Paula volvió a insistir.

—¿Adónde vamos, Alex?

—Ya estamos a punto de llegar.

—¿Me parece a mí que estamos yendo hacia el aeropuerto? —Él la miró y sonrió, pero no le contestó—. ¡Ay, díganme, ya no aguanto más la intriga! —Entraron en el estacionamiento del aeropuerto—. ¿Adónde vamos, el doctor autorizó este viaje?

—Tranquila, es un trayecto muy corto. Lo llamé y te dio permiso, aunque me extraña que lo preguntes, ya sabés que no haría nada

que él no autorizase. Además, no será un viaje común. Esperá un poco y vas a ver.

Dentro de la terminal, Alex sacó el móvil y llamó a Heller, que se había encargado del equipaje de todos. Después de facturar, les indicaron la puerta, pasaron por migraciones y fueron directos a la pista.

Un jet Bombardier Challenger 850 los esperaba allí.

—¿Vamos a viajar en un jet privado?

—¡Ajá! Necesitaba cerciorarme de que ibas a poder viajar cómoda y de que no serían muchas horas de vuelo.

—¡Alex, esto es una exageración! —Iban caminando de la mano; cuando llegaron a los pies de la escalinata, la azafata los aguardaba con una silla de ruedas—. No voy a sentarme ahí —protestó Paula—, voy a subir por la escalera; no estoy enferma.

—No lo harás, no te esforzarás y, con respecto a que no estés enferma, no es del todo cierto, porque estás en pleno postoperatorio —la retó Alex en tono autoritario.

—¡No quiero que me suban en una silla de ruedas!

—Muy bien, entonces te levantaré yo y no habrá más discusión.

—¡Alex!

—¡Paula! ¿Vamos a seguir discutiendo? Por más privado que sea el vuelo, debe salir en hora. Basta de caprichos, no pienso ceder. Si no, nos volveremos a casa y les arruinaremos la estancia a tus amigos, vos decidís. —Se quedaron mirando a los ojos fijamente.

—Está bien, subiré como vos creas que es mejor.

—¿Silla o...? —Levantó los brazos y se los enseñó.

—Como vos quieras.

La levantó y la llevó en brazos hasta que entraron en la cabina, donde estaban todos ya acomodados. Los demás habían subido mientras ellos discutían a los pies de la escalera. Al entrar, el piloto les dio la bienvenida y les presentó a la tripulación. Paula y Alex los saludaron amablemente con un apretón de manos, entraron y allí se encontraron con sus amigos.

La tapicería de la aeronave era de cuero en las butacas y de felpilla gris en el diván emplazado en el segundo compartimento del reactor. La mesa extensible era de madera lacada oscura, igual que el resto de los espacios para almacenaje que había en el jet. Se colocaron en las butacas y, entonces, el piloto dio las indicaciones del vuelo por el altavoz, el tiempo aproximado para llegar a destino y les contó, además, que el clima era excelente. Paula se enteró en ese momento adónde iban.

—¿Vamos a Miami?

—Así es, pasaremos la semana en compañía de nuestros amigos. Te lo dije en el hospital, cuando te despertaste de la sedación. ¿No te acordás de que te avisé de que iríamos a terminar tu recuperación allá? Creí que, a estas alturas, ya te habrías dado cuenta del destino. —Paula cogió su cara entre las manos y lo besó apasionadamente delante de todos.

—Alex, basta de tantas atenciones. La verdad es que no lo recordaba, esos días en el hospital estaba bastante aturdida.

—Todos queremos colaborar en tu recuperación, así que te vamos a mimar mucho, Pau —dijo Mauricio.

—Tenerlos acá para mí es más que suficiente, debo confesar que los extrañaba mucho.

—Y nosotros a vos. Ahora, dejame decirte algo: sea acá o en Argentina, los problemas te siguen, Paula, ¿cómo mierda hacés para conseguirte tantos?

—¡Ay, Mauri, tengo que reconocer que tenés razón! Soy una experta en atraerlos, ya sabés que es lo que les digo siempre, conmigo jamás se van a aburrir. —Todos se rieron—. Aunque hoy, en particular, deberían agradecérmelo —bromeó mientras asentía con la cabeza—. ¡Sí, miren dónde estamos, en un avión de lujo volando hacia Miami! —Se carcajearon—. Y, a propósito, déjenme decirles que son todos unos traidores, porque estaban confabulados con Alex y yo no sabía nada.

—¿Te miman así y encima te quejás? —Maxi puso los ojos en blanco—. Lo tuyo es vergonzoso.

—No me quejo de Alex. —Lo miró y levantó la mano que tenía aferrada a la suya para besársela—. Lo digo por ustedes, que se alían con él y dicen después que son mis amigos.

—Lo que pasa es que estás celosa. Creo que Alex te está consintiendo más de la cuenta, estás realmente insufrible; sé lo que te digo, hombre, estás alimentando a un monstruo.

—¡Maximiliano García! No puedo creer lo que estoy oyendo, ese comentario podía haberlo esperado de Mauricio, pero ¿de vos? ¡Y después te atrevés a decir que sos mi mejor amigo!

—¡Basta! Empiezan bromeando y terminan enojándose en serio, los conozco —los amonestó Daniela.

—Paula, no puedo creer que nos vayamos a pasar una semanita en Miami, ¡y pensar que nosotras teníamos planes para venir en estas vacaciones de invierno! —María Pía se estiró y aferró la mano de su amiga.

—¿Pensabas venir a Miami?

—Sí, Alex, ésos eran nuestros planes. Había arreglado mis vacaciones de verano con Maxi y Dani, y las de invierno con Mapi.

—¡Vaya! ¡Cómo han cambiado las cosas! —intervino Mikel cogiendo la cara de su chica y estampándole un beso en los labios.

—Ya lo creo. Ese viaje a Argentina nos cambió la vida, amigo. —Alex y Mikel chocaron sus puños.

—¡Y menos mal que fuimos a Argentina y las conocimos! ¡No quiero ni imaginarme lo que hubieran hecho ellas dos solas en Miami!

—Yo tampoco quiero imaginármelo.

—¡Uf! ¿Estas dos solas en Miami? No, Alex, mejor no te lo imagines —se carcajearon todos con la última acotación de Maxi.

—¿Conocés Miami, María Pía?

—Sí, Alex, y como me gustó tanto, tenté a Paula para que viniéramos durante el invierno argentino.

—¡Estás jodido, primo, tu chica ya estuvo en Miami! ¡Ja! Vos te salvaste, Alex.

—¡Ja! Esa acotación estuvo de más, Mauricio Estanislao, pues tu novia es como la cuarta vez que viene, así que mejor callate. —María Pía le sacó la lengua.

—Conmigo no se metan, que yo no me metí con nadie. Además, no entiendo qué tiene de malo venir a Miami con amigas.

Alex y Mikel se miraron con complicidad.

—Mejor acabemos esta conversación aquí —dijo Alexander con rotundidad.

—¿De qué te estarás acordando que querés que esto se acabe? Sos un zorro, ya vi cómo mirabas a Mikel —le espetó Paula pellizcándole el brazo a Alex—. Creo que nosotras distamos mucho de las señoritas que frecuentarían ustedes dos.

—¡Ay, eso ha dolido!

—Fue lo que quería, listillo. —Alex se llevó la mano de Paula a la boca y le besó los nudillos—. No sé a qué amiguitas habrán conocido, pero seguro que ninguna de nosotras somos como ésas.

—¡Eso, amiga! —contestaron al unísono las implicadas.

—¿Y tu anillo de compromiso, Paula? —preguntó Daniela al no vérselo puesto en la mano.

—Me lo quitó la zorra de Rachel en el ataque —contestó Paula con verdadero pesar y Dani no supo dónde meterse; se sintió fatal por haber preguntado y haberla hecho recordar ese trago—. No te apenes, no podías saberlo.

—Lo siento, pregunté sin pensar.

—Pronto le regalaré otro, pero no tuve tiempo de comprarlo.

—Cambiando de tema, Paulita, amiga de mi corazón... Cuando regresemos a Nueva York, quiero conducir tu coche. —Maxi buscó la mirada de su amigo para desviar el tema a propósito—. ¡Mauricio, esta pendeja lleva un Maserati GranTurismo!

—¿Qué? —exclamó Mauri abriendo los ojos como platos.

—Me lo ha regalado Alex —contó Paula, mientras le acariciaba el mentón.

—Me lo tenés que agradecer a mí también, Paulita, si no hubiera sido por mis contactos no hubiese conseguido ese coche —se

pavoneó Mikel.

—Sí, es cierto. Mikel lo encontró idéntico al que quería y en un tiempo récord. En realidad, todos mis vehículos me los ha procurado él, también los de la compañía —explicó Alexander.

—¿Qué coches tenés, Alex? —le preguntó Mauricio con verdadero interés.

—En Nueva York, tengo un Alfa-Competizione y también uso los Audi de la empresa.

—No les cuentes los que tenés en Miami —lo interrumpió Mikel—. Dejá que se sorprendan cuando los vean, les aseguro que se volverán locos por conducirlos.

—¿Qué vehículos tenés, mi amor? Yo tampoco lo sé, aunque recuerdo una conversación en tu casa cuando compraste el mío. Tu madre dijo, en esa oportunidad, que en Miami tenías otros coches italianos.

—¡Ah, bueno! Ya estoy intrigado yo también. ¿Tenés un Ferrari? —preguntó Maxi sin contenerse.

—No —dijo Alex con una sonrisa—. En realidad, era lo que pensaba comprarme, pero acá mi adorado amigo me terminó convenciendo de que optara por los dos que tengo.

La voz del piloto interrumpió la conversación de repente y les anunció que estaban aproximándose al aeropuerto internacional de Miami y les pidió que se ajustaran los cinturones.

—¡Que rápido se pasó el viaje! —exclamó Paula y suspiró sobresaltada—: ¡Alex, no traje equipaje y vos tampoco!

—Tranquila, mi amor, ayer cuando nos fuimos al médico, Julia nos preparó todo y Heller nos lo ha traído.

—¡Qué bien que lo organizaron todo! Me tenés tan atarantada que no me di ni cuenta. Y también tenés de cómplice a mi mamá, ¿eh? *Ojitos*, sos realmente peligroso. —Lo cogió por el mentón y le dio un besazo.

Habían llegado a la ciudad del sol, el cielo era azul intenso y la temperatura muy cálida. Descendieron del jet, Alex llevaba abrazada

a Paula como si fuese su trofeo, caminaba feliz a su lado y estaba exultante, pues los amigos les habían levantado el ánimo.

Se acercaron a la oficina de alquiler de vehículos, en la que, el día anterior, Alexander había encargado una furgoneta por teléfono para que pudieran trasladarse juntos hasta su apartamento. Mikel, que conocía muy bien el camino, se puso al volante y se encaminó hacia Miami Beach. El trecho que debían recorrer no era extenso, tan sólo estaban a veinte minutos de su destino. Llegaron a la carretera estatal de Florida, pasaron por la isla Watson, cruzaron el McArthur y tomaron Alton Road hasta llegar al 100 de South Point Drive.

—¡Vaya! ¡Ese edificio es enorme! Miami es como la imaginaba —acotó Paula, mientras miraba los alrededores.

—Lo pasaremos muy bien, mi amor. Este lugar es muy tranquilo, propicio para que descanses y te recuperes del todo.

—Siempre y cuando esté a tu lado, estoy bien; no me importa dónde.

Bajaron de la furgoneta y accedieron al vestíbulo del edificio. Tras saludar al portero, Alex los guió hasta la zona de los ascensores, donde tuvieron que subir en diferentes aparatos. En el ático, Alex, aferrado a Paula y con su llave en la mano, abrió la puerta. Al entrar, dejó el equipaje de ambos en el recibidor.

Un pasillo revestido en madera oscura les dio la bienvenida. Pasaron frente a un ascensor y a una escalera, siguieron caminando por el pasillo hasta acceder al salón principal, de grandes dimensiones, cuyas paredes estaban vidriadas por todos lados, ofreciendo una espectacular vista del mar.

—¿Dios, Alex, este lugar es tuyo?

—Mi amor, lo usamos todos, es patrimonio de la familia.

—¡Es enorme! No sé qué es más impactante, si la casa de Los Hamptons o esto.

Como Mikel ya lo conocía, no estaba asombrado, pero los demás se habían quedado boquiabiertos.

—Es un lugar precioso —dijo María Pía. Los otros estaban tan apabullados por el lujo que no emitían sonido alguno.

—Siéntanse como si estuvieran en su casa. Sé que, a simple vista, este lugar intimida, pero, por favor, no quiero que lo sientan así. Lo digo con humildad, pues que mi familia tenga una buena posición económica no cambia la esencia de las personas, sigo siendo el mismo que conocieron en Buenos Aires, ¿verdad, mi amor?

—Sí, por supuesto. Si no fuera así, no podría estar con él, ustedes me conocen. Quiero pasear por este lugar, mostranos las estancias, mi vida.

—Claro, ¡hey, vamos! Relájense o me van a hacer sentir mal —les pidió Alex, mientras le palmeaba la espalda a Maxi, al tiempo que Mikel hacía lo mismo con su primo.

—Perdón, Alex, es que este lugar es realmente apabullante. Tu apartamento es muy bonito, pero esto es increíble —se sinceró Maxi.

—Hace muchos años que pertenece a mi familia, pero mi hermana, mi cuñada y mi madre se encargaron de remodelarlo hace un par de años.

—¡Vaya! Tienen un gusto espectacular —exclamó Daniela.

—Sí, mi suegra y mi cuñada son exquisitas y Lorraine, la cuñada de Alex, también lo es. No me extraña que hayan dejado este lugar así.

—¡Yo quiero una foto en cada rincón para mostrar en la empresa que estuve en la casa del *big boss*!

—¡Ay, Maxi, sos tremendo! —dijo Clarisa—. ¡Sólo a vos se te puede ocurrir decir eso! —Todos se carcajearon.

—Alex acaba de decir que me sienta como en mi casa, así que no me voy a poner a fingir, soy así.

—Me parece perfecto, Maxi, vamos a recorrer el ático.

El comedor y el salón estaban integrados; en el espacio había una mesa para doce comensales, sobre la cual pendía una lámpara de caireles enorme y majestuosa; a su alrededor, sillas de estilo barroco español con altos cabezales. La fastuosa sala, en tonos crema, que había dejado a todos patidifusos, tenía tres lugares de

reunión delimitados y, en el punto central, había un armario de ébano de grandes dimensiones, que llegaba hasta el techo artesonado; una obra arquitectónica que parecía el altar de una iglesia. Esa pieza antigua contrastaba con el estilo moderno del resto de los muebles y del ambiente en sí.

Salieron a la terraza que rodeaba el piso. Desde la altura, el mar ofrecía un espectáculo indescriptible. Caminaron hasta dar con una glorieta, montada sobre una plataforma de madera, donde había sillones preparados para disfrutar de la pantalla que ocupaba toda la pared trasera. Junto a la construcción había una mesa para catorce personas, armarios de almacenaje, un bar y una barbacoa.

Desde ahí, se podía subir por una escalera hasta la otra planta del ático, donde estaban las otras habitaciones.

Siguieron recorriendo la terraza y bordeando el apartamento. Así llegaron a la sauna y a una piscina climatizada con pérgolas alrededor, donde estaban montadas algunas tumbonas sobre plataformas de madera y un jacuzzi al aire libre.

—Alex, este lugar es precioso, gracias por invitarnos —dijo nuevamente María Pía.

—Vamos a disfrutar mucho —le contestó él. Los demás siguieron paseando por la terraza, pero Paula y Alexander se quedaron un poco rezagados.

—Te odio, porque no te voy a poder disfrutar en esta casa como me gustaría —le dijo Paula al oído y él echó su cabeza hacia atrás y sonrió en silencio. Iba con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, sacó una y la aferró por la cintura.

—Tranquila, la tortura será mutua. Ambos imaginaremos lo que podríamos hacer pero no podemos —enarcó una ceja—; apenas estés repuesta, volveremos —le susurró—. Te prometo que, cuando regresemos, te haré el amor en cada uno de estos lugares. —Paula se tapó la cara.

—Dios, no te digo lo que me acaba de pasar, porque en el estado en el que estoy creo que es hasta vergonzoso sentirse así.

—Te amo, Paula, quiero que toda esta pesadilla se acabe pronto, que recuperemos nuestra vida, que llegue la fecha de nuestra boda y que el mundo entero se entere de que sos mi esposa, porque no hay otra cosa que desee más en este momento; sólo sueño con el día en que te conviertas en la señora Masslow.

—Alexander Joseph Masslow, no hay nada que anhele más que llevar tu apellido, aunque ya me siento tuya en todos los sentidos. —Mientras le hablaba, le acariciaba la frente, él se acercó seductoramente y la besó.

—Perdón, señor Alex, bienvenidos.

—Oh, Berta, ¡buenos días!

—Mi amor, ella es la casera del lugar y será la responsable de nuestra alimentación durante nuestra estadía. Berta cocina como los dioses, ya verás. Le presento a mi prometida, la señorita Paula.

—Un gusto, señorita.

—El gusto es mío, Berta. —Paula le extendió la mano—. La felicito, este sitio está impecable.

—Muchas gracias, pero no lo atiendo sola; la verdad, no creo que pudiera, es tan grande... aunque casi nunca hay gente. Cuento con la colaboración de mi esposo.

—Por cierto, ¿y Felipe?

—Fue a buscar las compras que hice esta mañana temprano, como usted me avisó ayer de que vendría, hubo que surtir la despensa.

—Claro, Berta. Venga que voy a presentarle al resto de nuestros invitados.

—Déjeme decirle a la señorita que arreglé la habitación grande para ustedes. Si falta algo, sólo tiene que avisarme y, con gusto, se lo solucionaré.

—Tranquila, Berta, soy muy sencilla, seguro que todo va a estar perfecto.

Se acercaron a los demás, que se habían quedado en el borde de la piscina climatizada. Mikel ya conocía a Berta, así es que se levantó para saludarla y le presentó a María Pía en seguida, dándola a

conocer como su pareja. Después de los saludos, entraron en la casa y terminaron de recorrerla.

—Hagan y deshagan en la casa como si fuera de ustedes —les volvió a repetir Alexander, para que se sintieran verdaderamente a gusto—. Hagan uso de todo y siéntanse muy cómodos, por favor.

Paula y Alex se fueron hasta la habitación principal; Berta se había encargado de subir sus pertenencias cuando aún estaban de paseo por el ático.

Paula se detuvo frente a uno de los ventanales y se quedó con la vista perdida, extasiada mirando al infinito. Y es que el diseño de la vivienda invitaba a ello, pues parecía un mirador gigante con vistas a la bahía, al mar y a la ciudad. Alex se acercó por detrás y la abrazó cogiéndola por sorpresa.

—¿No estás cansada? —le preguntó al oído, mientras le besaba el cuello.

—No, me siento increíblemente bien, no te preocupes.

—Hum, me gusta mucho cómo te vestiste hoy. Ese color te sienta muy bien.

Paula levantó su mano sin darse la vuelta y le acarició la nuca. Alex le rozaba el torso con cuidado, sus manos la recorrían y la adoraban; ella cerró los ojos para percibir mejor la magia de sus caricias... En ese instante sintió un tirón en la herida, pero se aguantó e intentó que Alex no lo notara. Desde el ataque, los momentos íntimos con él habían sido muy pocos y no quería estropearlo. Se volvió, le ofreció la boca de manera muy seductora y lo besó.

Sus lenguas se encontraron de forma exquisita. Entonces, se arrullaron y se mimaron como pudieron, pero sus cuerpos no lograban detener las sensaciones que se les despertaban. Alex le recorría la espalda con las palmas de las manos, quería devorarla y, de pronto, se apartó, porque a ambos les faltaba el aire. La miró con amor y deseo y, sin contenerse, la levantó para depositarla en la cama. Se quedó unos instantes mirándola, se acostó a su lado, le apartó el pelo de la cara y le acarició los labios con sus manos. La

besó con desenfreno, apresó su boca y mordió sus labios, le dio pequeños tironcitos y luego se los lamió.

—Hermosa.

—Hermoso.

Volvió a lamérselos y Paula le dio entrada a su boca. Alex no pudo controlarse más y la besó de forma arrebatadora, desató el lazo de la blusa y metió su mano bajo la tela hasta apoderarse de sus senos. Desmedido y sediento de su cuerpo, los acarició sobre el encaje del sostén, violento, ardiente. Su mano le apretaba uno de sus pechos y se sintió su dueño. Con su boca, bajó hasta el cuello y dejó un sendero de besos en él, hundió su cara por encima de la blusa, pero, de pronto, reaccionó y se quedó estático, suspirando con dificultad.

—Perdón, mi amor, no sé lo que me pasó.

—No, Alex, no te disculpes. Tus besos y tus caricias son la evidencia de que estoy viva para sentirte.

—Me dejé llevar, Paula, parezco muy inmaduro.

—Durante el tiempo que dure mi postoperatorio, quizá podríamos mimarnos como si fuéramos adolescentes. No está mal, después de todo, besos, caricias y guardarnos las ganas de algo más para cuando pueda. A mí no me molesta... Ahora, si para vos es muy incómodo, podemos evitarlo.

—Dios, me había olvidado de cómo era quedarse con tantas ganas de más —suspiró Alex y recostó la cabeza en los senos de Paula mientras intentaba calmar su respiración—. Hum, es hermoso sentir cómo late tu corazón.

Capítulo 6



—¿*Alex*, te dormiste? —Se habían quedado en silencio.

—No —contestó él con la voz bastante adormilada—, pero falta poco. Sabés que me encanta que me toques el cabello, me relaja.

—Creo que estás muy cansado, fueron demasiados días durmiendo mal en el hospital.

—Chis, seguí jugando con mi pelo.

—Tengo hambre, debería comer algo, acordate que debo consumir alimentos en pequeñas cantidades.

—¿Qué querés comer?

—Quedate descansando, voy a la cocina y a ver qué encuentro.

—De acuerdo, creo que aceptaré tu propuesta.

Alex estaba muy aletargado, así que no se opuso al ofrecimiento; se acomodó en su lado de la cama y se abrazó a la almohada, mientras Paula se levantaba despacio. Ella fue al baño primero y luego salió hacia la cocina. Allí se encontró con Berta, que estaba empezando a preparar la comida.

—¿Necesita algo, señorita?

—Hola, Berta, busco alguna cosa para comer. No sé si Alex le explicó que tengo que ingerir pequeñas cantidades cada tres o cuatro horas, para poder asimilar bien los alimentos.

—Sí, no se preocupe. Él ayer me dio todas las indicaciones y le he preparado compota de frutas y gelatina; también tiene frutas

frescas, porque él me dijo que es lo que más consumía entre comidas. Para el mediodía, le estoy cocinando un pescadito marinado y vegetales frescos.

—Hum, suena tentador.

—Se va a chupar los dedos, señorita, se lo estoy preparando con mucho amor.

—Gracias, Berta, es usted muy amable.

—Dígame qué quiere comer ahora y en seguida se lo preparo, señorita Paula.

—No se preocupe, Berta, yo me sirvo. No quiero atrasarla en sus quehaceres, además, está cocinando para un batallón. —Paula le acarició la espalda—. Y dígame Paula a secas, ese «señorita» nos impone una gran distancia.

—Usted no me retrasa.

Paula seleccionó algunas frutas de las que estaban en la encimera y las acomodó en un plato que sacó del compartimento donde Berta le indicó que se guardaban, y en uno de los cajones, consiguió un cuchillo y se sentó a la mesa de la cocina; mientras comía, miraba embelesada el paisaje marítimo.

—¿Cuánto hace que trabaja acá, Berta?

—Ocho años. ¿Sabe? Mi marido es el primo de Ofelia.

—¿En serio? ¡Mi viejita querida! Adoro a Ofelia.

—No vaya a creer que andamos chismorreando, pero ella también la quiere mucho a usted. No sé si lo sabe, pero el señor Alex es su preferido.

—Sí, claro que lo sé.

La mente de Paula empezó a ir a mil: «Berta también debió de conocer a Janice. ¿Habrá venido muchas veces con Alex acá? Tal vez podría preguntarle. No, no quedaría bien».

—Señorita Paula, le presento a mi esposo, Felipe. —La voz de la sirvienta la hizo salir de su abstracción.

—Un gusto, Felipe —se limpió las manos y le ofreció una a modo de saludo.

—El gusto es mío, señorita.

—¿Ustedes son mexicanos, como Ofelia?

—Sí, de ahí mismito.

—Yo soy argentina.

—¡Ah, como la señora Bárbara! —acotó Felipe.

—Sí, claro, como ella.

Felipe se disculpó y se retiró para seguir con sus tareas.

—¿Viene muy seguido la familia, Berta?

—Durante los primeros años sí, pero cuando compraron la casa de Los Hamptons, dejaron de hacerlo. Mientras hacían las remodelaciones, la señorita Amanda venía a menudo, pero luego ya no. Los demás, cada tanto, se pasan por acá algún fin de semana, pero quien más la usa es el señor Alex.

—Ah, y... ¿viene solo?

—Suele venir con el señor Mikel.

«Canallas —pensó Paula—, deben de salir de andanzas. Dale, animate, Paula y preguntale en confianza.»

Tomó coraje y formuló la pregunta:

—¿Con la señora Janice venía seguido?

—¿Por qué no me preguntás a mí en vez de a Berta? —Alexander entró en la cocina, descalzo y con el pelo revuelto.

—¡Alex! Creí que dormías.

—No, sólo dormité un rato. —Se apoyó en la mesa y en el respaldo de la silla y le dio un ruidoso beso en los labios. Cuando se apartó, Paula le introdujo una fresa en la boca y ambos determinaron dejar el tema de lado.

—Están todos en la piscina, ¿vamos para allá?

—Dejame ponerme ropa más cómoda.

Paula quiso recoger el plato, pero Berta no se lo permitió.

—Berta, cuando nos vayamos a la terraza, ¿podrías acomodar nuestras prendas en el guardarropa?

—Por supuesto, señor Alex, yo me encargo.

—Muchas gracias.

Se metieron en el dormitorio para cambiarse.

—¿Te coloco un parche impermeable para proteger la herida? ¿Por si querés que entremos en el jacuzzi?

—¿Los trajiste? —Él se los enseñó—. Alex, sencillamente, pensaste en todo, mi amor. —Le tiró un beso y él le guiñó un ojo—. ¿Y este traje de baño? Esto no es mío. —Sacó un bañador entero de entre sus pertenencias.

—Sí es tuyo, Amanda te lo compró para que la herida no quedase expuesta con tu biquini. —Ella lo miró asombrada—. Cuando llamé al doctor, me dijo que la protegieras del sol. Creo que debe de haber otro más; si no te gustan después nos vamos de compras y elegís un par a tu gusto.

—O sea que todos eran cómplices en esta sorpresa. Y vos anoche me mandaste a hablar con Amanda por teléfono, vení acá.

Lo llamó con el dedo índice y su requerimiento fue casi una orden para él, que se aproximó a ella sin chistar. Tenía los vaqueros desabrochados y se había quitado la camiseta; estaba muy sensual. Ella se sentó en el borde de la cama—. Ayudame a quitarme los pantalones.

Alex la asistió y aprovechó para besarle las piernas.

—Hum, adoro el aroma de tu piel. —Le sonrió con picardía—. ¿Necesitás más ayuda?

—El parche impermeable —le dijo Paula con voz seductora mientras se quitaba la blusa y le enseñaba dónde colocárselo.

—Estoy tan caliente, Paula, que hasta ponerte el parche me resulta excitante. —Se carcajearon—. Listo. ¿Vas a colocarte la faja?

—Debería.

—Sí, deberías.

Pasaron el tiempo en la terraza, disfrutando del sol de Miami. Almorzaron ahí y luego siguieron gozando del relax al que se habían entregado. Alex y Paula no pararon de mimarse, recostados en la pérgola junto a la piscina.

—¿Estás cansada?

—Un poquito.

—Hoy anduviste mucho.

—No fue tanto, pero aún no estoy recuperada del todo, no les puedo seguir el ritmo.

—Chis, cerrá los ojos, dejame acariciarte así. —Le masajeó la frente, las cejas, le besó los ojos y le recorrió la nariz—. ¿Qué estabas preguntándole a Berta cuando entré en la cocina? —Paula abrió los ojos y lo miró fijamente.

—No me acuerdo.

—Mentirosa, te acordás muy bien. Le estabas preguntando si yo venía a menudo acá con Janice.

—Si lo sabías, ¿para qué me preguntás? Es de mala educación escuchar tras las puertas.

—Es de muy mala educación interrogar al personal doméstico sobre cosas pasadas.

—Precisamente por eso, como no te gusta hablar del pasado, me animé a preguntarle a Berta.

—¿Y por qué querías saber eso?

—Primero decime vos y yo después te digo el porqué —contestó ella. Él le dio un beso en los labios.

—Aunque no me creas, Janice nunca durmió acá.

—Alex, me estás mintiendo, ¿tanta cara de estúpida tengo? ¿Cómo puede ser que, en tantos años, nunca se hayan quedado en esta casa?

—No te miento, a ella no le caía bien mi familia.

—Pero ¡si tu familia es fantástica! —Paula abrió todavía más los ojos; sus manos estaban entrelazadas y jugaban con sus dedos—. ¿Qué problema había entre ellos? —Recordó la conversación que había tenido con Amanda.

—Janice siempre creyó que ellos no la querían.

—¿Y era así?

—Pues un poco sí y un poco no, pero creo que en realidad ella no se hizo querer demasiado.

El rictus de Alex evidenciaba su incomodidad, se mordía el interior de sus mejillas y de los labios.

—¿Te incomoda que hablemos de esto? —Ella le apartó el pelo de la frente.

—Sí, Paula, pero quiero ser sincero con vos y, si es lo que querés saber, necesito que te enteres por mí. No me gusta que tengas que preguntarle al personal doméstico sobre mi vida privada.

—Lo siento, estuvo mal, tenés razón, pero Berta dijo que vos venías con frecuencia.

—Pero Berta se estaba refiriendo a esta última época, desde hace dos años; antes, cuando venía, nunca lo hacía con ella. Y si viajábamos a Miami juntos, íbamos a algún hotel. Yo pensaba que si ella no quería dormir en el ático cuando estaba mi familia, no era adecuado que viniéramos cuando ellos no estaban. Como mucho, si mi familia estaba en la ciudad, nos acercábamos a almorzar. ¿Sabés? Creo que Amanda tiene razón y, aunque me duela reconocerlo, ella quería alejarme de mi entorno, así sentía que me controlaba más.

—¿Por qué permitías eso?

—No lo sé, Paula, hice muchas cosas estúpidas en mi vida. Ahora es tu turno, ¿por qué querías saber si yo venía acá con Janice?

—De pronto, te imaginé aquí con ella y me sentí celosa —le acarició la boca, esa boca que la perdía y la extasiaba, y le recorrió el medio corazón y lo deseó—. Pensé que ella podía haber estado acostada en la misma cama que yo, que le habías hecho el amor por toda la casa, como me dijiste que me lo harías a mí. En el apartamento de Nueva York, sé que no estuvo. Lo siento, nunca antes me había pasado esto que me ocurre con vos. —Cuando ella nombró el apartamento neoyorquino, Alex recordó el revolcón que se había dado con Rachel en el sillón y supo que, tarde o temprano, iba a enterarse, sobre todo con el juicio a la vuelta de la esquina.

—No puedo borrar el pasado, mi amor, pero si te deja más tranquila, mi relación con ella no se pareció en nada a la que tenemos nosotros.

Por la noche, con Mikel como guía, que conocía Miami de cabo a rabo, se fueron todos a cenar, aunque Paula y Alex prefirieron

quedarse, pues ella estaba cansada. Cenaron en el comedor diario y luego Alexander se fue al despacho a trabajar un rato. Paula, después de comer, se acostó, agotada.

Durante la madrugada, ella se despertó sobresaltada, otra vez con pesadillas. Alex dormía a su lado y, como no quería despertarlo, se levantó en silencio y fue hasta el salón. Allí se apoyó contra el cristal del ventanal y lloró amargamente, aterrada, sin paz. Sintió que una mano se posaba sobre su hombro y se sobresaltó. Dio un respingo y se dio la vuelta. Allí encontró a su querido amigo, Maxi, que se había levantado a tomar agua y la había descubierto llorando. En ese instante y sin pensarlo, Paula se abrazó a él y abrió las compuertas de su llanto, sin contención.

—¿Qué pasa, Paula? ¿Discutiste con Alex?

—No —negó con la cabeza sin dejar de llorar.

—Entonces, ¿por qué estás así?

—No aguanto más.

—Chis, vamos a sentarnos y me contás, pero tranquilizate un poco. —Paula se recostó en el sillón, con la cabeza apoyada en las piernas de Maxi, y lloró hasta que finalmente pareció que se calmaba—. Bueno, ¿me vas a contar o vamos a amanecer acá? Te aviso de que tengo todo el pijama mojado con tantas lágrimas.

—Lo siento, no fue mi intención mojarte. Tengo pesadillas, en mis sueños ella me apunta con una pistola; el de hoy fue horrible, me disparaba más de una vez.

—¿Y por qué estabas acá sola?

—Porque Alex ya no tiene vida por mi culpa. No trabaja, no duerme, vive pendiente de mí y no quiero seguir angustiándolo, pero desde que el abogado me dijo que podrían alojarla en un psiquiátrico, no encuentro la paz, tengo mucho miedo, Maxi.

—Bueno, veamos. Para empezar, no está dicha la última palabra.

—Eso mismo me dijo Alex.

—Es que estás muy fatalista, Paula. Yo entiendo que lo que estás pasando no es fácil, pero no tenés que estar tan negativa. Además,

estoy seguro de que Alex hará todo lo posible para que no salga de la cárcel.

—Todo eso lo sé, Maxi, por eso es que no quiero seguir angustiándolo con mis miedos, porque él ya no sabe qué hacer. De todas formas, y aunque lo intento, no puedo evitarlo, siento terror. Los sueños parecen tan reales... Tengo el ruido del disparo grabado en mi mente. Cuando yo caí al suelo, ella se reía y lo disfrutaba tanto... Me miró con tanto odio que tuve miedo de que siguiera acribillándome a balazos. No sabés la suerte que tuve de que no lo hiciera, hasta me quitó el anillo y se lo puso.

—Un momento, un momento, me estás mareando. ¿Lo que me estás contando es lo que pasó o lo que soñás?

—Ambas cosas, porque sueño con lo que pasó, todas las horas del día. Si me quedo dormida, me despierto de la misma manera. Mi cerebro no deja de repasar, una y otra vez, lo que pasó. Voy a volverme loca, Maxi, no puedo superarlo, quiero olvidarlo pero las pesadillas no me dejan. No puedo parar de pensar que ella podría salir en libertad bajo tratamiento psiquiátrico.

—Dejame decirte algo, aunque sé que te va a entrar por un oído y te va a salir por el otro, pero necesito que me expliques algo: Paula, ¿por qué tenés la bendita costumbre de creer que siempre sos una carga para los que te quieren? No es así; estoy seguro de que Alex lo hace con gusto. Todo ese sacrificio para él no es tal, porque el cariño que siente por vos hace que le salga de forma natural. —Ella asintió de manera imperceptible con la cabeza—. En segundo lugar, estuvimos hablando con Mauricio y él me contó que, preocupado por tu causa, comentó tu caso con algunos colegas que tienen amigos abogados acá en Estados Unidos. Precisamente, para que le averiguasen cuán diferentes eran las leyes a nuestro país. Ellos estuvieron investigando y, en conclusión, me dijo que, por más deterioro que demuestren las personas con enfermedades mentales, no significa que no sean responsables de sus actos; su deterioro mental debería ser muy grave. En la mayoría de los casos, sus enfermedades pueden afectar a sus comportamientos, pero rara vez

eliminan toda capacidad para elegir lo que hacen o dicen. Los abogados de esa mujer tendrán que demostrar que ella realmente no era consciente de sus actos, y tu abogado y el fiscal del distrito no se quedarán de manos cruzadas, buscarán pruebas que demuestren lo contrario. Quizá estaría bien que mañana nos sentáramos con Mauricio y, tal vez, con María Pía un rato; estoy seguro de que ellos podrán aclararte esto mejor que yo. En tercer lugar, en cuanto a tus pesadillas, ¿no pensaste en hacer terapia? —Ella lo había escuchado hasta ese momento en absoluto silencio.

—No quiero angustiar más a Alex, Maxi.

—Pero no podés seguir así, de esta manera lo estás angustiando mucho más, porque él no sabe cómo ayudarte. Me acabás de decir que se desvive por vos, y me consta, pero parece no ser suficiente, y por eso se preocupa tanto. Paula, necesitás ayuda profesional para afrontar esto, para aliviarte vos y para descargarlo a él del peso emocional que lleva encima.

—Siempre tenés razón, amigo, por eso me gusta hablar con vos. No sé cómo hacés, pero siempre me obligás a ver lo necesario, lo verdadero; siempre das con la palabra justa, con la que necesito escuchar. Prometeme que nunca vamos a dejar de ser amigos.

—¡Ah, bueno, creo que a vos el balazo no te tocó el hígado, sino el cerebro! ¿No será que tenés una bala ahí y no se dieron cuenta? —bromeó mientras le daba un golpecito en la cabeza—. Sos pelotuda, Paula, ¿qué me estás haciendo prometer? Creo que necesitás una vacuna contra la pelotudez.

Alex apareció por el pasillo con el cabello revuelto y pinta de asustado. Paula y Maxi estaban sentados en uno de los sofás y él le secaba las últimas lágrimas que habían rodado por su cara.

—¿Qué pasa? ¿Te sentís mal?

—No. —Paula sacudió la cabeza.

—Me voy a buscar mi vaso de agua y me voy a dormir. Paula te contará. —Le hizo un guiño de ojo que ella no advirtió porque estaba mirando al suelo.

—Gracias, amigo.

—No, gracias no. Está desvelada. Esto te va a costar caro, pienso aprovecharme y pedirte un aumento en Mindland.

—Idiota.

—¡Ja! ¿Yo soy idiota y vos qué sos?

Maxi los dejó solos.

—¿Qué pasa, mi amor, estuviste llorando? —Alexander se pasó la mano por el pelo, nervioso. Se frotó la barbilla y cogió las manos de Paula, mientras se acuclillaba frente a ella.

—Tuve una pesadilla y, como no quería despertarte para que no te angustiases, me vine para acá y Maxi me encontró llorando.

—¿Por qué no me despertaste?

—Porque necesitás descansar y últimamente no lo hacés, tampoco trabajás, sólo vivís pendiente de mí.

—Y si fuera al revés, Paula, ¿vos no lo harías por mí?

—Por vos daría mi vida.

—¿Y vos creés que yo por vos no? Me enoja que actúes así. Se supone que tenemos que compartirlo todo y, en ese sentido, que aún no estemos casados no significa nada para mí. ¿Querés que te recite mis votos de matrimonio ahora? Porque no me interesa hacerlo acá o frente a un sacerdote, lo que de verdad me importa es que vos lo tengas claro. Prometo cuidarte en la salud y en la enfermedad, en los buenos y en los malos momentos, prometo amarte y respetarte siempre...

—Chis, no hace falta, ya lo sé.

—Pues no lo parece. Sólo quiero que nos casemos para afirmar estos votos que ya siento, porque yo ya te considero mi mujer aunque no existan papeles. La palabra «novia» o «prometida» son formalismos para los extraños, Paula.

—Bueno, ésta es la segunda regañina de la noche.

—Ah, ¿Maxi te ha regañado?

—Más o menos por lo mismo, pero además cree que debo conseguir ayuda de un terapeuta para enfrentar mis miedos. Él cree que, de esa manera, nos aliviaremos los dos de esta mierda por la que estamos pasando.

Alex asintió.

—¿Qué pensás hacer?

—Nunca fui a terapia. ¿Vos fuiste alguna vez?

—No, la verdad que no, aunque varias veces la necesité, nunca acepté ir. Pero, ahora, en verdad, creo que nos ayudaría. Incluso si yo también debo ir, estoy dispuesto a hacerlo. Podríamos pedirle a Edward que nos recomiende a alguien, ¿te parece? Porque creo que con él no querrás. ¿Te parece que le pregunte por un colega suyo o querés hacer terapia con mi hermano?

—Sí, me parece bien preguntarle a tu hermano por algún colega, porque con él me da vergüenza.

—Muy bien, ahora vayamos a dormir.

Se cogieron de la mano y subieron en el ascensor hasta la planta donde estaba su dormitorio. Cuando entraron en la habitación, las tonalidades rojizas teñían el ambiente. Paula, tentada, abrió uno de los cortinajes. Alex la ayudó y la abrazó por detrás; se quedaron mirando en silencio la salida del sol: era una extraordinaria postal sobre el mar.

—Esto a tu lado es simplemente sublime, quiero ver muchos amaneceres junto a vos.

—Hum, sin duda así será. —Alex sonó muy seguro.

Le dio la vuelta y la besó, probó su boca, saboreó su lengua, hurgó cada espacio con la suya rozando sus dientes, buscando, mordiendo sus labios que, a ratos, asomaban y, a ratos, se perdían en el interior de su fuego, silencioso y ávido. Hincó sus manos en los mechones de su cabello, le sostuvo la nuca y se afirmó sosteniéndola contra su pecho. Movió su boca con vivacidad y siguió palpándola con su lengua hasta que la recorrió por completo, aunque sólo pensaba en volver al principio, en volver a saborearla una y otra y otra vez.

Se alejó un poco, la miró a los ojos y le tocó los labios con los dedos, los acarició al verlos enrojecidos por el fragor de su beso, pero, aun así, tuvo el instinto de poseerlos nuevamente y volvió a tomarlos sin permiso. No lo necesitaba porque eran suyos, volvió a

degustarlos, a mezclarse con su sabor, a acariciar su lengua, a mezclar su respiración con la de ella, a absorber su aliento y a beberla íntegra.

Les faltaba el aire, Paula fue la que se apartó esta vez y clavó sus pupilas en las de él, lo traspasó con la mirada.

Intentaron serenarse; abrazados y en silencio, volvieron la vista al sol saliente; el mar, en conjunción perfecta con el astro rey, los había vuelto ambiciosos, avaros, había transformado sus sentidos y los había arrojado al abismo de sus sensaciones. Cerraron los cortinajes de nuevo, se cogieron de la mano y caminaron hacia la cama, donde se recostaron. Entonces, Alex la abrazó por detrás y, en la misma perfecta armonía que el mar y el sol, ajustó su cuerpo al de ella.

—Hum, qué maravilla despertar con tantos besos.

—¡Dormilón, es casi media mañana!

Alex se desperezó y abrió los ojos a desgana. Una mesa con ruedas estaba al lado de la cama y, sobre ella, había un desayuno variado al que no le faltaba absolutamente nada.

—¿Y todo esto? ¿Cómo lo subiste?

—Chis, no me regañes, todo el esfuerzo lo hizo Berta, yo sólo lo acarreé de la entrada hasta acá. Sentate, hoy me toca mimarte a mí.

Desayunaron en la habitación. Zumo de frutas, café, té, diferentes tipos de rosquillas, otras piezas de bollería, *donuts*, mantequilla, queso cremoso, jalea, mermeladas, también había frutas frescas, cereales secos con yogur, gofres, cruasanes, huevos revueltos con tocino, crepes, sándwiches, tostadas francesas con jarabe de arce y chocolate, huevos fritos sobre tostadas y algo de jamón.

—Cuánto hacía que no comía *porridge* —dijo Alex refiriéndose a una especie de papilla de avena. Paula le daba de comer en la boca y, con cada cucharada, recibía un guiño y un beso—. ¡Mi amor, cuánta comida!

—¡Ah! Es que te quiero fuerte. Hoy estoy exigente y ese cuerpo hay que mantenerlo bien alimentado... Yo he adelgazado y vos también.

—Es que no quiero ser menos que vos —se rieron—. ¡Te despertaste de muy buen humor!

—Sí, despertarme a tu lado me pone de buen humor. ¿Sabés? Se me ocurrió que, después de desayunar, podríamos bajar a la playa a caminar un rato, ya que el doctor dijo que debía hacerlo.

—Me parece una idea perfecta, pero iremos a recorrer las playas del Soho que son más tranquilas que las de acá. Luego podemos ir a almorzar al Soho Beach House.

—Como siempre, me pondré en tus manos.

—Me gusta cómo suena eso. —Alex se incorporó ligeramente en la cama y se quedó a centímetros de ella. Se la bebió con la mirada —. ¿Te gusta ponerte en mis manos? —le habló seductoramente mientras enarcaba una ceja y clavaba sus profunda mirada azul en la de ella, y recorría con sus ojos la boca de Paula.

—Amo ponerme en tus manos, confío plenamente en ellas.

—Hum, cómo quisiera, en este momento, poder hacerte con ellas todo lo que estoy imaginando; pero mejor me voy a bañar, así salimos; presiento que estos días van a ser cada vez más tortuosos. —Le comió la boca de un beso, luego se apartó y se levantó.

Ya estaban listos para salir y se dirigieron al garaje del edificio. Felipe se había encargado de devolver la furgoneta con la que habían llegado desde el aeropuerto, así que estaban esperando que trajeran los dos coches de Alex y el BMW Serie 6 que normalmente usaba la familia cuando estaba en Miami; tenían planeado ir a las playas del norte. Cuando el aparcacoches aparcó el Bugatti Veyron azul y negro de Alex, Mauricio y Maxi no podían creer lo que estaban viendo; se habían quedado alucinados con el automóvil.

—¡Noooooo, esto es una nave!

—Tomá, Maxi, conducilo vos —lo invitó Alex mientras le daba las llaves.

—¿Yo voy a ir en este bólido?

—¡Ah, bueno! Me voy a poner celoso, creo que tenés preferencia por Maximiliano...

En ese preciso momento, llegó el aparcacoches de nuevo con un Lamborghini Veneno rojo que rajaba la tierra.

—¿De qué te quejabas? —ironizó Alex mientras le arrojaba las llaves al aire para que las pillara al vuelo—. Nosotros iremos en el BMW y, de regreso, cambiamos. ¿O preferís éste?

—¡Alex, sos un condenado presuntuoso! Durante el vuelo, cuando Mikel dijo que nos moriríamos cuando los viésemos, nunca creí que tenías estos coches.

Mauricio y todos los demás no salían de su asombro; Paula no tanto: ya había empezado a acostumbrarse a la familia Masslow.

—Tranquilos, no es para tanto; son sólo automóviles. Espero que disfruten del paseo... Sé que los dejo en buenas manos; yo iré adelante para guiarlos.

Llegaron al Soho Beach House, un hotel situado en el paseo marítimo de Miami Beach, entregaron las llaves a los aparcacoches y entraron. Alex se presentó en la recepción donde, por supuesto, ya lo conocían porque era miembro del Club House; los demás entraron como sus invitados.

—Buenos días, señor Masslow, bienvenido; es un gusto tenerlo aquí nuevamente.

—Buenos días, he venido a pasar el día con unos amigos y voy a necesitar que registren como miembro también a mi prometida.

—Por supuesto, será un honor contarla entre nuestros socios.

Alex hizo todos los trámites para que pudieran acceder al exclusivo club, aunque el verdadero pase para todos era su Morgan Palladium.

—Adelante, les deseamos una magnífica estancia en el Club House.

El lugar era un paraíso, con tumbonas y cabañas de playa entre el paseo marítimo y el océano Atlántico. Se acomodaron y en seguida se les aproximó un camarero. Después de consultar

brevemente con todos, Alex hizo el pedido: frutas frescas, salpicón de mariscos, guacamole y patatas fritas, agua mineral para Paula, pues no podía beber alcohol, daiquiris de la casa y un Perrier Jouet Grand Brut; la atención en el lugar era excelente. Todos decidieron bañarse en el mar, pero ellos se quedaron recostados en las tumbonas, cogidos de la mano, bajo una sombrilla.

—¿Dónde te gustaría ir de luna de miel, Paula?

—La verdad es que no lo sé, no lo he pensado, pero me encantaría viajar a un lugar con playa; me encanta el mar.

—¿Querés ir a Europa? Me dijiste que no la conocías.

—Pues no lo tengo claro, porque ahora, con Mindland en París y en Italia, supongo que iremos seguido para allá; creo que preferiría un lugar caribeño. No sé, sorprendeme, me fascina que lo hagas.

—¿De verdad no querés elegir el lugar?

—Alex, mi amor, aunque lo pasemos bajo un puente, si es con vos, no me importa dónde. Ya te expliqué más o menos mis gustos, decidí vos, pues estoy segura de que allá donde me lleves me placerá.

—Muy bien, intentaré sorprenderte, veré qué puedo hacer. ¿Tenés ganas de caminar un rato?

—Sí, por supuesto.

—Dejame pasarte un poco de protector solar y poneme un poco a mí también, por favor; el sol está muy fuerte. —Salieron caminando hacia el norte, cogidos de la mano por la orilla del mar—. En cuanto te canses, me avisás y volvemos.

—Sí, tranquilo, recién empezamos a andar.

—Acá se casó Amanda, en el Fontainebleau. —A medida que avanzaban, él le describía los lugares que iban dejando atrás; parecía que se los conocía todos.

—¡Vaya, es muy bonito!

—Durante la semana, vendremos para que lo conozcas; hay tiendas donde podés comprarte cosas muy bellas. También hay restaurantes; iremos a cenar a Scarpetta, te encantará. Y podríamos alquilar algún bote y salir a navegar. Aquí hay uno de los clubes

nocturnos más famosos de Miami... En fin, aún nos quedan varios días para disfrutar.

—¿Estamos muy lejos de Hollywood?

—No, ¿querés que vayamos?

—Sí, me gustaría.

—Muy bien, también iremos; quiero que te distraigas y que dejes de pensar en cosas feas, porque todo lo que nos espera de ahora en adelante es felicidad; ya verás, voy a hacerte la mujer más feliz del mundo.

—Soy la mujer más feliz del mundo sólo con despertar a tu lado cada día.

Se detuvieron un instante, él cogió su rostro entre las manos, la besó y reanudaron la caminata.

—¡Alex...! —llamó alguien desde lejos—. ¡Alex Masslow! —volvieron a repetir.

—Es a vos a quien llaman. —Paula se detuvo para ver de dónde venían los gritos; se hizo sombra con la mano para evitar el sol y divisar a la persona—. ¿Quiénes son? —Él agitó su mano y quiso seguir la marcha.

—Unos amigos.

—¿No querés saludarlos?

—No, está bien, sigamos. —Él frunció la nariz, pero aquellos individuos siguieron vociferando.

—¡Vamos! No seas descortés con tus amigos, parece que se alegran de verte. Además, el único amigo tuyo que conozco es Mikel, ¿tan desagradables son que no querés presentármelos? —Alex aceptó ir a desgana.

—¡Alex, estabas perdido! —Una rubia se acercó a saludarlo a medio camino.

—Hola, Audrey, te presento a Paula.

—¡Hola, Paula!

—¡Hola!

Se saludaron con un beso en la mejilla y él siguió con las presentaciones.

—Brenda, Michelle, Liliam, Brandon, David, Jacob, os presento a Paula, mi prometida.

Alex la mantenía aferrada de la cintura; ella advirtió que la primera rubia buscaba el anillo de compromiso en su mano.

—¡Vaya, felicidades! Ahora entendemos por qué estabas tan ausente —lo palmeó Brandon en la espalda.

—Gracias.

—¿Dónde os hospedáis? —preguntó Michelle.

—Estamos en mi casa, pero hemos venido a pasar el día al Soho.

—¿Mikel? —se interesó Jacob.

—Se ha quedado en el Club House.

—¡No me ha llamado! —se quejó Michelle y Alexander sonrió.

—Suelta a tu novia, Alex, no le vamos a hacer nada —bromeó la rubia, que lo había llamado insistentemente, y a quien él había presentado como Audrey.

—¡Qué ocurrencias, Audrey! —le dijo Alex pausadamente.

—Paula es un nombre latino, ¿verdad? —preguntó Liliam.

—Sí, soy argentina —le contestó ella.

—Ven, Paula, siéntate —la invitó Brenda, mientras se incorporaba en la tumbona y le dejaba un sitio.

Alexander se quedó hablando con sus amigos y las mujeres rodearon a Paula, le ofrecieron champán y los cócteles que bebían, pero ella los rechazó.

—Te lo agradezco mucho, Liliam. ¿Es ése tu nombre?

—Sí, así me llamo.

—Es que no puedo beber alcohol —les explicó—. Me operaron hace poco y aún no me lo permiten.

—¿Hace mucho que conoces a Alex? —se interesó Audrey, mientras bebía un cóctel y la miraba por encima de sus gafas de sol. Paula se dio la vuelta y admiró a su hombre antes de contestarle.

—Casi cinco meses.

—Alex dijo que estáis comprometidos, pero ¿no te ha regalado un anillo?

Paula levantó la mano y les enseñó que no lo llevaba. «Sabía que me estaba mirando la mano», pensó para sí misma y respondió:

—Me lo robaron en un asalto en Nueva York —sintetizó. No tenía ganas de dar demasiadas explicaciones. Todas se azoraron. A Paula no le gustaba la forma en que Audrey la interrogaba.

—Alex es un hueso duro de roer... ¿Cómo has conseguido atraparlo, nena? Porque mira que a Janice le costó y, pobrecita, cuando lo consiguió...

No terminó la frase. «¡Qué comentario tan odioso y fuera de lugar. Sabía que no me había equivocado con esta tipa. Menuda grosera. ¿Acaso habrá tenido algo que ver con Alex? ¿Se habrá acostado con ella?», caviló Paula con rapidez y, después de mirarla de hito en hito, le contestó:

—¿Atraparlo? No, no lo considero así, nos hemos enamorado —le respondió con serenidad y sorna.

—Sabías que Alex estuvo casado, ¿no?

—Sí, Audrey, estoy a punto de casarme con él, sé todo acerca de su vida. —Paula fue muy tajante. Las otras tres mujeres se notaban incómodas ante la falta de tacto en los comentarios de su amiga.

—¿Cuándo os casáis? —preguntó Liliam.

—En agosto. —No quiso dar la fecha exacta.

—¡Ah, no falta nada! Supongo que estarás a tope con los preparativos.

—Ahora estoy en un *impasse*, precisamente vinimos a Miami para terminar de recuperarme de mi operación y luego poder continuar con todo lo que falta. ¿Hace mucho que conocen a Alex?

—¡Uf, nos conocemos desde el bachillerato! —le aseguró Brenda.

—¡Ah...! —Paula comenzaba a entender: «Quizá por eso Alex no quería que nos acercáramos; todas eran amigas de Janice».

—No tienes ni idea de quién soy, ¿verdad?

—¿Debería? Ilumíname, Audrey.

—Basta, Audrey —la amonestó Michelle.

—¿Qué? ¿Acaso no acaba de contestarme que está a punto de casarse con él y que sabe todo de su vida? —Se quedó mirándola

desafiante e hizo una pausa—. Soy su cuñada, la hermana de Janice.

Paula, en un primer momento, se sintió turbada, pero en seguida intentó recobrar la calma.

—Creo que Alex no tenía obligación de hablarme de ti; sí de tu hermana, por supuesto. Aunque no me creas, siento mucho lo que le pasó. —Se puso de pie.

—Paula, nos encantará contarte entre nuestros amigos, apreciamos mucho a Alex.

—Gracias, Brenda.

Audrey dio media vuelta y se alejó sin despedirse.

—Lo siento, no ha estado bien lo que ha hecho. Ya han pasado dos años, Alex tiene derecho a ser feliz.

—¡Qué puedo decirte, Michelle! Supongo que hay que entenderla, para ella debe de ser doloroso verme con el marido de su hermana.

—Alex no se merece esto —afirmó Liliam—. ¡Por favor! Además, ¿se hace la ofendida? Si Alexander le diera una mínima oportunidad, te aseguro que de inmediato se olvidaría de su hermana muerta... ¡No la soporto cuando se pone en plan de mártir! Como si no supiéramos que siempre le quiso quitar el novio a Janice. —Paula no podía creer de lo que se estaba enterando.

—Bueno, bueno, cambiemos de tema —sugirió Michelle—. Estamos incomodando a Paula, que nos acaba de conocer. A este paso, presiento que no querrá vernos más.

—¡Mira, Michelle, que no me toquen a Alex porque me pongo como una fiera! Él merece ser feliz —le espetó Liliam mientras cogía de una mano a Paula—. ¿Sabes, Paula? Lo aprecio mucho, es una gran persona y sólo hace falta ver cómo te mira para darse cuenta de lo que siente por ti. Yo, que lo conozco, te lo puedo garantizar. Audrey estaba aquí por casualidad, no vino con nosotros; sólo se había acercado a saludar. Ya me he dado cuenta de que Alex dudaba en acercarse cuando ella lo ha llamado. No sé a vosotras, pero a mí no me interesa caerle bien a ella: si no me habla más, no me

importará; en cambio a ti, que serás la esposa de mi amigo, sí quiero conocerte. No voy a seguirle el juego a esa zorra... Ella buscó nuestra complicidad para hacerte sentir mal y no lo voy a permitir. Déjame decirte que, además, no pudiste contestarle de mejor manera.

Paula se quedó en silencio, sonrió incómodamente sin saber muy bien qué decir, pero notó que Liliam era muy sincera con ella.

—Dime, ¿así que Mikel está con vosotros? —la interrogó Michelle —. Como te habrás dado cuenta, me vuelve loca.

—Sí, él también ha venido, estamos con otros amigos —contestó Paula con timidez, no sabía cómo decirle que Mikel estaba con su amiga.

—Hace meses que no lo veo, pero ¿cómo explicarte?, la relación con él es así. Paula, ¿no me digas que está con alguien?

Ella se mordió los labios e hizo un mohín; no quería meterse en la vida de Mikel, pero tampoco iba a ser cómplice de una aventura; no estaba bien para María Pía.

—No te aflijas, Paula, entre él y yo funciona así, es una ida y vuelta continua; yo también tengo lo mío.

—¿Alguno de ellos es vuestra pareja? —preguntó Paula para cambiar de tema.

—Jacob y yo somos pareja —contestó Liliam—, estamos casados.

—¿En serio? ¡Felicidades! ¿Y hace mucho?

—Dos años, nos encontramos en bachillerato; todos somos amigos desde ese entonces.

—¿Cómo conociste a Alex? —la interrogó Brenda.

—Por casualidad. Mikel es primo de uno de mis mejores amigos.

—¿En Nueva York?

—No, Michelle, en mi país.

—¿Alex y Mikel estuvieron en Argentina? Esos dos, de un tiempo a esta parte, se han vuelto inseparables —dijo Liliam con convicción.

—Sí, creo que se llevan muy bien. Alex fue por trabajo y Mikel lo acompañó y aprovechó para visitar a su familia.

—¿Interrogatorio exhaustivo? —Alex se había acercado y abrazó a Paula por detrás; los demás también se arrimaron.

—Intentando averiguar cómo os conocisteis —le contestó Brenda.

—Nos presentó Mikel —corroboró él.

—Sí, Paula nos lo estaba contando.

—Así que les estabas contando... —La miró y le besó el carrillo—. ¿Les estabas contando todo?

—No, chismoso, no se lo he explicado todo.

—Hablad, quiero saber.

—¡Ah, Liliam! Nos conocimos un fin de semana y pensamos que no nos veríamos más, pero luego nos encontramos en la empresa y resultó que yo era su jefe.

—¡Noooo, me muero! —Las tres mujeres no podían salir de su asombro.

—¿Y de qué hablasteis para no daros cuenta?

—Piensa, mi amor, piensa un poquito; es obvio que no hablaron demasiado —le dijo Jacob a Liliam. Paula estaba tan roja como el Bloody Mary que Brandon se estaba tomando.

—¡Oh, Dios mío! ¡No hablaron, claro!

—No te avergüences, amor, son de confianza; ellos, para mí, son como tus amigos para ti.

—Sí, Paula, no te sientas mal, somos de confianza —intentó tranquilizarla Jacob.

—¿Por qué no venís a cenar a casa esta noche? ¿O tenéis otros planes? —Todos se apuntaron a la invitación de Alexander—. Perfecto, haremos una barbacoa.

Alex se mostró entusiasmado y Paula se puso feliz al verlo tan contento y distendido.

Capítulo 7



H*ABÍAN* emprendido el camino de regreso al Club House.

—Mi amor, Mikel estará con María Pía esta noche y, por lo que entendí, él y Michelle...

—No te preocupes, esos dos están acostumbrados a verse con otras parejas, pero creo que Mik está muy enganchado con Mapi. Me parece que Michelle es historia antigua... Además, no nos entrometamos, es su rollo. ¿Te cayeron bien mis amigos?

—Sí, me hicieron sentir muy bien, salvo...

—¿Qué?

—Tu cuñada —Alex respiró hondo y la miró por encima de sus gafas oscuras.

—¿Cómo sabés que Audrey es mi excuñada? —remarcó mientras fruncía el cejo.

—Ella se encargó de explicármelo. Fue bastante grosera y desagradable.

—Quiero saber qué te dijo exactamente.

—No tiene importancia, la puse en su lugar y tus amigas me apoyaron; terminó marchándose.

—Lo siento. ¿Te das cuenta ahora de por qué dudaba en acercarnos?

—Lo que sé, Alex, es que otra vez me encontré en desventaja. Podrías haberme advertido —le recriminó Paula.

—No creí que se comportara así. Quiero saber exactamente lo que te dijo.

—Podrías haberlo considerado, puesto que es la hermana de tu mujer; era obvio que no le sentaría bien verme con vos.

—¿Acaso adoptó el papel de hermana dolida? ¿Me estás queriendo decir eso?

—Quiso hacerme sentir mal, utilizando a su hermana.

—Esta conversación no vale la pena, te aseguro que es una hipócrita.

—¿Por qué decís eso?

—Dejemos esta charla sin sentido, Paula, estamos perdiendo el tiempo hablando de Audrey; no me interesa hablar de ella ni de nadie de su familia.

—¿Te referís a tus suegros?

—Mis exsuegros y mi excuñada; basta, por favor.

—¿Tenés una mala relación con ellos? —preguntó Paula recordando lo que Amanda le había contado de forma confidencial.

—No tengo ni buena ni mala relación con ellos. Desde que Janice falleció, no me hicieron la vida muy fácil, por así decirlo; no quiero ponerme de mal humor, no deseo hablar de ellos.

—Nunca querés hablar de tu pasado.

—De acuerdo, ¿querés que hablemos de mi pasado? —Alex detuvo la marcha—. ¿Y qué hay del tuyo? ¿Qué me dirías si, en este momento, te pidiera detalles de cuando encontraste a Gustavo en la cama con tu mejor amiga? ¿Él estaba arriba y ella abajo? ¿Cómo fue?

Paula le clavó la mirada y él se la sostuvo. Paula se había puesto muy pálida, no era necesario que la hiriera de esa manera; aunque era un tema superado, dicho de esa forma sonaba brutal. De todos modos, envalentonada, le contestó:

—Ella estaba arriba, él la sostenía por las nalgas y escuchaban una canción que normalmente poníamos nosotros cuando follábamos. ¿Qué más querés saber? ¿Te gustaría que te contara si la tenía más o menos grande que vos? ¿O, tal vez, querés saber

cuántos orgasmos me provocaba? —prosiguió con sorna, mientras se tocaba la sien—. Dejame hacer memoria de cuánto fue lo máximo en una noche. —Se quedaron mirándose en silencio. Alex se la hubiera querido comer por ese último comentario y ella estaba colérica por lo grosero e hiriente que se había mostrado.

«Tomá, chupate ésa, te creés muy listo y terminaste más cabreado que yo», pensó Paula con rabia. Siguieron caminando en silencio.

—Si estás demasiado apurado caminá solo, porque yo no puedo ir a ese paso, me tira la herida y me causa dolor. —Ella le soltó la mano bruscamente, también muy enfadada. Alex siguió la marcha a su lado, pero aminoró el paso. No volvieron a hablarse durante todo el trayecto hasta el Club House.

—¡Hey, aparecieron! —exclamó Maxi.

—Nos encontramos con unos amigos de Alex —explicó Paula. Alexander se había tirado en una de las tumbonas y no había dicho ni mu.

—¿Con quién? —preguntó Mikel intrigado.

—Jacob, Liliam, Brandon, David, Michelle y Brenda —contestó él.

—Y Audrey —agregó Paula con sorna y se quedó mirándolo; él también la enfrentó—. Esta noche van a venir a cenar.

—¿Audrey también? —preguntó Mikel con inocencia y algo extrañado.

—Dejá de decir idioteces, ¿por qué no pensás antes de preguntar? —espetó Alex y, a continuación, se levantó y se zambulló en el mar. Mientras él se alejaba, Paula ocupó su lugar en la tumbona y se tiró al sol; estaba que se la llevaba los demonios. Nadie entendía nada, pero Mikel intuía lo que había ocurrido, así que, casi en un susurro, les explicó lo que suponía. Sabiendo que se habían encontrado con Audrey, no era difícil imaginar por qué el mal humor.

Tras unos minutos, Paula se había quedado algo adormecida. Se despertó sobresaltada al sentir que las gotas de agua se esparcían sobre ella; Alex estaba todo mojado, sentado en la tumbona a su

lado refrescándola con el agua que se escurría por su cuerpo y su cabello. Entonces se acercó hasta que la distancia entre ellos fue ínfima y le habló al oído.

—Nena, tenés una lengua muy afilada.

—Vos también.

—Estuve grosero, lo sé. —Alex cerró los ojos al hablar y le dibujó una mueca con la boca que le demostraba cuánto lo sentía.

—Muy inoportuno.

—También. Luego, en casa, hablamos; hay algo que quiero contarte.

—¿Qué cosa?

—En casa te explico, ¿sí? Ahora sólo quiero que sepas que mi intención no era herirte, pero soy un tonto y siempre termino haciéndolo.

—Te pido disculpas, yo también fui muy poco delicada.

—Yo te provoqué. —Se besaron.

Después de pasar toda la tarde en la playa, regresaron al ático. Se bañaron y cambiaron, y Alex fue hacia la cocina donde estaba Berta preparando todo para la barbacoa. Había hecho varias ensaladas y unos taquitos mexicanos.

—Gracias, Berta, ya puede desentenderse del resto, nosotros nos encargaremos de lo que falta.

Después de cambiarse, Paula bajó a la sala y, guiada por el bullicio de las voces, salió a la terraza. Allí se encontró con todos, menos con Alex, y decidió preguntar por él.

—Está en la cocina, recién lo dejé ahí —le informó Mikel, que estaba preparando la parrilla junto a los demás.

Ella volvió a entrar, cruzó la sala, se metió en la cocina y lo vio, con una mano en el bolsillo del vaquero, junto al ventanal. Su ancha espalda estaba en tensión mientras discutía con alguien por teléfono. Paula se quedó en la puerta, él no había advertido su presencia.

—Me importan una mierda tus motivos, que además no me creo. Han pasado dos años desde que Janice murió y, si decidí rehacer mi

vida, no tengo que darte explicaciones, ni a ti ni a nadie. ¡Encima te atreves a pedirme esto porque yo he vuelto a formar una pareja! Ya decía yo que, tarde o temprano, Audrey te iba a ir con el chisme. Ésa es otra desvergonzada, mejor no me hagas hablar, aunque creo que no te asombraría mi opinión. Apuesto que sabes muy bien a lo que me refiero sobre tu hija.

—Veo que pretender tener un diálogo contigo es inútil, careces de sentimientos —contestó su interlocutora.

—¿Sentimientos? Parece un chiste; me hablas de sentimientos cuando, en verdad, no te importa un carajo lo que tu hija deseaba. ¿Qué se te pasa por la cabeza para hacerme semejante proposición?

—Mi hija quería tener hijos contigo, ella anhelaba esos niños que hoy tú me niegas. ¡No entiendo cómo no te conmueve mi dolor de madre!

—¿Que yo te niego? ¿He escuchado bien? Por Dios, ¿de qué me estás hablando? Janice ya no está y no puedo hacer nada frente a eso. Un hijo es una decisión de dos personas y ella ya no está aquí para decidir. Murió y yo no quiero tener hijos con una persona muerta, olvídate de que esos embriones existen y no te hagas la víctima conmigo.

—Lo que pasa es que tú nunca quisiste a mi hija.

—No me vas a hacer sentir culpable, eso ya no funciona. ¿Acaso tú sí la querías? ¡No me hagas reír! Sé que, cuando nos peleábamos, la obligabas a venir a rogarme que volviéramos. Para ti valía mucho más mi cartera que la felicidad de Janice. El amor por tu hija se te despertó demasiado tarde. ¿Tan desesperada estás? ¿Qué pasa? ¿Han dejado de invitarte a las fiestas? ¿La gente no te quiere en los círculos que frecuentabas cuando mi familia y la tuya estaban vinculadas? Hum, qué extraño, ¿verdad? Aunque tú consideres lo contrario, no creo que sea por tu estatus. ¿Por qué será, Rose?

—No te voy a permitir que me hables así. Eres un insolente que cree que todo lo mido con dinero. ¡Tú eres así, el que piensas que todo se soluciona con tu abultada cartera!

—No, por supuesto que no todo se arregla con dinero. De ser así, tu hija no estaría muerta, porque habría dado toda mi fortuna para mantenerla viva.

—Perfecto, no quieres que esos embriones nazcan. Pues quiero que tengas claro que te voy a hacer la vida imposible, te voy a poner una demanda y conseguiré los óvulos. Hundiré la clínica de tu adorada hermana.

—Hazlo, interponme las demandas que quieras, pero no podrás conseguir nada. Infórmate, tu hija firmó un contrato que te va a hacer caerte de espaldas. Te vas a dar de cara contra la pared. Ve a un psiquiatra, Rose, porque verdaderamente creo que no estás bien.

Alex cortó, la dejó con la palabra en la boca y luego se guardó el teléfono en el bolsillo. Estaba tan contrariado que Paula dudó en entrar. Él se había quedado apoyado con las dos manos en el vidrio, con la cabeza colgando. Permaneció así unos instantes y, cuando se dio la vuelta, la vio de pie en la entrada.

—Lo siento, no pude evitar escucharte.

Alex se cogió la frente y suspiró de manera audible; sus ojos buscaron los de ella con impaciencia.

—¿Estarás preguntándote dónde te metiste? —le preguntó con angustia. Su mirada estaba apagada, taciturna—. Te arrastro hacia todos mis problemas, Paula. Lo siento. Siento mucho tener una vida de mierda que ofrecerte.

Paula recorrió la distancia que los separaba con premura y se echó en sus brazos, lo abrazó con fuerza, con ímpetu; necesitaba demostrarle cuánto lo amaba y cuánto podía contar con ella para lo que fuera. Levantó sus manos y le cogió la cara, le acarició la frente para despejarla del pelo.

—Amo todo lo que viene con vos, lo bueno y lo malo, estoy a tu lado de forma incondicional. ¿Alex, te acordás de lo que me dijiste anoche? ¿Querés que también te recite mis votos de matrimonio ahora? Porque a mí tampoco me interesa dónde lo hago; me da lo mismo hacerlo acá o frente a un sacerdote, lo único que necesito es que lo sepas vos, mi amor. —Lo miró con mirada sincera—. Prometo

cuidarte en la salud y en la enfermedad, en los buenos y en los malos momentos, prometo amarte y respetarte siempre, acompañarte en tus logros y en tus desventuras, en tus alegrías y en tus angustias mucho más, prometo ser tu apoyo y tu sostén, siempre que lo necesites.

Él la acalló con un beso, se encontraron con desesperación, como si ése fuera el último que fueran a darse. Alex no quería soltarla, le acariciaba la lengua con la suya con urgencia, mientras la ceñía entre sus brazos. Necesitaba que ella sintiera en ese beso todo el amor que le profesaba... Muy pronto el deseo empezó a consumirlos: parecían descontrolados, una pasión desmedida los ahogaba. Se apartó despacio para hablarle, sin dejar de besarla.

—Te amo... Te amo... Sos increíblemente especial para mí, sos la cura a todos mis males, mi paz, mi razón. Sos mi amor, Paula.

—Y vos el mío, Alex. Sos todo y más para mí, sos mi vida.

—Te necesito tanto, Paula, abrazame por favor, abrazame fuerte. —Permanecieron así, en silencio, hasta que Alex decidió hablar—. ¡Dios, nena, cómo necesito hacerte el amor! ¡Cómo te deseo! Me urge demostrarte con mi cuerpo cuánto te amo, siento que si te lo digo no es suficiente —le confesó mientras le besaba la cabeza y le acariciaba la espalda en toda su extensión.

—Yo también te deseo, *Ojitos*, necesito tenerte dentro de mí, sólo vos me hacés sentir viva. —Alex se separó y apoyó su frente en la de ella, mientras emitía un profundo suspiro—. ¿Es esto lo que me querías contar? ¿Es a lo que te referías en la playa?

—Sí, temo que tendré que afrontar un juicio muy pronto, pero no quiero tener hijos que no sean tuyos.

—Se solucionará, tranquilo, no te angusties. Estoy segura de que algo se podrá hacer. Hay que asesorarse y estar preparados. —Sonó el timbre—. Creo que ahí llegan tus amigos. Vayamos ahora a disfrutar de su compañía y de la barbacoa, y desliguémonos por un rato de los problemas, mi amor. Más tarde, si aún tenés ganas, lo hablamos. Prometo no forzarte a que me cuentes.

—Soy tan cerrado a veces... Me cuesta tanto compartir lo que me pasa..., pero no lo hago por dejarte a un lado. Siempre resolví las cosas por mi cuenta, Paula, siempre fui muy independiente y nunca compartí con nadie la intimidad que hoy tengo con vos.

—Yo tampoco tuve esta relación tan íntima con nadie, Alex. Quizá te cueste creerlo, puesto que estuve a punto de casarme, pero lo nuestro es diferente. El vínculo que nosotros tenemos es auténtico, porque sale de acá. —Le tocó el pecho—. Aun así, entiendo que tenemos formas distintas y, por eso, intento entenderte, pero también me gustaría que me comprendieras a mí.

—Lo intento, Paula. Sin embargo, a veces, mi naturaleza hace que, por el simple instinto de protegerte, te deje a un lado. Te lo dije muchas veces, sólo ansío hacerte feliz.

—Pero la felicidad no es completa si no hay total confianza.

—No quiero que desconfíes de mí.

—No se trata de desconfianza. Hablo de que debemos tener la certeza de que nos podemos decir todo y la seguridad de expresar nuestros sentimientos sin necesidad de privarnos de ninguna de nuestras emociones. Podés confiar en mí, quiero ser tu compañera de vida. Los problemas compartidos siempre son más llevaderos, porque podemos apoyarnos el uno en el otro. Y las discusiones, en fin, los sinsabores también son parte importante de una pareja, porque cultivan la relación y nos vuelven más tolerantes. No quiero decir que nos conformemos, me refiero a que aprendamos a darnos espacio, físico y emocional.

—¡Cuánto tengo que aprender de vos, mi amor! ¡Sos tan sabia en tantas cosas...!

—No, Alex, no soy sabia, soy una gran improvisadora, pero me gusta meditar un poco las cosas. Vos, en cambio, sos más apasionado, más visceral, quizá ésa sea la razón por la cual nos atraemos tanto, porque nos complementamos.

—¡Y decís que no sos sabia! En mi vida, sólo he admirado a dos personas: a mi padre y a mi madre; y, ahora, a vos.

—¡Uf! Eso es mucho, no exageres! No quiero decepcionarte, es mucha la presión que me imponés. ¡*Ojitos*, decís cada cosa cuando decidís expresarte...!

—Sé que jamás vas a fallarme, Paula, conozco tu alma como tu cuerpo.

—¡Dios, cómo no amarte, si me dejás tambaleante con tus halagos! Me tenés comiendo de tu mano, *Ojitos*, sos tan seductor. Me atarantás, me nublás la razón; con sólo mirarme, me derretís. —Alex se reía y enarcaba una ceja por la vehemencia con que Paula describía sus emociones—. Además, cuando me ofrecés esa sonrisita de perdonavidas, se me cae el tanga, ¡me hacés decir cada estupidez! ¡No te rías! —Paula se abanicó con la mano—. Alexander, vayamos con tus amigos, salgamos a la terraza porque necesito aire, quiero salir de esta situación. ¡Sos un irrespetuoso! ¡No podés decirme eso sabiendo que estoy convaleciente! —Paula lo cogió por la mano y lo arrastró afuera.

—Esperá.

—¿Qué?

—Dame un beso. Estás loca, pero me encanta tu locura.

—Vos me volviste loca ¡y encima me pedís un beso, con el calor que siento!

—Yo también me muero por vos, me tenés totalmente enamorado, sos la dueña de mi voluntad.

Le sostuvo el rostro y la besó despacio, con muchísima ternura.

Poco a poco, pudieron distenderse; los amigos, la buena comida y la música fueron el condimento especial para una noche tranquila. Estaban sentados en las tumbonas junto a la piscina, algunos dentro del agua disfrutando del maravilloso clima de Miami y otros conversando en la pérgola, al lado de la parrilla.

Paula y Alex tenían sus manos entrelazadas, mientras escuchaban a Liliam y Jacob, que les contaban que, si era necesario, iban a empezar un tratamiento para encargar un bebé.

—¿No te contó tu hermana que fuimos a su clínica?

—No me dijo nada. —Alex intentó hacer memoria, pero no lo recordaba. Es posible que Amanda le hubiera comentado algo, pero, con todo lo que le había pasado a Paula, él estaba seguro de no haberlo registrado.

—Estuvimos allí la semana pasada; estamos cansados de intentarlo sin éxito. De todos modos, hace poco que nos decidimos, pero preferimos que nos hagan todos los estudios y saber de antemano que no hay nada extraño que me impida quedarme embarazada.

—Es que está imposible, Alex, ¿sabes lo que es aguantarla cada mes cuando le llega el período?

Liliam besó a Jacob en la mano, mientras preguntaba:

—¿Vosotros pensáis encargar uno pronto?

—No lo sé, aún no nos lo hemos planteado —dijo Paula mirando a Alex.

—Pues no sé si esperaremos mucho. Yo sé que quiero muchos niños, eso ya se lo dije, pero el cuándo dependerá de lo que nos diga el médico sobre su recuperación.

—¿De qué te han operado, Paula? —Liliam se mostró intrigada.

Alex y Paula cruzaron una mirada furtiva.

—¿Te acuerdas de Rachel, la hija de mi tío Bob?

—Sí, la rubia odiosa que siempre estaba en tu casa.

—Sí, ésa —corroboró Paula—, se le cruzaron los cables y me pegó un tiro.

—¿Qué? Es broma, ¿verdad?

—No, Liliam, no lo es. —Alex fue muy rotundo y abrazó a Paula y la besó en la sien mientras lo decía.

—Sé que no hay una razón válida para terminar con la vida de nadie, pero ¿por qué lo hizo?

—¡Ah, Jacob, es que tu amigo despierta pasiones incontrolables! —intentó bromear Paula para quitarle presión al momento.

—¡Maldición! ¿Y estás bien, Paula?

—Viva de milagro —afirmó Alex.

—No puedo creerlo, me acabo de quedar sin palabras. —Liliam estaba verdaderamente azorada y con los ojos muy abiertos—. ¿Dónde te disparó? ¿En qué lugar recibiste el tiro?

—En el hígado.

—Pero ¿estás bien? —Seguían preguntándole sin salir de su asombro—. Tienes buen aspecto, pero ¿no te ha dejado ninguna secuela?

—Aparentemente, no. Por ahora, estoy en plena recuperación, pero el doctor dice que voy bien. Debo cuidarme bastante todavía; comer cada tres o cuatro horas raciones pequeñas para ayudar a que el hígado no produzca tanta bilis y, bueno, no puedo hacer demasiado esfuerzo físico.

—Nunca hubiese imaginado algo así. Cuando dijiste, en la playa, que te habían operado, supuse que había sido una operación común. —Liliam se había estirado y había cogido la mano de Paula.

—En ese momento, no quise entrar en detalles, os acababa de conocer.

—¿Y ella? Está presa, ¿no, Alex?

—Sí, Liliam, por supuesto, está donde debe estar, pero mejor cambiemos de tema.

—Lo siento, Paula, no fue mi intención que revivas recuerdos tan desagradables.

—No te preocupes, Liliam.

—Dijisteis que os casaréis en agosto, ¿no?

—Sí, el 24 —respondieron los dos al unísono.

—¡Alex, no puedo creer que vayas a contraer matrimonio! —bromeó Jacob—. No es por ti, Paula, no vayas a creer que no creo que pueda casarse contigo; sólo que ver a Alex, así, tan hogareño, se me hace extraño. —Todos rieron.

—¡Menos mal que eres mi amigo, me estás haciendo quedar genial! Después de todo, ya he estado casado antes.

—No te aflijas, Jacob, creo entender a lo que te refieres. Sé que mi hombre no pasa desapercibido allá donde entra. —Le acarició la barba a contrapelo y Alex le sonrió por el halago.

—Ese matrimonio, Alex, aunque no te haga gracia que lo diga, no cuenta. Eso fue un acto de compasión, siempre te lo hemos dicho. —Alex se empezó a sentir incómodo con los derroteros que estaba tomando la conversación. Paula le cogió la cara y lo besó en los labios.

—Vendréis a nuestra boda, ¿verdad? —Ella intentó cambiar de tema.

—¡Por supuesto! No me la perdería por nada del mundo. ¿Será en Nueva York?

—Sí, estamos preparando todo allá.

—¿Vosotros vivís aquí?

—No, mi amor, ellos también viven en Nueva York, y muy cerca de casa.

—¡Ah, entonces, ahora que ya nos conocemos, espero que nos veamos a menudo! Realmente es una casualidad que estén mis amigos aquí. Salvo a Amanda, no veo a nadie más en la ciudad.

—Ya te llamaré y saldremos de compras para vaciar las cuentas de nuestros hombres.

—¡Más quisiera...! —exclamó Alex, mientras ella se acurrucaba entre sus brazos.

—¡Ah, no, nena! Yo te voy a enseñar; a los hombres no hay que acostumbrarlos a gastar poco, porque, si no, cuando gastas de más ponen el grito en el cielo.

Jacob puso los ojos en blanco ante el comentario de Lilian.

—Si Paula se empieza a juntar con mi mujercita, creo que muy pronto tendrás tus cuentas en números rojos; no te lo aconsejo.

—La verdad es que no lo creo. —Alex se dio la vuelta para mirarla y luego se dirigió a sus amigos para explicarles—: Paula es administradora de la empresa y ésa es su especialidad, que no haya números rojos. Es más, no me vais a creer, pero aún no ha aceptado una extensión de mi tarjeta.

—¡Miserable! ¡Te has buscado una mujer que cuide de tu fortuna! Paula, yo que tú desconfiaría cuando éste dice que te ama, creo que sólo te está usando.

Todos se rieron; Paula se apretaba el vientre y, aun así, no podía parar.

—¡Si supierais cómo me cuida! —lo defendió ella frente a las bromas de su amiga.

—¡Por supuesto! Son puras mentiras, mi vida, no la escuches. También es mentira lo que te he dicho hoy sobre que la conocía muy bien. —No podían dejar de reírse.

—Realmente, Paula, no sé cómo lo has hecho, pero lo tienes embobado. No se ha separado en toda la noche de tu lado. Amigo, es obvio que te ha picado el bichito del amor. ¿Me entiendes ahora? Cuando llega, no se puede evitar y te conviertes en un perrito faldero.

Alex y Jacob chocaron sus copas de champán y Liliam le ofreció un guiño cómplice a Paula.

—Necesito tomar mis medicamentos, vuelvo en seguida.

Cuando se quedaron los tres solos conversando, Liliam y Jacob aprovecharon para interrogar a Alex y enterarse a fondo del episodio de Rachel, hechos que él les resumió, centrándose en las cosas más puntuales, antes de que Paula regresara. También les refirió brevemente el estado de la causa y lo angustiada que estaba ella con eso.

—No es para menos, yo creo que si me pasara algo así, no podría salir de casa. Sólo espero que se pudra en la cárcel, no quisiera estar en la piel de Paula. No te preocupes, Alex —le dijo su amiga mientras le daba una palmadita en la mano—, intentaré distraerla cuando sus amigos se vayan. Además me ha caído más que bien, me gusta la pareja que hacéis.

—Gracias, Liliam, la semana que viene viajaré a París y Paula se quedará en Nueva York, porque aún no tiene autorización médica para hacer un viaje tan largo. Creo que su madre volverá a Argentina y ella se quedará en el Belaire con mis padres, pero, si pudieses, creo que estaría muy bien que la visitases, para distraerla.

—Cuenta con ello.

—Aprecio tu amistad... La verdad que supuse que no te caería bien, como eras tan amiga de Janice...

—¿Qué estupidez es ésa? Yo era tan amiga de Janice como tuya, y muchas veces os aconsejé que dejaseis esa relación absurda que os empeñasteis en continuar. Cualquiera podía darse cuenta de que ninguno de los dos se quería realmente; ella estaba obsesionada contigo y, cuando parecía convencida de terminar con todo, su madre la presionaba para que lo arreglarais.

—Ni me hables de Rose, por favor.

—¿Qué pasa?

—Audrey se encargó de comerle la cabeza. Hoy me ha llamado y está dispuesta a hacerme la vida imposible.

—¡Esa sucia de Audrey!

—Chis, que vuelve Paula, ya hablaremos en otro momento.

—Voy a la piscina, ¿vamos, mi amor?

Liliam se levantó, cogió a Jacob de la mano y se alejaron. Paula volvió a ocupar su lugar junto a Alex.

—¿No querés ir a la piscina? Hace calor, date un chapuzón con tus amigos; yo disfruto mirándote desde acá.

—No, mi amor, prefiero quedarme con vos.

—Todos lo están pasando muy bien. Tus amigos y los míos se han integrado en seguida. —Alex sonrió.

—¿No estás cansada? Hoy no has parado.

—No, me siento de maravilla. Creo que el doctor tenía razón: poco a poco, voy a ir recobrando mi energía. Además me pasé todo el día sentada, sólo me moví en la caminata, que fue cortita, y ya está.

—Vení, recostémonos acá. —Se echaron hacia atrás.

Ella se puso de espaldas y Alex, a su lado, de costado, con un codo apoyado en los almohadones de la tumbona.

—Pensaba que tus amigos eran de Miami.

—No, todos viven en Nueva York, pero, con todas las cosas que nos han estado pasando últimamente, no tuve oportunidad de presentarte a nadie.

—Sí, es verdad, pasaron muchas cosas en muy corto tiempo. Hemos ido de fiesta en fiesta y, después, esas pequeñas vacaciones en el hospital.

—Eso fue lo menos divertido de todo.

—Ya lo creo. —Alex le besó la punta de la nariz—. De todas formas, aunque hubiera preferido que no ocurriera, siento que ha servido para unirnos más.

—Yo también lo creo así.

—Haber pasado por un momento tan crítico, afrontar la posibilidad de perderte definitivamente, me hizo reafirmar aún más que lo que deseo es tomarte en matrimonio y vivir a tu lado el resto de mi vida.

—A mí me pasó lo mismo. Antes de que esto ocurriera, ¿tuviste dudas de si estábamos haciendo lo correcto al casarnos tan pronto?

—A decir verdad, cuando compré el anillo, era lo que más anhelaba, pero cuando empezamos a discutir tanto, tuve mis dudas y me planteé varias veces si no era todo un tanto apresurado.

—Yo también lo pensé y me lo pregunté una y otra vez, muchas veces. También tenía miedo de que nos estuviéramos equivocando, pero luego pasó todo esto y supe que era a tu lado donde quería estar. ¿Sabés, Alex? Yo estoy criada a la antigua. En mi familia, el matrimonio es para toda la vida, por eso ésta no era una decisión que tomar a la ligera, aunque una vez estuviera a punto de equivocarme.

—Yo siempre he admirado el matrimonio de mis padres: ellos son una pareja muy sólida, se complementan, se acompañan, nos transmiten su vínculo y nos unen. Por eso, cuando te conocí, supe que eras la persona indicada. Aunque vivías sola y de forma muy independiente, cuando te oí hablar de tu madre y de tu hermano y de tu familia, me transmitiste cuáles eran los verdaderos valores en tu vida. Por otra parte, ahora tengo claro que si Janice no hubiese enfermado jamás le hubiera pedido matrimonio, y eso lo entendí gracias al amor que te profeso.

Se hizo un silencio. Paula estaba encantada de escuchar eso, pero no quería interrumpir la magia del momento, así que le acarició las cejas y decidió sincerarse también ella:

—Si mi padre no hubiera muerto, estoy segura de que amaría a mi madre como el primer día en que la conoció. ¿Sabés? Ellos se encontraron en una fiesta. Mi padre había llegado a Buenos Aires con uno de sus amigos, para ir al cumpleaños de una prima; mi madre era amiga de la homenajeada y los presentaron. Mamá siempre me cuenta que, al principio, todo era muy platónico; se pasaban el día hablando por teléfono, pues antes no se podía viajar tan fácilmente y la distancia entre Buenos Aires y San Rafael era considerable. Una tarde, mi padre la llamó y le dijo que estaba en la capital. Mi madre no podía creerlo. Ese mismo día, se encontraron y nunca más se separaron. Sin embargo, mi padre no lograba conseguir un buen empleo en Buenos Aires y, entonces, decidieron casarse para irse a vivir juntos a Mendoza, para que él trabajara en la plantación de mi abuelo, donde, además, conseguirían casa y comida. Sólo habían estado tres meses de novios. Creo que lo de ellos fue un gran amor, pues no me explico por qué mi mamá no volvió a casarse nunca más. Una vez le pregunté y me contestó: «Paula, lo que viví con tu padre fue tan hermoso que, realmente, no tengo ganas de probar otra cosa».

—¿Nunca volvió a estar en pareja? Julia es una mujer muy linda y debía de ser muy joven cuando enviudó.

—Pues, la verdad es que no lo sé, Alex. Supongo que con alguien habrá salido, lo desconozco, porque ella siempre fue muy reservada. A casa jamás entró otro hombre después de que mi papá muriese y yo me acostumbré a verla sola, pero, ahora que lo pienso, me gustaría que no terminara sus días en soledad. Ella es aún una mujer muy bonita y, aunque no fuera un amor como el que vivió junto a mi padre, bien podría conseguirse otro compañero, alguien que le pusiera el hombro. Mi hermano tiene su familia y, por otra parte, sería egoísta que él se ocupara toda la vida de ella. En cierto modo, al morir papá, Pablo se hizo cargo de todo. Yo, en cambio,

aunque tampoco me considero mala hija, reconozco que pensé mucho más en mí.

—Tenés una buena relación con tu hermano, ¿no?

—Sí, Pablo siempre ha sido uno de mis ídolos. ¡Uf!, mi hermano es un ser pensante desde que se levanta hasta que se acuesta; y creo que, mientras duerme, también cavila. Piensa en mi mamá, en su esposa, en sus hijos, en mí, pero, sobre todo, en la bodega: Pablo ama ese viñedo. Cuando papá murió y parecía que todo se iba a pique, él se convirtió en nuestra ave fénix. Estoy convencida de que se exige tanto porque, en cierto modo, desde ese día ocupó el lugar de nuestro padre. Ahora estoy intentando ayudarlo en lo que sé hacer, llevar los libros, pues no me parece justo que me envíe cheques sin que yo mueva siquiera un dedo. Sin embargo, aunque amo esa tierra, no puedo llegar a involucrarme del todo, porque para mí ese lugar significa la pérdida de mi padre: allá se quedaron todos los recuerdos que guardo de él y, muchas veces, me resulta doloroso volver.

—¿Lo extrañás?

—Mucho. Si bien la resignación me acompaña, porque la vida sigue, siempre hay un momento del día en que lo recuerdo, es inevitable. ¡Cuánto le hubiera gustado que le pidieras mi mano! Él era muy tradicional, todo un caballero, así como vos, que siempre vivís pendiente de mí. Mi padre también se comportaba así con mi mamá, siempre estaba besándola, o pasaba por su lado y la acariciaba, o levantaba la vista y se quedaba embobado adorándola. A veces, veo esa mirada en vos y me derrito, como ahora, no sé si seguir hablando o comerte esa boca a besos.

—Te amo, Paula. Si no me sintiera de este modo, no podría mirarte así. Vos hacés que todos mis momentos sean únicos; me quedé embelesado escuchándote, porque es una historia hermosa. Además, me encanta saber todo de vos, pero mi éxtasis viene porque recordé nuestra primera conversación en el Faena, y me di cuenta de que aquel día tuve esta misma sensación de hoy. Cuando me contaste sobre tu familia y sobre Mendoza, mientras

desayunábamos, no quería que parases. Entonces, me pregunté por qué te escuchaba tan fascinado si eras sólo una mujer con la que había tenido muy buen sexo. De pronto, te pusiste de pie y me dijiste «Me voy», y yo quería pedirte que te quedaras, pero no me atreví. Recuerdo que te besé y ansiaba pedirte el teléfono y me contuve, pero no pude resistir la tentación de mandar a Heller a acompañarte para saber dónde vivías. Supongo que si no te hubiese encontrado ese lunes en la empresa, quizá me hubiera apostado en la puerta de tu casa hasta verte salir. Pensé en vos durante todo ese fin de semana. Rememoraba, como un estúpido, cada caricia, cada beso, cada gemido tuyo, y sólo quería volver a tenerte entre mis brazos para hacerte temblar como lo había hecho. Me volviste loco, creo que te estaba esperando y apareciste en mi vida como por arte de magia.

—También podías haberle dicho a Mikel que le pidiera mi teléfono a Mauricio. —Alex frunció la nariz.

—No, estoy seguro de que no hubiese hecho eso. No me gusta que nadie consiga las cosas por mí. Cuanto más me cuestan, más las deseo.

—Pero yo fui bastante fácil, Alex.

—¿Fácil? ¡Paula, me moría de celos por Maxi! Estaba seguro de que tenías algo con él y también con tu profesor de tenis. —Ella largó una risotada.

—¿Con Ariel? ¡Yo quería que lo creyeras! Recuerdo aquella llamada en el Faena: estabas muy cabreado pero no querías demostrarlo. No te culpo por creer eso, después de todo, con vos me acosté a las pocas horas de conocerte.

—Yo sabía que no eras una mujer ligera, pero los celos me nublaban. Dios, tendremos una hermosa historia de amor para contarles a nuestros hijos y nietos.

—¿Nietos? Aún no tenemos hijos ¿y ya estás pensando en nietos? —Alex la besó.

Las risas de sus amigos los distrajeron, los sacaron de esa ensoñación y, entonces, cayeron en la cuenta de que no estaban

solos.

—¿Siempre vienen todos a Miami?

—Sí, desde hace muchos años. Todos tienen propiedades acá y nos juntamos bastante seguido en la ciudad.

—¿Cuánto hacía que no venías?

—Vine justo antes de viajar a Brasil y Argentina. Desde entonces, no había vuelto; el tiempo que no estuvimos juntos, me dediqué a trabajar sin parar.

Capítulo 8



LA semana había pasado volando, el último día en Miami había llegado y habían decidido pasarlo en el Fontainebleau.

Llegaron al maravilloso complejo hotelero ubicado frente a la bahía Biscayne, en primera línea de mar y que ofrecía vistas espectaculares y un agradable ambiente caribeño.

Entregaron los vehículos al aparcacoches y se dirigieron al lujoso vestíbulo de brillantes baldosas. Todos se quedaron pasmados por el esplendor del espacio, que conjugaba a la perfección el lujo, la modernidad y una exquisita arquitectura. Del techo, colgaban tres majestuosas y frondosas lámparas de cristales Swarovski. La recepción se encontraba a la izquierda y, a la derecha, estaba el bar Bleau, con el suelo transparente iluminado por fibra óptica, al pisar el cual daba la sensación de estar caminando sobre el agua.

—¡Vaya, mi amor, a qué hermoso lugar nos has traído! —Paula, aferrada a la mano de Alex, se soltó para cogerlo por la nuca y darle un beso, que él recibió gustoso. Realmente, durante aquella semana, con la grata compañía de todos sus amigos, ambos habían logrado distraerse y olvidar sus problemas por unos días.

—Lo pasaremos genial —afirmó Mikel—; esto es lo más *in* de Miami Beach.

—Chicas, acá también pueden hacer algunas compras, así que estoy seguro de que más tarde las perderemos de vista —bromeó

Alex guiñándole un ojo a Paula mientras se dirigía a la recepción para comprobar sus reservas y recoger las entradas del *nightclub* del complejo. Los demás esperaron en el vestíbulo y, cuando Alex regresó, el personal del hotel los acompañó hasta una cabaña privada junto a la piscina, que contaba con servicio de mayordomo.

—Esto es vida, Alex —exclamó Mauricio mientras miraba a su alrededor.

—Tenés toda la razón —corroboró él.

A la hora de comer, les dieron ganas de disfrutar del mejor *sushi* en Blade, puesto que Mikel no paraba de elogiar el lugar, pero, luego, consideraron que Paula no podía comer ese tipo de comida y decidieron ir a La Côte, donde se podía disfrutar de una excelente cocina francesa mediterránea.

El restaurante de dos pisos quedaba entre la piscina y la playa, con extraordinarias vistas al océano y rodeado de palmeras: el entorno era muy romántico. Se situaron en la terraza para sentir que estaban almorzando en la Riviera francesa. Mesas de pino tea y asientos con cómodos almohadones blancos conformaban un escenario muy placentero donde un disc-jockey amenizaba el ambiente con música hip hop.

—Como entrada, les recomiendo unas tapas de *mezze* griego y *taboulé*, con sangría.

—Nunca he comido eso, Alex —dijo María Pía—, ¿qué es? —Los demás, salvo Mikel, tampoco sabían de qué se trataba.

—Se trata de una selección de aperitivos, tacos de queso, berenjenas, tomates, mariscos, pulpo, calamares, langostinos, entre otras cosas, que se acompañan con salsa *tzatziki* y pan de pita; la salsa está hecha con yogur griego y pepino —les explicó Alexander.

—Y el *taboulé* es una ensalada vegetariana, a base de sémola de trigo, con un sabor muy especial; les gustará —terminó manifestando Mikel. Todos coincidieron en que querían probarla.

—Mi amor, podrías pedirte un jugo de arándanos; es una gran bebida fresca sin alcohol —le propuso Alexander a Paula— y, como es frutal, no puede hacerte daño.

—Te haré caso, estoy bastante harta de acompañar las comidas con agua. —Alex tomó su mano, la levantó y le besó los nudillos.

Mientras esperaban el pedido, el ambiente en la mesa era muy festivo, como lo había sido durante toda la semana.

Hablaban de diferentes temas, los hombres por un lado y las mujeres por el otro.

—¿Paula, pudiste concretar la entrevista en Nueva York? —se interesó Daniela.

—Eso mismo quería comentarles. Anoche hablé con Amanda y me confirmó que mañana a las cuatro de la tarde nos esperan para ver los vestidos de damas de honor. Mi cuñada es genial, ya van a ver que les caerá muy bien.

—¡Qué bueno que podamos dejar eso arreglado antes de regresar a Buenos Aires!

—¡Sí! —exclamó Mapi, dirigiéndose a Daniela muy entusiasmada.

—Para mí también será una enorme tranquilidad, chicas, al menos ya no tendré que pensar en ello; es fantástico tenerlas a todas acá para poder concretarlo.

—¡Seguro, Paula! ¿Y qué color querés, el que nos dijiste o vas a esperar para ver mañana lo que hay?

—Hum, Clari, creo que tengo ese color acá metido —contestó Paula señalándose la cabeza— y nada podrá hacerme cambiar de parecer.

—A mí me gusta, además me sienta muy bien. —Las demás concluyeron lo mismo que Clarisa.

La comida, distendida y cómoda, pasó volando; volvieron a la cabaña privada y estuvieron el resto de la jornada tostándose al sol, junto a la piscina. Por la tarde, las mujeres decidieron ir de compras a las tiendas del hotel, pero los hombres, en vez de esperarlas, prefirieron regresar al apartamento.

—¿Qué les parece si nos dejan el Bugatti y el Veneno? Ustedes pueden volver en el Serie 6 —le propuso Paula exultante a Alex que, por supuesto, la miró con cierta duda, pues esos automóviles eran sus adquisiciones más preciadas—. ¿Qué pasa? ¿Pensás que no

podemos conducirlos? —Alex pensó durante unos instantes más, sin contestarle; se cogió el mentón y continuó calculando los pros y contras.

—De acuerdo —aceptó al final. Paula se colgó de su cuello y lo besó—, pero, un momento, con una condición.

—Condición, ¿qué condición?

Alex la apartó a un lado, sacó su cartera y extrajo una Morgan Palladium a nombre de Paula.

—Quiero que pagues tus compras con esto y que no te fijes en los precios, sólo que elijas lo que te guste —le ordenó mirándola con seriedad.

—No es justo, esto es un chantaje.

—¿Por qué no es justo? No te niego nada, mi amor, te complazco en todo, ¿no te parece justo, entonces, que me devuelvas el gesto?

—¡Tramposo!

—Hermosa, me encanta cuando ponés esos morritos calculadores. —Alex le dio un beso y Paula cogió la tarjeta que él seguía enseñándole—. Sin mirar los precios —le recordó él nuevamente y le ofreció un guiño.

Al final, los hombres se marcharon y las mujeres se prepararon para recorrer todas las tiendas del hotel.

Al entrar en Ida and Harry, Paula se quedó fascinada y terminó llevándose varios modelos de las estanterías de Hervé Léger. No pudo resistirse al glamour de esos vestidos que esculpían y se adaptaban a sus formas como un guante, realzando increíblemente su figura. También compró algunos zapatos y bolsos, su perdición. Optó por varios modelos de Sigerson Morrison y Valentino. Sus amigas también hicieron sus compras; se llevaron diseños de Cavalli, de Alice and Olivia y de Catherine Malandrino.

Llegaron al ático cargadas con muchísimos paquetes. Paula era la que más había comprado, aunque María Pía también había dejado su tarjeta temblando, con todas sus adquisiciones.

—¡Vaya! ¿Dejaron algo en las tiendas? —preguntó Maxi cuando ellas alinearon los paquetes en el salón.

Alex y Mauricio venían desde la cocina con refrescos para todos.

—¡Llegaron! Parece que las compras fueron jugosas. —Mauricio saludó a su chica.

—Mauri, por poco desplumamos el local —le contestó Clarisa, mientras se daban un beso.

—Ya lo veo —corroboró Alex—. ¿Y Paula? ¿Dónde está? —Ladeó su cabeza y miró a Daniela, que le estaba mostrando lo que se había comprado a Maxi.

—Entró apuradísima al baño, se estaba haciendo pis —le contestó María Pía.

—¿Quién pregunta por mí? —dijo ella mientras entraba exultante en la sala.

—Acá, quien más te ama —le respondió él en tono guasón. Paula se acercó a Alex, le dio un sonoro beso y le habló sobre sus labios.

—Te arrepentirás de haberme dado esa tarjeta, me traje toda la tienda —se carcajeó mientras le mordía el labio—. Debo reconocer que fue divertido no preocuparse por rebasar el límite. —Le guiñó un ojo.

—Me parece perfecto, es lo que esperaba que hicieras.

Era su última noche en Miami y Alex había planeado una gran despedida: quería que todos se fueran con un muy buen recuerdo del viaje. Había hecho una reserva para cenar en Scarpetta, un lujoso y sofisticado restaurante italiano dentro del Fontainebleau. El lugar tenía un diseño interior inspirado en la náutica, con mosaicos de mármol, aunque el cuero, el acero y los cordeles eran los materiales que predominaban. Las ventanas, que iban del techo al suelo, ofrecían una maravillosa vista panorámica del mar. Desde ahí podía accederse a una hermosa terraza que lo rodeaba. En cuanto llegaron, pasaron a un salón de cócteles, mientras les preparaban la mesa que Alex había reservado. Después de cenar, se trasladaron al *nightclub* más famoso de Miami, LIV, un *lounge* exclusivo donde a diario presentaban sus remezclas diferentes disc-jockeis famosos. Esa noche el local estaba a tope, pues el invitado era David Guetta.

Alex había reservado un lugar único en uno de los palcos privados, donde iban a tener una perspectiva privilegiada del espectáculo. Paula estaba y se sentía muy sensual; se había puesto uno de los vestidos de Hervé Léger que había comprado por la tarde. El modelo de franjas en negro se amoldaba a su cuerpo, pues estaba confeccionado en lycra y se adhería a la perfección; donde se cruzaban las tiras del escote *halter* se formaba una lágrima que dejaba al descubierto la sinuosidad de sus senos. Por atrás, la exquisita desnudez de su espalda quedaba al descubierto hasta la cintura. Para completar su atuendo había elegido unos zapatos de tiras cruzadas y plataformas adornadas con cristales Swarovski. Estaba despampanante. Alex permaneció aferrado a su cintura en todo momento, se lo veía muy feliz. Él también estaba impecable, fiel a su estilo, vestido íntegramente de negro, majestuoso y atractivo.

—¿Qué les parece el lugar? —preguntó Mikel mientras los acomodaban a la mesa.

—¡Fabuloso! —exclamó Maxi mientras miraba hacia el techo y se fijaba en todos los detalles. Todos estuvieron de acuerdo con él.

Se sentaron en el palco que Alex había reservado, Paula se asomó al balcón para inspeccionar ella también la distinguida discoteca.

—¡Vaya, qué buen local! Ahora entiendo su fama, este sitio obnubila —afirmó mientras se volvía para sentarse en uno de los sillones de tapicería dorada.

Alex la miraba embobado; esa mujer despertaba en él sentimientos que jamás había creído poder sentir. Cuando había aparecido en la sala del ático, con ese vestido, creyó que había vuelto a enamorarse, porque tuvo la misma sensación que cuando la había visto por primera vez en el Faena. Entonces supo, a ciencia cierta, que había sido en ese preciso instante cuando habían comenzado a despertarse sus sentimientos por ella.

Una camarera, que parecía conocer muy bien a Mikel y Alex, se acercó muy pronto a tomarles nota. Al aproximarse, la chica los

había saludado a ambos con un beso en la mejilla.

—¿Qué quieren tomar? —preguntó Alex haciendo extensiva su pregunta a los demás.

María Pía, Clarisa y Daniela pidieron Red Bull y Vodka Belvedere; Mikel animó a Maxi y a Mauricio para que probaran el «Presidencial», una poderosa mezcla de ginebra, zumo de limón y cerveza; él, por su parte, se pidió un Thirty Two, con tequila, pomelo y néctar de agave, y Alex además, pidió dos botellas del exclusivísimo champán Armand de Brignac Rosé, para que pudieran seguir bebiendo cuando terminaran los cócteles que habían pedido.

—Preciosa, pedite un «Little Pink Pearl»; es un cóctel sin alcohol de zumo de pomelo rojo, lima y sirope de almendra.

Paula asintió y, en cuanto la pelirroja se hubo retirado, lo interrogó.

—Esa camarera parecía conocerlos muy bien.

—Sí, eso me pareció a mí también —agregó María Pía.

—Hace años que venimos a este lugar —explicó Mikel.

—Igualmente, me pareció demasiada confianza —se quejó Mapi y, sin poder evitarlo, Mikel se carcajeó; ellos se sentían cada vez más cercanos y habían empezado a surgir sentimientos de posesión.

En ese momento, sonaba *S&M*, de Rihanna, pero, a lo largo de la noche, se oyeron diferentes temas de *rhythm & blues*, pop y electrónica y, como a las tres de la mañana, la fiesta se encendió. Al vibrar el tema *Titanium*, con el que David Guetta arrancó el concierto, la euforia de la gente se desbordó. En medio de múltiples luces robóticas, mucho humo artificial y multitud de bailarinas con vestuarios vanguardistas. Todos se sacudieron enloquecidos durante las siguientes dos horas al ritmo de: *Love is gone, One love, I can only imagine, Memories* y *Without you*, entre otras canciones que el famoso disc-jockey francés mezcló en su presentación.

—¡Ah, no puedo creer que esté así, con esta movilidad tan reducida, tenga frente a mí a David Guetta y no pueda bailar como quisiera hacerlo! —se quejó Paula tratando de imponerse a la estridencia de la música.

Alex la tenía abrazada por detrás y, aunque lo hacían despacio, intentaban moverse al ritmo de la música.

—¿Te gusta? ¿Estás pasándolo bien?—le preguntó él al oído y su aliento le acarició el lóbulo de la oreja.

—Mi amor, ¿que si lo estoy disfrutando? ¡Estoy flipando, Alex! No puedo creer que esté viéndolo en vivo y que, además, lo tenga tan cerca.

—Disfrutá, mi amor, me encanta verte feliz. —La besó.

Los demás estaban bailando descontrolados. Les habían repartido gafas con logotipos en los cristales con el nombre de la disco y el de Guetta, y también unas varas luminosas que agitaban en sus manos al ritmo de la música. En el punto álgido de la noche, empezaron a caer papelitos plateados y la gente, emocionadísima, sólo quería seguir danzando, sin parar, al ritmo del discjockey.

Capítulo 9



DESPUÉS de esos días en Miami habían regresado a Nueva York. El ánimo de Paula estaba bastante afianzado. Sin duda, traer a sus amigos de Buenos Aires y terminar su recuperación en esa jubilosa ciudad había sido muy buena idea.

Como habían acordado de antemano con su cuñada, ese mismo día Paula y sus amigas quedaron con Amanda para ir a escoger los vestidos de las damas de honor. Paula sólo les había pedido que todos fueran de color plata. En cuanto al modelo, que cada una eligiera el que le sentara mejor. La tienda se convirtió en un verdadero cotilleo de salón hasta que se pusieron de acuerdo. Finalmente todas salieron de allí satisfechas por su elección. Paula se encargaría de recogerlos cuando los arreglos estuviesen listos.

El martes por la mañana, todos partían hacia Argentina; Julia también, así que Alex y Paula fueron a despedirlos a todos al aeropuerto.

—Mamá, voy a extrañarte, me había acostumbrado a tenerte en casa.

—Yo también te voy a echar de menos, hija, pero regresaré pronto, cuando vayas a elegir tu vestido de boda.

—Sí, en cuanto concrete la cita, te aviso y, por favor, decile a Mariana que también la quiero acá, conmigo, para ese momento.

—Estoy segura de que le encantará acompañarte y Sofía, ¡uf!, estará encantada de venir a casa de su tía. —Estaban llamando para embarcar y Paula se abrazó incansablemente con cada uno de los viajeros.

—Pendeja, te vamos a extrañar.

—¿Lo pasaste bien, Mauri?

—Excelente. —Mauricio le agradeció mucho la estadía a Alex y Maxi, por su parte, hizo lo mismo.

—Todos nos llevamos un gran recuerdo de este viaje, son unos anfitriones excelentes tanto vos como Alex —agregó Daniela y todos asintieron.

—¡Ah, lo bueno siempre se acaba! —le dijo María Pía a Mikel, que la cobijaba entre sus brazos, sin querer que se fuera de su lado.

—Cada vez se me hace más difícil separarme de vos, linda.

—¿Vas a extrañarme?

—No dudes que así será. ¿Qué estás haciendo conmigo, chiquilla? Me tenés estúpido, nena.

Alex y Paula se abrazaron mientras despedían a sus amigos y a Julia con señas mientras ellos se alejaban. Les hacían ademanes sin parar y agitaban la mano saludándolos. Mikel, cabizbajo y en silencio, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, se quedó observando cómo Mapi se distanciaba. Se lo notaba profundamente triste y le importó muy poco disimular. Al final, todos desaparecieron tras la puerta de embarque.

Alexander notó la amargura de su amigo y le palmeó la espalda para darle ánimos.

—¡Cuánta seriedad, Mikel Wissler, no te conocía ese gesto! ¡Vamos, levantá ese ánimo que tres semanas pasan pronto! Cuando quieras acordarte, Mapi y vos volverán a reencontrarse —intentó animarlo Paula también.

—Paula, debo reconocer que tu amiga me tiene totalmente pelotudo —le dijo.

—Creo que, en realidad, te tiene enamorado. ¡Cómo les cuesta, a ustedes, los hombres, reconocer sus sentimientos!

El miércoles por la tarde, Alex partía hacia París en un Boeing 777 de Air France, que salía a las 18.15 horas desde el aeropuerto JFK. Paula lo había acompañado para despedirlo: se iba durante seis días y era la primera vez que se separaban tras el ataque.

—Mañana, cuando salgas del médico, me llamás para contarme qué te dijo y no te olvides de preguntarle cuándo podremos volver a hacer el amor. —Le guiñó un ojo.

—Sí, mi amor, no te preocupes: también yo estoy interesada en eso —se carcajearon y Alex le mordió la barbilla—. Lo que no tengo muy claro es cómo voy a hacerlo para consultarlo con Bárbara a mi lado, acordate de que ella me quiere acompañar.

—Buscá la manera, Paula, por favor, me urge saber cuándo podremos retomar nuestra intimidad. Te deseo, nena.

—Yo también siento esa urgencia, Alex. Espero que el doctor Callinger me dé el alta ya.

—Bueno, no te apures, todo a su debido tiempo. Si tenemos que seguir esperando, esperaremos. Después de todo, mi «amiga» —dijo mientras levantaba su mano y se la enseñaba— se está portando muy bien. —Se carcajearon.

Ella le dio un sonoro beso y luego le delimitó los labios con su dedo índice.

—*Ojitos*, llamame en cuanto llegues a París. Mirá que voy a estar despierta, esperando que lo hagas. —Se habían quedado abrazados; Alex la tenía pegada a su cuerpo y ella estaba aferrada a su cuello.

—Prometo que, en cuanto pise el aeropuerto, te llamo. —Se miraron y se olisquearon un instante más—. ¡Uf, nena! ¡Cómo nos cuesta separarnos! —Habían empezado a llamar a los pasajeros del vuelo de Alex.

—Pero tenemos que hacerlo, debemos retomar nuestras vidas y cumplir con nuestras obligaciones. No podemos vivir pegados, necesitamos recuperar una vida normal, en todos los sentidos, para dejar atrás todo lo malo que nos ha pasado.

—Es cierto, tenés toda la razón, necesitamos cierta normalidad en nuestras vidas, pero me encanta vivir pegado a vos; se me da

muy bien hacerlo. —Sonrieron y se besaron—. ¿Vas a extrañarme?

—Ya estoy extrañándote —le contestó ella de forma marrullera; a Alex le encantaba que le hablara así.

Volvieron a llamar al vuelo de Air France con destino a París y no podían estirar más la despedida.

Se besaron de manera arrebatadora y se abrazaron con desmesura; no podían apartarse, pero tenían que hacerlo. Alex le dio otro beso y luego la soltó, deslizó sus manos por los brazos de Paula hasta llegar a sus manos, le lanzó un último beso al aire y empezó a caminar, alejándose de ella. Mientras lo miraba partir, Paula se acariciaba los labios que él había poseído hasta último momento. Alexander se dio la vuelta una última vez, antes de traspasar la puerta, y entonces ella le gesticuló un «Te amo» silencioso, que Alex contestó diciéndole: «Yo más». Luego, se marchó.

Paula dio media vuelta y salió del *lounge*. A pesar de lo que significaba la despedida, no podía dejar de sonreír, se sentía amada, Alex era todo lo que alguna vez había soñado que fuera y eso la contentaba, la hacía sentir plena y dichosa. Afuera de la sala vip, Heller la esperaba, pacientemente sentado en una de las banquetas de la terminal, para llevarla hasta el Belaire. El aeropuerto era un caos, acababan de llegar varios vuelos y la gente bullía. Le pareció oír gritar su nombre y la voz le resultó conocida, pero no le dio importancia. Siguió caminando hacia donde la esperaba Heller; él se puso de pie para escoltarla hasta el estacionamiento, pues Alex le había encargado que no la dejara ni por un instante. Era imposible que no sintiera miedo después de lo que le había pasado. En ese mismo instante, volvieron a gritar su nombre y entonces ella sí se dio la vuelta y se encontró con Gabriel Iturbe, que venía caminando desde la zona de llegadas, bastante apremiado por alcanzarla; no paraba de hacerle señas.

—Aguarde un segundo, Heller, ya vamos.

—Por supuesto, señorita Paula, no se preocupe.

Gabriel continuó apurando su paso, hasta que llegó a su lado.

—Paula, cuando te vi, imaginé que eras una visión.

—Hola, Gabriel —le contestó ella con frialdad, sin darse por enterada de su insinuación.

—¿Cómo estás? —La cogió por un brazo, le dio un beso en la mejilla y la estudió a conciencia de los pies a la cabeza—. Vengo de Mendoza, vi a tu hermano y me contó lo que te había ocurrido. ¿Estás bien, Paula? Me preocupé mucho cuando me enteré. En realidad, me hubiese gustado saberlo cuando ocurrió, para poder acompañarte.

—Estoy perfectamente bien, gracias; ya pasó todo.

—¡Dios! Me explicó que habías estado muy grave, estuve llamándote —le dijo con angustia, la abrazó y ella tensó su cuerpo; Gabriel notó su incomodidad y la soltó de inmediato—, pero nunca me devolviste las llamadas.

—Lo siento, es que mi móvil se perdió y ahora tengo otro número, uno local —le explicó ella.

—¡Ah, ya entiendo! Entonces, ¿no es que no me hayas querido contestar? —le preguntó y la miró ilusionado, pero ella no le contestó—. Tomemos algo en el Starbucks de la terminal.

—Me está esperando el chofer —se excusó ella, aunque el argumento resultó tonto y débil, pero fue el único que se le ocurrió.

—Paula, es sólo un café.

Ella se quedó mirándolo y él también, mientras esperaba una respuesta. Resignada y sin poder encontrar mejor excusa para rechazarlo, aceptó su propuesta. Se dio la vuelta y le pidió a Heller que la acompañara: no quería malentendidos con Alex.

Caminaron hacia el local. Heller, como siempre muy discreto, los seguía rezagado a escasos metros y pensaba en lo mucho que se iba a disgustar su jefe cuando se enterase. De todos modos, decidió que no iba a contarle nada si no le preguntaba, pues asumía que ella lo haría. Sencillamente, no deseaba quedar como un soplón.

Paula, mientras caminaba, discurría lo mismo que Heller y, aunque Gabriel le hablaba, ella realmente no lo escuchaba. En su mente, sólo cabía Alexander y su reacción cuando se enterase.

Finalmente, se acomodaron en una de las mesas del café. Gabriel se pidió un *frapuccino* y Paula un té Earl Grey.

—¿Qué hacías en el aeropuerto?

—Vine a despedir a Alex, que tuvo que viajar por trabajo. ¿Y vos me dijiste que venías de Mendoza?

—Mi papá no anda muy bien y aproveché un parón en el trabajo para ir a verlo.

—¿Es grave?

—Debe tener cuidado, anda con la tensión un poco alta, pero además es bastante cabezón y no se cuida. Precisamente, por eso fui, para sermonearlo y que le facilite las cosas a mi mamá, que sólo se preocupa por cuidarlo; la está volviendo loca, pobrecita.

—Lo siento, espero que se estabilice.

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—Y vos, ¿cómo estás? —le cogió la mano y Paula, con premura aunque sin ser muy brusca, la retiró; sabía que Heller los observaba. En seguida, tomó el recipiente que contenía el té y bebió un poco para disimular.

—¿Qué pasa? ¿El chofer es el informante de tu novio?

Paula lo miró, él estaba en lo cierto pero no pensaba aceptarlo.

—No entiendo a lo que te referís. Por otro lado, de ser así no habría nada que pudiera contarle más que esto —dijo y señaló con su mano las cosas que había sobre la mesa—, sólo estamos tomando un café y un té, mientras charlamos como dos amigos.

Gabriel clavó su mirada en la de ella y Paula no pudo sostenérsela. Acto seguido, cogió un sobre de edulcorante y fingió juguetear con él mientras lo esquivaba. Él sonrió con resignación.

—Te pregunté cómo estabas, aunque se te ve bastante repuesta, pero mucho más delgada.

—Estoy muy bien, te lo dije antes, apenas nos encontramos y, sí, estás en lo cierto, perdí bastante peso, pero ahora estoy recuperándolo.

—Estás muy distante conmigo, no parecemos los mismos de Mendoza. —Ella no le contestó—. ¡Cuántas complicaciones te

provoca ese tipo!

Paula lo miró fijamente.

—A mí no me lo parece, lo que me ocurrió no es culpa de Alex. No sabés el trasfondo como para poder emitir esa opinión, así que te informo de que no resulta nada correcta tu teoría.

—¿No es acertada? ¡Paula! —exclamó Gabriel y la cogió del mentón para que lo mirara—. En San Rafael, no dejabas de llorar por los rincones recordándolo, aunque te había abandonado; luego te dijo dos palabras y te engatusó de nuevo y, ahora, ¡te pegaron un tiro por su culpa!

—Dejame decirte que tu análisis de la situación es bastante superficial. Para empezar, Alex no me engatusó con dos palabras. Que vos creas eso realmente me ofende, pues me da a entender que me considerás una mujer muy fácil. Él me enamora a diario, nuestra relación es un compromiso que reforzamos cada día con la inmensidad de nuestro amor, y es por eso por lo que vamos a casarnos. En segundo lugar, el disparo que recibí fue producto de la locura de una mujer despechada, una historia sin importancia que él tuvo mientras no estaba conmigo, sólo que ella no lo asumió del mismo modo —le explicó Paula en un tono hostil.

—Lo siento, no quise ofenderte, pero es que, aunque quiero evitarlo, no puedo dejar de sentirme celoso. Paula, no puedo olvidarte. En Mendoza, me ilusioné con que lo nuestro podría ir más allá de una amistad, pero sólo te veo pasando penas por él y vos aceptás que no te respete.

—Creo que mejor me voy, los dos estamos perdiendo el tiempo acá. Amo a Alex y no puedo quedarme sentada escuchándote, sin pensar en que estoy faltándole al hombre que adoro. No está bien que me quede consintiendo que te me declares.

—¡Vaya, no conocía a esta Paula aguerrida! Me duele mucho que lo defiendas con tanta vehemencia. Aunque no te interese oírme, ésta es la única oportunidad que tengo para decirte lo que pienso. Paula, si hubieses estado a mi lado te hubiese cuidado con mi vida y nada de esto te hubiera pasado. Estoy enamorado de vos, te dije

una vez que te esperaría y hoy vuelvo a repetírtelo. Estoy seguro de que él te defraudará de nuevo. El hombre con quien estás no tiene un buen historial con las mujeres, no sabe asumir compromisos profundos con nadie.

—No sé de dónde sacaste algo así, creo que vos y Alex no se conocen lo suficiente como para que afirmes todo eso.

—Ordené que lo investigaran, no te enojes —volvió a coger su mano; ella no podía creer lo que estaba oyendo—, porque creo que necesitás saber con quién estás. Creeme, él no te conviene, es un niño bonito que sólo sabe seducir y dejar a las mujeres con las que sale; si no mirá cómo enloqueció a esa que terminó disparándote. Paula, te quiero bien y debo prevenirte: ese hombre no te conviene.

—Lo siento, Gabriel, no quiero ser grosera. Acepté venir porque creí que habías entendido que vos y yo sólo podíamos ser amigos, pero si vas a insinuarte y, por si fuera poco, atreverte a hablarme con tanto desparpajo de Alex, creo que es mejor que me vaya.

Paula se puso de pie y él le cogió la mano. Se quedaron mirando.

—¿Me das tu teléfono? —Ella clavó sus ojos en él, pero no le contestó y apartó la mano—. ¡Esperá, Paula! —Gabriel extrajo de su billetera una tarjeta de presentación y un bolígrafo; garabateó con premura su dirección y se la entregó—. Por favor, quiero que tengas mi dirección por si necesitas cualquier cosa. No estás sola en Nueva York, me tenés a mí para lo que necesites.

Ella no dijo nada pero aceptó la tarjeta que él le puso en la mano, luego salió del lugar. Gabriel no intentó retenerla. Paula fue hacia la salida y él se quedó observándola alejarse mientras se acariciaba el pelo. «Sé que es cuestión de tiempo. Voy a esperarte, hermosa, él te va a desencantar de nuevo y ahí voy a estar yo para consolarte y ofrecerte mi amor.»

Capítulo 10



LA cena había terminado en el Belaire y Paula estaba sentada en la sala, entre Joseph y Bárbara, tomando una infusión caliente. Sus futuros suegros no paraban de mimarla desde que había llegado.

—Espero que el doctor mañana me dé el alta, no veo la hora de regresar al trabajo.

—Calma, no te apures; tenés que reintegrarte cuando estés repuesta del todo.

—Alex no permitiría que fuera de otro modo —acotó Bárbara sin temor a equivocarse—. Por cierto, estaría bien, Joseph, que fueras limando asperezas con tu hijo, no me gusta verlos tan distanciados.

—¿Qué? ¿Cómo que vos y Alex están distanciados? —se extrañó Paula—. ¿No es cierto, verdad? —Joseph puso los ojos en blanco—. ¿Qué pasó? ¿Por qué no me había enterado?

—Porque son los dos muy testarudos y orgullosos, y prefieren que no te enteres para que no te sientas en medio de ambos.

—Joseph, ¿por qué están enojados, acaso es por el trabajo?

—Ay, nena, no es por el trabajo; es por lo que ha pasado con Rachel. Alex no es un adolescente para comportarse como lo hace. No justifico lo que ella te hizo, pero mi hijo tendría que haber previsto que su ligereza al liarse con ella podía acabar involucrando a toda la familia.

—No es que justifique que Alex se haya tirado a Rachel, y perdón por la expresión, pero, en realidad, creo que ella estaba obsesionada con él desde mucho antes. Cuando me disparó, fue muy clara, dijo que había esperado mucho tiempo para acercarse a él y que, ahora que Janice había muerto, yo no iba a interponerme entre ellos. ¡Incluso me sugirió que la naturaleza había retirado del camino a Janice sin que ella hubiera tenido que intervenir! Además, te recuerdo que sus amenazas empezaron mucho antes, en Buenos Aires, cuando él aún ni le había hecho caso. Joseph, ella tendría que haber entendido su rechazo, lo que ha pasado no es culpa de Alex.

—Todo se ha mezclado, Paula, ella es la hija de mi mejor amigo.

—Creo que lo que más te duele es eso, que hayas quedado en medio de todo, pero no culpes a Alex por la pérdida de tu amistad con él. Tu amigo defiende a su hija y es lógico, porque es su sangre.

—Me duele mucho todo, Paula, conozco a esa niña desde que nació. Estoy muy apenado, lo siento, no la justifico, no me malinterpretes; no te enfades como Alex.

—Te entiendo a vos y también a él.

—Alex te necesita a su lado, Joseph, nuestro hijo te necesita. Bob es, o fue, tu amigo, pero Alex es de tu familia y lo será siempre. Ya ves que Bob también hizo una elección y, por supuesto, optó por su hija —le dijo Bárbara.

—Yo también elegí a mi hijo, pero tal vez si Alex no hubiese alimentado esa obsesión que ella tenía con él...

—¿Cómo saberlo? —le interrumpió Paula—. Rachel tenía estos planes desde hacía mucho, Joseph. Ideó las llamadas que me hacía; este desenlace lo pensó hace mucho tiempo y estoy segura de que hubiera actuado de la misma forma con cualquiera que ella considerase que se interponía entre ambos. Mirá hasta dónde llegó que incluso se hizo con un arma; ¡sabe Dios cuánto hace que la tenía! Sólo espero que la justicia valore eso y que pague por lo que ha hecho, porque, si no es así, no podremos vivir tranquilos.

—No puedo creer que su mente sea tan maquiavélica; realmente me cuesta entenderlo, pero es obvio que lo planificó todo. Hace

tiempo que comprendí que no podía recriminarle eso a Alex ni hacerlo el único responsable. Debo reconocer que necesitaba un chivo expiatorio para justificar que Bob y yo nunca más seremos lo que éramos. Lo siento, Paula, acá la única víctima sos vos; Alex tiene razón en eso, pero, a mi edad, el orgullo a veces es difícil de vencer.

—No, mi amor, no es la única víctima, sí la que se llevó la peor parte, pero todos nos hemos visto damnificados por este ardid.

—Bárbara tiene razón. —Paula palmeó la mano de su futuro suegro—. En menor o mayor medida, todos nos hemos visto involucrados en esta situación que generó la mente enferma de Rachel. No permitas que tu orgullo te mantenga alejado de tu hijo, Joseph.

—Pero ¡Alex es un terco que nunca escucha! ¿Por qué es tan cabezota mi hijo?

—¡Ja! ¡No tiene a quién salir! ¿Te estás oyendo? Tu hijo lleva tus genes en la sangre y no sé cuál es más tozudo de los dos —le espetó Bárbara, mientras estiraba su mano por detrás de Paula y le acariciaba el cuello a su esposo. Paula sonrió.

—Prometo que, cuando Alex vuelva, solucionaré las cosas con él.

Joseph cogió la mano de su esposa y se la apretó con fuerza, luego le dio un beso en el cabello a Paula. Cuando terminó su café, anunció que se iba a descansar; estiró sus brazos hacia adelante y se despidió de ambas dejándolas solas en la sala.

Bárbara y Paula aprovecharon la ocasión para definir los detalles de la boda civil que se llevaría a cabo en Los Hamptons. Su futura suegra era una experta en la preparación de eventos, siempre le quedaban estéticamente muy bien, además de ser muy exitosos. Era tarde ya, pero Paula no quería acostarse hasta que Alex la avisara de que su avión había llegado a París. De repente, sonó el aviso del teléfono, era un mensaje de texto de Alex:

—Hola, mi amor, apenas estoy poniendo un pie en el aeropuerto. Cuando llegue al hotel, te llamo. Beso. Te amo.

—Gracias por avisar, yo también te amo. Estoy definiendo con Bárbara algunos detalles de la boda en Los Hamptons. Espero ansiosa tu llamada, estoy deseosa de escuchar tu voz.

Alex leyó el mensaje mientras recogía su equipaje de la cinta y sonrió radiante. Después de salir del aeropuerto y conseguir transporte, llegó al Le Bristol, un lujoso hotel de estilo palaciego en el área metropolitana de París, próximo a las tiendas y a todas las atracciones de la ciudad. Se acercó a la recepción para que comprobaran su reserva y, entonces, el amable conserje hizo que lo acompañaran. El personal que le habían asignado le ofreció una breve visita por las instalaciones del vestíbulo, en la planta baja, donde se encontraban el restaurante y el bar, y luego lo guió hasta la Suite Deluxe, donde se alojaría los días que estuviese en París.

La habitación estaba decorada con tapicerías y cortinas de seda, cretonas y tafetanes que armonizaban con los colores blanco, miel, limón y carmesí de sofás y colchas. El tallado de los muebles era de estilo Luis XV y XVI; los candelabros, de cristal; los tapices y las alfombras, persas. La suite contaba con una espaciosa sala de estar, una entrada independiente y un dormitorio amplio. Desde allí, se podían divisar los magníficos jardines de estilo francés y la terraza, embellecida por macizos de flores. El ambiente estaba perfumado con un intenso aroma a verbena y limón, proveniente de los productos de Anne Semonin distribuidos por el cuarto de baño. Sobre la mesa, una fuente repleta de frutas y agua embotellada le daban la bienvenida. Alexander se acercó a ella y picoteó unas fresas, más por tentación que por apetito, pues ya había desayunado en el avión.

Inmediatamente, miró su Vacheron y calculó la hora que era en Estados Unidos; allí eran más de las tres de la madrugada, pero como le había prometido a Paula que la llamaría, marcó el número. Él también necesitaba de forma imperiosa escucharla. Después de que el timbre sonara tres veces, Paula contestó con voz adormilada.

—Mi amor, me quedé dormida en el sofá de la sala mientras esperaba tu llamada.

—Hola, mi vida, dudé en hacerlo cuando calculé la hora que era allá, pero como te lo había prometido...

—Y bien que hiciste, porque si me despertaba y veía que no me habías llamado, me iba a angustiar. ¿Cómo fue el viaje?

—Tranquilo, hubo un rato de turbulencias, pero el resto estuvo bien. Dormí unas cuantas horas, así que por ahora no tengo síntomas de jet lag.

—¿Qué tal el hotel?

—Cálido, correcto y el personal es muy amable. Mi amor, te dejo para que descanses, voy a darme una ducha, porque dentro de un rato me encuentro con Chloé para ir a visitar los locales. Llamame cuando salgas del médico.

—Por supuesto. Te amo, mi cielo, extrañame mucho.

—No hace falta que me lo digas, sabés de sobra que así será. Vos también extrañame mucho.

Paula estuvo tentada de contarle el encuentro con Gabriel. En realidad, tenía que hacerlo, de eso no cabía duda, pero pensó que no era el momento adecuado. Decidió que lo haría cuando lo llamase al regresar de su revisión médica. Quería dejar que Alex se relajara tras el viaje y que se ocupara de todo durante su primer día en París. Sabía que no se quedaría de buen humor cuando se enterara, así que no quiso arruinarle el día desde el comienzo.

Respiró hondo y fue hacia la habitación; escuchar su voz le había infundido serenidad y templanza absoluta. Ahora sí podría dormir sabiendo que él ya estaba a resguardo y listo para empezar su día de trabajo. Ese hombre representaba su vida misma y había transformado todos sus anhelos. Alex representaba su fortaleza, el sosiego, la seguridad y el amor; a veces, incluso se asustaba de sentirlo con tanta intensidad y es que, a esas alturas, ella era consciente de que dependía mucho de él.

Alex, por su parte, se había dejado caer en uno de los sillones de fina tapicería y se había relajado escuchándola. Tras la corta

conversación que habían mantenido, se dijo que empezaría el día con buen pie.

Mientras sonreía embobado, repasaba cada palabra que se habían dicho. La charla no había sido trascendente, y le costaba creer que sólo escuchar su voz lo hubiera dejado en ese estado de fascinación: esa mujer era su droga, una gloria para él. Los días serían largos sin su presencia a su lado. Pero, a pesar de eso, debía concentrarse en los negocios, necesitaba que esos días en París fueran productivos, debía conseguir los objetivos que se había propuesto.

Su teléfono sonó mientras él estaba extasiado pensando en Paula. Miró la pantalla e identificó que se trataba de Chloé, la atendió y quedaron en encontrarse en una hora en el vestíbulo del hotel. Ella pasaría a buscarlo.

Alex dio el visto bueno a todos los locales, aunque seguía sin estar demasiado convencido del de Lafayette Haussmann.

—¿Sabes si el contrato de algún local está a punto de vencerse a corto plazo en esas galerías? —le preguntó Alex a Chloé.

Ella decidió llamar a un amigo, que era el agente inmobiliario que había conseguido los locales. Él les respondió:

—Hay tres, pero lo más probable es que dos de ellos se renueven; el tercero, que corresponde a un local más grande incluso que el de Faubourg Saint-Honoré, es del que no estoy seguro, pero aún faltan algunos meses para que se acabe. Os aseguro que estaré atento y tendréis prioridad; os doy mi palabra de que si se desocupa será para vosotros.

—Perfecto, es importante que sus dimensiones sean mayores que las de éste —le contestó Alex. Finalmente, había decidido seguir el consejo de Paula y esperar a encontrar un mejor lugar una vez ya estuvieran situados dentro de la galería.

Chloé lo invitó a almorzar, había hecho una reserva en un restaurante. Alex estaba famélico y ni siquiera pensó en rechazar la invitación. Se trasladaron en el Porsche Panamera de ella hacia la

zona de Champs Elysées, a L'Atelier Étoile de Joël Robuchon. Alex se sorprendió de que el lugar no fuera un típico restaurante francés, sino un local emplazado en el sótano de una farmacia. Estaba decorado en tonalidades rojas y negras, con una iluminación puntual y un tanto estrambótica, que le daba al ambiente un intenso dramatismo. Aunque había mesas, lo mejor era la experiencia de vivir todo el proceso del arte culinario contemplando la preparación de los platillos, como en un bar de sushi. El mejor emplazamiento, por tanto, era en la barra, así que el personal de recepción constató su reserva y, tras esperar unos breves instantes, los acomodaron en un lugar privilegiado.

Como atención de la casa por la espera, mientras decidían lo que iban a pedir, los invitaron a una copa de champán. Ambos se decidieron por el menú degustación y el sumiller les sugirió que lo acompañasen con un Touraine-Azay-le-Rideau 2009 Château de la Roche. Mientras les preparaban el pedido, Chloé levantó su copa para realizar un brindis.

—Alex, tú y yo nos llevaremos muy bien, presiento que haremos muchas cosas juntos. —Lo miró con picardía y una clara doble intención se desprendió de su comentario; luego agregó—: Haremos grandes negocios.

Él le sonrió y levantó su copa respondiendo al brindis que ella había formulado.

—Por el nacimiento de Mindland Francia —agregó Alexander—; conseguiremos que la marca se posicione en el primer puesto frente a la competencia que, sin duda, ya debe de estar enterada de que hemos desembarcado también en París. —Ambos se rieron satisfechos.

La seducción femenina es siempre un tema muy complejo, pero Alex era un experto en advertir las señales. Chloé le había dado signos, durante toda la mañana, de estar interesada en él más allá del ámbito de los negocios; su lenguaje corporal así se lo había demostrado. Se cruzaba de piernas de manera provocativa e intentaba rozarlo cada vez que encontraba la oportunidad de

hacerlo; cuando le hablaba, se inclinaba una y otra vez aproximándose a él y hasta se había atrevido a cogerlo de la mano en diversas ocasiones. Pero aunque a Alex le parecía divertido, no estaba en sus planes sucumbir a sus intentos de conquista; sólo se mostraba agradable para tener un buen marco de negociación. En realidad, en esa situación, se sentía como pez en el agua. La conversación se centró mayormente en los negocios, pero ella, en más de una ocasión, lo había llevado a un terreno más íntimo, deseosa de averiguar detalles sobre su vida personal. Pero Alexander encauzaba en seguida la conversación y la retornaba al campo laboral, sin resultar incorrecto ni descortés.

Chloé era una mujer realmente hermosa y muy seductora. Su agraciado rostro estaba rodeado de un bonito cabello castaño oscuro; su boca tenía unos labios carnosos perfectos y más que apetecibles y su mirada era de un azul profundo muy sugerente. Tenía todas las características físicas de una supermodelo de *Vogue*. Se mostraba segura de su cuerpo; era consciente de que sus curvas exquisitas eran irresistibles para cualquier hombre; llevaba la blusa desabrochada hasta el nacimiento de sus senos y, en más de una ocasión, se arregló el escote esperando que los ojos de Alex se centraran en él. Además, le hablaba paseando su vista por sus labios de forma sensual; sin embargo, por más que la seducción de Chloé fuera más que evidente, él mismo se desconocía. En otros tiempos, no hubiese dudado en llevarla hasta la habitación del hotel para enterrarse en ella, sólo por el hecho de descargar su poderío de macho alfa. No obstante, en ese momento, sólo deseaba que existiera una mayor distancia entre ellos, le hubiera gustado estar comiendo en un restaurante más tradicional, para poner una mesa, al menos, de por medio. Pensó en su chica y la diversión que había sentido en un primer momento por la abierta entrega de Chloé se esfumó de inmediato. Paula había intuido que esa mujer tenía otras intenciones con él y se asombró de su sagacidad. Por otra parte, Chloé era perseverante y estaba decidida a obtener lo que más anhelaba de Alex. Se sentía muy atraída por ese hombre y no iba a

desaprovechar la oportunidad de desplegar, a su lado, todas sus armas de seducción.

—¿Tienes planes para esta noche? Quizá podríamos ir a cenar y luego a alguna disco; me encantaría enseñarte el ambiente nocturno de mi ciudad.

—Quizá otro día Chloé, estoy cansado. Creo que estoy empezando a notar el jet lag. Desde que bajé del avión, no he descansado nada y he dormido muy poco durante el vuelo.

—Jure-moi... qu'avant que tu ne partes, nous sortirons.

Alex sólo sonrió, porque, aunque su francés no era muy bueno, la había entendido perfectamente. No le contestó.

Después de comer, ella se ofreció a llevarlo a su hotel, pero él adujo que necesitaba despejarse con un poco de aire fresco y que prefería caminar las pocas manzanas que lo separaban de Le Bristol. A ella no le hicieron mucha gracia sus continuos desplantes, pero tuvo que acceder. Se despidieron en la entrada de L'Atelier Étoile. Chloé se montó en su vehículo y partió. Cuando ella se hubo alejado, él comenzó a caminar por los Champs Elysées hasta que se encontró, de pronto, frente a la Place de la Concorde. Sacó su móvil, estiró su mano y se sacó una foto con el obelisco al fondo y mandando un beso. Abrió el whatsapp y le envió la foto y un mensaje a Paula.

—La próxima vez vendremos juntos. Te amo.

—Hermoso, te tomo la palabra. Te extraño, mi vida, me encanta esa foto. Estoy con Bárbara de camino al médico, cuando salga de la consulta te llamo.

Siguió por la Rue de Rivoli, pasó la Terrasse des Feuillants y llegó hasta la Rue Castiglione que lo llevaba hasta la Place de Vendôme, donde estaban las más prestigiosas joyerías y la emblemática columna napoleónica.

En cuanto Alex mandó esa foto, supo lo que quería hacer; no podía irse de Francia sin llevarle un obsequio para compensarla por

haberse alejado de su lado. En la plaza, entró en la famosa boutique de Frédéric Boucheron, un elegante local con paredes revestidas de nogal, arañas de caireles y orlas. El diseño interior era una exquisitez y conjuntaba a la perfección con las joyas que allí se exhibían. Se acercó a las vitrinas donde las alhajas se exponían sobre paños de color púrpura y quedó fascinado. El solícito vendedor le enseñó las piezas de orfebrería y Alexander, después de imaginarlos puestos en Paula, sin preguntar siquiera el precio sacó su Morgan Palladium y le indicó que se llevaba unos pendientes largos y también un brazalete con numerosos diamantes redondos.

—Por favor, preferiría que me los enviaran al hotel Le Bristol, no quisiera andar por la calle con esto encima.

—Por supuesto, monsieur Masslow, se lo haremos llegar.

—Parfait, merci beaucoup.

La distancia que lo separaba del hotel no era demasiada pero, debido al cambio horario, su cuerpo comenzaba a sentir el cansancio, así que prefirió coger un taxi. En el camino, sintió que los párpados le pesaban y hasta le pareció dar un par de cabezaditas mientras esperaban en un atasco. Llegó al hotel y se acercó a conserjería para avisar al gerente de que le llegaría un envío de Boucheron; luego, subió a la habitación, se quitó la chaqueta, la corbata y los zapatos y se dejó caer, rendido, en la espaciosa cama.

Una llamada telefónica lo despertó y, adormilado, cogió el iPhone y atendió.

—Hola, mi amor, ¿te he despertado?

—Me había quedado dormido, aún tengo el horario cambiado.

—Lo siento, *Ojitos*.

—No lo sientas, no hay nada más maravilloso que despertarme con el sonido de tu voz.

—¡Adulador! Sabés bien cómo decir marrullerías.

—No son marrullerías, es lo que me provocás, entre otras cosas. —Paula lo escuchaba embobada—. ¿Cómo te fue con el doctor?

—Me dio el alta a medias.

—¿Cómo es eso? —Alex se acomodó en la cama, sentado contra el respaldo.

—Puedo hacer todo lo que quiera, mientras sienta que no estoy forzando la herida; eso significa que los límites los pondrá mi cuerpo.

—¿Sexo? ¿Podemos tener sexo? —le preguntó ansioso.

—Casi me muero de vergüenza por preguntarle eso delante de tu mamá. —Alex se carcajeó—. Y no vas a creerme. Al ver lo que intentaba plantear, Bárbara se anticipó y formuló ella la pregunta. Casi me da un infarto, creo que mi rostro en ese momento se puso carmesí.

—Dios, claro que te creo, con mi madre todo es posible.

—Incluso me regañó adelante del médico, y me dio un sermón, diciéndome que no me preocupase, que era lo más natural, que era obvio que tengo esa intimidad con vos... Hasta que le dije: «Bárbara, por favor, es suficiente, me estoy poniendo violeta de vergüenza, no aclares más», y ahí entonces paró.

—En el fondo tiene razón, Paula, es obvio que tenemos una intimidad juntos, despreocupate por eso.

—No me apeno porque ella sea consciente, sino por el papelón que me hizo pasar frente al médico. Ya sabés cómo es tu mamá: cuando empieza con un tema no para. Pero, en fin, el doctor dijo que lo intentásemos sin miedo, que mi cuerpo ya dirá lo que tolera. Y, escuchá bien, porque no vas a dar crédito a lo que voy a contarte. ¡Tu madre le preguntó si sugería alguna postura que fuera menos brusca! —Alex estaba desternillado al otro lado de la línea—. Dejá de reírte, te aseguro que para mí no fue nada gracioso, me sentí muy incómoda. Te juro que yo, en ese momento, sólo quería que Callinger no volviera a hablar del tema, porque entonces tu madre sabría de qué forma lo hacemos. —Alex seguía riéndose, pero intentó seguir averiguando.

—Bueno, dejando de lado la desfachatez de mi madre, ¿podemos o no?

—Sí, el médico me aseguró que podemos con total tranquilidad.

—Quiero tomarme un avión de regreso ya, Paula, mandar todo al demonio acá para llegar y hacerte el amor. Estos días van a ser una tortura, mientras espero para perderme en vos, mi amor.

—Yo también quiero que vuelvas, no puedo pensar en otra cosa.

—No me digas eso nena, no seas cruel.

—No soy más cruel que vos, ¿acaso no oíste lo que acabás de decirme? ¿Cómo creés que reacciona mi cuerpo a tus palabras? Mejor cambiemos de tema, *Ojitos*, me estoy poniendo colorada de nuevo. ¿Cómo te fue con los locales? Contame, ¿qué tal están?

—¡Perfectos! Hasta el de Lafayette lo es. Dentro del marco imponente de esa galería pasan desapercibidas sus dimensiones. De todas formas, nos cambiaremos a otro más grande en cuanto se desocupe uno.

—¡Ah, qué ganas de estar ahí viendo todo con mis propios ojos!

—Para la inauguración, vendremos juntos. Mañana nos reuniremos con los arquitectos y los diseñadores de interiores. El local de Faubourg Saint-Honoré, por su tamaño, da para crear un proyecto bien pretencioso, como me dijiste que querías.

—Estoy superemocionada, Alex, mañana, cuando salgas de la reunión, quiero que me lo mandes todo.

—Lo haré, preciosa, pero tomatelo con calma.

—Tranquilo, el doctor me dio permiso para trabajar media jornada. Me sugirió que retomase, poco a poco, todas mis actividades para no someterme a tanta presión y que mis órganos no se estresaran. Pero también valoramos que me vendría bien para despejar mi mente, pues le comenté que quería hacer terapia. Le expliqué que me costaba conciliar el sueño y me dio el nombre de un terapeuta, el doctor Kessel. Tengo acá su tarjeta, pero hoy hablé con Edward y, ¡vas a ver qué coincidencia!, me recomendó el mismo que Callinger. Me dijo que es especialista en traumas posviolencia y que es un excelente profesional, que no dude en acudir a él. Me disculpé por no escogerlo a él como terapeuta y me dijo que lo entendía, que, además, siendo mi cuñado, no era muy adecuado. Así

que le pediré una cita, porque quiero que recobremos por completo nuestras vidas.

—Lo haremos, mi amor, claro que sí, todo pasará. Dentro de poco, sólo pensaremos en nosotros y en la felicidad que nos espera a lo largo de nuestra vida, porque seremos muy felices, Paula, de eso no me cabe la menor duda. Lo malo va a terminarse, vas a ver.

—Sí, Alex, tiene que pasar esta fase, aunque aún nos queda afrontar el juicio. El doctor me dijo que la terapia me ayudaría también en eso.

—Perfecto, pedí una cita cuanto antes.

—Lo haré, claro que lo haré.

Paula fue cobarde y no se atrevió a mencionarle nada sobre Gabriel. Después de cortar, la invadió una culpa muy honda por no haberlo hecho. Temía que Alex se comunicara con Heller y terminara enterándose así de aquel desafortunado encuentro, que la había dejado con muy mal sabor de boca.

Era viernes por la noche y Chloé estaba tendida en la cama de su apartamento pensando en Alex. Ese hombre se estaba convirtiendo en una obsesión y, además, lo había conocido en un momento de su vida en que se sentía débil emocionalmente; necesitaba que la cuidaran y que la hicieran encontrarse bien. La caballerosidad de Alexander la cautivaba, le parecía un hombre enigmático y quería conocerlo más íntimamente. El teléfono la sacó de sus pensamientos, miró la pantalla y era Damien. Lo atendió a desgana.

—Allô?

—¡Por fin te dignas a atenderme!

—Damien, por favor, ¿para qué me llamas?

—Hoy te he visto, ibas muy bien acompañada en tu coche. ¿Quién es ese tipo? ¿Es tu nueva conquista?

—No tengo por qué darte explicaciones, tú decidiste terminar con nuestra relación.

—¿Tan pronto me has encontrado un reemplazo? ¿Ése es el amor que decías tenerme?

—Piensa lo que quieras, realmente me tiene sin cuidado. Después de todo, tú también vives tu vida, ¿no?

—Chloé, te echo de menos. Hoy cuando te he visto acompañada, me he dado cuenta de que ese tiempo que te pedí no tiene sentido.

—Lo siento, ahora la que necesita un poco de tiempo soy yo.

—¿Me estás hablando en serio?

—Muy en serio.

—Voy para tu casa.

—No, no vengas, no quiero verte.

—Chloé, estoy diciéndote que te echo de menos.

—No, Damien, tú echas de menos que yo viva desesperada por ti, mientras te dedicas a ignorarme.

Le cortó, pero estaba segura de que Damien ya estaba en camino, así que después de colgar, Chloé se levantó de la cama con ímpetu y se metió en el vestidor. Se quitó el pijama rápidamente y se puso un vestido de punto que resaltaba sus sinuosas curvas, se subió la cremallera a toda prisa y buscó un calzado adecuado. Fue hasta el baño, donde cepilló su cabello, se maquilló sutilmente para resaltar la luminosidad de sus profundos ojos azules, aplicó bastante brillo para destacar sus labios y salió. Después de coger su bolso, bajó al aparcamiento. Vivía en la avenida Foche y Trocadéro. Ya en el coche, se desvió hacia la Rue du Courson, donde aparcó un momento frente a Nicolas para comprar una botella de La Grande Dame Rosé.

Nunca había hecho lo que estaba a punto de hacer, pero la empujaba una sensación de asfixia, de placer y de mareo; no le importaba saltarse todas las reglas, sabía que estaba actuando a ciegas, pero confiaba en sus encantos.

Alexander había terminado de cenar en su habitación.

El hotel tenía piscina y sauna, así que con esas comodidades a su alcance, se dispuso a disfrutarlas. Subió a la azotea para dar unas brazadas, cansarse un poco y así poder conciliar mejor el sueño.

Después de nadar durante unos treinta minutos, salió de la piscina y regresó a la habitación. Le había llegado un whatsapp de Paula:

—Hola, mi amor... ¿qué estás haciendo?

—Tuvimos el mismo pensamiento, estaba por enviarte un whats, recién regreso de la piscina del hotel. ¿Qué hacías vos?

—Estoy esperando a Liliam; vamos a ir de compras y luego nos encontramos con Jacob, Amanda y Chad para cenar en Per Se.

—¡Qué buen plan!

—Ah, no creas que tenía demasiadas ganas, me tuvieron que insistir bastante para que aceptara.

—Disfrutá, es un bonito lugar, apuesto a que cenarás muy bien. Te recomiendo que pruebes la degustación de verduras, estoy seguro de que te encantará. Cuando voy a ese lugar es lo que pido siempre.

—De acuerdo, lo pediré por vos. Alex, necesito contarte algo, esperá que te llamo.

Paula respiró hondo y marcó el número de Alexander.

—Hola, bonita, ¿qué pasa?

—Hola, mi amor, nada, no te alarmes. Sólo quería comentarte algo que, por un motivo u otro no hice hasta ahora, pero no quiero dejar pasar otro día sin hacerlo. No tiene importancia, pero quiero que lo sepas.

—¿Qué es Paula?

Ella cerró los ojos e intentó utilizar un tono despreocupado.

—El día que viajaste, cuando estaba a punto de salir del aeropuerto, me encontré con Gabriel Iturbe que llegaba en un vuelo desde Mendoza.

Con sólo oír ese nombre, las alarmas y los celos de Alex se pusieron a flor de piel, aunque quiso disimularlo.

—Y...

—Y nada, se había encontrado con mi hermano en San Rafael y Pablín le contó lo que me había pasado, estaba preocupado.

—Le dijiste que estabas bien y te fuiste, *supongo*.

De los ojos de Alex salían chispazos y apretaba con fuerza su puño.

—Insistió en que tomáramos un café y fuimos al Starbucks del aeropuerto.

—¡Vaya, qué bien! ¿Te divertiste? —comentó él con socarronería.

—Alex, no pienses nada raro. Sólo estaba interesado en mi estado y, además, me contó que su padre no estaba bien, que por eso había viajado. Se limitó sólo a eso, además Heller nos acompañó, podés preguntarle, si querés, porque él lo presenció todo.

—¡Me importa una mierda! Tardaste dos días en decírmelo, ¡andá a otro con el cuento de que te habías olvidado! —le gritó Alex.

—Me estás gritando, no te comportes como un estúpido irracional.

—No, ya sé que soy un estúpido, no hace falta que me lo digas. Yo, en París, trabajando y la señorita tomando un café con su examante.

—¡Alex, sos un grosero! Sabés de sobra que Gabriel no fue mi amante y, si aún tenés esos pensamientos a pesar de que te dije hasta el cansancio que entre nosotros no pasó nada, bueno, en ese caso... no sé qué mierda hacés a mi lado si no confiás en mí.

—Ahora comprendo todo, ya entiendo por qué me lo contás, porque estaba Heller, si no hubiera sido así, te habrías hecho la despistada, ¿verdad?

—¿Pensás eso de mí? Claro, lo que pasa es que el señor Masslow mide a todos con su misma vara. Eso es lo que vos hubieras hecho, ¿verdad? Contame, ¿no fuiste a comer ni a cenar aún con Chloé? Porque esa francesa, a pesar de que asegures que tu relación con ella es sólo profesional, tiene ganas de hincarte el diente. ¿O me vas a decir otra vez que estoy equivocada? Porque esa postura tuya la reconozco muy bien, la aprendí con Rachel. —Paula también gritaba y hablaba sin parar—. Y a mí también me importa una mierda lo que me digas, no soy estúpida, sé darme cuenta de los signos que lanza

una mujer cuando está interesada en un hombre. Pero ¿sabés qué? ¡Creo en tu amor y creo en vos por encima de todo! ¡Y andate a cagar, Alex, me hartás con tu desconfianza! Me están tocando el timbre. Ciao.

Paula cortó y lo dejó con la palabra en la boca. Alex estaba furioso; si hubiese estado en Nueva York habría ido hasta la casa de Gabriel Iturbe para dejarle bien claro que se alejara de Paula. Tenía ganas de molerlo a palos porque parecía no entender que con ella no podía tener nada.

—¡Maldición, cuando llegue a Nueva York, ese bróquer de mierda me va a escuchar!

Marcó el número de Paula, pero ella no le atendió. Le envió un whatsapp.

—Atendeme, Paula, porque me estás cabreando mucho.

—Ja, ja, ja, yo también estoy enfadada y no quiero escucharte. Andá a hacerte otros largos a la piscina, así se te pasa la calentura, chulito.

Llamaron a la puerta de la habitación de Alex. «¿Quién mierda será? No he pedido nada...», pensó.

Abrió la puerta con tanto ímpetu que casi la arrancó del marco. Al abrirla, se encontró allí con quien menos esperaba: Chloé estaba allí, de pie, de manera provocativa con una botella de champán en la mano; entró sin permiso, caminó hasta la sala y dejó apoyada la botella de La Grande Dame Rosé en la mesita baja, junto a su bolso. Se dio la vuelta y se quedó quieta mirándolo. Alex se pasó la mano por el cabello, pero no dijo nada. Ella, con un rápido movimiento, llevó sus manos a su espalda y se bajó la cremallera del vestido, que cayó al suelo. Salió de dentro con habilidad y lanzó ligeramente la prenda en dirección a Alex.

Había quedado desnuda frente a él; no llevaba ropa interior. Sus senos redondos y turgentes quedaron apuntando hacia Alexander. Decidida a conseguir lo que había ido a buscar, se agachó con

elegancia y cogió la botella que descansaba en la mesita, caminó hacia Alex y le habló muy de cerca.

—¿Lo destapamos antes o después? —le dijo con una voz muy seductora, casi hablándole sobre sus labios.

Alex le quitó la botella de la mano y después caminó hacia donde había quedado su vestido; se agachó y lo cogió. Chloé permanecía expectante de espaldas a él, con los ojos cerrados; lo esperaba ansiosa. Lo oyó aproximarse tras ella, pero Alex la sorprendió colocándole el vestido sobre los hombros y hablándole al oído.

—Eres hermosa —le dijo mientras le pasaba su mano por el brazo y la hacía estremecer—. En otro momento, ni siquiera hubieras tenido que venir de esta forma y desnudarte tomando la iniciativa, porque lo hubiera hecho yo; y créeme que lo hubiera hecho hace tiempo. Me siento muy halagado, de verdad, pero estoy enamorado de Paula y voy a casarme con ella en unos pocos meses.

Ella cerró sus ojos con fuerza y frunció sus labios. Jamás hubiera creído que Alex la rechazaría teniéndola desnuda frente a él, expuesta y entregada. Se dio la vuelta y lo miró fijamente a los ojos; posó su mano en uno de los hombros de Alexander y con el dedo índice de la otra le recorrió el puente de la nariz, bajó a sus labios y le robó un beso sutil, apoyando sus carnosos labios en él. Pero no obtuvo respuesta, él se apartó y enarcó una ceja; luego, sin hablar, frunció su boca, entrecerró los ojos y negó con la cabeza.

—Si quieres podemos tomarnos el champán —le propuso Alex mientras la recorría con la mirada de arriba abajo; Chloé tenía un cuerpo armonioso imposible de no admirar—. Es todo lo que podemos disfrutar juntos.

—No conozco a Paula, pero siento envidia de ella —suspiró con desánimo—. ¡Ay, Alex, nos hubiéramos podido divertir mucho!

Chloé cogió el vestido que él tenía aún en sus manos y se lo puso. Después le dio la espalda y le pidió ayuda con la cremallera; caballerosamente, Alex cogió el cierre intentando no tocarla y lo subió con prontitud.

—Me siento triste.

—No pienses mal, Chloé. Eres una mujer muy bella, es mi responsabilidad, no la tuya.

—Creo que es mejor que me vaya, Alex. Es una pena porque podríamos haberlo pasado muy bien sin que Paula se enterase: hubiera sido nuestro secreto.

Cogió su bolso y salió de la habitación. Estaba contrariada y rabiosa, aunque no quería demostrarlo frente a él. No podía creer que Alex la hubiera rechazado después de que ella se le ofreciera en bandeja.

En el pasillo, sacó una foto de la puerta de la habitación con su móvil y se marchó.

Capítulo 11



AMANDA y Chad ya estaban en Per Se, esperando a los demás. Liliam y Paula llegaron en seguida y ella saludó a su cuñada de forma efusiva. Sólo faltaba Jacob, pero había avisado que estaba aparcando el coche, así que decidieron pedir un aperitivo mientras lo esperaban.

El iPhone de Paula vibró en su bolso; era un whatsapp. Lo miró pensando que era de Alex, que debía de seguir insistiendo, pero al desbloquear la pantalla vio que era de Chloé. Entonces lo abrió y vio que, con el mensaje, había llegado una foto de la puerta de una habitación.

—*Paulette*, amiga, estoy nerviosa como si fuera la primera vez. Él me pone en este estado, me paraliza y, cuando me habla, pierdo la razón. Estoy a punto de llamar a su puerta. Mañana te contaré cómo me fue con Alex, pero intuyo que es un gran amante; me encantan sus manos, no veo la hora de que, por fin, me haga suya.

Paula empalideció, se mareó y hasta sintió náuseas. Volvió a releer el mensaje; no podía creerlo y tenía la esperanza de haberse equivocado al hacerlo por primera vez, pero no, no había error posible. Alex estaba a punto de traicionarla, de tirar por la borda todo lo que tenían. Guardó el teléfono y miró a Amanda con

desesperación; ella había notado en seguida la lividez de su rostro y la cogió de la mano.

—¿Pasa algo? ¿Te sentís mal?

—Creo que me bajó la tensión de golpe. —Estaba consternada. La miró a los ojos y vio en ellos los de Alex.

—Vamos al baño —le sugirió Amanda. Liliam quiso ponerse de pie, pero Paula la frenó, sin importarle resultar grosera, y le indicó que su cuñada la acompañaba. Ya en el baño, se apoyó sobre el lavamanos; sentía que las piernas le cedían.

—Paula, me estás asustando, estás muy pálida. ¿Llamo a urgencias?

—¡No! —Sacó el móvil de su bolso, buscó el mensaje y se lo enseñó a la joven.

—Lo mato, lo mato... Te juro que lo mato. —Inmediatamente, Amanda rebuscó su teléfono en el bolso.

—¿Qué vas a hacer?

—Llamar al malnacido de mi hermano e interrumpirle el polvo.

—¡Noooo! —gritó Paula con vehemencia—. Ya todo ha terminado, dejalo que se siga revolcando con esa zorra, con ella seguramente tendrá lo que merece. —Paula recordó las palabras de Gabriel en la cafetería y se tambaleó—. No me interesa nada más, sacame de acá, Amanda, por favor, llevame... no sé dónde, pero sacame de acá, no quiero que me vean así de destruida. Tu hermano acaba de aniquilarme.

—No llores, no lo hagas, Alex no merece una sola de tus lágrimas.

Amanda le secó las que habían escapado de sus ojos.

—No puedo creerlo, no me entra en la cabeza que me haga una cosa así.

—Pero... ¿por qué esa calientapollas te envió ese mensaje a vos?

—Supongo que se confundió. Ella es la inversionista con quien Alex fue a negociar la apertura de Mindland en París. Su amiga debe de llamarse Paulette, mi nombre estará arriba del de ella, o no sé, es

obvio que ese mensaje no era para mí. Por favor, no quiero regresar a la mesa ni al Belaire.

—Salí a la calle que yo busco a Chad y nos vamos a casa. Te juro que lo voy a asesinar con mis propias manos; esto no tiene perdón. No te preocupes por nada, no estás sola, Paula, yo estoy a tu lado —le dijo y la abrazó con fuerza.

Amanda se disculpó frente a Liliam y Jacob, les dijo que Paula no se encontraba bien y que la llevaba al Belaire para llamar a su médico personal. Le sugirió a Chad que se apresurase en pedir el coche, porque Paula esperaba afuera; había salido para que le diera el aire fresco en la cara.

—Me siento culpable, ¿será que caminó demasiado? Alex va a matarme.

—No, Liliam, no es culpa tuya. —Le acarició la espalda intentando quitarle presión, parecía muy angustiada—. No te preocupes, cuando venga el médico te llamo para contarte qué nos ha dicho.

—Por favor, no dejes de hacerlo, ¡hemos pasado una tarde fantástica!

En cuanto Amanda se separó de la mesa, y mientras salía a la calle, marcó el número de su hermano haciendo caso omiso a lo que Paula le había pedido. El teléfono sonó unas cuantas veces antes de que él atendiera.

—¡Agarrá el teléfono, maldición! ¡Atendé Alexander! ¡Dejá de follarte a esa zorra y atendeme!

—Hola, ¿le pasa algo a Paula? —Alex sabía que iban a cenar juntas y se alarmó.

—¡Sos un jodido! ¿Ya te la tiraste o te interrumpí justo en mitad del polvo?

—¿Qué? ¿De qué hablás?

—¿Cuál es el número de tu habitación?

—No entiendo nada, Amanda, ¿de qué mierda estás hablando?

—¿Cuál es el número de tu habitación? Alex, no seas tan jodido, no me tomes por estúpida. ¿Cuál es el maldito número de tu

habitación? —le gritó Amanda y varias personas que estaban en el lugar la miraron.

—El 118.

Amanda cerró los ojos; la última gota de esperanza se había escapado: era el mismo número que aparecía en la foto.

—Tenés a esa zorra ahí dentro, ¿no? ¿Cómo pudiste hacerle eso a Paula? No puedo creerlo, jamás pensé que podías llegar a ser tan ruin. Me siento sumamente decepcionada. Lo siento, hermano, en ésta no voy a acompañarte, me defraudaste. Olvidate de que existo.

—¿Qué? ¿Estás loca? No sé de qué me estás hablando.

—De la zorra esa que tenés en tu habitación, ¡de Chloé te hablo!

—¿Cómo sabés el nombre de Chloé?

—Suficiente, ya me dijiste todo lo que necesitaba saber.

Amanda cortó y tiró el teléfono en su bolso; estaba colérica, agresiva. Llegó hasta el vestíbulo del restaurante, se cogió la cabeza entre las manos y salió a la calle. Chad y Paula esperaban en el coche a que ella saliera.

—¿Qué está pasando, Amanda? ¿Podrías explicármelo? Le pregunto a Paula y no para de llorar... Que alguien me cuente algo, por favor.

—Vamos a casa, mi amor, ahora te explico. Mi hermano ha metido la pata hasta el fondo. Te juro que lo que ha hecho no tiene perdón.

El teléfono de Amanda no paraba de sonar; Alex la llamaba frenéticamente sin poder entender bien el embrollo.

—¿Cómo mierda sabe Amanda que Chloé estuvo acá? —se preguntó en voz alta mientras intentaba volver a comunicarse con ella. Le escribió un mensaje de texto.

—¡Atendeme, estúpida! Te juro que cuando llegue a Nueva York te vas a arrepentir. Atendeme y explicame lo que creés y por qué. ¿Cómo mierda supiste que Chloé había estado en mi habitación? Te juro que tengo ganas de molerte a palos como cuando éramos críos. Cogería un avión sólo para ir a patearte el culo.

Amanda estaba furiosa con Alex y no pensaba contestarle. «¡Encima tiene la desfachatez de exigir y hacerse el nervioso!», pensó. Iba sentada atrás, arrullando a Paula, que no dejaba de llorar. Llegaron a su casa en seguida.

La noche no podía ir peor para Alex. Primero se había enterado de que Paula y el bróquer se habían encontrado. Después se le había presentado Chloé en la habitación y se había desnudado frente a él esperando que se la follara; y, ahora, lo llamaba Amanda y daba por sentado que sí se había follado a Chloé.

—Pero ¿cómo mierda supo que Chloé había estado acá? —gritó sin poder entender nada.

La cabeza le iba a estallar. Estaba sentado en el borde de la cama y se apretaba las sienes mientras intentaba, una y otra vez, que Amanda lo atendiese. Como sabía que la testaruda de su hermana no iba a hacerlo, pensó en llamar a Paula. Pero desistió de la idea de inmediato: era más que obvio que ella tampoco iba a responder a su llamada. Además, quería saber antes qué era lo que Paula suponía. Finalmente, decidió probar con su cuñado.

—¿Chad?

—Hola, Alex.

—Pasame con Amanda.

—No creo que quiera atenderte, está furiosa con vos y además está con Paula.

—¿Están todavía en el Per Se?

—No, Paula se descompuso y nos vinimos para casa.

—¿Cómo que Paula se descompuso? —Se puso de pie mientras se pasaba la mano por el pelo, desesperado—. ¿Qué tiene, Chad? ¿Llamaron al médico? No me asustes, ¿qué le pasa?

—Está destrozada, ¿qué le va a pasar? No para de llorar después del mensaje y de la foto que recibió de la francesa. Cuñado, no sé cómo vas a salir de ésta. Lo que hiciste no tiene escapatoria, estás jodido.

—No entiendo nada, Chad, pasame con Paula.

—Vas a conseguir que me pelee con tu hermana.

—¡Chad, no me jodas, pasame con Paula! —le gritó.

Su cuñado golpeó la puerta de la habitación de huéspedes, donde Amanda seguía consolando a Paula, entró y le dijo que Alex quería hablar con ella. Entonces, ésta chilló para que él pudiese oírla:

—¡Que se vaya a la mierda, no quiero hablar con él nunca más, que se olvide de que existo!

Chad se puso el teléfono en la oreja.

—Alex, lo siento.

—Ya la escuché, ponele el teléfono en la oreja —le ordenó.

—No quiere, Alex, no la puedo obligar.

Amanda se levantó y le arrebató el móvil de la mano después de mirarlo con furia.

—¿Qué carajo querés? ¿No entendés que no quiere hablar con vos? Nadie acá quiere hablar con vos. ¡Sos un maldito infeliz, Alex!

—No me cortes, no te pongas histérica y contestame a lo que te pregunto: ¿qué foto y qué mensaje le llegó a Paula?

Amanda miró a Chad como si se lo quisiera comer, apartó el teléfono de su oreja y le habló a su esposo:

—Sos un soplón. —Volvió a colocarse el móvil en la oreja, se lo llevó por delante y salió de la habitación—. La francesa le mandó un mensaje a Paula por equivocación justo cuando estaba entrando para follar con vos. Supuestamente era para una tal «Paulette». ¡Se te atragantó la aventurita que pensabas echarte en París sin que Paula se enterara! Y la foto era de la puerta de tu habitación. No tenés excusa ni perdón, Alexander, ¡te fuiste a la mierda!

—¡Mierda! ¡Maldita hija de puta! Pasame con Paula y dejame que le explique, no pasó nada. Es cierto que Chloé vino, pero la rechacé, te lo juro, Amanda, no pasó nada.

—No te creo.

—¿Por qué no me crees? ¡Sabés de sobra cuánto amo a Paula! ¿Pensás que, después de todo lo que pasó, voy a arriesgarme a perderla? ¡Esto es una gran putada, Amanda! —le gritó Alex desesperado—. ¡No seas estúpida, amo a Paula más que a mi propia

vida, te juro que la he rechazado! Pasale el teléfono, por favor, porque esta vez no puede ser como en Buenos Aires, tiene que dejarme que le explique, ¡ponme con Pau!

Amanda entró de nuevo en la habitación, pero el llanto y el cansancio habían vencido a Paula. Estaba adormilada y dopada, puesto que su cuñada le había dado un calmante; era obvio que le había hecho efecto.

—Alex, se ha dormido. ¿Por qué no dejás que descanse? Mañana va a estar más tranquila y te escuchará más predispuesta.

—Necesito aclarar esto ahora mismo, no quiero que crea algo que no es cierto. No deseo que sufra por nada.

—¿De verdad no te acostaste con la francesa? Jurame que puedo creerte.

—¡Te digo que no! ¿Cómo podés desconfiar de lo que siento por ella? He cambiado, Amanda. Paula ha transformado mi vida, con la única persona con la que quiero estar es con ella... ¿Tanto te cuesta creerlo? Yo no la invité; se me apareció y la despedí inmediatamente.

—Es que ese mensaje se puede interpretar de varias maneras; o que ella fue o que vos la invitaste.

—¿Qué mierda decía el mensaje?

—No recuerdo bien.

—Buscá el móvil de Paula y leémelo.

—Esperá que baje al salón, creo que el bolso de Paula quedó ahí.

—Leeme el mensaje y despertá a Paula; necesito que me pases con ella, no es justo que crea algo que no es.

—No seas cabezón, de tanto llorar, hace un rato le dolía la herida; dejala que descanse. Le di un calmante para que se relajara. —Al otro lado, se hizo un profundo silencio, sólo se oía la respiración acongojada y cansada de Alex.

—No es justo que nos pasen todas estas cosas, Amanda. Te juro que quiero descuartizar a esa zorra de Chloé. No puedo creerme que esté pasando esto. Leémelo y mañana la llamo.

—Mejor te lo envío a tu número.

—Muy bien.

Alex leyó y releyó el mensaje, y no paraba de insultar a Chloé mientras lo hacía. Tenía ganas de romperlo todo. Era realmente increíble; parecía que los problemas los perseguían y que nunca se alejarían de ellos. Pensaba en Paula, en lo mucho que se habría angustiado, y no podía dejar de sentirse impotente; odiaba estar tan lejos de ella. Al final, entre el ahogo y la desazón que sentía en su pecho, terminó durmiéndose cuando ya despuntaba el día.

Capítulo 12



PAULA había dormido realmente muy poco. Se sentó en la cama y, de pronto, recordó la tarjeta que Gabriel le había dado y se sintió tentada de llamarlo. No paraba de pensar en lo que él le dijo en el aeropuerto; Alex era realmente la persona que Gaby había descrito. Se sentía confusa y odió con todas sus fuerzas que él tuviera razón; inmediatamente desistió de llamarlo: no tenía sentido recurrir a él por despecho; ella no era así. No conseguía entender cómo después de todo, él se había comportado de esa forma. ¿Dónde había quedado todo el amor que decía sentir por ella?

Amanda preparó una bandeja con el desayuno y se fue a despertarla, al no verla se asustó, pero la encontró en el baño; entonces, respiró aliviada.

—Hola, Pau, te traje el desayuno.

—No tengo apetito, gracias.

Paula estaba ojerosa y demacrada, tenía los ojos hinchados; se notaba que había seguido llorando.

—Vení. —La cogió de la mano y la llevó hacia la cama; hizo que se sentara y ella se acomodó a su lado. La abrazó y le acarició la espalda para reconfortarla, porque Paula parecía un cachorrito indefenso—. Anoche hablé durante largo rato con Alex. Creo que nos precipitamos con ese mensaje. Sé lo que parecía pero estoy convencida de que no pasó nada.

—Amanda, por favor, leíste el mensaje y viste la foto.

—Lo sé, lo sé, pero no te ciegues. —Cogió sus manos y le habló mirándola a los ojos—. No cometas el mismo error que cuando no permitiste que Alex te explicara en Buenos Aires.

—Yo entiendo que él es tu hermano y que vas a abogar por él, pero no puedo seguir pasando por tonta. Alex se cagó en mis sentimientos, en nuestro amor. Se ha mofado de todo cuanto teníamos, le importaron una mierda todos nuestros planes. Por unas tetas y un culo, se olvidó de todas nuestras promesas, Amanda.

—No es así, tenés que tranquilizarte. No se trata de pasar o no por tonta, se trata de escuchar lo que tiene que decirte y luego decidir si le creés o no. Paula, vos sabés que mi hermano es lindo, es un bombón, el desgraciado, y siempre habrá mujeres al acecho; es algo con lo que vas a tener que aprender a convivir, pero anoche lo noté muy sincero cuando me hablaba. Yo, más que nadie, sé cuándo Alex está mintiendo y creeme que si hubiera metido la pata, no lo consentiría. En ésta, estoy de tu lado, Paula. —Llamaron a la puerta y Chad les habló desde afuera.

—¡Paula, está sonando tu móvil en el bolso!

—Pasánoslo, amor, debe de ser mi hermano. Paula, atendelo, escuchalo, después de todo, no perdés nada. Según vos, a estas alturas, está todo perdido, ¿no? —le dijo mientras la cogía por los hombros. Paula no sabía qué hacer, pero quizá era cierto que debían hablar. El móvil dejó de sonar, pero ella titubeante le devolvió la llamada.

—¿Qué querés? —Amanda se levantó y la dejó sola.

—Hola, mi amor, ¿te sentís mejor? Anoche Amanda me dijo que no te habías sentido muy bien.

—Te pregunté qué querías. —El tono de Paula era muy distante.

—Que hablemos, estoy desesperado, no dormí nada, sólo quiero sacarte de la cabeza todos esos pensamientos que tenés, Paula... Jamás pondría en riesgo nuestra relación después de todo lo que ha pasado, de que creí que podías morirte. ¿Cómo pensás que podría arriesgar nuestro amor por una simple aventura? —Alex estaba en el

balcón con una mano en el bolsillo mientras hablaba, mirando hacia el patio del hotel con la vista perdida—. Te amo, sólo quiero estar con vos, no necesito una aventura con nadie, vos hacés que me sienta completo.

—Son sólo palabras bonitas, pero yo me remito a los hechos.

Un profundo silencio se instaló entre ellos, un silencio que helaba el alma, que hacía más largas las distancias. Paula necesitaba creer lo que él acababa de decirle, pero debía ser realista. Inspiró con fuerza y continuó hablando:

—Me llegaron por error una foto y un mensaje que no iban destinados a mí. De no ser así, nunca me habría enterado, ¿o me equivoco?

—No, quizá no te equivocás del todo —le contestó Alex intentando parecer sereno; estaba muy apenado y utilizó un tono más grave de lo normal—. Quizá tengas razón. No creo que me hubiera atrevido a contarte que ella llegó a mi habitación sin invitación, porque te juro que no la invité ni la alenté para que creyera que podía presentarse así. —Paula agitaba su cabeza, con la vista fija en el techo; se había dejado caer en la cama—. Llamó a mi puerta y entró sin que pudiera decirle que no, y en cuanto entró se quitó el vestido. Venía decidida a hacerlo, pero la rechacé. Te juro que eso fue todo lo que pasó. Le dije que jamás te traicionaría, que te amaba y que iba a casarme con vos y se fue. Paula, mi amor... — Ella seguía en silencio, pero él escuchaba su respiración. Alex le hablaba suplicante—: Decime algo, por favor.

—¿Qué puedo decirte? No sé, todo resulta muy difícil de creer.

—Creeme.

—Una parte de mí quiere hacerlo, Alex, pero no sé si debo.

—¿Acaso en ese mensaje decía que yo la había invitado?

—No tenía por qué decirlo, somos adultos y ambos sabemos que, a veces, uno no precisa invitación para leer entre líneas.

—No le di ninguna señal para que creyera que podía hacerlo, Paula.

—Es evidente que tu habilidad para hacérselo entender no fue muy exitosa.

La rudeza de sus palabras y la entonación de su voz dejaban claro que Alex no estaba siendo muy convincente.

—Paula, yo te entiendo, te juro que te entiendo, pero te pido que me creas. No pasó nada. Entró, se desnudó frente a mí, cogiéndome por sorpresa, le alcancé el vestido para que se cubriera y le pedí que se fuera. Estuviste en mis pensamientos todo el tiempo; te juro que no me movió ni un pelo verla desnuda frente a mí. —Él le hablaba con toda la tranquilidad que podía; intentaba calmarse, pero sentía que la voz le temblaba.

—¡Qué historia más estúpida! ¿Y pretendés que te crea?

—Paula, por Dios, tenés que creerme, nunca le rogué nada a ninguna mujer, pero con vos todo es diferente, no me importa hacerlo. Me tenés loco de amor, si me pedís que me vuelva y deje todo esto a medias, te juro que lo hago. Y, cuando vos puedas viajar, ya te encargarás. Si pudiésemos rescindir el contrato con su compañía, también lo haríamos; sólo deberíamos buscar la forma, aunque tuviésemos pérdidas, no me importa. Si te pierdo, no sé lo que haría, no puedo imaginar cómo sería mi vida sin vos. Mi amor, mi vida, te amo, bonita, no puedo arriesgarme a perderte; además, no me interesa otra mujer que no seas vos. Paula, te juro que no son sólo palabras lindas, te estoy hablando desde el corazón, estoy expresando mis sentimientos como nunca lo hice con nadie. —Ella lo escuchó sin interrumpirlo, no había pronunciado una sola palabra.

—Dejá de vacilarme, Alex, ¿cómo podés creer que voy a tragarme el cuento de que se te puso enfrente desnuda y la rechazaste? Tu historia es grotesca.

—¡Fue así, mierda! ¡Te juro que fue así! —le gritó y Paula se despabiló de repente.

—¿Qué estarías pensando vos, en este momento, si hubieses leído un mensaje como el que leí yo? —le gritó ella más fuerte.

—Probablemente lo mismo que estás pensando vos, lo sé, pero no es lo que parece. No pasó nada y no ocurrió porque no quise,

porque no lo necesito.

—Siempre va a ser así, Alex. No sé si voy a poder soportar que cada mujer que se te acerque quiera tener algo con vos.

En el fondo, Paula necesitaba creer que Alex le estaba siendo sincero.

—En ese caso, estamos a la par, Paula. Decime que el estúpido del bróquer no volvió a insinuarse. —Se hizo un silencio—. Paula, contestame, no te quedes callada.

—Sí, lo hizo, claro que lo hizo, pero lo frené y me fui.

—¡Desgraciado, lo sabía! Cuando regrese a Nueva York le voy a romper la cara... Te juro que se la voy a partir, porque parece que no entiende.

—No estábamos hablando de Gabriel.

—No, pero, ya ves, vos también guardás tus trapos sucios debajo de la alfombra.

—Pero mis trapos sucios no son comparables a los tuyos.

—Pero son trapos sucios, al fin. —Se quedaron de nuevo en silencio.

—¿Estás ahí?

—Sí, acá estoy —le contestó Alex de mala manera.

—Gabriel no me interesa, nadie me interesa, sólo vos y nunca nadie podría llegar a tanto conmigo, Alex. Yo te respeto.

—Yo también te respeto, a mí también sólo me interesás vos. —Volvieron a quedarse callados—. Paula, decime qué creés de mí, no soporto tus dudas.

—Es evidente que no me respetás lo suficiente, porque una mujer se metió en tu habitación y se te ofreció, según tu versión, claro está.

—No dudes, Paula, fue así como te digo.

—¿Cómo no tenerlas, Alex? Todo lo que nos pasa tiene que ver con vos y resulta que siempre sos inocente —le dijo ella con sorna y él suspiró sonoramente.

—Quiero saber algo, Paula. Algo que me da vueltas en la cabeza desde anoche y que, quizá, pueda demostrar que lo que te digo es

cierto.

—¿Qué cosa?

—Amanda me llamó a las tres y media de la madrugada, pero Chloé vino a mi habitación a las diez de la noche y no pasó adentro más de diez minutos. ¿A qué hora te mandó ese mensaje? Por lógica, si se lo envió a su amiga cuando estaba entrando, tuvo que haber llegado antes de las diez, o sea antes de las cuatro de la tarde de Estados Unidos. Paula, en conclusión, tiene que haberte llegado al rato de que nosotros cortáramos, porque no pasó mucho tiempo entre que nosotros hablamos por teléfono y ella llegó a mi habitación. —Paula se quedó pensando—. ¿Me has oído? Contestame.

—Me llegó en el restaurante, pero me acabás de hacer un lío con los horarios en la cabeza.

—¡Lo hizo a propósito! ¿Te das cuenta? ¡Se vengó porque la rechacé!

—El mensaje pudo haber llegado más tarde, eso no tiene nada que ver; además, es tu palabra contra la imagen y el texto que yo recibí.

—Paula, por favor, no le busques cinco pies al gato, ¿qué más pruebas querés que los horarios?

—En realidad, lo que querría es que nada de esto hubiera pasado... Es un sentimiento horrible no poder confiar en vos, no saber a ciencia cierta si me estás hablando en serio o si me estás vacilando.

—¿Qué hago para que vuelvas a confiar en mí? Nena, no hice nada, te juro que nada pasó entre Chloé y yo. Esto es agotador, no sé cómo justificar algo que nunca ocurrió.

—No sé, Alex, dejame procesar un poco todo esto; dejame pensar en todo lo que ha sucedido, suponiendo que nada haya pasado...

—¡No pasó nada! —la cortó él.

—Suponiendo que nada haya pasado —retomó la frase Paula— cuando ella se desnudó.

—Pero ¡yo no la desnudé, Paula, se quitó el vestido antes de que pudiera reaccionar!

—¡Ah, sí, claro! Alex, te conozco.

—Precisamente porque me conocés, tendrías que saber que te amo.

—Sí, pero vos y yo... hace tiempo que no tenemos intimidad y seguro que ella te excitó.

—Aunque suene chistoso e increíble, me dio miedo; ésa fue mi reacción, porque sólo pensaba en vos, en que podía perderte.

—Son mentiras.

—No seas necia, Paula, estoy que me muero por follar, pero sólo quiero hacerlo con vos. Pensá en lo que te dije de los horarios, por favor, nena. Ahora mismo cojo un avión y me vuelvo, sólo quiero estar a tu lado. ¿Tan mierda me creés como para pensar que, después de que te hayan pegado un tiro, puedo pensar en acostarme con otra, cuando ni siquiera estás repuesta del todo? ¿Tan poco creés en mis sentimientos? ¿Qué hacés a mi lado, entonces?

—Dejá de atacarme, ahora resulta que la víctima sos vos. —Paula intentó calmarse—. No sé, es todo muy confuso, no sé... necesito pensar.

—Supongo que no tengo otra opción. —Aunque estaba cabreado por no poder convencerla, por la situación y porque ella desconfiaba, tenía que ser realista. Había un motivo claro para que Paula dudara y Alex tuvo que obligarse a pensar las cosas al revés para poder entenderla.

—Creo que no tenés otra opción —repitió ella.

—Sólo me queda una reunión el lunes por la tarde y, para que te quedes tranquila, pediré que sea con su padre. Exigiré seguir tratando con Luc Renau.

—Hacé lo que quieras.

—No me hables así, con tanta frialdad.

—¿Y cómo querés que te hable? Pensé durante toda la noche que te habías revolcado con ésa; ahora te escucho muy

predispuesto, me decís que no pasó nada, pero que se desnudó delante de ti. No sé qué creer, Alexander, todo es... ¡es tan confuso!

—No me llames Alexander; me hacés acordar a Bárbara cuando me regañaba. —Paula puso los ojos en blanco.

—¿Y encima pretendés que te trate como si nada hubiera pasado? ¿Por qué no sos más coherente? ¡Te pusiste furioso porque me tomé un simple café con Gabriel!

—Ni lo nombres, no quiero que pronuncies su nombre. Te juro que ese malnacido se va a enterar.

—¡Ja! ¿No querés que lo nombre? ¿Imaginate, entonces, cómo estarías si lo que supuestamente te pasó a vos me hubiese ocurrido a mí? ¡Me hubieses metido en la guillotina como a María Antonieta!

—Dejemos de pelearnos ya. No pasó nada más que lo que te he contado, sólo eso. —Volvieron a quedarse en silencio—. Te llamo más tarde, ¿puedo? —Le pareció que era bueno dejarla procesar toda la conversación, aunque se moría de ganas por escucharla convencida, sabía que debía permitirle pensar un poco.

—Te llamo yo. —Paula colgó e inmediatamente él volvió a llamarla.

—¿Qué querés? —preguntó ella con sequedad.

—Sólo decirte que te amo, no me dejaste despedirme.

—Adiós.

—¡No, Paula, adiós no! Prefiero un ciao deslucido, pero «adiós» suena a «nunca más». Voy a estar esperando tu llamada. —Ella volvió a cortar la comunicación.

Alex colgó con ella y llamó a Chloé.

—¡Alex, no esperaba tu llamada! ¡Qué sorpresa!

—¡Cínica! Te ha salido todo mal, no previste el horario en que mandaste el mensaje y subestimaste a Paula. Pensaste que se cegaría y que no se daría cuenta. —En realidad, no había sido exactamente así, pero Alexander pretendía que lo creyera.

—No entiendo de qué hablas.

—No te hagas la despistada, ¡fue muy estúpido lo que hiciste! Me has demostrado muy poca inteligencia, de todos modos ni a mí ni a

Paula nos interesa. La realidad es que te llamo para exigir que, de ahora en adelante, las negociaciones prosigan con tu padre, porque si no es así, rescindiremos el contrato con Renau Société. No quiero verte el lunes en la reunión o te juro que revocaré todas las negociaciones con vosotros.

—¡Alex, cálmate, no es para tanto! Mandé un mensaje por equivocación y no sabía cómo disculparme, me siento apenada por todo lo que ha pasado.

—No lo hiciste por equivocación, la hora delata tus intenciones. Te vuelvo a repetir que no te he llamado para discutir sobre eso. Lo que tengo con Paula es muy grande y puro como para malgastar mi tiempo polemizando sobre algo que, ni con el pensamiento, pudo haber ocurrido. No quiero verte el lunes allí, ¿está claro? Así que ve pensando en una buena excusa para darle a Luc, porque ni Paula ni yo queremos negociar contigo. —Alexander colgó.

El miércoles, a las 12.35 horas, la nave de Air France aterrizó en Nueva York. Paula lo había llamado el domingo muy brevemente y no habían hablado más, sólo alguna que otra efímera cadena de mensajes que siempre iniciaba Alex. Heller lo recogió en el aeropuerto.

—Bienvenido, señor, yo me encargo de su equipaje. —De allí, fueron directamente a Mindland.

—¿Alguna novedad, Heller?

—Nada, señor. —Alex se lo quedó mirando.

—¿Qué pasa, Heller? ¿Ya no te interesa trabajar conmigo?

—¿Cómo, señor? No entiendo por qué dice eso. —Alex frunció la boca.

—Creo que se te olvidó contarme que el bróquer se encontró con Paula en el aeropuerto, ¿o acaso no pensabas decírmelo?

—Disculpe, pensé que la señorita Paula se lo diría, no quise saltármela. —Alex lo miró fulminándolo.

—¡Te pago para que me mantengas al tanto de todo y eso incluye que me informes sobre quién se acerca a Paula! —le gritó—.

Por eso te dejé en Nueva York, para que te mantuvieras alerta. Sinceramente, me siento muy decepcionado.

—Lo siento, señor Alex, es que fue un encuentro fortuito. La señorita Paula no lo había planeado, pero veo que ella misma se lo dijo, como supuse.

—¡Como has supuesto! ¡Y una mierda! Quiero saber todo con lujo de detalles, ¡*todo*, Heller! Desde que le dijo «hola» hasta que le dijo «adiós» y espero que hayas estado lo suficientemente cerca como para oír completamente todo lo que hablaron, porque, si no, ya puedes considerarte despedido.

El horno realmente no estaba para bollos. Lo que Heller le contó lo puso furioso, pero su enfado no era con Paula, sino con Gabriel Iturbe.

—¡Ese malnacido, parece que no entiende!

Finalmente, llegaron a Mindland. Alex entró en la empresa y saludó brevemente a todos los que se cruzaron en su camino y casi ignoró a Alison, que ya se había reincorporado al trabajo. Sus pasos eran urgentes, necesitaba verla; necesitaba que, de una vez por todas, las cosas se arreglasen entre ellos, que entendiera que la amaba, que la necesitaba como nunca creyó que podría necesitar a otro ser humano. Entró en la oficina de Paula y encontró allí a Jeffrey, que estaba discutiendo con ella la legalidad de unos contratos. En pocas zancadas, llegó hasta donde su amada estaba sentada, hermosa como siempre. Su corazón se derretía cuando la tenía enfrente. Sin importarle que estuviera su hermano, la puso de pie y se fundió en un abrazo desmedido con ella; su gesto fue tan colosal que empezó a tener efectos curativos. Ese simple contacto físico, de pronto, compensó y mejoró la angustia contenida durante tantos días. Alex sintió un gran alivio emocional.

Ella, en un primer momento, reaccionó con frialdad, pero luego, al captar las connotaciones que tenía ese abrazo, levantó sus brazos y también lo envolvió; ella también lo necesitaba. Alex cerró sus ojos y hundió sus dedos en la espalda de Paula, la quería traspasar, y ella simplemente se echó a llorar en su hombro. Jeffrey se dio cuenta de

que estaba de más y, sin que lo advirtieran, salió de la oficina y los dejó solos.

Entonces, Alexander se apartó de ella y le cogió el rostro entre sus manos, la besó y le habló sobre los labios.

—No llores, nena. Basta de lágrimas, por favor, no quiero que llores más. Te aseguro que te amo mucho más de lo que tus dudas te dejan ver.

La incertidumbre de Paula se disipó al verlo y supo, en ese mismo instante en que él la aprisionó contra su pecho, que utilizaría su sabiduría intuitiva y escucharía a su corazón; ese que le decía que necesitaba a ese hombre en su vida, con sus aciertos y sus errores, con todo y más. Ese abrazo significó la sanación a tantas indecisiones, alguien que no la amara realmente no hubiera podido abrazarla como Alex lo había hecho; se sintió protegida, en confianza, con fortaleza y segura, por encima de todo.

Alex tocó el borde de su boca con la lengua, la palpó y examinó esos labios, dulces como la miel y ardientes como el fuego, que ansiaba poseer con locura; los sedujo con los suyos, los acarició una y otra vez con su lengua experta, proporcionándoles cariño y cuidado, hasta que se abrieron dándole paso a todos los rincones de su boca. Entonces su lengua ansiosa y voluptuosa se encontró con la suave y mansa de Paula, que se entregaba para permitir que la complaciera. Trazó con ella una danza alocada de pasión y urgencia que parecía no tener fin. En ese momento, se separó de sus labios por un instante y, sin aliento y de manera exacerbada, le habló:

—No puedo esperar para tenerte. No es la forma en que soñé volver a reanudar nuestra intimidad, pero no puedo aguardar más, Paula.

Se alejó un poco de ella y trabó la puerta. Luego se acercó de nuevo y volvió a asaltar su boca, probando el sabor de su aliento y las caricias de su respiración. Le levantó el vestido hasta la cintura y se aferró a sus nalgas con posesión, marcando territorio mientras le hundía sus dedos abrasadores. La alzó sosteniéndola por el trasero y apretándola contra su cuerpo. Paula, entonces, le enredó las piernas

en la cintura y afianzó los dedos en su espeso cabello para darle más profundidad al beso. Alex la apoyó contra la pared y se refregó en su entrepierna; no podía pensar, sólo anhelaba que ella sintiera cuánto la deseaba. Sin soltarle las nalgas, la sentó en el escritorio y se apartó unos minutos para admirarla. Necesitaba que sus ojos azules se fundieran con su cuerpo, quería glorificarla; para sus pupilas, era una celebración poder encandilarse con ella. Se acercó de nuevo y se perdió en el escote de Paula, lamió el nacimiento de sus senos y, aunque intentó liberar uno de ellos, la hechura del vestido no se lo permitió, pero no iba a seguir perdiendo el tiempo. Bajó sus manos hasta sus caderas y se las acarició, la sedosidad de su piel era perfecta, ella estaba expuesta y casi sin respiración frente a él. Enganchó sus dedos en el tanga y lo deslizó por sus piernas, se agachó y besó su bajo vientre. Se quedó embelesado durante un momento con su monte de Venus depilado; lo acarició y deslizó sus dedos entre los pliegues de su vagina. Ella estaba muy húmeda, preparada para él, se había hecho agua entre sus manos y, entonces, un cúmulo de ansiedad se apoderó de sus entrañas. Alex se bajó los pantalones hasta la rodilla y blandió su erección, dirigió su pene hasta la entrada de su vagina y se introdujo en ella despacio, mientras cerraba los ojos. En ese mismo instante, dejó escapar un gemido contenido y tembló; Paula, en cambio, permanecía expectante a todas sus emociones: necesitaba verlo gozar más que nunca, estudiar cada una de sus expresiones, pues descubriría en ellas lo que Alexander sentía de verdad. Aquel hombre estaba perdido, entregado; su rostro, extasiado, era más perfecto aún. Los músculos de su cara estaban en tensión. En ese preciso momento, abrió los ojos y clavó su profunda mirada azul en la de Paula.

—Esto es todo lo que necesito, esto es la gloria.

Tras permanecer unos segundos hundido en ella, comenzó a moverse muy lentamente, una y otra vez; se balanceaba dentro y fuera, acariciándola con su sexo, le apretaba las caderas sin dejar de mirarla; la boca de Alex estaba entreabierta y, con cada penetración,

dejaba escapar el aliento. Paula metió sus manos por dentro de la camiseta para enterrar las uñas en su espalda y ayudarlo a ir más allá en sus embestidas, mientras abría sus piernas lo más que podía para que Alex se encastrara en ella más y más profundamente.

—No me duele, Alex, acelerá un poco, por favor, necesito más.

—Nena, tengo miedo de hacerte daño.

—Es mi cuerpo, yo te diré hasta dónde, más fuerte, por favor.

Susurraban para que nadie los oyese. Entonces, Alex le cogió las piernas y se contoneó como ella le pedía, aunque sintió que así todo iría más rápido de lo que quería. Sin embargo, en una ráfaga de conciencia, pensó que estaban en la oficina y decidió que era lo mejor.

Paula le habló al oído.

—Podés terminar adentro, ya he comenzado a tomar los anticonceptivos de nuevo.

Alex enarcó una ceja y le sonrió oscuramente, la contempló mientras seguía bamboleándose en su interior y buscaba ese éxtasis al que sólo ella podía hacerlo llegar. Paula esperaba ansiosa esas cosquillas en su vientre, sentía que estaban muy cerca y, aunque le hubiese encantado que el momento no terminase nunca, tuvo la lucidez de pensar que estaban en Mindland.

Su vagina empezó a presionarlo y Alex lo notó de inmediato: ambos estaban muy receptivos a pesar de la urgencia.

—Te amo, nena, te amo... Esto es sublime.

—Voy a correrme.

—Lo sé, yo también, terminemos juntos, mi vida.

Se menearon algunas veces más hasta que un abanico de sensaciones los invadió y expelieron todos sus fluidos. Se quedaron respirando sin resuello, jadeando. Él la tenía aferrada de las caderas y mantenía su frente apoyada en ella; Paula le había clavado sus manos en la nuca. Alex levantó los brazos, le acarició la espalda y la aprisionó un poco más contra él, para brindarle calor. Ella se agarró con fuerza a su cintura y lo rodeó con las piernas.

—Te amo, Alex, necesito confiar en vos.

—Podés hacerlo, nena. Te juro que, desde que me enamoré de vos cuando te conocí, me he convertido en la persona más transparente del mundo. Me has cambiado la vida, Paula.

Se limpiaron y compusieron sus ropas.

—¡Qué vergüenza, Alex! ¿En qué momento se fue Jeffrey?

—No te aflijas.

—Pero ¿cómo salgo ahora de acá?

—De mi mano, nena.

—Estamos locos. —Se carcajearon.

—Vayamos a saludar a mi hermano y a mi padre, y nos vamos a casa, ¿te parece?

—No, esperá, dejame recomponerme un poco; me siento avergonzada. —Se abanicó con la mano.

—Vamos, Paula, nadie notará lo que acaba de pasar acá.

Fueron al despacho de Jeffrey y entraron sonrientes. Alex soltó a Paula y abrazó a su hermano, a quien no había visto desde la boda; se palmearon la espalda.

—¡Ah, veo que te acordaste de que tenías un hermano!

—Lo siento, no quería ser desconsiderado, pero fue una semana intensa en París y no veía la hora de encontrarme con Paula.

—Ya me di cuenta, ni siquiera se enteraron cuando me fui, me quedó bastante claro que estaban en su mundo. —Paula se removió incómoda—. Pero los comprendo; hoy, antes de venir para acá, comentábamos con Alison que tenemos suerte de trabajar en el mismo lugar, porque después de los días compartidos en la luna de miel, nos hubiera costado horrores separarnos.

Alex había vuelto a cobijar a Paula entre sus brazos y le besaba el cabello, la sien y la nariz.

—¿Cómo fue esa luna de miel?

—¡Increíble! Un viaje soñado. —Jeffrey le palmeó la espalda a su hermano—. Les recomiendo esa escapada para ustedes también. ¿Ya saben dónde van a ir de luna de miel?

—Aún no lo hemos decidido —contestó Paula, mientras se daba la vuelta y miraba a Alex a los ojos.

—Pasaron tantas cosas que nuestros planes se detuvieron un poco, recién ahora estamos retomando nuestra normalidad —explicó Alex y Jeffrey hizo una mueca para demostrarles que lo sentía.

—Pero no cambiaron la fecha, ¿verdad?

—¡No! —contestaron ambos al unísono.

Llamaron a la puerta y Joseph se asomó, después de que Jeffrey le indicara que entrase.

—Alison me dijo que estaban acá. Me enteré de que habías llegado, Alex, y fui a tu oficina. —Se estrecharon en un abrazo que los dos necesitaban desde hacía semanas. Joseph le guiñó un ojo a Paula, para indicarle que todo volvería a estar bien con su hijo; luego se apartó, le palmeó el carrillo y le retiró el pelo de la cara—. ¿Todo bien por Francia?

—Todo perfecto, papá.

—Paula me contó alguna cosa.

—Cuando llegaste, estábamos revisando todo lo que nos habías enviado —acotó Jeffrey.

—¿Por qué no van a casa? —les sugirió Joseph a Alex y a Paula —. Andá a descansar del viaje, hijo, y por la noche vienen a cenar al Belaire con nosotros. Ahora que estamos todos en el país de nuevo, tu madre estará encantada de tenerlos allí. Le pediré que avise a Edward y a Amanda también. ¿Qué les parece? —Buscó la mirada de Jeffrey, que asintió.

—Me parece perfecto —contestó Alex—. La verdad es que necesito descansar unas cuantas horas, uno nunca duerme del todo bien en un avión.

En realidad, en este último viaje no había pegado ni ojo, porque sólo deseaba llegar y ver a Paula.

—Ustedes también vienen, ¿verdad? —insistió Joseph mirando a su otro hijo.

—Sí, viejo, seguro —le prometió Jeffrey.

Capítulo 13



ALEX caminó orgulloso llevándola de la mano hasta que salieron de Mindland. Heller los llevó hasta el apartamento de la calle Greene.

Entraron y Paula dejó su bolso sobre el sofá, se acercó a la nevera y cogió una botella de agua, que bebió sedienta. Alex cerró la puerta de entrada y se encontró con ella en la intimidad del hogar. Ahí estaban, sólo ellos dos, para vivir la vida. Él se quedó mirándola de pie, al lado de una de las columnas, con las manos en los bolsillos y una sonrisa de incredulidad en el rostro.

—¿Qué? —Paula dejó de beber para formular la pregunta. Alexander negó con la cabeza, le guiñó un ojo y le ofreció una sonrisa franca. Ella estiró su mano para ofrecerle agua, pero él dio la vuelta a la isla de la cocina y, cuando la tuvo cerca, la abrazó por la cintura y la pegó a su cuerpo—. ¿No querés agua? —preguntó Paula.

—Quiero beberte entera a vos, Paula; hacés conmigo lo que querés, nena —le susurró con una voz muy sensual y a muy corta distancia.

—Vos y yo aún tenemos que hablar —le advirtió ella.

—Lo sé.

—Bueno, hagámoslo.

—Chis, ahora no quiero hablar.

—¿Y cuándo hablaremos? —Él la besó para hacerla callar, succionó su labios—. Alex, nuestras reconciliaciones siempre son al

revés, primero tenemos sexo y después hablamos, quiero que charlemos. En la oficina, ya te saliste con la tuya nuevamente.

—No me pareció que estuvieras en desacuerdo. —Ladeó la cabeza, se quedó observándola y luego continuó—: En la oficina tuvimos sexo, ahora quiero hacerte el amor.

—No me vas a engatusar; hablemos.

—No rompas este momento, Paula, no destroces la magia que nos rodea cuando estamos juntos.

—¿Por qué siempre doblegás mis intenciones y terminás haciendo lo que querés conmigo? —Él le mordió el labio, se rió y se empapó del olor de su cuello.

—¿Eso hago con vos? —Tiró su cabeza hacia atrás mientras sonreía—. No creo que sea así; vos podés ser muy testaruda y también me hacés rogar mucho.

—Hablemos, Alex.

—Tes-ta-ru-da como estás siendo ahora.

—Actuemos como personas normales y racionales. —La insistencia de Paula hizo que de los ojos de Alex empezaran a salir chispazos.

—¿Por qué tenemos que revivir toda esa mierda ahora? ¡Recién nos encontramos! Quisiera borrar de mi memoria los días que acabo de pasar en Francia. ¡Sólo quiero disfrutarte! —Se quedaron mirando, pero él intentó distender su rostro y volvió a hablarle de manera sugerente—: ¡Vamos a la cama, Pau! ¿Cuánto tiempo hace que esperamos para estar juntos? Terminemos con las intromisiones, no permitamos que terceras persona sigan interponiéndose de una forma u otra en nuestra relación.

Ella levantó los brazos y le rodeó el cuello, lo estudió a conciencia y reflexionó sobre sus palabras. Entonces, haciendo caso a sus miradas ardientes, acortaron la distancia que los separaba —estaban tan cerca que su respiración era una caricia— y empezaron a tocarse. La presión que Alex ejercía sobre ella la transportaba y la obligaba a beber de esa pasión incontrolable que él le ofrecía. Provocaron sus bocas, respiraron sus alientos y se embrujaron, una

vez más, para acabar perdiéndose en un beso descarriado, vicioso. Se abandonaron al momento, tormentosamente agitados, trémulos. Sin darse cuenta, Paula relajó tanto la mano con que sostenía la botella, que el agua se derramó sobre Alex y le provocó un sobresalto que terminó en una carcajada de ambos. Se apartaron un poco y entonces él se quitó la camiseta hacia adelante, por encima de su cabeza. Hizo un bulto con ella en su mano y, con la otra, cogió la de Paula y la guió hasta el dormitorio. Apartó la colcha y las sábanas y le regaló un guiño seductor. Despedía sensualidad y sexualidad por todos sus poros; para Paula era irresistible. En el iPod, conectado al equipo de música, Alex buscó una canción, giró su cuerpo para mirarla y la pilló admirando la musculatura de su torso desnudo. Los acordes de la guitarra de Amaury Gutiérrez invadieron la habitación. El corazón de Paula se paralizó con la letra. Su chico caminó seductoramente hasta donde ella estaba plantada, sonriendo a cada paso, mientras se desabrochaba el vaquero y le dejaba ver el elástico de su calzoncillo y parte de sus caderas. Se aproximó y le cantó al oído:

¿*Quién me puede prohibir que yo mencione tu nombre*?

¿*Quién me puede prohibir que te sueñe por las noches*?

¿*Quién nos puede dividir si este amor es diferente*?

¿*Quién me puede prohibir*?

¿*Quién va a robarme esos momentos de felicidad infinita*?

¿*Quién va a prohibirme que te quiera, que tú seas siempre mía*?

Alex empezó a acariciarle la espalda con zigzagueos ansiosos, hasta que encontró la cremallera de su vestido y la bajó con habilidad, sin parar de cantarle al oído. Estremecida, las manos de Paula le

rodearon la cintura. En ella, comenzaron a despertarse multitud de sensaciones inimaginables; con sólo rozarla, Alex la embriagaba de placer. Con cada frase que emergía de su boca, Paula se conmovía y temblaba entre sus brazos. Se dio cuenta de lo mucho que lo había echado de menos y comprendió que sólo su proximidad la hacía feliz, íntegra y mujer.

Y aunque haya un muro entre nosotros para mí no estás prohibida.

¿*Quién va a prohibirme que te entregue lo mejor que hay en mi vida*?

Cuando no quede en este mundo una persona que te quiera,

aquí estaré para decirte que te espero hasta que muera

y te repito una y mil veces para mí no estás prohibida.

¿*Quién va a prohibirme que te entregue lo mejor que hay en mi vida*?

Le quitó el vestido y la ayudó a salir de él. Siguiendo la cadencia de la canción, la desnudó por completo; Paula le dejaba hacer, entregada a sus competentes manos y ansiosa por sentir sus caricias. Con el dedo corazón, Alex trazó una línea que comenzó en el cuello y terminó en su pubis. Volvió a ascender y le acarició la cicatriz, se inclinó y depositó un beso sobre ella; luego la cogió en brazos y la colocó sobre la cama. Se arrodilló para quitarle los zapatos y le acarició los pies, pero se incorporó sin demora y terminó de desvestirse. Paula lo esperaba con urgencia, las señales de excitación se habían disparado en su piel. Lo siguió con la mirada, recorrió su musculatura masculina de arriba abajo y, de pronto, se sintió más viva que nunca.

Alex se tendió sobre ella con cuidado y se apoderó de su cuello; le pasó la lengua y aspiró con fuerza para llenar sus fosas nasales y embriagarse con el olor de su piel, que era una pócima afrodisíaca para él. Yacía fascinado. Se apartó para mirarla a los ojos, le retiró el pelo de la cara y recapacitó mientras la contemplaba en silencio: «No puedo creer lo que hiciste conmigo, nena. ¿Es esto estar enamorado? No me dejás pensar, te apoderás de todo mi ser, me inutilizás, Paula, ni te imaginás el poder que tenés sobre mí».

Aunque le hubiera gustado gritarlo a viva voz, se lo guardó para él, como un secreto indescifrable, y optó por besarle los ojos y la boca. Sin abandonar sus labios, bajó una de sus manos y le acarició el muslo en toda su extensión; entonces, Paula levantó su pierna y le rodeó la cintura. Alex buscó su pubis y hundió los dedos en su vulva, provocando que ella se ondulara entre sus manos.

«¡Cómo me gusta tenerte así!», pensó mientras intensificaba sus caricias. Paula se abrió más todavía y empezó a gemir sobre sus labios; lo contempló mientras él la besaba y se encontró con la mirada de Alex, pendiente de todas sus sensaciones. Él bajó por su cuello y le pasó la lengua entre los senos, atrapados por sus manos. Levantó la cabeza y la miró: la boca de Paula estaba entreabierta y resoplaba anhelante. Alex tomó un pezón entre los dientes y se lo mordió; luego lo lamió, giró su lengua sobre él y lo introdujo en su boca.

—Alex...

Paula dejó escapar su nombre mientras se arqueaba y él siguió descendiendo; le acarició el vientre con la lengua y ella se sacudió. Llegó a su monte de Venus y se perdió en su olor a sexo; era exquisita y era suya. La probó con su lengua, estaba tan mojada... Su clítoris estaba exageradamente abultado: lo estaba esperando; lo lamió una y otra vez, acariciándolo. Paula gemía, suplicaba y se encorvaba en su boca. Introdujo uno de sus dedos en su eje del placer, lo perdió en ella y lo giró.

—¿Me extrañaste, mi amor?

—Mucho.

—¿Te gusta así? —Ella abrió los ojos y se incorporó para mirarlo maliciosamente.

—Me encanta. —Se quedó observando cómo él enterraba los dedos en su vagina y luego le habló—: ¿Y vos, me extrañaste? —Alex levantó la cabeza sin dejar de mover sus dedos.

—¡Te eché tanto de menos! —le contestó con una voz turbia.

Entonces Paula se arrastró hacia atrás y se sentó en la cama, se arrodilló con rapidez y quedaron ambos uno frente al otro. Acercó su rostro al de él y se abrazaron para besarse. Ella le pidió que se recostara y Alexander, complaciente, se tendió de espaldas en el colchón. Paula reptó sobre él para alcanzar su cuello y le lamió la nuez de Adán; era un rasgo masculino que la perdía. Alex tragó con dificultad; Paula era la sensualidad, el erotismo, la pasión: era su amor. La tenía cogida por la cintura, ella se movió con prontitud y buscó sus manos, entrelazando sus dedos para llevárselas hacia atrás, mientras seguía besándolo. Alexander dejó escapar un ronquido, estaba muy excitado. Sin soltar sus manos, y nublado por la pasión, se giró, la dejó abajo y la miró con tiranía; la tenía a su merced bajo su musculoso cuerpo. La aprisionó con gusto y se restregó contra la sinuosidad de sus pechos. Avasallador, se colocó sobre ella y la penetró, lenta y profundamente. Paula apretó los ojos y dejó escapar un sonido salvaje de su boca mientras se mordía los labios. Él la observaba, perdido en su abismo; su vagina contenía su sexo en perfecta unión, se ajustaba de manera magistral a su pene.

—*Look at me, baby* —le pidió suplicante para que Paula abriera los ojos.

Comenzó a moverse sin dejar de admirarla. Con su repetitivo vaivén, le acariciaba su cavidad, acometiéndola una y otra vez. Bajó la cabeza y le acercó los labios al oído, sin dejar de contonearse en su interior, y volvió a cantarle:

¿*Quién va a robarme esos momentos de felicidad infinita*?

¿*Quién va a prohibirme que te quiera, que tú seas siempre mía*?

La besó, sin parar de entrar en ella; la atiborraba con su pene, la llenaba, la amaba.

—Te amo, mi amor —le dijo ella cuando él se apartó, por un instante, de su boca.

—Nena, yo también, más que a mi vida.

Se corrieron juntos; Paula gritó ahogadamente su nombre y él gruñó mientras se descargaba inundándola con su bálsamo.

Hubiese querido dejarse caer sobre ella, pero aún seguía tratándola como si fuera de cristal. Se colocó de costado y la arrastró contra él. La canción continuaba sonando.

—Me encanta este tema, no lo conocía.

—Te lo dedico íntegro. Creo que resume todo lo que nos ha estado pasando —le dijo y le besó la nariz—. ¿Aún querés que hablemos? —Paula se perdió en la inmensidad de su mirada azul.

—No. —Le acarició las cejas y bajó hasta el arco de Cupido de sus labios—. Este momento fue demasiado hermoso como para que permitamos que otras personas se entrometan en nuestras vidas. —Alex sonrió con satisfacción.

—Nunca dudes de lo que siento por vos, Paula. Mi amor es tan grande que no me alcanzan las palabras para explicarlo.

—Vos tampoco dudes de mí, Alex, sos todo y más en mi vida. Te amo más allá de la razón. Dejame que te diga esto y no tocaré más el tema: cuando recibí ese mensaje y la foto se me desgarró el corazón, no me entraba en la cabeza que me hicieras una cosa así.

—Ni por un instante, se me cruzó por la mente engañarte. Pero dijimos que no arruinaríamos este momento maravilloso. Me ha encantado volver a hacerte el amor; echaba mucho de menos tu cuerpo.

—A mí también me gustó mucho, fue asombroso volver a sentirme tuya.

—Sos mía en cuerpo y en alma.

—Sí, mi vida, soy toda tuya y vos sos mío, sólo mío.

—Sólo tuyo, todo tuyo. —Alex se movió y apagó la música con el mando a distancia—. Me muero de hambre —le dijo, rompiendo la magia del instante y en ese preciso instante sus tripas hicieron un sonido—. ¿Ves? No te miento. —Se rieron.

—¿Qué querés comer?

—Cualquier cosa, preparemos unos sándwiches. ¿Habrá algo en la nevera?

—De todo. Ayer le pasé una lista de la compra a la señora Doreen por teléfono y hoy surtió el refrigerador y la despensa.

—¡Ah, eso significa que me esperabas! —Le hizo cosquillas.

—¡No, Alex, no, por favor! —le suplicaba entre carcajadas, pero él no paraba—. ¡Sí, sí, te esperaba! Puse en orden toda la casa para tu regreso. —Él detuvo las cosquillas.

—Pero ¡me hiciste sufrir todos estos días sin hablarme!

—Para que aprendieras que no debés dejar entrar zorras a tu habitación y menos permitirles que se desnuden. Estoy segura de que la miraste... Mejor no me hagas acordar. —Alex la colocó de espaldas y se sentó a horcajadas sobre ella.

—No la vi ni un poquito —le dijo en tono guasón—, ni siquiera sé si sus tetas son grandes o pequeñas.

—¡Encima te hacés el chistoso! —Paula le atizó un golpe con el puño cerrado en el abdomen que lo pilló desprevenido.

—¡Eso dolió! —se quejó Alex con unos ojos abiertos como platos.

—¡Jodete! Te lo merecías.

—Te amo, nena, te amo.

Capítulo 14



ALEX no permitió que ella se levantara, se colocó una bata y fue hasta la cocina a preparar algo de comer.

Antes de regresar a la habitación, caminó hasta la entrada del apartamento donde habían quedado sus maletas y buscó el estuche con el regalo que le había comprado en París. Lo metió en el amplio bolsillo de su bata y fue al dormitorio. Paula estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas y hablaba por teléfono con Maxi.

—Sí, cabezón, te digo que estoy bien. Lamento no haberte contestado los mensajes, pero tuve unos días muy intensos y desconecté el móvil. —No quería contarle nada de lo ocurrido en Francia. Alex se sentó frente a ella imitando su postura y puso la bandeja en medio de ambos.

—Te llamaba porque tengo algo que contarte —le dijo Maxi.

—¿No me digas que rompiste con Daniela?

—No, todo lo contrario, nos fuimos a vivir juntos. —Paula pegó un grito y Alex se sobresaltó. La miró con el cejo fruncido—. ¡Me acabás de dejar sordo!

—Lo siento, es que me cogiste por sorpresa. Acá, Alex está haciendo un montoncito con los dedos porque no entiende mi efusividad. —Le contó rápidamente a Alexander qué pasaba para incluirlo en la conversación.

—¡Hacele saber que los felicito!

—Ya oí, muchas gracias; estoy un poco asustado, porque ya tuvimos nuestra primera pelea de convivencia.

—Tranquilo, Maxi, al principio es normal. No es lo mismo que verse de vez en cuando para compartir alguna que otra noche.

—Sí, eso espero, aunque me parece que vamos a chocar por todo.

—Te digo que es normal. Ahora comparten más horas al día juntos, sus caracteres y costumbres deben amoldarse.

—Tengo miedo de que nos hayamos apresurado y de que lo que teníamos se vaya al garete.

—No seas gallina, Maxi, no te rindas ante la primera dificultad.

—¡No soy gallina, pero no quiero perderla!

—Sí la perdés es porque el amor entre ustedes no es verdadero. —Paula extendió su mano para buscar la de Alex y entrelazar sus dedos con los de él—. Pero, antes de llegar a eso, tenés que luchar. No debe de haber sido tan grave la pelea, Maxi, estoy segura de que se trata de algo que pueden superar.

—Bueno, pero ¡tampoco está bien que crea que puede manejar mi vida porque estamos viviendo juntos!

—De eso se trata la convivencia, de ceder un cincuenta y un cincuenta, sin perder la esencia de uno mismo, con equilibrio. —Mientras hablaba, Paula fijó sus ojos en Alex y él levantó su mano para besarle los nudillos.

—Te amo —le dijo él gesticulando y mordiéndole un dedo; ella le sonrió.

—Ya veo que estás de su lado —protestó Maxi.

—Escuchame, chiquito, yo no estoy del lado de nadie, sólo te estoy aconsejando, pero si no te sirve y estás enojado con Daniela, podés decirme, simplemente: «Paula, quiero que me digas esto y esto», ¡y así puedo repetirte, como un loro, lo que deseás escuchar!

—Bueno, bueno.

—¿Y por qué fue la discusión?

—Porque después del trabajo me fui de copas y no la avisé.

—¿Y qué cuernos querías? ¿Que te aplaudiera por irte de picos pardos?

—Pero ¡no me fui de picos pardos!

—Bueno, Maxi, es una manera de hablar... Pero tendrías que haberla avisado, ahora ya no vivís solo.

—Pero me fui a tomar una cerveza, sólo eso, y no llegué tan tarde como para que me montara el escándalo que me montó.

—¡Estás cegado! Cuando estás así, no pensás y no escuchás.

—Cuando ella salió del gimnasio, también se fue con sus amigas a tomar algo y no vino directamente. Además, cuando llegó, yo ya estaba en la cama.

—¿Eso fue antes o después de que vos lo hicieras? —Maxi no respondía—. ¡Hey! ¿Reformulo la pregunta?

—Después.

—Entonces no te quejes, te pagó con tu propia medicina.

—Lo sé, lo sé.

—¿Entonces?

—Nada, que si lo hablo con vos me cuesta menos reconocer que Daniela tenía razón.

Paula se rió en silencio para que su amigo no se cabreara.

—Ay, yo también extraño nuestras charlas... Podés llamarme cuando lo necesites, Maxi. Sabés que estaré siempre ahí.

—Boba.

—Bobo.

—Gracias por escucharme.

—Gracias por llamarme y seguir considerándome tu amiga.

—Sabés que siempre será así.

Terminó de hablar con su amigo y volvió a centrar toda su atención en su amor.

—Lo siento. Maxi necesitaba que habláramos.

—No te preocupes. Él es tu amigo y yo... yo sé que tengo toda tu atención —le dijo clavando sus ojos azules en los de ella y utilizando una voz muy dulce.

—Vos tenés más que mi atención, Alex. Tenés todo mi amor, mi alma y mi vida —le aseguró Paula mientras se estiraba sobre la bandeja para acariciarle la mejilla y apoderarse de sus labios. Metió la otra mano dentro de la abertura de la bata y lo cogió por la cintura. En ese momento, sintió algo duro sobre la mano y se alejó con curiosidad—. ¿Qué tenés ahí?

—Hum, algo que compré para vos. ¿Recordás que te envié una foto en el obelisco? Estaba yendo a buscar esto.

—Quiero mi obsequio. —Ella quiso sacarlo de su bolsillo pero él no la dejó.

—Primero comamos. —La esquivó Alex mientras mordía su sándwich—. ¡Estoy hambriento!

—¡Alex! ¡Sabés que soy muy ansiosa!

—Chis, comamos, luego te daré el obsequio, porque tengo una fantasía en mi cabeza y creo que es mejor que nos alimentemos.

—¿Fantasía?

—Ajá. —Asintió con la cabeza—. Comé y después te cuento. Necesito que recuperes tus fuerzas.

Paula frunció el entrecejo mientras masticaba un bocado.

Cuando terminaron de comer, él apartó la bandeja y se sentó más cerca de ella. Acto seguido, le pidió que cerrase los ojos.

—Ahora podés abrirlos.

Cuando Paula lo hizo, se encontró con una caja de cuero con las letras grabadas de Boucheron, que descansaba sobre la palma de la mano de Alex.

—Es para vos, ¡abrila!

Ella cogió la caja, la miró unos instantes, estudiándola, levantó la vista y apartó el estuche, cogiendo por sorpresa a Alex. Se movió con rapidez, se aferró a su cuello, se acurrucó en su regazo y le habló desde muy cerquita:

—Vos siempre sos el mejor regalo para mí.

Se besaron y luego él tomó la caja nuevamente e insistió para que la abriera. Paula lo hizo y se encontró con el fulgurante brillo de

las piezas de joyería exclusiva.

—¿Te gustan?

—Son hermosas, exquisitas, me encantan los pendientes y el brazalete. ¿Qué decirte, Alex? Vi a muchas actrices en las revistas que los llevan puestos; y siempre los admiré.

Alex sonrió.

—Entonces acerté con el regalo. Y lo más importante es que éstos son tuyos y ya no tendrás que admirar más los de las fotografías.

—Gracias por hacerme sentir siempre tan especial.

—Sos especial para mí, por eso necesito demostrártelo. —Se besaron—. Aún debo comprarte una sortija de boda; prometo encargarme de eso con celeridad.

—Que sea algo sencillo.

—Chis. —Le guiñó un ojo—. Te dije que me encargo yo.

—Yo también tengo un regalo para vos.

—¿En serio?

Ella asintió con la cabeza.

—Te salvaste porque te lo compré antes de todo ese mal rollo.

—¿Creés que no me lo merezco?

—Pues creo que sí, te lo merecés.

Él le besó la punta de la nariz y le mordió un carrillo.

Luego Paula se levantó de la cama y fue hacia el vestidor. Volvió con dos sobres azules: un estuche de joyería y otro paquete mucho más grande, que acarreó con dificultad. Primero, le entregó uno de los sobres. Alex lo abrió y sacó un certificado emitido por el Global Star Registry, que indicaba el nombre dado a una estrella, «Alex y Paula»; también testificaba que el registro se había realizado en la oficina de la propiedad intelectual de Estados Unidos y señalaba, además, sus coordenadas astronómicas.

—¡Mi amor! ¿Una estrella con nuestro nombre?

—Sí, tal vez es un poco cursi, pero me gustó mucho la idea —admitió ella encogiéndose de hombros—. Después de todo, dicen que el amor es ñoño. —Dejó escapar una risita.

—¿Cursi? ¡No digas eso, me ha encantado! Me parece fantástica la idea de que haya una estrella que lleve nuestros nombres, ¡gracias! Vení acá, ñoña. —La cogió por la nuca y besó sus labios con pasión, los succionó y los lamió con mucha ternura.

—Hay más —dijo Paula señalando el otro sobre. Entonces, Alex extrajo del paquete un mapa que proporcionaba un trazado exacto para poder navegar por el cielo con un telescopio y localizar la estrella. En aquel momento, y después de que Alex desplegase el mapa, Paula gateó sobre la cama para levantar el paquete que había llevado hasta allí con dificultad, pero como era muy pesado, Alexander se movió rápidamente para ayudarla. Entre los dos, abrieron el envoltorio y la caja quedó al descubierto: le había regalado un telescopio astronómico computarizado.

—¡Vaya! ¡Nena, qué regalo tan fantástico! —exclamó con asombro al descubrir el reluciente aparato de color blanco y cromo.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! Me muero por aprender a usar esto y ubicar nuestra estrella. Vení acá, te merecés otro beso; yo también me siento ñoño. —Se carcajearon y, después, él le rodeó el cuello y volvió a tomar sus labios por asalto.

—Me explicaron que se usa muy fácilmente, sólo hay que orientarlo en la línea norte-sur, y con la inclinación de la latitud del lugar, algo que se obtiene fácilmente con un reloj. Creo que con tu Hublot podrás conseguirla fácilmente. —Él asintió—. Luego hay que cargar las coordenadas de las estrellas más brillantes en este ordenador, para calibrarlo. —Paula sacó de la caja un aparato que parecía un mando a distancia pero que, en realidad, era el ordenador del telescopio, y se lo enseñó—. Trae un software explicativo con las instrucciones. —Mientras ella le explicaba, los ojos de Alex bailoteaban extasiados del aparato a su rostro. Esa mujer tenía un poder increíble sobre él, lo tenía fascinado o, como ella misma decía, atarantado—. Bueno y esto forma parte del kit de la estrella —dijo ella entregándole la caja de joyería, que Alex abrió

con impaciencia. En ella encontró un llavero de plata, donde estaba grabado el nombre de la constelación y sus coordenadas exactas.

—Sos increíble, Paula, jamás se me hubiese ocurrido algo así; sólo tu mente pudo haber volado hasta este regalo tan especial.

—Tenía miedo de que no te gustase, es que... ¡tenés de todo!

—No tengo de todo.

—No seas modesto. —Paula se recolocó la bata de seda, que se le había abierto dejando escapar uno de sus senos, y se acurrucó entre los brazos de Alex. Él la recibió gustoso—. Me dijiste que tenías una fantasía con tu regalo, ¿no?

—Así es.

—¿Cuál es?

—Hum, despejemos la cama. —Quitaron todas las cosas que había encima de ella y luego Alex le pidió que lo esperase ahí. Se dirigió resuelto hacia el vestidor, llevándose consigo la caja de Boucheron. Al regresar, le explicó que había dejado preparado allí lo que deseaba. Paula lo miró sin entender demasiado, pero se levantó para darle el gusto.

—¡Es ropa! —chilló Paula desde allá y regresó. Alex estaba sentado en la cama con la espalda apoyada en el cabezal—. ¿Adónde vamos?

—Quiero que te vistas y que, después, te desnudes para mí.

—¡Me da vergüenza!

—Pero ¡si ya lo hiciste en el Faena!

—Pero eso nació de forma espontánea.

Alex juntó sus manos y apoyándolas en su boca le suplicó:

—Quiero que me vuelvas loco como aquel día y que te quedes sólo con las joyas y los zapatos puestos. —Paula gateó sobre la cama.

—¿De verdad te volví loco?

—¡Muy loco! Me enardeciste y me pusiste tan duro que creí que me iba a correr sin necesidad de tocarte.

Paula le lamió los labios, luego lo estudió mientras decidía y él le dedicó una mirada tan pícara que la tentó.

—Esperame acá, *Ojitos*, ya vuelvo. —Pero cuando ella quiso alejarse él la cogió por la nuca y la miró oscuramente.

—No tardes —le dijo con voz grave y sensual.

—Lo bueno se hace esperar y mi imaginación se acaba de despertar, así que paciencia. Si querés un espectáculo, dejame prepararme. —Le mordió el labio y se marchó. Regresó con un pañuelo de seda negro entre sus manos, aún no se había cambiado —. Tenelo a mano —le dijo y le guiñó un ojo—, cuando te indique quiero que te vendes los ojos. —Alex se quedó pasmado y superexcitado.

—Hum, esto se está poniendo muy interesante.

Después de unos minutos, y antes de aparecer en el dormitorio, Paula le gritó a Alex que se vendara los ojos, pero no se quedó ahí.

—¿Adónde vas? —Alex oyó sus pasos.

—¡Chis! Ya vuelvo, no hagas trampa y te destapes los ojos. ¡Ah! y quitate esa bata.

Alex se rió divertido e hizo lo que ella le indicaba. Paula fue hasta la cocina y, tras unos minutos, regresó con una copa de champán, fresas en un recipiente y un bote de nata.

Apoyó todo con mucho cuidado en una mesilla, intentando no hacer ruido para no delatarse, y luego conectó su iPod al sistema de sonido del dormitorio. Se reía en silencio por todas las travesuras que su mente estaba maquinando; la vergüenza se le había esfumado: Alex la desenfrenaba y le hacía vivir y sentir como nunca. Estaba excitada, nunca hubiera pensado que un juego como ése la podía poner en ese estado. Se había vestido con las prendas que Alex había elegido de entre su ropa: un corsé, unas ligas color caramelo que sostenían sus pantis y un vestido muy ajustado con escote palabra de honor, con lentejuelas negras y plateadas. Se había calzado unos Louboutin con purpurina asimismo plateada y llevaba puestas las joyas que Alex le había regalado. Entonces, sin más demora, apretó el *play* para que Etta James comenzara a cantar *A sunday kind of love*, una melodía muy sugerente que hizo que Alex se removiera sobre el lecho y se pusiera en una actitud expectante.

Notó en seguida que la cama se movía y supuso que Paula se había subido a ella, pero como tenía los ojos vendados no pudo verlo. Ella gateó hasta él, le separó las piernas para hacerse un hueco entre ellas, se le acercó y le respiró sobre el rostro. Él estaba muy receptivo. Se acercó a su oído y le habló susurrando:

—Prohibido tocar, *Ojitos*. —Con una voz más oscura aún, le preguntó—: ¿Entendido?

—Entendido —le contestó él.

Ella había trasladado todos sus complementos a la mesilla de noche; se estiró, tomó una fresa que sumergió en La Grande Dame, la roció con abundante nata y se la colocó en la boca, sosteniéndola entre los dientes; se acercó a la boca de Alex y la apoyó en la de él. Se sorprendió; encendido, abrió la boca y la aceptó. Paula introdujo su lengua junto a la fresa y lo besó; lo succionó tomando plenamente el control. Alex ya estaba enloquecido, porque Paula sabía cómo ponerlo a mil; su erección había crecido: estaba duro y muy excitado. Luego cogió la copa de champán y repitió la maniobra anterior, sólo que esta vez le puso la fresa a él entre los dientes para que se la pasara a ella.

Alex estaba deseoso de levantar sus manos y asirse a su cuerpo, atraparla y aprisionarla contra él, pero ella no se lo permitía.

—No, señor Masslow, usted pidió jugar a este juego, así que ahora tiene que aguantarse.

—Nena, estoy muy caliente.

—Tranquilo, vas a tener todo lo que ansías. —Se acercó a su oído de nuevo y le habló muy cerca—. Lo prometo, mi amor, te daré todo lo que tu mente está imaginando. Te amo, *Ojitos*.

Alexander sonrió con ese gesto de perdonavidas que tan bien le sentaba y que a ella la descolocaba. Paula no pudo resistirse a los encantos de su hombre y se aferró a su nuca para poseer sus labios; luego se apartó de él. Alex respiraba entrecortado, intentando oír los movimientos de Paula, pero la música se lo impedía. De pronto, sintió que ella enganchaba su dedo en el pañuelo que le cubría los ojos. La seda se desató con facilidad y pudo disfrutar de una imagen

incomparable de Paula caminando de espaldas a él. El vestido resaltaba todas sus curvas, como si estuviera impreso en su cuerpo; su culo, que lo enloquecía, parecía realmente grande enfundado en él. Ella se detuvo junto al jacuzzi que estaba incorporado en el dormitorio, abrió las piernas y se agachó cogiéndose de los talones. Después se levantó despacio, de manera muy sensual, mientras se acariciaba las piernas. Cuando llegó con sus manos al bajo del vestido, fingió que iba a levantarlo, pero sólo le mostró el muslo, la puntilla de sus medias de seda y el broche de sus ligueros; luego volvió a cubrirse. Llevó entonces su mano a la cremallera del vestido y la bajó unos centímetros; después se dio vuelta para mirarlo de forma seductora, volvió al cierre y terminó de bajarlo. Sostuvo la prenda a la altura de sus senos con un brazo, para evitar que se viera más de la cuenta, y jugó con su pelo. Lo tiró hacia un costado y se pasó un dedo por los labios. Acto seguido bajó sus manos despreocupada y dejó que el vestido se deslizara por su cuerpo. Alex la miraba alucinado, respirando con dificultad. Paula se quedó en corsé y tanga, dos prendas de encaje transparente que dejaban apenas cubiertas, tras el tul, sus partes más íntimas, esas que él tanto deseaba. Desinhibida y excitada, se pasó la mano por el cuello y lo exhibió ante Alexander echando su cabeza hacia atrás. Embriagada por el momento, hundió los dedos de su otra mano en su cabello. A esas alturas, a Alex ya le costaba tragar; su mirada la recorría y seguía cada uno de sus movimientos. Paula enderezó la cabeza y clavó la mirada en la increíble erección que Alex presentaba ante sus ojos. Lo deseó, sintió electricidad en su cuerpo, un hormigueo en su vientre y una punzada en su sexo; instintivamente, se llevó la mano al pubis y se acarició por encima de la ropa interior, mientras se relamía. Entonces, sin poder contenerse más, se aproximó a su hombre, se apoderó del pañuelo y volvió a arrastrarse sobre la cama de manera muy sensual. Mientras gateaba, la cabeza de Alex iba a mil por hora: Paula se había convertido en fuego, pasión, delirio y Alexander se movió un poco esperando recibirla, pero ella lo sorprendió y le pidió, con una voz muy gutural, que se

acostara. Le indicó que levantara ambos brazos por encima de su cabeza y lo ató de las muñecas con el pañuelo; después se sentó a horcajadas sobre él. Alexander estaba entregado, abandonado a sus exigencias. Ella se acercó y le pasó la lengua por los labios; él los quiso atrapar, pero Paula fue muy rápida y se apartó. Se estiró, cogió el bote de nata y escribió «I love» en su torso con él. Alex la observaba fascinado; Paula se inclinó despacio y posó la lengua en su piel mientras lo miraba con verdadera lascivia, hasta que comenzó a lamerle la nata con la que había impregnado su cuerpo. Él se sintió sumamente excitado y cerró los ojos dejando escapar un hondo gemido; imaginó que se iba a correr porque estaba muy caliente, pero intentó serenarse.

Paula enderezó su cuerpo y admiró a su hombre, que yacía vulnerable, entregado. Al notar el movimiento de su cuerpo, él abrió los ojos para verla y, entonces, ella se desabrochó el corsé y le ofreció sus pechos. Inmovilizado, pero deseando tocarlos, le rogó que le permitiera besarla, pero ella se había convertido en una chica muy mala y negó con su cabeza. Se arrodilló en la cama, cogió las tirillas de su tanga y comenzó a deslizarlas, subiéndolas y bajándolas por sus muslos, hasta que, finalmente, de un tirón las rasgó mientras dejaba escapar un gritito de placer contenido.

—¡Dios, Paula, voy a morir en esta cama!

Paula se había transformado en Afrodita, una deidad del deseo, del amor, de la lujuria: era su diosa de la belleza, la sexualidad y la reproducción; era su divinidad personal, emergida de la espuma del mar y creadora de su propio universo, la única capaz de enamorarlo, de hacerlo sucumbir, de volverlo ciego de amor. Se sintió Ares, dios de la guerra, amante de la deidad que tenía sentada sobre su cuerpo. Recordando la mitología griega, creyó que tendría que invocar la clemencia de Poseidón por desearla tanto, por claudicar ante ella como un simple mortal sin voluntad que sólo pensaba en amarla, en hacerla suya, en entregarse lujurioso a su cuerpo.

—Dejame tocarte, nena, dejame fundir mis manos con tu piel.

—Aún no —le negó ella.

Paula se movió con poderío y levantó ligeramente su sexo para introducir el pene en su cavidad, y ambos gimieron aliviados ante ese contacto tan íntimo. En ese preciso instante empezó a mover las caderas; las hizo girar una y otra vez, mientras Alex emitía sonidos desconocidos para ella. Estaba tan extasiado que parecía otra persona y empezó a arquear con violencia su pelvis para enterrarse más en Paula y encontrarla en sus bamboleos. Sus ojos le suplicaban de tal forma que ella se apiadó y desató sus muñecas. Con extrema premura, Alexander movió sus manos ávidas para tomarla de la nuca y la besó: necesitaba empaparse de su sabor, devorarla por completo.

Se movió con astucia hasta dejarla bajo su peso, se apoderó de sus muñecas y la penetró nuevamente, la enloqueció con sus embestidas y se sintió un Adonis sobre su cuerpo. La adoró y se enterró en ella hasta caer rendido, saciado. Paula, por su parte, sintió que las fuerzas la abandonaban, que su cuerpo no le pertenecía y que sus sensaciones eran irreales, míticas. Satisfecha, dejó escapar su nombre entre sus labios y también se dejó ir.

Alex se despertó aturdido y recordó, de pronto, que tenían que ir a cenar a casa de sus padres. La habitación estaba sumida en la penumbra, así que imaginó que debía de ser bastante tarde. Preocupado, cogió su iPhone y miró la hora; efectivamente, rendidos por el esfuerzo en la práctica del sexo, se habían quedado dormidos hasta casi las ocho de la noche. Miró a Paula, que dormía a su lado, desnuda y boca abajo, en ligueros y medias, y se rió recordando lo bien que se lo habían pasado. No pudo resistirse y besó y acarició su espalda; después, con voz de arrullo, la llamó para que se despertase:

—Vamos, nena, nos esperan en el Belaire.

—Hum...

—Venga, Pau, vamos a darnos una ducha rápida y nos vamos.

—¿Qué hora es?

—Las ocho.

—¡Dios! ¡A tus padres les gusta cenar temprano! Pero estoy rendida no puedo levantarme, me duele cada uno de los músculos de mi cuerpo.

—Vamos, bonita, ¿querés que te cargue hasta la ducha?

—No, dejame descansar un poquito más. —Paula se dio la vuelta y Alex le apartó los mechones de pelo que le tapaban la cara. Sus ojos brillaban en la semioscuridad—. Soy verdaderamente afortunada.

—¿Ah, sí?, ¿por qué?

—Porque no hay nada más hermoso que despertarme y encontrarme con tus ojos azules que me miran amándome.

Él le dio un casto beso en la boca.

—Vamos, señorita Bianchi, debemos irnos.

La reunión en el Belaire, junto a toda la familia, fue encantadora. Liam y Harry, los mellizos de Edward y Lorraine, estaban mucho más grandes y compartían más tiempo con sus tíos y abuelos, puesto que ya no dormían tanto. Paula se pasó la noche con Liam en brazos, porque el pequeño tenía predilección por ella y, cada vez que la veía, quería sentarse en su regazo.

—Creo que Liam está enamorado de ti, Paula —le dijo Lorraine mientras intentaba cogerlo en brazos para darle el biberón. Harry ya se lo había tomado y se había dormido, pero el otro pequeñín lloraba y se aferraba al cuello de la joven; no quería ir con su madre.

—¿Sabés? Con mis sobrinos me pasa lo mismo, cuando voy a la plantación no hay quien los despegue de mí, parecen pequeñas garrapatas; mi hermano dice que soy su ídolo.

—Tienes *feeling* con los niños, se nota —le dijo Lorraine, mientras Liam chupaba el mentón de Paula.

—¡Oh, Dios, Alex! ¡Mirá a tu sobrino! Creo que quiere robarte la novia.

Su cuñada llamó la atención de Alexander, que estaba un poco lejos, bebiendo una copa de champán junto a Chad. Sonrió mientras

se les acercaba, besó la mejilla del niño y le hizo monerías en su regordete cuello.

—¡Vamos mal, entonces! Pero te entiendo, Liam, es imposible resistirse a esta belleza, ¿verdad? Creo que definitivamente tiene tan buen gusto como su tío. —El niño pareció escucharlo con atención, pues le clavó la mirada y sonrió achinando sus ojitos y dejando escapar una carcajada. Después agitó las manitas y le estiró los brazos a Alex, que no pudo resistirse y se agachó para levantarlo, después de entregarle su copa a Paula. Pero cuando el pequeño vio que se separaba de ella, se tiró de nuevo en sus brazos haciendo un puchero—. ¡Hey, hey, no llores! Tu tía no se va a ningún lado, se queda acá con nosotros.

Pero Liam no lo entendía así y Paula decidió cogerlo en brazos otra vez.

—Dame, Lorraine, yo le doy el biberón y me encargo de que duerma —se ofreció gustosa Paula.

—Pero mirá que tenés que acostarte en la cama con él; Liam es el más difícil de dormir.

—No te preocupes, será un placer.

A Alex le generó muchísima ternura descubrir ese lado tan maternal de Paula y, de pronto, empezó a fantasear.

—Ya vuelvo, amor, voy a darle de comer a este tragón y a hacerlo dormir.

Alex sonrió con el corazón en la mano y le guiñó un ojo.

Paula estaba tardando más de la cuenta, así que decidió ir hasta el dormitorio que Bárbara había preparado para sus nietos. En cuanto entró, ella le indicó que no hiciera ruido, llevándose un dedo sobre los labios. Se quedó mirando a Paula y a Liam, que dormía aferrado a su cuello. Su corazón dio un vuelco ante esa imagen tan entrañable y sintió cosquillas en el alma. Especuló una vez más con tener un hijo propio y esa idea le gustó más que nunca. Se acostó con sigilo al otro lado de la cama.

—Chis, se acaba de dormir —le susurró ella.

—Estás hermosa con un bebé en los brazos... —le dijo él bajito, con un codo apoyado en la cama.

—Me encantan los niños y Liam parece estar encantado conmigo.

—Creeme que lo entiendo.

—Tonto. —Ella hizo una pausa—. Mientras lo hacía dormir imaginaba cómo sería un hijo nuestro.

—Hermoso, como la mamá.

—Hum, yo quiero que se parezca a vos.

—Y yo quiero que se parezca a ambos.

—¿Te gustaría tener hijos pronto?

—No me molestaría, sería la forma de perpetuar nuestro amor. ¿Y a vos te gustaría?

—Sí, me encantaría que fuera rápido, porque así cuando ya sea grande, tendremos tiempo para nosotros.

—De todos modos, tendremos tiempo para nosotros.

—Sí, lo sé, pero deberemos repartirlo con él.

—O con ella.

—O con él y ella, o con dos varoncitos o dos nenitas; no te olvides de que, siendo vos mellizo, las posibilidades son altas.

—Hum, eso sí que sería complicado, ¿verdad? Con dos niños, necesitaríamos ayuda.

—En mi próxima consulta con el doctor Callinger, le preguntaré cuál es el tiempo prudencial que tiene que pasar para que me pueda quedar embarazada.

—Me parece perfecto.

—No puedo creerlo.

—¿El qué?

—Que estemos planeando tener hijos.

—A mí también me cuesta creerlo, antes nunca... nunca me imaginé con un hijo en brazos y hoy, Paula, debo confesar que es uno de mis más grandes anhelos, después de que nos casemos.

Alex la besó y Liam hizo un ruidito, se removió y se estiró, dándole con el pequeño puño en la cara a Alex.

—No quiere que me beses —le advirtió Paula. Se rieron y Alexander le dio un beso en la manita a Liam... ¡Olía tan bien!—. Dejame ponerlo en la cuna, así podemos volver con los demás.

—Sí, además Bárbara está esperando para servir la cena.

Como de costumbre, cuando terminaron de cenar, la reunión se extendió al salón, donde tomaron café y siguieron charlando. Los temas de conversación en familia siempre eran variados e inagotables; pero, ese día, Amanda y Chad estaban esperando ansiosos que todos estuvieran preparados porque querían comunicarles algo.

—Tenemos una noticia que darles. —En cuanto Bárbara oyó esas palabras, supo en seguida lo que iba a decir su hija y se cubrió la boca—. Sí, mamá, emocionate, porque en ocho meses va a llegar el primer McCarthy.

Alex fue el más efusivo, se levantó como un resorte y se abrazó a su hermana; le besó el cabello y el cuello y se mostró realmente conmovido, y es que la unión que ellos tenían desde el útero era imposible de disimular. La apartó para contemplarla y le palpó el vientre con perplejidad.

—No puedo creerlo, pendeja, ¡vas a ser mamá!

—Sí, hermanito, podés creértelo porque es cierto.

—¡Dios! ¡Estoy contento como si el padre fuera yo!

Todos se rieron, Chad le palmeó la espalda y Alex lo abrazó.

—¡No quiero imaginar cómo te vas a poner el día que te enteres de que vas a ser padre!

—Es cierto que con mis otros sobrinos también lo disfruté —le dijo Alex a Edward—, pero con el embarazo de Lorraine estábamos todos tan asustados...

—Te entiendo, hermano, no hace falta que te justifiques.

—Además, todos sabemos cuán unidos están ustedes —añadió Jeffrey—. La época de los celos ya se nos pasó. No somos críos.

—¡Desde luego que no sois críos, está a punto de llegar mi tercer nieto!

—O nieta, papá.

—¡Vení acá, chiquitina mía, no puedo creerlo! —Joseph también estaba muy emocionado.

Todos querían felicitar a Amanda, pero como Alex no acababa de soltarla, se abalanzaron a abrazar a Chad, que esa noche también estaba muy conmovido. La noche se convirtió en un gran festejo en casa de los Masslow. No era extraño: la familia se agrandaba y la niña mimada de todos se iba a convertir en madre.

Por la mañana, Alex se levantó muy temprano. La noche anterior le había dicho a Paula que quería retomar su actividad física y que saldría a correr antes de ir a la empresa; así que se calzó las zapatillas deportivas, se puso un chándal y, mientras ella se quedaba remoloneando en la cama, se fue a trotar.

Pero, en realidad, su verdadera intención era otra. Lo de salir a correr sólo había servido de excusa para Paula, porque él todavía tenía algo pendiente con Gabriel Iturbe y pensaba acabar de una buena vez con el asunto. Se dirigió hacia Broome Street, donde esperó al acecho la oportunidad de que alguien entrase en el edificio de Gabriel y, finalmente, logró colarse en él.

—Hola, Samo, ¿cómo le va? —Había averiguado el nombre del portero y lo llamó por su nombre para que pensara que se trataba de alguien conocido y no lo detuviera. Aun así, intentó ocultar su cara. Subió hasta el ático, golpeó con decisión y, en cuanto se abrió la puerta del apartamento, se encontró con él. Entonces, sin mediar palabra, le encajó un puñetazo que cogió a Gabriel por sorpresa y lo hizo trastabillar.

—¡Hijo de perra! ¡No te acerques más a mi mujer! —le espetó furioso.

—Paula aún no es tu mujer —le contestó Gabriel—. Además, si la quisieras tanto como decís, la hubieras cuidado mucho más; ¡casi la mata una de tus putas!

Gabriel se envalentonó y le lanzó un guantazo que Alex supo esquivar muy bien, porque practicaba artes marciales y era muy diestro. ¡Cómo se atrevía a juzgar lo que él sentía por Paula!

Alexander respondió lanzándole otro puñetazo que le dio de lleno en la mandíbula y le cortó el labio: estaba furioso. Gaby cayó al suelo y Alex, irascible y totalmente fuera de sí, se abalanzó sobre él y lo cogió por el cuello.

—¡No te metas más en nuestras vidas! ¡No sabés una mierda de mí como para juzgarme de esa forma! ¿Quién te creés que sos para decirle a Paula las cosas que le dijiste? ¡Olvidate de que ella existe! ¿Me oíste? ¡Olvidate de mi mujer, porque Paula es mi mujer y muy pronto será mi esposa! No quiero volver a enterarme de que te acercás a ella. Si querés conservar tu salud, ni pienses en ella, porque la próxima vez no te voy a romper la boca, te voy a romper cada uno de tus huesos —le gritó furibundo.

Gabriel le atizó un puñetazo en el pómulo desde el suelo y esta vez sí acertó, pero Alex le encajó otro en la nariz que le hizo brotar la sangre y lo dejó casi sin sentido por el dolor. Luego lo soltó, dejándolo tirado allí, y se escurrió por la escalera.

Salió del edificio y corrió hasta el Washington Square Park. Necesitaba serenarse, así que dio una vuelta al parque trotando y después paró un rato, para surtir de aire sus pulmones. Se compró un refresco en uno de los puestos que había por la zona y decidió regresar a casa.

En el ascensor, se dio cuenta de que tenía la camiseta salpicada de sangre, así que cuando entró en el vestíbulo del apartamento de la calle Greene, se la quitó y la enrolló en su mano. Paula ya estaba a punto de preparar el desayuno para ir luego a la empresa. Alex entró, se le acercó, la abrazó y le dio un profundo beso; luego se fue a duchar. En el baño, se miró al espejo, pero no tenía rastros en su cara del puñetazo; mejor así, así no tenía que explicarle nada a Paula.

Capítulo 15



R*ACHEL* estaba recostada en su fría celda del Metropolitan Correctional Center de Nueva York, junto a la plaza Foley y cerca del Palacio de Justicia Federal de Manhattan. El tamaño de la habitación era más pequeño que el del vestidor de su apartamento de Park Avenue South. Las paredes eran de bloques de cemento y el suelo de linóleo. Una litera, un retrete, un armario diminuto y un lóbrego escritorio conformaban todo el mobiliario del calabozo. Allí, los días y las noches parecían no tener fin. Se sentía sofocada en esas diminutas dimensiones; la soledad abrumadora le pesaba como nunca.

El caro abogado que pagaba su padre había conseguido que no tuviese que compartir celda con nadie durante su estancia en el correccional, a la espera del juicio. Y, aunque no había sido tarea fácil, gracias a que no tenía antecedentes penales, pudo lograr ciertos privilegios.

Rachel repasaba en su mente, una y otra vez, la noche vivida con Alex en el apartamento de la calle Greene. Le bastaba con cerrar los ojos para poder sentir el peso de su cuerpo sobre el suyo, mientras se movía dentro de sus entrañas llenándola con su sexo. Pensar en eso la sosegaba; si aspiraba con fuerza hasta creía oler su perfume. Se obligaba a recordar, porque no quería que esos momentos se borrasen de su mente. Y tejía un reencuentro imaginario con él, que

pudiera disipar todos sus pesares. Se imaginaba con Alexander en su casa de la playa, tendidos en la arena haciendo el amor, mientras solucionaban todos los malentendidos que, desde su punto de vista, los habían separado.

Pero hacía días que su talante presentaba algunos cambios: estaba distante, retraída, casi no hablaba, parecía no interesarse por mantener contacto con el mundo exterior. Durante las últimas visitas, cuando sus padres habían ido a verla, les habló muy poco y, a ratos, se los quedaba mirando con los ojos vacíos. Ya no les suplicaba que la sacaran de allí ni hacía uso de las llamadas que tenía permitido hacer. Bob y Serena Evans estaban convencidos de que Rachel se había sumido en una profunda depresión y se les partía el alma viéndola así, arruinada y acabada, pues eran muy conscientes de que no encontrarían la forma de poder liberarla. Por otra parte, su comunicación no sólo había menguado con sus padres, sino que Rachel también había dejado de lado la fluida relación con su abogado, con quien —en un primer momento y debido a su conocimiento de leyes— había intentado trazar una línea clara de defensa que la favoreciera ante las elocuentes pruebas que la incriminaban de manera tangente e irrevocable.

Estaba ojerosa y demacrada; no quedaba ni la sombra de aquella mujer altiva y elegante, que sólo vestía marcas de diseño y miraba a todos por encima del hombro.

Ninguno de sus amigos ni amigas habían ido a visitarla, nadie parecía acordarse de la exitosa abogada que había caído en desgracia, aunque antes siempre destacara en su círculo social.

Ese día tenía visita con su abogado. Él llegó, enseñó su pase de seguridad, que lo identificaba para el ingreso, y dejó su móvil, el localizador, la billetera y demás objetos prohibidos en un armario del vestíbulo. Después caminó hacia la sala de visitas y ordenó sus papeles. Entretanto, llegó Rachel, escoltada por un guardia, y se sentó sin mirarlo. Stephen la saludó, pero ella no emitió gesto alguno: su postura era rígida y no demostraba ningún interés en la presencia del abogado, que la visitaba para informarle de las últimas

novedades sobre su causa. De pronto, levantó la vista hacia la silla de al lado, que estaba vacía, y dijo:

—Hola, Alex, has venido a verme, mi amor.

Su tono era dulzón; en sus ojos se veía cierta emoción y en sus labios se esbozó una sonrisa. El abogado la contempló unos instantes sin entender.

—Rachel, soy Stephen —le habló.

—Hola, Stephen, gracias por conseguir que Alex pudiese entrar. —Ella hablaba sin mirarlo, como si se dirigiera a alguien que estaba sentado a su lado—. Yo también te he echado de menos, mi amor. Sabía que no ibas a dejarme aquí sola. Llévame contigo, Alex. —Rachel se estiró como para tocar a alguien.

—Rachel, ¿te encuentras bien? —le preguntó el abogado mientras cogía su mano.

—Mejor que nunca, con Alex aquí todo es perfecto.

De pronto, giró la cabeza hacia la izquierda y miró con furia hacia el final de la sala. Se puso en pie con fiereza y comenzó a gritar.

—¡¿Qué hace ella aquí?! ¡Ella me robó a Alex, ella es la única culpable de que Alex me abandonara! ¡¿Cómo ha conseguido entrar?! ¿Por qué, Alex? —Volvió a dirigirse hacia la mesa—. ¿Por qué la has traído contigo?

Caminó con decisión hacia la pared del fondo y empezó a pegar puñetazos al muro de cemento, mientras insultaba y golpeaba; sus nudillos comenzaron a ensangrentarse.

—Tranquila, Rachel, te estás haciendo daño.

El letrado intentó calmarla; se aproximó a ella y probó a sostenerla, pero Rachel parecía tener más fuerza que él. El carcelero que estaba en la puerta se percató de que algo no iba bien allí dentro. Stephen comenzó a llamarlo sin parar para que lo ayudase, cuando ella empezó a tirar sillas contra la pared.

—¡Guardia! ¡Guardia!

—¡Perra! ¡Vete a tu país, sal de nuestras vidas, déjanos en paz! Nadie me va a robar a Alex, ¡él es mío, él me ama!

Rachel seguía gritando y arrojando cosas contra la pared. El oficial pidió refuerzos y, con la ayuda del abogado, intentó controlarla, pero ella estaba muy violenta y no había forma de detenerla. Llegaron más carceleros y, entre todos, la sacaron del recinto y la llevaron a la enfermería del correccional, donde el médico de turno le aplicó un sedante. La inmovilizaron hasta que el medicamento surtió efecto en su organismo; luego, el facultativo salió a informar a su representante legal de lo que estaba ocurriendo.

Stephen Wells resolvió y actuó con prontitud, y en menos de dos horas había conseguido su traslado. Bob y Serena Evans esperaban a su hija en el hospital adonde la habían derivado.

Ajenos a su suerte, en el apartamento de la calle Greene, todo estaba listo para la cena. Paula estaba entusiasmada porque iban a comer todos los hermanos de Alex con sus parejas y también Liliam, Jacob, Mikel y María Pía, que estaba en el país.

Aunque Alex había insistido hasta la saciedad en pedir comida preparada, Paula se había tomado el día libre para cocinar ella y agasajar a sus invitados.

Estaban ya todos en la casa y, de fondo, amenizaba el ambiente una selección de temas que Alex había elegido de Maroon5 y de Usher.

—Me encanta verte haciendo de ama de casa, mientras atendés a nuestros amigos y familiares; te queda muy bien ese papel —le dijo él al tiempo que destapaba unos vinos en la isla de la cocina—. Este apartamento nunca estuvo tan animado.

—Considerando que estamos a dos meses de la boda, debo ir ejercitándome, porque quiero que esta situación se repita muy seguido. —Se dieron un beso.

—¿Te ayudo, Paula?

—Gracias, Amanda, todo está bajo control. Hoy sos nuestra invitada.

Su cuñada insistió y le echó una mano llevando las tapas que Paula había preparado.

—Les sienta muy bien el papel de anfitriones, hermanito. Esta faceta nueva de tu vida definitivamente te pega mucho. —Alex le guiñó un ojo a su hermana. Estaban terminando de cenar.

—Cuñada, debo reconocer que mi hermano tuvo suerte, tenés muy buena mano en la cocina. Sabía todo exquisito, pero esa carne al horno a la mostaza con verduras, humm, estaba para chuparse los dedos.

—Gracias, Edward.

—Pasame la receta, Paula.

—Por supuesto, Lorraine, después te la anoto.

—Y que esta cena se repita —añadió Jeffrey—. ¿Podrás creer, Paula, que hace más de dos años que este incivilizado vivía aquí y nunca nos había invitado? —Paula le dio un casto beso en los labios, mientras le acariciaba la mejilla.

—Sobre eso estábamos hablando hace un rato en la cocina —agregó ella mirando a los ojos a su hombre—. Nos encanta teneros aquí.

Alex asintió mientras terminaba lo que quedaba en su plato. Después él se levantó para descorchar varias botellas de La Grande Dame para acompañar el tiramisú que Paula estaba sirviendo. De repente, su móvil comenzó a sonar y él dejó su cometido para atender la llamada. Paula notó en seguida que algo no iba bien, porque Alex se alejó y se metió en el estudio para continuar hablando. Ella, desde la cocina, no apartó los ojos de él ni un instante. Alex parecía discutir con alguien, aunque su rostro estaba angustiado; se cogía la cabeza con la mano. Sin embargo, ninguno de los allí presentes se había percatado. Paula miró hacia donde estaban sus amigos y familiares y todos conversaban sin prestarles mayor atención. En el preciso instante en que Alex levantó la vista y se dio cuenta de que ella lo observaba, Paula corroboró que algo, efectivamente, no iba bien. Su hombre se había quedado helado cuando la había descubierto, así que, sin pensarlo, tiró la servilleta

sobre la encimera y caminó con decisión hacia el estudio, abrió la puerta corredera y lo que alcanzó a oír fue suficiente.

—Sí, ya se ha dado cuenta; ahí viene, Jason, llámame en un rato.

Paula escuchó el nombre del abogado y se quedó de piedra. Alex cortó la comunicación y esbozó una deslucida sonrisa, atrapó a Paula entre sus brazos y la apretó con fuerza.

—¿Qué pasa, Alex? No me mientas, sé que algo no marcha bien... Sobre todo por la hora que es. ¿Para qué te llamó el abogado?

—Tranquila, mi amor.

Paula se separó de él y le cogió el rostro entre las manos; lo miró a los ojos, allí donde sabía que podía encontrar la respuesta si él le mentía.

—La verdad, quiero la verdad. —Sus iris azules palidecieron, luego los cerró.

—Rachel tuvo un brote psicótico y está internada en el Columbia Psychiatry.

—¿Qué significa eso? ¿La van a sacar de la cárcel?

—No nos apresuremos. Todavía tienen que probar que su estado mental no es bueno y Jason no se quedará con los brazos cruzados.

Paula había comenzado a temblar como una hoja y sus lágrimas brotaban sin contención.

—Por favor, Alex, por favor.

—Tranquila, mi amor, estoy acá con vos.

La tenía aferrada por la cintura y la aprisionaba con fuerza contra su pecho; intentaba infundirle confianza, aunque él estaba tan asustado como ella.

—Lo sé, pero tengo miedo. No quiero sentirme así, pero no puedo evitarlo.

Alex la sacó de ahí y la llevó hacia la habitación sin dejar de abrazarla. Amanda y Jeffrey notaron que algo no iba bien y se hicieron señas. Sin pensarlo, la melliza de Alex se levantó para averiguar qué pasaba. Golpeó la puerta de la habitación.

—¿Está todo bien?

—Entrá, Amanda —le pidió Alex y, cuando ella estuvo dentro, la puso al corriente. Paula no dejaba de temblar—. ¿Querés que llame al doctor Kessel?

—No, Alex, no quiero hablar con él, sólo quiero estar entre tus brazos... y huir de todo mal.

El móvil de Alex volvió a sonar.

—Dejame atender, Paula, puede ser importante. Amanda, quedate con ella.

De hecho, quien de nuevo lo llamaba era Jason Parker. Salió de la habitación y, a esas alturas, todos se habían dado cuenta de que algo extraño estaba ocurriendo. Jeffrey y Edward se situaron a su lado mientras Alex, desencajado, no paraba de hablar y de pegar puñetazos sobre la mesa. Estaba muy nervioso y el abogado sólo le hablaba en términos técnicos que no le satisfacían.

—Jason, no me vengas con toda esa palabrería barata. No intentes que parezca algo menos grave de lo que en verdad es: eso no funciona conmigo.

—No seas drástico, Alexander. Presentaremos una moción que desestime todo lo que quieran probar.

—No me interesa lo que vayas a presentar; sólo quiero saber si dará resultado, ¡porcentajes, Jason!, ¡lo mío son los números!

—Tenemos al fiscal de nuestro lado; mañana mismo, ordenará pericias psicológicas y ya está trabajando sobre las cintas de las cámaras donde quedó registrado el incidente.

—¿Y... esas grabaciones son buenas o malas para nosotros?

—Me temo que no son todo lo buenas que quisiéramos.

—¡Mierda! Estoy esperando que me des el porcentaje de posibilidades que tenemos de revertir esta situación. —Alex volvió a acorralar al abogado.

—Ínfimo, no quiero mentirte.

—¿Te estoy pagando una fortuna para que me digas que esa perra no volverá a la cárcel?

—Alexander, si ella realmente está loca, a los abogados les va a ser muy fácil demostrarlo. De todas maneras, habrá que esperar. Te

estoy explicando todo esto antes de tiempo para poneros sobre aviso, para que estéis preparados. Es mi obligación hacerlo, pero aún habrá que aguardar las valoraciones de los peritos del fiscal. De ser necesario, también aportaremos los nuestros, debemos ser cautos y aguardar su evolución. Puede haber presentado desvaríos mentales pasajeros que bien podrían revertirse con una medicación determinada. Quizá sólo se trate de un desequilibrio emocional debido al encierro y eso no afecte a su poder de entendimiento como para que un juez pueda llevarla a juicio. Sin embargo, te vuelvo a repetir, esto que ha ocurrido la beneficia porque da argumentos a su abogado para aducir que en el momento del ataque ella no estaba en pleno uso de sus facultades mentales. Ahí es donde nosotros debemos darle la vuelta a la jugada y demostrar que sí lo estaba y que hasta lo había planeado.

—Más te vale que lo logres. —Sonó como se oyó, como una dura advertencia. Alex estaba desencajado y repleto de ira e impotencia.

—Que no te quepa la menor duda de que intentaré utilizar todos los recursos legales que estén a mi alcance; emplearé hasta la última artimaña que exista en jurisprudencia. Por lo pronto, mañana temprano presentaré un recurso donde estipule que la institución psiquiátrica debe tratarla como una paciente de máxima peligrosidad y que deben mantenerla aislada con seguridad extrema.

—Su padre es médico, le será muy fácil conseguir beneficios de sus colegas.

—Pero también debe cumplir la ley y, si no lo hace o pretende utilizar su buen nombre para que sus colegas se la salten, terminarán todos entre rejas, porque los perseguiré y haré que el peso de la ley caiga sobre todos los implicados. ¿Quieres que hable con Paula?

—No, Jason, ahora no atiende a razones, está muy asustada.

—No es para menos. Buenas noches, Alex, te mantendré informado.

—Por favor.

—¡Maldita zorra loca, vas a acabar volviéndonos locos a todos! —gritó mientras tiraba su iPhone sobre la mesa.

Tras el estupor del primer momento, Paula se había tranquilizado y había decidido que quería hacer frente a la situación. Entendía que, pasara lo que pasase, no podía rendirse, porque el miedo la anulaba. Dejarse vencer por la histeria no la dejaba pensar con claridad, la paralizaba y ella no era así, siempre había afrontado los problemas; no iba a cambiar entonces.

Se sentaron en el salón, para que María Pía y Jeffrey les explicaran la situación legal de Rachel frente a los acontecimientos que estaban ocurriendo y que Alex les había expuesto. Todos bebían el café que Alison había preparado, salvo Paula, que estaba tomándose una tila.

Había hecho un mes de tratamiento y la habían sometido a diferentes evaluaciones psiquiátricas. Ese día, se había dispuesto una nueva revisión de la salud mental de Rachel Evans, solicitada por el juez, para decidir su curso legal.

Una psiquiatra del sistema médico correccional junto con otros profesionales que representaban a ambas partes, acusado y demandante, habían diagnosticado a Rachel y su resultado era devastador, claro e irrefutable: tenía esquizofrenia de tipo catatónico, paranoide no residual y un trastorno bipolar importante.

El criterio para el diagnóstico de este tipo incluía: la poca reacción a los estímulos y el mutismo presentado en ciertas ocasiones; la inmovilidad que implicaba la resistencia a ser físicamente trasladada; las formas extravagantes, bizarras y de exaltación que se le habían manifestado durante el brote; y la desconfianza, delirios y alucinaciones que seguía manifestando aún medicada. Entre los síntomas evidenciados, presentaba ansiedad, enfado y violencia ocasional, sin motivo aparente, contra el personal que la atendía y a quien confundía a veces con otras personas. Sospechaba continuamente y manifestaba ideas extrañas y falsas. Demostraba, además, falta de contacto con la realidad, pues se

quejaba de que los médicos intentaban leerle el pensamiento para conchabarse contra ella; o decía que, por las noches, la vigilaban en secreto y urdían un plan, junto a Paula, para matarla. Por último, manifestaba que los enfermeros la amenazaban para someterla. Todo era producto de su imaginación perturbada.

Jason Parker había decidido transmitirles el veredicto del juez personalmente. Tras la audiencia, se trasladó a Mindland y fue recibido por todos los Masslow y por Paula en la sala de juntas. Alison y Chad también los acompañaron.

El letrado fue lapidario y categórico a la hora de informarles de la decisión tomada con Rachel, basada en los informes médicos. Había sido declarada mentalmente insana y no iba a ser sometida a juicio, pues la conclusión era que el estado actual era idéntico al que presentaba en el momento del ataque contra Paula. Por consiguiente, quedaba en libertad aunque la obligaban a cumplir un tratamiento psiquiátrico que incluyera informes periódicos a los médicos judiciales. Por último, también quedaba expresamente asentado que Rachel debía permanecer confinada en un centro mental de máxima seguridad para continuar el tratamiento.

—Pero, si se mejora, ¿saldrá de ahí? —preguntó Paula con un hilo de voz y Alex le cogió la mano con fuerza.

—Lo siento, Paula, es muy probable, no quiero mentirte, pero ten en cuenta que los médicos también han sido categóricos al decir que su estado mental es prácticamente irrecuperable.

Ella asintió con la cabeza. Alison, que estaba sentada a su lado, le acarició la espalda. Joseph, de pie junto al ventanal, miraba hacia afuera con las manos en los bolsillos. Pensaba en los sobresaltos que amenazarían siempre la paz en la vida de su hijo y su nuera, pero también tuvo un recuerdo para su amigo y se apenó por él, desde el lugar de padre. Su familia había quedado destrozada.

—Paula, de todas maneras y llegado el caso, un juez tendrá que dictaminar su salida del establecimiento y seremos pertinentemente informados, ¿verdad, Jason? —intervino su cuñado.

—Así es, Jeffrey.

Alex había permanecido en silencio, impávido y con la mandíbula apretada. Pegó un grito que retumbó en la sala, se levantó furioso tirando la silla y le dio una patada a una papelera. Después cogió la silla volcada y la arrojó incrustándola sobre la puerta vidriada que se hizo añicos. Todos saltaron de sus asientos, atónitos ante la intempestiva reacción de Alex. Paula se angustió, tembló, pero en vez de abandonarse a la desesperación, reunió fuerzas y se abrazó a la espalda de Alexander. Él se dio la vuelta y la abrazó, las lágrimas empezaron a brotar incontenibles, y la separó para mirarla a los ojos.

—Perdoname, mi amor, te fallé. Te prometí que no iba a dejar que saliera y no pude cumplirlo.

—Chis, no permitamos que esto paralice nuestras vidas. Anoche lo hablamos, Alex; sabíamos que podía pasar algo así.

Ella le cogió con dulzura el rostro angustiado y lo acunó entre sus manos.

—Tenemos planes, mi amor, pensemos en ello. Quizá no tuvo el castigo que pretendíamos, pero tampoco lo está pasando bien: su mente está perdida.

—Lo sé, pero tenía esperanzas de que ocurriera un milagro. ¡Sos tan buena persona!

—No es verdad, no entiendo mucho lo que está pasando, pero debemos continuar con nuestras vidas y aceptar las cosas como son. Siempre me dices, que no debo permitir que el miedo me obnubile y ahora estás dejándote llevar vos.

—No es justo, Paula, que vivamos todo el tiempo con miedo.

Joseph se acercó y acarició la espalda de su hijo para tranquilizarlo.

—Ya has escuchado a tu hermano y también al doctor Parker. En caso de que se presente una modificación, nos avisarán. —Alex levantó la vista y, sin soltar del todo a Paula, miró a Parker.

—Necesito esa tranquilidad, Jason.

—Calma, Alex, nos notificarán cualquier cambio en la situación. Y, si no lo hacen, patearemos muchos traseros.

—No quiero patear el trasero de nadie, Parker —le dijo en un tono nada amistoso—. Sólo quiero tener la seguridad de que me enteraré en seguida. Quiero tener la certeza de estar siempre un paso por delante de este sistema de mierda.

—Tranquilo, mi amor, el abogado dice que así será.

—Parker me ha dicho muchas cosas que, al final, no se han cumplido.

—Alex... Jason ha hecho su trabajo de manera impecable, no seas injusto —intervino Jeffrey—. Con el giro que ha dado la salud de Rachel, era poco lo que podía hacerse.

—Tranquilo, entiendo el estado emocional de Alexander —le explicó el letrado, evitando un enfrentamiento entre ambos hermanos—, y también entiendo que él, en su profesión, se maneja con cifras exactas —se justificó sin dejar de mirarlo—. Esto también es exacto, el Estado debe notificar a los damnificados cualquier cambio.

—Eso espero. —Volvió su vista a Alison—. Liquídale los honorarios al abogado —le indicó a su secretaria—; Paula y yo nos vamos.

Cogió a Paula de la mano y fueron a que recoger sus cosas en sus respectivas oficinas.

Se metieron en el Competizione de Alex y él condujo por Madison Avenue, buscó aparcamiento y la llevó hasta el interior de la catedral de San Patricio. Paula estaba extrañada, pero él estaba tan acongojado que no se atrevió a preguntarle y se limitó a seguirlo.

—Sabés que no soy un creyente ferviente, sólo practico lo justo y necesario, pero después de que esa bala se hundiera en tu cuerpo, empecé a creer que las manos de Dios habían guiado a las de los médicos para que hoy yo pudiera estar acá diciéndote todo esto.

—Tranquilizate, Alex.

—No puedo. Estoy asustado y me duele sentirme así, porque sé que debo ser tu sostén; pero la angustia se ha apoderado de mí. Te

traje hasta aquí porque creo que es oportuno pedirle a Dios que bendiga nuestro amor.

Se sentaron en uno de los bancos del frente y Paula acarició a Alex.

—Todo irá bien, porque nuestro amor es muy grande.

—Lamento haberte fallado.

—No me fallaste, Alex; a veces las cosas pasan porque sí, y se nos hace difícil encontrarle una explicación lógica. Lo aprendí con la muerte de mi papá. Mi amor, Dios nos puso a prueba con lo que nos está pasando para unirnos más.

Él asintió con la cabeza y cerró los ojos, mientras ella seguía sosteniéndole la cara; ladeó el rostro y le besó la mano. Emitió un suspiro y sacó una caja de joyería del bolsillo de su americana.

—Deseo reafirmar mi promesa de pedirte matrimonio, creo que es un día especial para hacerlo, porque hoy, más que nunca, quiero que sepas que defenderé nuestro amor con mi vida.

—Mi amor, nunca imaginé que llegaría a vivir momentos como éste. Cosas así son las que hacen que el resto se vuelva insignificante; no sabía que se podía amar tanto a alguien. —Él abrió el estuche, sacó el anillo y cogió su mano.

—Sólo deseo convertirte en mi esposa.

—Sólo deseo serlo.

—En tus brazos... y huir de todo mal. —Alex leyó la inscripción que había hecho grabar en la sortija, se la puso en el dedo y la besó.

El anillo era más impresionante que el anterior. Se trataba de un auténtico Harry Winston, con un diamante central en corte esmeralda, flanqueado a cada lado por unos más pequeños del mismo formato y contenidos por una hermosa banda de platino, también adornada con diminutas gemas. Paula se quedó extasiada mirando la exclusiva pieza de joyería que Alex había colocado en su dedo.

—¿Te gusta?

—Me fascina, me gusta incluso más que el anterior.

—¡Qué suerte, porque me costó mucho decidirme! El otro tenía un valor emocional diferente; estuve tentado de comprarte el mismo, pero nos hubiera traído malos recuerdos, así que opté por uno distinto, para que su historia también se diferenciase.

Capítulo 16



F*ALTABA* poco más de un mes para la boda y ambos intentaban continuar con sus vidas y, aunque las pesadillas nocturnas de Paula habían regresado, no eran tan habituales.

Durante el día, estaban abocados al trabajo y a las entrevistas para concretar los últimos detalles de la fiesta.

La relación entre ellos era perfecta: cada día se entendían mejor, el amor crecía y la pasión parecía no poder ni querer apagarse.

Aunque eran inseparables, cada uno se responsabilizaba de sus obligaciones laborales. Se acercaba la inminente inauguración de Mindland en Francia y eso significaba que Paula debía ausentarse del país. Si bien, en cierto momento, pensaron en hacer ese viaje juntos, los compromisos de Alex en la empresa lo impidieron.

Paula y Alex estaban abrazados en la penumbra, iluminados sólo por las luces que se colaban por los ventanales de la habitación.

Al día siguiente, ella viajaba a París, aunque no lo haría sola; se iba con Bárbara y con su madre, que volaría hasta la Ciudad de las Luces directamente desde Buenos Aires.

La actividad laboral de Paula le iba a impedir estar en Nueva York el día en que tenía pactada la entrevista con los diseñadores que confeccionarían su vestido de boda. Dado que ya casi no quedaba tiempo para nada, Paula decidió comprar su vestido en París.

Resolvería allí todo lo que le había quedado pendiente, sin cambiar siquiera de firma, puesto que también tenían una sede allí. De paso, aprovecharía para elegir el resto del ajuar. Le hubiese encantado que Mariana y Amanda la acompañaran, pero sus sobrinos habían pillado la varicela y su cuñada no podía dejarlos solos. Amanda, por su parte, tenía un congreso en Vancouver donde le habían propuesto ser una de las principales oradoras.

—Hum, voy a extrañarte; sabés que no puedo estar mucho tiempo sin tu cuerpo.

—Serán pocos días. —Él la apretaba contra su pecho.

—Sos mi medicina, Paula, cuando me pierdo en vos, se disipa todo mal.

—¡Decime que me amás! Me encanta cerrar los ojos y que me lo digas de cerca y sentir las cosquillas de tu aliento.

—Te amo, mi amor.

Se perdieron entre besos y caricias y se amaron interminablemente. Alex entró una y otra vez en ella, devorando su cuerpo, sintiéndose dueño absoluto de cada una de sus sensaciones. Paula sabía que sólo ella podía hacerlo vibrar así. Alcanzaron el éxtasis, lograron el encantamiento mágico y la unión perfecta. En pleno orgasmo, sus sentimientos se volvían profundos y únicos; el fuego los abrasaba y los transformaba, durante unos instantes, en un solo ser. Aquella noche, hicieron el amor dos veces, a modo de despedida, porque necesitaban que esas caricias quedaran grabadas en sus cuerpos durante unos cuantos días.

El jueves, Alex tenía una reunión muy importante a la hora en que partía el vuelo, así que no pudo acompañarlas al aeropuerto. En su lugar, fue su padre que, para entonces, ya estaba casi por completo alejado de la empresa.

—¡A punto de embarcar, mi vida! ¡Te amo!

Alex recibió un whatsapp de Paula, se disculpó unos minutos y salió de la sala de juntas para llamarla.

—Nena, no vas a irte sin oír mi voz. ¡Te amo, preciosa! —le dijo él en cuanto ella atendió.

—¡Yo también! —le respondió ella. Bárbara también se acercó al teléfono.

—Adiós, hijo, la cuidaré muy bien. —Paula puso el iPhone en la oreja de su futura suegra.

—Besos, mami, disfruten mucho. Me encanta que te vayas con Paula.

—¡Qué hijo tan celoso tengo!

—No es por eso, confío plenamente en mi mujer. Lo digo porque me encanta lo bien que se llevan ustedes dos; eso me hace enormemente feliz.

—Lo sé, era un chiste, Alex. A mí también me colma el alma la relación que tengo con esta preciosidad. —Le acarició el carrillo a Paula—. Te la paso para que puedan hablar unos minutos más.

Siguieron despidiéndose, diciéndose bobadas y enviándose besos hasta que Alex consideró que debía regresar a la reunión. Además, habían vuelto a llamar a los pasajeros del vuelo por megafonía.

El sábado fue la inauguración de Mindland. Se abrían las tres tiendas parisinas a la vez, pero la ceremonia central y más rimbombante se llevaba a cabo en el local de Saint-Honoré.

Luc Renau y Paula se habían conocido por videoconferencia, así que en cuanto entraron en el local el empresario y ella se saludaron.

—Señorita Bianchi, es un placer; por fin, podemos conocernos en persona.

—Lo mismo digo, Luc; aunque, si mal no recuerdo, nos tuteábamos. ¿No quedamos así en nuestro último contacto vía Skype?

—Cierto, Paula, tienes razón.

—Te presento a la señora Bárbara Masslow, mi futura suegra y la madre de Alexander.

—Un placer, madame. —El francés cogió su mano y se la estrechó con muchísima caballerosidad.

—Y ella es mi madre, Luc.

—Julia Terranova, encantada. —July le extendió su mano mientras se presentaba.

—Bienvenidas a París, espero que disfrutéis de la ciudad.

—Sin duda, así lo haremos —contestó Julia con vehemencia—. Además de la inauguración de Mindland, hemos venido a buscar el vestido de novia de Paula.

—Por cierto, Paula, nos llegó la invitación a la boda. Muchas gracias por tenernos en cuenta a Chloé y a mí para compartir ese momento.

—Esperamos que podáis venir.

—Es muy posible que vaya, esta semana te lo confirmaré; sin embargo, la que lo tiene un poco complicado con la fecha es mi hija. —Paula respiró aliviada al oír eso, pues habían hecho la invitación sólo por cumplir con el protocolo. Aunque tanto Alex como ella esperaban que Chloé no tuviera la desfachatez de asistir—. Ocupémonos ahora del negocio, Paula, quiero presentarte a los empresarios que han venido. Hay algunos amigos inversores que estarían interesados en abrir filiales de Mindland en España, en concreto en Madrid.

—¡Oh, por supuesto, Luc! Cuidemos el negocio, quizá el domingo podrías invitarnos a almorzar y mostrarnos un poco la ciudad, si no estás ocupado.

—Será un placer pasearme por París con estas tres bellas damas. Despreocupaos, yo me encargo de todo, os sorprenderé —dijo el francés mientras fijaba sus ojos en July. Luego se alejó con Paula.

—Amiga, el francés te acaba de echar el ojo —le susurró Bárbara a Julia en cuanto se quedaron solas.

—¡Bárbara, estoy un poco mayorcita para eso!

—¡Para el amor no hay edad, July! Acordate de lo que te contó Paula en el hotel: él también es viudo, y encima es muy buen partido, ¿o me vas a decir que no es atractivo?

—Dios, me muero de vergüenza, Bárbara, ¡estoy acá con mi hija! Además, ya te conté que, después de enviudar, no volví nunca a

estar con otro hombre.

—¡Porque estás loca, mujer! Con lo atractiva que sos, te consagraste al celibato. Por otro lado, estoy segura de que tu hija nos habló del estado civil de Renau con doble intención. Tenemos que revertir tu situación, July, debemos encontrarte un buen compañero.

—Ni lo sueñes, no estoy en subasta —afirmó Bárbara clamando al cielo.

Casi al final del evento...

—Paula, ahí llega Chloé. —Luc le hizo señas para que los localizara y se acercara. Pero no venía sola, estaba entrando de la mano de un hombre. Paula le hizo una rápida radiografía a la francesa; tenía una figura escultural y aparentaba ser una auténtica devoradora de hombres, tal como la había imaginado.

—Hola, papá, he venido directamente desde el aeropuerto, así que espero no tener muy mal aspecto. Por suerte, Damien fue a buscarme; si no, no hubiese podido llegar a tiempo.

Su padre la cobijó en su abrazo y le dio un beso en la sien. Paula, al verla de cerca, sintió más rabia todavía. Su inmensa belleza le causó una punzada de ira y los celos se apoderaron por completo de ella al recordar lo sucedido en la suite de Alex, meses atrás.

—Hola, Damien —saludó Luc de forma cordial y con un abrazo.

—Supongo que tú debes de ser Paula, ¿no?

—Hola, Chloé, supones bien. —Le extendió la mano, pero la francesa se acercó y le dio un beso en cada mejilla.

—Te presento a Damien Duval, mi novio.

Paula se puso contenta al saber que ella no estaba sola, pero, de todas formas, la conversación fue un tanto incómoda.

—Julia Terranova, mi madre, y Bárbara Masslow, mi futura suegra.

Se saludaron con dos besos y Damien estrechó la mano de ambas.

—Vaya, has venido muy bien acompañada; veo que Alex te mandó con guardaespaldas.

—No, nada de eso —le replicó Bárbara, percatándose de la ironía en la voz de la francesa—. Mi hijo confía plenamente en esta belleza, están muy enamorados y no existen desconfianzas entre ellos.

Paula le sonrió con dulzura y su futura suegra le hizo una caricia en el mentón. Lo que Paula no sabía era que Amanda, cuando se había enterado de que su madre viajaría a París con ella, la había puesto sobre aviso de lo ocurrido meses atrás con Chloé. «¡Zorra, tomá, chupate esa!», pensó Bárbara satisfecha mientras le ofrecía una sonrisa de lo más falsa.

—Sucede que, aparte de venir por negocios, he decidido comprar mi vestido de novia. Bárbara y mi madre me acompañan porque deseo hacerlas partícipes de este momento tan importante para mí; por eso las he invitado.

Paula se aferró a la cintura de su futura suegra, que la abrazó cariñosamente, y se sintió feliz al demostrarle el vínculo que tenían.

Luc parecía no darse cuenta de la tirantez de la situación: ese hombre estaba tan contento con la inauguración y tan obnubilado con la madre de Paula que todo el resto había pasado a un segundo plano. Julia no terminaba de comprender muy bien el porqué de tan antipáticos comentarios; notaba la tensión en la voz de Paula, pero tampoco pudo prestar demasiada atención, pues la mirada constante y la conversación de Renau la tenían un tanto nerviosa.

Como quedaba poco rato para que la inauguración se acabara, Luc invitó a Damien, que era un abogado muy reconocido en París, a que lo acompañara, pues deseaba presentarle a algunas personas. Se excusaron brevemente y se alejaron, dejando a las mujeres solas. Chloé aprovechó entonces y, disculpándose frente a Julia y la madre de Alex, llevó a Paula a un rincón. Ella aceptó, aunque bastante incómoda.

—Te debo una disculpa. —Paula no le contestó, pero Chloé siguió hablando—: Me he portado como una verdadera zorra y, aunque no me creas, te aseguro que no soy así. Estaba muy mal anímicamente.

Damien me había abandonado, habíamos roto y, aunque Alex jamás me dio pie a que yo creyera que podíamos tener algo más... Yo estaba tan mal que vi en él a un hombre tan caballeroso y atractivo, para qué negarlo... —Su discurso era inconexo; las palabras le fallaban en la disculpa y parecía apenada—. ¡Qué puedo contarte que tú no sepas! Lo siento. Quiero decirte que me tomé libertades que no me correspondían y te pido perdón. Paula, sé que enviarte esa foto fue algo muy bajo, pero cuando lo hice estaba en pleno ataque de estupidez irracional. Me sentí rechazada, y por aquel entonces todo me salía mal; lo lamento, me siento muy avergonzada, sólo espero que puedas aceptar mis disculpas.

—Disculpas aceptadas —contestó Paula con sequedad.

—Quiero decirte, además, que Damien es la persona que amo. Lo que intenté con Alex fue una gran estupidez y debo reconocer que sólo lo probé porque quería darle su merecido a mi novio y demostrarle que yo podía olvidarlo. Él nos había visto juntos por casualidad y quise que pensara que... Bueno, mejor no te explico nada más porque tengo miedo de empañar más todo este embrollo. En realidad, Alex siempre se comportó de forma muy correcta conmigo; nuestro trato, por su parte, siempre fue muy profesional.

—Gracias por la aclaración, Chloé, aunque no hacía falta. En realidad, cuando Alex me lo explicó, todo me quedó más que claro, cristalino. Nuestro amor es muy grande y la confianza que nos tenemos es infinita.

—Me alegro mucho, Paula, y me quitas un gran peso de encima, porque cada vez que recordaba mi estupidez me sentía muy afligida. Estuve incluso tentada de llamarte, pero no quería seguir faltándote al respeto. Yo sabía que hubieras preferido que no estuviera aquí hoy, pero me fue imposible mantenerme alejada, pues mi padre está muy ilusionado en Mindland y me rogó que asistiera a la inauguración. —Paula cerró los ojos asintiendo—. Una cosa más y no te robo más tiempo: gracias por la deferencia en la invitación a la boda. Puedes estar tranquila, porque no iré; será mi padre quien vaya en representación de la empresa.

—Si lo deseas, puedes venir con tu pareja y no habrá problema. Tu actitud de hoy habla muy bien de ti y, además, tendremos que seguir haciendo negocios, así que estaría bien que fuéramos subsanando nuestras diferencias, en pro del trato comercial que nos confiere.

—Gracias, lo pensaré, pero no quiero que el día más feliz de tu vida te sientas incómoda con mi presencia. Espero que mientras estés en mi país lo pases muy bien y que encuentres un vestido muy especial para tu boda.

—Gracias, Chloé.

Tras la inauguración, todos se fueron a cenar, menos Chloé, que se disculpó poniendo como excusa su cansancio por el viaje.

A media manzana de Saint-Honoré, estaba la tienda de Pronovias donde Paula había elegido comprar su vestido. En la página de Internet de esa firma comercial, había visto algunos modelos que le encantaron y concertó una cita. Llegaron puntuales y la gerente las recibió a las tres. Paula pidió ver de inmediato los tres modelos que más le habían gustado y, cuando se los probó, no era capaz de decidirse. Bárbara y Julia estaban tan emocionadas viéndola vestida de novia, que no paraban de abrazarse y llorar, y tampoco eran muy objetivas. Finalmente, con la ayuda de la vendedora, y cuando su madre y su suegra se serenaron, logró tomar una decisión.

El domingo por la mañana, Paula alegó que le dolía la cabeza y que prefería no salir. Bárbara también se disculpó aduciendo que iba a aprovechar para visitar a una amiga que vivía en la ciudad, aunque la realidad era otra: ambas se habían confabulado para no ir a la comida con Renau, dado que el francés había expresado sus intenciones con claridad y había llamado a Paula por teléfono para decirle que no se lo tomase mal, pero que estaba interesado en su madre.

—¿Luc, me estás pidiendo permiso?

—No, Paula, sólo deseo ser sincero. Tu madre me gusta y me parece una mujer superinteresante. Sólo necesito su permiso para las intenciones que tengo, pero como tú y yo tenemos un trato comercial, no me gustaría que las cosas se mezclaran y, por eso, he preferido poner las cartas sobre la mesa.

—Pues adelante, Luc; mi madre es mayor de edad y ella decide sobre su vida.

—En ese caso, ¿podría pedirte que buscaras la forma de que viniera sólo ella a la comida del domingo? —Paula sonreía en silencio al otro lado de la línea telefónica.

—Veré qué puedo hacer, Luc, a veces hay que darle un empujoncito al destino. Te paso un dato útil: mi madre, por encima de todo, ama el buen humor de las personas. Dicho esto, te deseo suerte.

Julia no quería saber nada de ir sola a la comida.

—¡Mamá, no podemos dejarlo plantado! Andá vos, por favor, ¿qué tiene de malo? Yo prefiero quedarme acostada acá o el viaje de esta noche será un suplicio; no logré conciliar el sueño por la migraña.

Bárbara había quedado con una amiga y, como era su último día en París, no tenía posibilidad para arreglar otro encuentro.

Finalmente, Julia accedió y Luc Renau la pasó a buscar por el hotel para ir a almorzar.

—Espero no resultarte atrevido —le dijo el francés saliendo del restaurante—, pero considerando que esta noche os vais, me gustaría decirte que me encantaría que nos volviéramos a ver. Lo he pasado muy bien en tu compañía, Julia, tanto en la cena anterior como en esta comida.

—Gracias, Luc, yo también he disfrutado, pero, a nuestra edad, tu proposición suena un poco fuera de lugar.

—¿A nuestra edad? Perdón, Julia, pero creo que para los sentimientos no hay edad. Eres una mujer bellísima.

—Gracias —respondió ella y bajó la mirada, mientras paseaban por los jardines del Trocadéro, tras haber almorzado en la Torre Eiffel.

Luc sacó su móvil y le hizo una fotografía por sorpresa. Julia sonrió y posó para él con cierta timidez.

—Un pajarito me ha contado que para conseguir enamorarte tenía que hacerte reír, pero cada vez que te ríes, el que se enamora soy yo.

—¡Luc, qué vergüenza! ¿Acaso Paula...? —Él le guiñó un ojo, se aproximó a ella, la abrazó y la besó. Julia le siguió la corriente titubeando, pero era imposible ocultar que ese hombre la atraía.

—Lo siento, no pude contenerme. Quiero seguir viéndote, Julia, aunque, en realidad, me encantaría que prolongaras este viaje para que pudiéramos conocernos mejor.

—Debo regresar, pero tengo que confesarte que también me encantaría poder conocerte más profundamente.

—En ese caso, ¿por qué no dar rienda suelta a esta historia? —le dijo el francés y volvió a besarla.

—¡Me siento una quinceañera, Luc! Desde que enviudé no he estado con nadie y ya no recordaba cómo era sentirse así.

—Me ocurre lo mismo. Me quedé viudo hace tres años y, en todo este tiempo, ninguna mujer me ha provocado esta atracción que siento por ti.

El coche de alquiler que las iba a llevar al aeropuerto las aguardaba en la puerta del hotel. Las tres mujeres estaban en el vestíbulo.

—Tranquila, mamá, no te sientas mal por la decisión que acabás de tomar. ¿Sabés? Me hace muy feliz que hayas optado por quedarte unos días más.

—Debo confesarte que me da un poco de vergüenza, hija mía.

—¡Fuera esa vergüenza, mami! ¡Animate a ser feliz! Realmente te lo merecés. Quizá Luc no sea el indicado, o tal vez sí, pero si no lo intentás nunca lo sabrás. ¡Vamos! ¡Arriba ese ánimo! Te juro que me

voy pletórica dejándote acá, en París. —Le guiñó un ojo, la besó y después de despedirse, ella y Bárbara salieron del hotel rumbo al Charles de Gaulle.

Capítulo 17



NO se veían desde el día anterior, cuando ante una jueza y los familiares y amigos más íntimos habían celebrado la boda civil y la cena preboda en casa de los Masslow en Los Hamptons. Ese día, al terminar el evento, Paula se fue a dormir con sus amigas a casa de Amanda y Alex se quedó ahí, con el resto de su familia y los invitados especiales que habían llegado con antelación para los diferentes acontecimientos.

Ya no tenían que esperar más, el día tan soñado había llegado. Desde la mañana, Paula y sus damas de honor se instalaron en una de las suites del Plaza, al igual que Alex y sus padrinos. Tras prepararse durante todo el día para la gran boda, había llegado el momento de encontrarse. El único contacto que habían tenido durante esa jornada había sido telefónico, para contarse lo que estaban haciendo y dedicarse palabras amorosas; ambos estaban ansiosos por verse. Era la hora y ya estaban listos.

Antes de que su hija saliera de la habitación en busca de Alex, July se fundió en un abrazo con ella.

—Mi amor, sé que serás muy feliz. Te adoro.

—Te amo, mamá, en un rato nos encontraremos para las fotos. ¡No puedo creerlo, llegó el día! No quiero llorar, mami, así que mejor me voy ya.

El encuentro se llevó a cabo en una de las majestuosas escaleras de mármol del hotel, que había sido adornada con infinidad de flores blancas. Alex estaba de espaldas al final de la escalinata y Paula empezó a bajar con su traje y su ramo de novia para posar para las fotos y las cámaras de vídeo.

Parecía una princesa. Llevaba un vestido con una larga cola de organza de seda, de diez capas superpuestas, con un escote palabra de honor bordado con flores de tela y plumas, al igual que el bajo de la vaporosa y enorme falda. Su estrecha cintura estaba rodeada por un cinturón de cordellate íntegramente bordado con cristales y piedras preciosas. Llevaba el cabello semirrecogido, con ondas muy marcadas y una tira de piedras enredadas entre los amplios rizos.

Le temblaban las piernas, estaba muy nerviosa y, cuando lo vio parado ahí, de espaldas, creyó que se caería redonda en ese mismo instante. Alex se giró cuando el fotógrafo y el camarógrafo lo ordenaron y se quedó patitieso. No podía creer lo maravillosa que estaba Paula. Esperó a que llegase al final y, en ese instante, como si ambos hubieran escapado de un cuento de hadas, él le extendió su mano, se la besó y se fundieron en un abrazo.

—Mi amor, estás... hermosa. —Las palabras no le alcanzaban para describir todo lo que sentía—. Dejame verte. —La cogió de la mano y la hizo girar—. Parecés una reina, sos mi reina; se me puso la piel de gallina cuando te vi bajar. Abrazame fuerte porque no puedo creer que haya llegado ya el día, nuestro día.

—Vos también estás muy hermoso, tanto que tu belleza es una falta de respeto para el sexo masculino, mi vida. ¿Te dije alguna vez que rozás el pecado con tanta hermosura acumulada? —Se rieron, luego Paula se acercó a su oído y le dijo—: Me ponés muy caliente en ese chaqué. —Ella aprovechó y llenó sus fosas nasales con su perfume, ese que la había embriagado desde que lo conoció.

Alex se rió, echó su cabeza hacia atrás mientras sostenía a Paula por la cintura y volvió a acercarse a su oído.

—No me digas eso, nena, porque me dan ganas de llevarte a mi habitación y hacerte mía. —Se rieron con complicidad.

Aunque los fotógrafos y los cámaras no podían oír de qué hablaban, porque ellos lo hacían entre susurros, tomaron miles de imágenes del momento y de las expresiones y miradas que ambos se regalaron. En sus ojos, se notaba el amor infinito que se profesaban.

Luego la familia y todo el cortejo nupcial posaron junto a los novios. Cuando los profesionales consideraron que había suficientes imágenes de la pareja, volvieron a separarse, no antes de pasar para hacer unas tomas dentro del gran salón, que lucía majestuoso con la decoración que los diseñadores habían ideado. Antes de despedirse, y bajo la atenta mirada de todos sus seres queridos, Alex le dio un beso a Paula que la dejó sin aliento. ¡Estaban tan felices...!

La terraza del gran hotel Plaza también estaba lista para recibir a los invitados a la boda. Una selección de música instrumental de Richard Clayderman y Kenny G, especialmente elegida por Paula, daba la bienvenida a todos. La sorpresa al entrar en la sala de ceremonias era general. Habían colocado un altar espectacular, diseñado especialmente para los novios, decorado con más de cuatro mil ramas de orquídeas y hortensias blancas, maravillosamente dispuestas. En ese marco tan romántico, los invitados tenían la sensación de estar rodeados de una armoniosa naturaleza. Las miles de velas votivas dispuestas en la entrada, a lo largo del pasillo central y a los pies del altar, conferían al ambiente un toque novelesco, exclusivo y único.

Aunque, desde el día anterior, habían experimentado una intensa maratón, los organizadores y el personal del Plaza tenían todo a punto para que la ceremonia saliera a la perfección.

Alex esperaba ansioso y expectante el instante en que sonasen los acordes con que se suponía que debía entrar; eso le indicaría que Paula también estaba próxima a hacer su aparición, aunque, según su criterio, todo estaba demorándose más de la cuenta.

—¿Por qué tarda tanto? ¡Si ya estaba lista! —preguntó Alex a sus padres en voz alta, en tono impaciente.

—Tranquilo, hijo, deben de estar dándole tiempo a los invitados rezagados —intentó calmarlo Joseph.

Alex acariciaba su barbilla con desenfreno, demasiado nervioso con tanta espera. No podía estarse quieto: se arreglaba las mangas, se tocaba los gemelos y los ojales, miraba la hora... Estaba muy impaciente.

—¡Relajate un poco, Alex! Me estás poniendo nerviosa a mí —le pidió Bárbara.

Por fin llegó el momento y empezó a sonar una versión instrumental de *Todo lo que hago lo hago por ti*; entonces, por la puerta lateral entraron el oficiante de la boda, Alex, su madre y su padre.

—Mamá, me tiemblan las piernas, en mi vida me he sentido así.

—Tranquilo, mi tesoro, todo saldrá maravillosamente bien. Respirá hondo y disfrutá. Es tu momento y el de Paula, grabá cada instante en tu memoria y no te prives de nada.

Julia también estaba en su sitio esperando y le tiró un beso a su yerno, con quien, la noche anterior, había mantenido una extensa, cálida y emotiva charla, en la mansión de Los Hamptons. Alex le devolvió el gesto con un guiño de ojo y una sonrisa nerviosa. Todos los allí presentes vestían de gala.

Alexander tomaba bocanadas de aire continuamente; por el pasillo central de la terraza del Plaza, donde se había montado la escenografía para la ceremonia, empezaron a aparecer Daniela, Clarisa, María Pía, Mariana y Amanda, las damas de honor de la novia. Junto a ellas, entraron Maximiliano, Mauricio, Mikel, Edward y Jeffrey, los padrinos de honor del novio, con el acompañamiento de Mozart, *Canon in D*.

Cuando todos estuvieron situados, la música cambió y sonó *Trumpet Tune*, de Purcell. En aquel momento, entró Sofía, sobrina de Paula, que era la encargada de esparcir pétalos por delante de ella hasta llegar al altar, donde Alex la esperaba anhelante.

Cuando la pequeña se colocó junto a July, comenzaron a sonar los primeros acordes de la marcha nupcial y todos se pusieron en

pie. En pocos segundos, el recinto se había llenado de emoción y expectación. Alex creyó que se quedaría sin aire; jamás pensó que podría sentirse así: él siempre había sido dueño absoluto de su aplomo, pero el amor que sentía por esa mujer lo superaba.

Paula entró del brazo de su hermano. Estaba increíblemente hermosa y también muy emocionada; a duras penas podía contener el temblor de su barbilla. Para sorpresa de Alex, se había puesto otro vestido. Entonces, él entendió la tardanza. No le quitaba los ojos de encima, no quería perderse ningún detalle de aquella belleza de película que iba a encontrarse con él para prometerse, por fin, amor eterno.

El atuendo que Paula había elegido para casarse era un exquisito modelo con un canesú de encaje transparente, íntegramente bordado con aplicaciones de finos cristales Swarovski. Las mangas translúcidas llegaban hasta los codos y estaban rematadas con el mismo bordado. La prenda dejaba ver el vestido interior, con un escote palabra de honor que permitía vislumbrar el fino y fruncido corpiño. El canesú terminaba en la cintura con un cinturón decorado por los mismos y delicados cristales. La abertura de la espalda llegaba hasta la cintura y dejaba al descubierto su tersa piel. Era un vestido majestuoso. La falda vaporosa, con una larga cola, estaba realizada en tafetán, organza de seda y el mismo encaje del canesú y se entremezclaba en ocho capas, que le daban a Paula el aspecto de una princesa de cuento. Su impecable silueta quedaba realzada por los fruncidos que se marcaban en la cintura. Aunque no se veían, sus zapatos eran de Giuseppe Zanotti y tenían un vertiginoso tacón de aguja, también revestido de brillantes cristales Swarovski; eran fabulosas piezas de joyería.

De su peinado, definido con muchísimas ondas y recogido informalmente en la nuca, salía un larguísimo velo de dos capas, realizado en organza de seda bordada. Los tres metros y medio de tela partían de una delicada peineta con aplicaciones de la misma pedrería que el vestido. Paula era una novia de ensueño. Complementaban su atuendo unos pendientes de diamantes que

habían sido de su abuela materna y que su madre le había regalado. También llevaba puesta la pulsera con que Alex le había sorprendido para la ocasión. En su temblorosa mano, cargaba un exquisito ramo de orquídeas y lirios de los valles. Estaba perfecta, inmaculada y radiante.

Alex se estremeció y creyó estar teniendo una alucinación cuando la vio entrar con ese espectacular vestido. Temía que el corazón se le parase. La esperaba de pie con las piernas ligeramente abiertas para encontrar un poco más de equilibrio, ya que sintió que se tambaleaba de la emoción. Tenía uno de sus brazos detrás de la cintura y, con esa postura, parecía un caballero de antaño. Con un nudo en la garganta, pensó que Paula no sólo era una novia bellísima, sino que, además, era la mujer de sus sueños.

El aspecto de Alex no era menos majestuoso. Se había hecho confeccionar a medida un chaqué negro de Ermenegildo Zegna, con levita de un botón y cuello de pico, que había combinado con un pantalón gris marengo de finas rayas. Sobre la camisa de Armani, con cuello italiano y doble puño, llevaba un chaleco cruzado de tres botones, en seda blanca y fileteado en negro, y una ancha corbata de seda natural azul cielo, que conjuntaba a la perfección con el tono de sus ojos. En el ojal de la levita, exhibía una deliciosa rosa blanca y, en el bolsillo, un pañuelo de seda doblado en V del mismo color que la corbata. Sus zapatos de cordones eran de reluciente piel y tenían un delicado logo de Gucci caligrafiado. Sin olvidar el más nimio de los detalles, Alex se había colocado en el doble puño de la camisa unos exquisitos gemelos de Cartier en platino y diamante, muy apropiados para la ocasión, que le habían regalado sus padres. Y, por supuesto, también llevaba el reloj Tourbillon Saphir de Bvlgari, de cristal de zafiro transparente y oro blanco, regalo de bodas de Paula, quien le había hecho grabar: «Me tenés atarantada». Estaba muy apuesto e impecable.

Quedaban pocos minutos para que confirmaran sus votos, que ya habían pronunciado de manera más informal, frente a los testigos y los familiares más cercanos, en la iglesia, puesto que la fe católica

sólo aceptaba como legal el matrimonio en dicho lugar. Sin embargo, para ellos, ésta era la ceremonia oficial, la que habían preparado cuidando cada detalle. Al ritmo de la marcha nupcial de Mendelssohn, que helaba las entrañas de emoción, Paula llegó al altar, donde Pablo entregó la mano de su hermana a Alex. Con decisión, Alexander la cogió entre las suyas y se la llevó a los labios dejando un suave, generoso y casto beso en ella.

—Te confío al ser más puro y transparente que existe sobre esta tierra, sólo te ruego que la hagas muy feliz.

—Es lo único que deseo, Pablo, podés estar tranquilo —le respondió Alex y, después, dirigiéndose a Paula, le dijo entre dientes —: Estás increíble, me sorprendiste mucho con el cambio de vestido. —Paula le sonrió arrebatadora.

—Me alegra que te guste, mi amor.

Julia y Bárbara no pudieron evitar derramar lágrimas de emoción; el sentimiento de una madre es siempre inexplicable y ellas estaban pletóricas y rebosantes de alegría. Joseph cogió de la mano a su esposa e intentó ofrecerle cierta contención, aunque él también la necesitaba, pues ver al último de sus hijos realizar sus sueños lo hacía conmoverse como nunca habría imaginado. Maximiliano nunca creyó que se iba a enternecer tanto al ver entrar a Paula por el pasillo central y tuvo que secar sus ojos humedecidos. Mauricio miró a su amigo, en ese momento, y se le hizo un nudo en la garganta a él también; Paula era como la hermanita menor de ambos y el frío abogado se estremeció al verla, haciendo que cayera su dura coraza. Amanda, acorde a su chispeante temperamento, no paraba de sonreír y, si por ella hubiera sido, se hubiese puesto a aplaudir con desenfreno. Jeffrey y Edward se miraron cómplices, pues su hermano menor por fin estaba haciendo realidad su oportunidad de empezar a ser feliz.

Ofelia, en el primer banco del salón, era estrujada con cariño por Alison y Lorraine; se estaba casando su muchacho más mimado y ella no paraba de llorar con desconsuelo. Chad miraba a su esposa y disfrutaba de su felicidad, que multiplicaba la de él a la millonésima

potencia. Mariana abrazaba a Franco, que se había arrebujado entre sus brazos, y miraba embelesada a su niñita y a su esposo, que estaban magníficos en el altar. Los abuelos Masslow se sentían orgullosos de la familia que su hijo había constituido y disfrutaban de ver la unión del último de sus nietos. También estaban allí Guillermina y Exequiel, que había hecho un esfuerzo sobrehumano para subirse al avión, pues el viejo le temía a volar más que a nada en el mundo; pero la niña de su señor Bianchi se casaba y no podía perdérselo.

Cuando terminaron los acordes de la marcha nupcial y se acomodaron todos en sus respectivos sitios, el sacerdote dio comienzo a la ceremonia. Explicó brevemente, y con palabras muy alegóricas, el motivo de la reunión y después dio paso a la lectura de algunos pasajes del Nuevo y del Antiguo Testamento. Amanda, la dama de honor principal, leyó uno de ellos, pero a mitad del texto tuvo que parar y contener una lágrima que, sin previo aviso, había intentado escurrirse por su mejilla. Finalmente, llegó el momento de la declaración de intenciones:

—Paula y Alexander, ¿habéis venido aquí libremente y sin reservas a entregaros el uno al otro en matrimonio?

—Sí, padre —contestaron ambos al unísono.

—¿Vais a amaros y honraros el uno al otro como marido y mujer durante el resto de vuestras vidas?

—Sí, padre —volvieron a responder.

—¿Aceptáis amorosamente a los hijos de Dios y los educaréis según la ley de Cristo y de su Iglesia?

—Sí, padre —concluyeron nuevamente, mientras se miraban pensando en los niños que vendrían.

—Dado que vuestra intención es contraer matrimonio, unid vuestras manos derechas y declaraos vuestro consentimiento ante Dios.

Paula y Alex se cogieron de la mano; la de él estaba sudorosa y la de ella fría y temblorosa. A pesar de los nervios, él intentó calmarse e infundirle paz a ella; ése era una de las partes más

importantes de la ceremonia. Entonces se miraron fijamente a los ojos y, en ese momento, empezó a sonar de fondo el *Arioso* de Bach. Alex tomó una bocanada de aire y comenzó a decir:

—Yo, Alexander Joseph Masslow, te tomo a ti, Ana Paula Bianchi, como mi legítima esposa. Prometo serte fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad. Amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Alex le ofreció una gran sonrisa cuando concluyó y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero logró serenarse. Entonces le dio paso a ella, que le sonreía amorosamente, para que hablase. Paula también tomó aire y empezó a recitar:

—Yo, Ana Paula Bianchi, te tomo a ti, Alexander Joseph Masslow, como mi legítimo esposo. Prometo serte fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad. Amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Entonces el oficiante concluyó:

—Que el Señor, en su bondad, fortalezca su consentimiento y llene a ambos con sus bendiciones. Que lo que Dios ha unido no lo separe el hombre.

Todos los allí presentes aplaudieron con fervor.

—Ahora, voy a necesitar los anillos —expresó el sacerdote y Mikel, que era el encargado de ellos, buscó en su bolsillo y se los entregó—. Señor, bendice estos anillos en tu nombre. Haz que quienes los usen siempre puedan tener una profunda fe en los demás, que vivan siempre juntos en paz, en buena voluntad y en amor.

Finalizada la bendición, comenzó a sonar el *Ave María* de Schubert, cantado en vivo por una soprano maravillosa, acompañada por un cuarteto de cuerdas que habían contratado para la ocasión. Mientras su voz y la música se colaban en el pecho de todos los asistentes, el clérigo les alcanzó el platillo que contenía los anillos. Alex cogió el de ella para entregárselo primero.

—Paula, recibe este anillo como símbolo de mi amor y de mi fidelidad. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La alianza de boda, que tenía veintinueve diamantes de corte redondo sobre una base *pavé*, podía combinarse a la perfección con la sortija de compromiso. Después de colocarla, le tocó a él recibir la suya.

—Alexander, recibe este anillo como símbolo de mi amor y de mi fidelidad. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Los dos se miraron a los ojos en todo momento, con un amor infinito. La alianza de Alex era una banda de platino con seis diamantes de corte redondo, sobre una base con doble guía. Cuando la música terminó, y como era una ceremonia al margen de la misa, el oficiante les permitió expresar sus propios votos.

Se cogieron de la mano y empezó hablando Alex mientras de fondo sonaba *Love Story*. Él había redactado sus votos la noche anterior, después de hablar con Julia; las palabras le habían fluido desde el alma.

—Te miro a los ojos y es todo lo que necesito para sentirme en paz, porque sólo a tu lado he encontrado mi refugio perfecto; y en tu alma y en tu corazón he hallado el verdadero sentido de la palabra «amor». Mi amor —le dijo y la admiró un instante—, tu amor me ilumina cada día y me hace mejor hombre, además de infundirme seguridad en la vida. En el mismo instante en que te conocí, supe que te habías metido dentro de mi alma y que no saldrías nunca más de allí. Eres la magia de mis días; soy tuyo y eres mía, de eso estoy totalmente seguro.

»Me comprometo a afrontar las dificultades que seguro vendrán, porque nuestro amor se nutrirá con ellas y se hará más fuerte. Me comprometo a cultivar tus sueños, a apoyarte en todo lo que decidas emprender, a ser tu guía, tu compañero y a dejarte ser siempre, porque eso es lo que te hace especial y maravillosa y lo que me enamora de ti cada día. Me comprometo a compartir las alegrías de la vida contigo, porque a tu lado serán mucho más dulces. Me comprometo a cuidarte, a respetarte y a hacerte muy feliz. Seré siempre tu amante y esposo fiel. A partir de hoy, compartiré todo lo

que poseo contigo y eso incluye mi corazón. Finalmente, te prometo amor eterno, porque una vida entera no me bastaría para amarte.

Alex le besó la mano y después le tocó el turno a ella, que no había podido contener sus lágrimas. Con un pañuelo que tenía escondido en el ramo, se las secó, carraspeó y, con un hilo de voz, empezó a hablar:

—Te amo por tu belleza, por tu inteligencia y por la forma que tienes de hacerme sentir especial. Intentaré cada día que tú también te sientas tan especial como yo. Hoy estás ofreciéndome cumplir el sueño más grande que toda mujer pueda tener; convertirme en tu esposa es todo lo que anhelo. Siempre seré tu compañera, tu confidente, tu amante y tu esposa fiel. Tú también eres para mí todo eso y mucho más, eres mi mayor reto, y, lo que es más importante, eres el gran amor de mi vida. Te amo como jamás imaginé que se podía amar a una persona. Antes de conocerte, mis días eran todos iguales, pero desde que estoy a tu lado me siento verdaderamente viva.

»Hoy, ante todos nuestros seres queridos, prometo acompañarte eternamente en los buenos momentos y ser parte importante de tus alegrías. Así como también prometo estar a tu lado en todos tus pesares, para hacerlos menos arduos en la medida en que pueda. Prometo intentarlo siempre, cada vez que surja una dificultad en nuestra pareja, porque nuestro amor merece ser grande y perpetuo. Eres la alegría de mis días, la realización de mis sueños y la edificación de mis anhelos. Quiero vivir todo contigo, porque nada podría ser peor que no estar a tu lado. Te prometo fidelidad, respeto y amor eterno. Gracias, amor mío, por hacerme sentir tan amada.

El sacerdote dio la última bendición a la pareja y, entonces, sentenció:

—Os declaro formalmente unidos en matrimonio. Alexander, puedes besar a la novia.

Con los acordes del *Aleluya* de fondo, se besaron escandalosamente sin importarles nada. Entonces todos comenzaron a aplaudir y a silbar, por supuesto con los barulleros hermanos

Masslow a la cabeza. Aunque ninguno de los dos lo deseaba, se separaron y Alex lanzó un puño al aire en señal de triunfo. Estaba exultante y se mostraba extremadamente feliz. Empezaron a caminar por el pasillo, mientras saludaban a quienes los felicitaban a su paso. El cortejo nupcial iba tras ellos. Cuando salieron del salón, se dirigieron a una nueva sesión de fotos, que consistía en dar un paseo por la ciudad con sus damas de honor y los padrinos de boda. En el trayecto, la magia de la noche de Nueva York los envolvió. Alex se detenía a cada rato para darle besos a Paula; no podía contener su necesidad de demostrarles a todos que esa mujer por fin era suya.

—Felicidades, señora Masslow, ya es usted mi esposa. Paula, te amo, mi amor, te amo más que a mi vida.

—Felicidades, *Ojitos*, por fin somos esposos; soy tan feliz que me cuesta creerlo, Alex.

Los fotógrafos aprovechaban cada instante para disparar sus cámaras y capturar cada uno de los gestos de los novios, al igual que los cámaras.

Durante los días previos a la boda, había habido un gran sentido de la anticipación y de la coordinación entre todas las partes implicadas. En el ambiente, se intuía lo magnífico y suntuoso que iba a ser todo. En el hotel, los invitados habían sido dirigidos al lugar donde se llevaría a cabo el cóctel de recepción y fueron recibidos por los padres de los novios. Allí, donde debían retirar las tarjetas con sus ubicaciones en las mesas, los esperaba un arreglo exuberante de orquídeas, lirios, rosas y hortensias blancas a modo de bienvenida. Clásicos románticos amenizaban el ambiente, mientras degustaban un tapeo acompañado de Veuve Clicquot y otros aperitivos. Finalmente, las puertas del gran salón se abrieron y dieron paso a los invitados, para que se situaran en los lugares asignados. El lujo del espacio y la hedonista decoración que habían llevado a cabo los diseñadores de la boda conmovieron a todo el mundo. A petición especial de Paula, el salón de baile del hotel Plaza estaba lleno de hermosas flores blancas y candelabros personalizados. En cada

mesa, habían colocado altos jarrones de cristal con ramas de orquídeas, lirios, rosas y hortensias blancas. En la base de los floreros, un ramo exuberante de rosas y otras flores, así como estilizados candelabros transparentes con velas centelleantes. Aquel romántico ambiente estaba teñido de azul y en el techo se proyectaban imágenes que recordaban a la Vía Láctea. Sobre cada mesa, habían dispuesto unas estructuras de las que caían frondosas cortinas de cristal y velas colgantes. Para bailar, habían construido una pista de baile de espejos negros, donde se proyectaban los nombres de Paula y Alex y la fecha de la boda. Alrededor del gran salón, colgaban pantallas de plasma donde se proyectaba ese mismo mensaje, y en uno de los balcones, podía admirarse el pastel de boda de cinco pisos, creación exclusiva de la talentosa Sylvia Weinstock, sobre una base de rosas y flores de azúcar idénticas a las de los centros de mesa.

De pronto, las luces se apagaron y sólo quedó iluminada la entrada; empezaron a sonar los acordes de Reik cantando *Sabes*, y Alex y Paula, radiantes, entraron de la mano al salón, caminaron hacia el centro de la pista, entre aplausos y silbidos, y ejecutaron su primer baile.

—No puedo creerlo, soy la mujer más feliz del universo, estoy temblando como la primera vez que oí esta canción en la limusina.

—Cantame al oído, mi amor, cantala para mí como aquel día. —Paula le dio el gusto e hizo lo que Alex le pedía. Él la aferró por la cintura y se perdió amorosamente en su cuello, mientras bailaba con ella extasiado, como si en aquel lugar tan sólo estuvieran ellos dos.

Cuando concluyó la canción se besaron y Alex la levantó de la cintura y la dejó suspendida en el aire mientras la aprisionaba contra su cuerpo. Todos volvieron a aplaudirlos. Después de ese primer baile, empezó a sonar la canción *Song for mama*, de Boyz II Men, y entonces Alex le guiñó un ojo a Paula.

—Ya vuelvo —le dijo mientras le besaba la mano con ternura y se apartaba de ella, para caminar hasta donde estaba sentada su madre. La cogió de la mano, apoyó sus carnosos labios en ella y la

invitó a bailar. Bárbara se levantó emocionada, acunó el rostro de su hijo entre sus manos y lo besó para luego cobijarse orgullosa entre sus brazos.

—Gracias, mami, por estar siempre a mi lado —le dijo al oído.

—Te amo, hijo querido, hoy estás cumpliendo tu gran sueño y estoy totalmente segura de que serás muy feliz, porque la mujer que has elegido como compañera es maravillosa.

—Yo también lo creo así, mamá.

Bárbara le guiñó un ojo, mientras Paula, a un lado, los miraba extasiada de amor.

Cuando terminó de bailar con su madre, la canción se enlazó con *You raise me up*, cantada por Westlife, y entonces las luces se dirigieron a Pablo. Él cerró los ojos y se puso de pie para ir al encuentro de su hermana, que caminaba hacia donde él estaba sentado.

—¡Pendeja, cómo te quiero! Verte feliz es uno de mis más profundos deseos.

—Podés estar tranquilo y dejar de preocuparte por mí, ahora, porque soy la mujer más feliz de la Tierra. Gracias por todo, hermanito, gracias por vivir pendiente de mí siempre. ¿Sabés? Papá debe de estar muy orgulloso de vos, porque supiste cuidarnos a todos como él lo hubiera hecho. —Pablo le dio interminables besos en la mejilla y la hizo girar en la pista para que ella se luciera con su vestido de novia. El tema, de manera impredecible, enlazó con *Blessed*, en la voz de Elton John, y entonces fue el turno de July y de Joseph para bailar con Alex y Paula.

—Gracias, Alex, por hacer realidad los sueños de mi hija.

—Gracias a vos por haberle dado la vida para que hoy yo pueda tenerla. Amo a tu hija, July. Como te dije anoche, a veces el amor que siento por ella me asusta, porque si de Paula se trata no puedo pensar. Tu niña me tiene loco. —Julia sonrió oronda y lo besó en la frente.

—Sos mi nuera preferida —le susurró Joseph a Paula—, pero ése es nuestro secreto, si no, mis demás nueras se pondrán celosas.

—Adulador, no te creo nada. A todas debés de decirnos lo mismo.

Joseph se rió.

—Paula, sos un ángel que descendió del cielo para demostrarle a mi hijo que el amor existe. Quiero muchos nietos, ¿me oíste? Aunque no tantos como para que tengas que desatender Mindland.

Paula se carcajeó.

—¡Ya decía yo que sos un interesado!

Friends will be friends, en la voz de Freddie Mercury, comenzó a sonar y, entonces, poniéndose frente a Amanda, Alex hizo una reverencia con una mano detrás de su espalda y le extendió la otra para que se acercara. Su hermana, que estaba muy sensible por el embarazo, se puso a llorar y se acercó a él, que la esperaba en la pista.

Mientras tanto, la novia, con un ademán muy histriónico, se acercó a Maxi y lo agarró de la corbata para ponerlo de pie y llevarlo hasta la pista, pero antes de retirarse del todo señaló a Mauricio:

—Preparate, a mitad de la canción te quiero conmigo. —Le guiñó un ojo.

—Ay, Alex, en mi vida creí que lloraría tanto como estoy llorando en tu boda, parezco boba, pero es que sé que sos muy feliz y lloro de felicidad. Espero que no te enojes por lo que te voy a decir pero, cuando vos te casaste con Janice, yo lloré mucho de amargura, porque creí que nunca serías dichoso a su lado. Y ahora que la vida te dio esta oportunidad, no puedo contenerme. Además, ¡adoro a Paula! ¡Cómo te quiero, hermano!

—Yo también te quiero, nena, y no llores más que estás angustiando a mi sobrino. —Alex se apartó y se inclinó para besarle la barriga.

—O sobrina, ¡ya hablás como Chad! —lo regañó ella.

—Prefiero un niño, porque si es niña y sale con tu carácter creo que no lo podría soportar, con vos me basta y me sobra.

—¡Malo! Yo te dije cosas hermosas y vos sólo pensás en hacerme enfadar.

Alex le habló al oído.

—Puse mi cuota de humor a tus palabras para no ponerme a llorar como un crío, si no, Chad, Jeffrey y Edward se burlarán eternamente de mí. —Después de decirle eso la miró a los ojos—. Hermanita querida, hemos terminado siendo cómplices en esto también. —Alex ladeó la cabeza y le guiñó un ojo.

—Como siempre. ¿Sabés qué, Alex? No vas a poder librarte jamás de mí —afirmó Amanda.

—Paula —dijo Maxi—, amiga de mi corazón, mi hermanita de la vida, estoy muy feliz, increíblemente feliz porque por fin tenés todo lo que te merecés.

—Maxi, no puedo creer lo afortunada que soy, amigo. Siento que estoy a punto de tocar el cielo con las manos.

—Te ayudaré a que lo logres, sabés que siempre podés contar conmigo en todo.

Maxi la sorprendió y la levantó en el aire y ella extendió sus manos como si, en verdad, con la ayuda de su amigo pudiera tocar el cielo. Entonces miró a un lado y vio a Alex.

—Lo siento, Maxi, esta vez no lo lograré con tu ayuda, porque mi cielo está en la Tierra.

—Lo sé, pero eso no puedo dártelo porque ya lo tenés. Ese hombre es tuyo, Paula, y no es un sueño.

Mauricio interrumpió su baile y Maxi, gustoso, se apartó para ofrecerle su lugar, aunque antes de irse besó la mano de la novia.

—Una vez te dije que te esperaba una vida de ensueño y, al lado de este hombre, la tendrás; y no lo digo por los lujos que pueda darte, sino porque el amor que te profesa es infinito.

—Gracias, Mauri, por estar acá conmigo compartiendo este momento.

—No me lo perdería por nada en el mundo. Además, es la única forma que tengo de confirmar que, por fin, nos hemos librado de ti.

—¡Maldito! ¿Ni en el día de mi boda vas a decirme cosas lindas?

Mauricio se carcajeó y la besó en la mejilla.

—Te quiero, Pau, sabés que eso es sólo una pose entre nosotros.

—Lo sé, amigo, por eso te lo permito; yo también te quiero.

La canción terminó y, para finalizar el baile, Alex se acercó de nuevo a Paula. Entonces comenzó a sonar *Amazed*, de Lonestar, y empezaron a bailar de forma seductora, mientras Alex se llevaba una mano de Paula a la nuca y la besaba apasionado.

—Señora Masslow, ¿sabe usted una cosa?

—¿Qué, señor Masslow?

—Sólo estoy deseando que esta fiesta termine, para por fin poder hacerle el amor a mi esposa.

Paula echó la cabeza hacia atrás y sonrió.

—Señor Masslow, es usted el único culpable de que tengamos que esperar a que termine este fiestón. Le recuerdo que esta gran boda fue idea suya.

Alex asintió con la cabeza.

Cuando terminaron de comer el primer plato, se dio inicio al baile para el resto de los invitados. Paula fue a cambiarse el vestido por el que se había puesto antes de la ceremonia. Se los veía exultantes y sus familiares y amigos estaban contagiados por su felicidad.

Entrada la madrugada, llegó el momento de cortar la tarta y hacer los brindis.

—Ya regreso, mi amor, voy a arreglarme el maquillaje para las fotos.

—Pero no tardes.

—Prometo que estaré aquí de nuevo en un abrir y cerrar de ojos.

Paula desapareció otra vez con sus damas de honor, aunque en realidad había ido a cambiarse de atuendo nuevamente; ésa era su última transformación que había programado para la gran noche.

Muy pronto estuvo lista para volver al salón, con un innovador vestido de líneas muy simples en raso de seda nacarada y escote redondo de tirantes. La prenda estaba adornada con un bonito juego de encajes y una banda que se prolongaba desde el hombro hasta la cintura. La falda era de corte recto y definía sus exquisitas formas a la perfección. En la parte trasera, terminaba con unos graciosos volantes verticales que desembocaban en una elegante cola. El

escote de la espalda era redondo y también tenía transparencias de encajes.

Amanda, en complicidad con Paula, fue a buscar a Alex, interponiendo una excusa cualquiera para llevarlo a su encuentro, pues su flamante cuñada quería sorprenderlo una vez más y que él fuera el primero en verla. Paula lo esperaba a mitad de la escalera, de espaldas. Alex, al verla, volvió a quedarse sin respiración, pues su esposa estaba tan sexy y majestuosa que parecía una divinidad. Subió los escalones, mientras ella giraba para ofrecerle una nueva perspectiva de su atuendo. Cuando la alcanzó, atrapó su boca con premura y se la bebió por completo, perdiéndose en un beso mágico que a ambos les robó la respiración.

—¡Dios! ¿No vas a dejar de asombrarme? ¿Tres vestidos?

—Tus deseos son órdenes para mí. Querías una boda majestuosa y tenía que convertirme en una novia acorde a las circunstancias. Además, me fue imposible decidirme solamente por uno de ellos.

—¡Me encanta, estás fascinante! Vayamos a cumplir rápido con todo lo que nos queda de protocolo y metámonos en la suite nupcial. ¡Me muero por perderme en tu cuerpo!

El momento del brindis fue de los más emotivos de la noche, ya que Joseph, Pablo y Mikel les regalaron a los novios unos discursos cargados de sentimiento. Paula y Alex también tomaron la palabra para agradecer la asistencia a sus invitados y, al final, se dedicaron frases amorosas el uno al otro y partieron el pastel.

A lo largo de toda la noche se bailaron ritmos variados y para todos los gustos, pero, como broche de oro, las luces se apagaron y, de pronto, el escenario se iluminó y Alex sorprendió a Paula cuando salió a cantar junto a la orquesta; el resto de los vocalistas le hacían los coros. El ambiente se inundó con las notas de *Dime que me quieres*, el tema que tan famoso había hecho Ricky Martin. Paula estaba embelesada, no podía creer lo que su esposo estaba haciendo por ella; se sintió increíblemente especial, mientras él le cantaba y le bailaba sobre el escenario. No podía parar de reírse y de aplaudirlo y, al verlo tan sensual, recordó su primer baile en

Tequila. Amanda gritaba como loca, como si fuese la presidenta del club de fans de su hermano, y el resto de las mujeres que estaban allí, contagiadas, también chillaban como locas, como si se tratase de una gran figura del mundo del espectáculo. En determinado momento, él se inclinó y estiró su mano hacia Paula; entonces, desde abajo, Maxi y Mauricio la subieron al escenario.

Enciende tu motor, yo soy tu dirección.
Las calles de mi amor quitaron el stop.
Ven y ven y ven
y dime que me quieres en la intimidad.
Sabes que me puedes dominar.
No hay nadie como tú, eres mi cara y cruz.
Mi corazón es para ti.
Pon más velocidad, no tardes en llegar.
Las calles de mi amor quitaron el stop.

Después de ese acto tan original, se fundieron en otro escandaloso beso y decidieron que ya era hora de irse. Paula tiró el ramo, que fue atrapado por María Pía y, luego, con los acordes de *Love is in the air*, los invitados los despidieron arrojándoles pétalos de flores.

Capítulo 18



LA pasión entre ellos había emergido ya dentro del ascensor que los llevaba al piso de la Suite Royal.

—Paula, no puedo creer cómo te deseo, nena. Anoche no pude pegar ojo, di mil vueltas en la cama porque no te tenía a mi lado.

—Yo también te deseo, Alex. Con ese chaqué estás muy hermoso y, con el último baile, juro que tuve ganas de cogerte de la mano y salir corriendo del escenario hacia la suite nupcial.

Alex la besó mientras la sostenía por la espalda, le lamió los labios y extravió su lengua dentro de su boca. Salieron del ascensor y cuando él se disponía a abrir la puerta de la habitación y Paula iba a escurrirse adentro de inmediato, él la detuvo.

—Un momento, debo entrarte en brazos.

En el interior de la suite, todo era suntuoso; destacaban los dorados y los géneros de fina tapicería en beige y marrón, igual que el piano de cola emplazado en una de las esquinas del salón. Alex entró y cerró la puerta de un puntapié y, sin demora, se apoderó de sus labios, los acarició con la lengua y los agasajó con ella, una y otra vez, hasta que Paula abrió su boca. Se desató así una danza loca de lenguas enredadas, de lametazos urgentes.

—¡Al fin solos! —exclamó ella aferrada a su cuello.

—Al fin solos, señora Masslow —corroboró él guiñándole un ojo.

Alex la dejó en el suelo y le hizo una sutil caricia con el reverso de su mano, palpando la sedosidad de su piel. Deslizó sus dedos por el hombro de Paula y por su brazo, hasta llegar a la mano; entonces, enredó sus dedos con los de ella y la separó de su cuerpo para admirarla. La adoró con los ojos de hito en hito, la anheló con gula.

—¿Sos feliz, mi vida?

—Soy el hombre más feliz del mundo. Cada uno de los momentos que hemos vivido esta noche quedarán por siempre en mi memoria. He disfrutado de todos los detalles.

—Yo también. Gracias, Alex, por mirarme como lo estás haciendo en este mismo instante. Gracias por hacerme sentir tan amada.

—Te amo, bonita, te amo con todo mi ser.

—Lo sé, no hace falta que lo digas, porque me lo hacés notar a cada instante. De todas formas, te pido que nunca dejes de hacerlo, me encanta oírlo.

—Cuando te vi hoy por primera vez, en la escalera, con tu vestido de novia, me faltó la respiración —le explicó él mientras la abrazaba y Paula lo escuchaba ilusionada—. Estabas esplendorosa, increíblemente bella, lucías muy actual, sofisticada y glamurosa. Luego, cuando entraste en el salón de ceremonias, ¡Dios!, casi me muero de emoción; parecías una ilusión óptica caminando hacia mí, de tu cuerpo salían destellos que se mezclaban con la luz de las velas. Tenías un aureola irreal con ese traje, eras un sueño, mi sueño —le dijo con voz marrullera—. Y, ahora... —le susurró, acarició sus labios, la separó de su cuerpo extendiendo el brazo y volvió a recorrerla con la mirada—, con este vestido... sos Afrodita, Paula. Sos mi diosa hecha mujer, cada traje que escogiste fue perfectamente acorde a cada momento de la noche, porque con este vestido me ponés muy caliente. Esta tela se adapta como un guante a las formas de tu cuerpo y te juro que sólo estoy deseando quitártelo para descubrir una vez más la sinuosidad de tus curvas.

—Alex, mi cuerpo te pertenece, como también mi alma y todo mi ser. —Se besaron y luego Paula continuó hablando—: Hoy, cuando te vi por primera vez, en la escalera, con tu traje de novio, tuve la

misma sensación que el día en que te conocí en el Faena. Fue entonces cuando supe que había sido en ese instante, justo cuando Mikel anunció que venías y yo ladeé mi cabeza para mirarte, cuando me había enamorado de vos. —Él la atrapó nuevamente entre sus brazos.

—Hoy tienen vetas marrones. Increíblemente, tus ojos lucen hoy del mismo verde que el día que me desperté por primera vez a tu lado. Anoche estaban diferentes.

—¡Dios, recuerdo esa mañana! Casi me muero de un paro cardíaco cuando me dijiste eso.

—Esa mañana, yo también estuve al borde del infarto. En aquel momento, no supe entender lo que sentía, pero ahora lo sé muy bien. Cuando abriste los ojos y me miraste, noté mariposas en la barriga y mi cuerpo se estremeció de pasión al ver que me honrabas con tus ojos. Vos también me tenías perdidamente enamorado, aunque yo todavía no lo sabía. —Se quedaron mirando durante un rato—. Hagamos un brindis, brindemos por nuestro amor, señora Masslow.

—Me encanta cómo suena, me embarga saber que ésa soy yo.

Alex sonrió con franqueza y le besó la punta de la nariz. Luego, destapó la botella de La Grande Dame que descansaba en la cubitera, sirvió dos copas y cruzaron sus brazos chistosamente para beberse el champán.

—¿Querés comer algo de lo que hay acá? —le preguntó él señalando una bandeja con frutas y tentempiés; también les habían llevado pastel de boda.

—A vos, quiero comerte. Haceme el amor, Alex, eso es lo que quiero. Deseo sentirme tuya, más tuya que nunca, quiero tenerte dentro de mi cuerpo, ya no quiero esperar más, mi vida.

Alexander la cogió por el mentón y mordió sus labios, después se los besó. Dejó la copa apoyada en la mesa baja de la sala y le quitó la suya; entonces la guió de la mano hacia el dormitorio. Cuando entraron, un camino de pétalos de rosas les marcaba el camino hacia la cama, donde también había unos cuantos esparcidos. Las

lámparas bajas estaban encendidas e iluminaban el ambiente junto con las velas diseminadas por toda la habitación. El entorno refulgía expectante, anticipando el momento de los amantes. Se quedaron de pie junto a la cama.

—Dejame desvestirte —le pidió ella y él accedió gustoso.

Paula enterró las manos en sus hombros y lo despojó de la levita; la apoyó sobre la banqueta emplazada a los pies de la cama y luego se ocupó de la corbata. Deshizo el nudo con habilidad y se la dejó suelta alrededor del cuello, sin quitársela del todo. Con prontitud, le desabrochó el primer botón de la camisa y, acercándose provocadora con la corbata cogida por ambas puntas, lo atrajo hacia su cuerpo. Con expresión lasciva, reptó su lengua por la nuez de Adán provocándole un escalofrío; después subió hasta el mentón y se lo mordió, sin dejar de mirarlo. Le pasó la lengua por su labio inferior y entonces Alex, deseoso de mucho más, quiso atrapar su boca, pero ella retrocedió. Deslizó sus manos hasta los botones de la camisa y, mientras se reía oscuramente, los desabrochó uno a uno. Con pequeños tirones, la sacó de dentro de los pantalones y alcanzó con celeridad el gancho de la cremallera, que bajó, dejando al descubierto sus huesos innominados. Deseosa de la anatomía de su hombre, los recorrió con las manos y, sin poder evitar la tentación, se inclinó frente a él para dejarle pequeños y húmedos besos en ellos. Alex, mientras tanto, se había quitado los gemelos y los sostenía en una mano. La ayudó a levantarse y la guió con determinación hacia el lecho nupcial; necesitaba retomar el control.

—Te voy a hacer el amor de forma inolvidable —le susurró al oído —. Quiero que esta primera vez como esposos quede grabada en nuestra memoria para siempre.

Los pezones de Paula se pusieron erectos de repente y casi traspasaron el corsé y el raso del vestido. Las palabras de Alex la habían encendido de tal forma que hubiera considerado suficiente que le levantara el vestido y la penetrase sin preludio. Tragó con dificultad y clavó su vista en la boca de él, se acercó a sus labios y los poseyó con urgencia.

Separándose por breves segundos de ella, Alex dejó los gemelos sobre la mesilla de noche y, con impulso, se quitó la camisa y quedó con el torso desnudo. Después, afanoso, la giró para abrazar su cuerpo y le recorrió el vientre con sus manos abiertas sobre el raso sedoso; le acarició los pechos y los apretó por encima del encaje. La aprisionó contra sus pectorales y comenzó a devorarle el cuello con húmedos besos y tiernos chuponcitos. Mientras, empezó a desabrochar los pequeños botones de la espalda y, cuando lo hubo conseguido, se lo deslizó por los hombros. El vestido cayó al suelo de inmediato, desvelando el cuerpo y las curvas de Paula. Se inclinó para ayudarla a salir de él, lo apartó de sus pies y, haciendo acopio de sus fuerzas, intentó recuperar el dominio de sí mismo. Recorrió con una mano la longitud de su pierna y sus muslos y disfrutó de la tersura de su piel. Paula en liguero, medias y conjunto de corsé y tanga estaba sublime. Apretó los dientes y buscó un poco más de cordura, necesitaba contener sus instintos carnales. Hubiera querido arrancarle el tanga, destrozarlo con sus manos, pero se contuvo y decidió deslizárselo despacio por las piernas, alargando el momento al máximo. Los mullidos lametazos con que regaba sus piernas hacían estremecer a Paula. Se incorporó moviendo su cuerpo con languidez y, en el trayecto, admiró sus nalgas y las recorrió con las palmas de sus manos, transitando su redondez. Se detuvo en la separación entre ellas y le pasó el dedo de abajo arriba, una y otra vez; luego, lo bajó y llegó a su húmeda vagina y lo hundió en ella. Alex entornó los ojos mientras se metía en ella, Paula estaba con las piernas entreabiertas, expuesta a sus caricias y aventurada a esa lujuriosa intrusión, que detenía todas sus funciones corporales. Alex sacó el dedo y se lo llevó a su boca para probarla.

—Hum, estás exquisita.

A esas alturas, Paula ya estaba tan sumamente excitada que le dolían los pezones y su vagina le daba punzadas. Se dio la vuelta y, con un hábil movimiento, lo derribó sobre la cama. Desenfrenada, le quitó los zapatos y las medias y terminó de bajarle los pantalones y la ropa interior, para que Alex, totalmente desnudo, le expusiera su

perfecta erección. Sin darse cuenta, y como acto reflejo, ella se pasó la lengua por los labios y lanzó un gemido; luego llevó sus manos a la espalda para quitarse el corsé y le mostró sus pechos. Había quedado tan sólo vestida con las medias, el liguero y los tacones. En ese instante, Alexander se movió apasionado; su esposa era la imagen de la perfección en cuerpo de mujer. Afanoso, se puso en pie y la apretó contra él poseyendo su boca, mientras le acariciaba la espalda con sus manos vehementes. Después, transportó sus dedos a sus redondos senos y los acunó entre sus manos. Paula, aferrada a su nuca, se entregaba a sus besos y caricias, obedeciendo a la sensación de placer que su boca le provocaba. Alex la sorprendió atrapándola de las caderas y la alzó; ella enredó las piernas en su cintura y entonces él la estampó contra la pared. Todo se había descontrolado, estaban invadidos por la pasión y habían perdido el juicio por completo, entregados a sus emociones y necesidades. Alex cogió su pene con codicia y se lo introdujo en la vagina. Maravillado, se quedó admirándola mientras la penetraba y una profunda espiración se escapó de su boca.

—Sos perfecta, Paula. Para mí, tenerte así es algo soberbio. ¿Te gusta que te tenga así?

—Me encanta que estés dentro de mí. Es perfecto, maravillosamente perfecto.

Alex la bajó, sin dejar de penetrarla y la dejó en el suelo, le levantó una de las piernas y comenzó a moverse.

—Voy a penetrarte de todas las formas en que pueda hacerlo, voy a enloquecerte de placer —le dijo mientras se enterraba en ella.

—Sí, mi amor, es lo que deseo.

Él entraba y salía de ella con ímpetu. Paula parpadeó ante esa súbita intrusión, con la boca entreabierta y los ojos cada vez más libidinosos. En su rostro se instaló un gesto de entrega, ante la sensación de satisfacción que su hombre le generaba con su castigo. Alex la penetró unas cuantas veces más hasta que se detuvo de repente. Entonces, la hizo girar y le indicó que dejara las piernas

entreabiertas. Le pasó los dedos por la hendidura, comprobando lo empapada que estaba, y Paula se arqueó entre sus manos.

—Te amo, nena, te amo más allá de toda prudencia. —Le hundió el dedo despacio en el orificio del ano, lo metió y lo sacó e hizo que Paula tuviera que tragar saliva—. Me encanta notarte perdida entre mis dedos.

—Alex, no aguanto más.

—¿Qué querés mi vida?

—Te quiero dentro de mí, penetrame, por favor.

—¿Adentro de dónde? ¿Acá? —Hundió el dedo en su vagina, lo giró y luego lo quitó—. ¿O acá? —Lo hundió en su recto y también lo sacó.

—En ambas partes, en realidad.

—Hum, estás muy ambiciosa y caliente hoy. Sólo deseo complacerte, nena, sólo vivo para eso.

Introdujo el pene en su orificio, lentamente, y esperó a que ella se acostumbrara a la intrusión; luego empezó con un meneo lento de sus caderas.

—Más rápido, Alex, por favor, más rápido. —Paula sonó ansiosa.

—Tranquila, nena, calma, mi amor, aún quiero mucho más, para mi placer y el tuyo.

Ásperos sonidos guturales salían de su garganta mientras continuaba enterrándose en ella. Paula, desprovista de toda contención, emitía gritos involuntarios de placer que no podía contener. De pronto, Alexander interrumpió su vaivén y un quejido de protesta escapó de la boca de Paula. Hizo acopio de todo el aire que guardaban sus pulmones y le dijo:

—No pares, mi amor, por favor, no lo hagas.

—Vamos a la cama, mi vida —le pidió él con la voz entrecortada —. Tranquila, es nuestra noche de bodas y no quiero que termine tan pronto.

La tendió de espaldas en la cama y se subió en ella, la apresó de una nalga con la mano y, de una estocada, volvió a penetrarla, mientras enterraba los dedos en su vagina. Se movió unas cuantas

veces dentro y fuera de ella, despacio, volviendo a entrar con esa parsimonia que lo caracterizaba, con ese dominio absoluto de su cuerpo y de su sexo. Se movió y, en determinado momento, volvió a detener sus embestidas, dejándola más desesperada que antes.

—Vas a matarme, Alex, me estoy muriendo de ansiedad, ¿qué estás haciéndome?

—Te dije que iba a enloquecerte, pero creo que en el intento voy a terminar yo también perdiendo la razón.

La giró y la colocó boca abajo. Paula estaba entregada de espaldas a él. Tentado le besó la columna, le mordió los omóplatos y volvió a hundirse en ella una vez más mientras le hablaba al oído:

—I love you... I need you to feel how much I love you; I need you to understand... I need to imprint it in your body. You are my love; I promise you to love you forever. [Te amo... Necesito que sientas cuánto te amo; necesito que lo entiendas... Necesito grabarlo en tu cuerpo. Eres mi amor; te prometo que te amaré toda la vida.]

Paula enterró su cara en la almohada y mordió la funda para amortiguar los incontrolables gemidos que sus palabras le habían provocado. Tomó una bocanada de aire y entonces, entre gimoteos, también le habló:

—You are my life too, my source of pleasure. I love you so much, my love. Alex, I'm gonna come... I can't take it! [Sos mi vida también, mi fuente de placer. Te amo demasiado, mi amor. Alex, voy a correrme... ¡no aguanto más!]

En ese momento de la noche, ambos se entregaron de manera brutal a sentir la indómita pasión que se desataba entre sus cuerpos, que sólo podía ser saciada con la fricción de sus sexos. Los dos llegaron a un orgasmo demoledor; Alex gruñó su nombre, apretó los dientes y dejó escapar un hálito, mientras cerraba los ojos con fuerza, aferrándose a las manos de Paula, que permanecían bajo la almohada apretando las sábanas. Se enterró en ella una vez más y vació su simiente, la llenó de su miel y la regó con su bálsamo sanador. Paula ahogó sus quejidos en el cojín, mientras asía las

sábanas con desesperación, disfrutando con los ojos cerrados esas reverberaciones de placer que su cuerpo evidenciaba. Alex salió de ella respirando con dificultad y se recostó a su lado, para intentar nutrir sus pulmones de aire; lo necesitaba. Paula se movió para acurrucarse en su abrazo y escuchar los latidos de su corazón, y la elevación de su pecho cada vez que respiraba. No podía dejar de pasear sus manos por su torso, acariciándolo, y cerró los ojos para grabar en su mente el placer de su olor y el increíble tacto de su piel.

—No quiero dormirme, pero estoy extenuada. Ha sido un día larguísimo, pero no quiero que se acabe.

—Me pasa lo mismo, nena, creo que ya no tengo más energía en el cuerpo. Entre todas las emociones que hemos vivido durante el día y, luego, este orgasmo, me has robado hasta la última gota de mis fuerzas.

—Decime una vez más que me amás, antes de que nos durmamos.

—Te amo, mi amor.

—Yo también te amo.

Alex le besó la coronilla y ella, con gran esfuerzo, levantó la cabeza y lo miró. Él ladeó la suya y, con denodado empeño, buscó su mirada, movió su mano para encontrar la de ella, le entrelazó los dedos y se la llevó a su pecho. Durante unos segundos, se quedaron en silencio.

—¿Qué pasa, mi cielo?

—Te miro, Alex, porque de todas las imágenes que he asimilado hoy, en mi mente sólo deseo quedarme con la de tus ojos, quiero soñar con ellos.

Alexander la recorrió una vez más con su mirada, se dieron un cándido beso y, acurrucados el uno en el otro, se durmieron.

Capítulo 19



LA cama de pronto se movió a su alrededor, pero cuando quiso abrir los ojos, la luz que se filtraba por uno de los ventanales que daban a la Quinta Avenida le produjo una ceguera parcial. Intentó acostumbrarse abriendo primero un ojo y se los restregó, obligándose a separar sus párpados mientras se desperezaba. Frente a él, se encontró de pronto con la lente de una cámara que lo apuntaba. Paula estaba desnuda, de pie y con ambos pies a cada lado de su cuerpo, capturando su sueño en vídeo.

—Hola, ¿qué hacés? —le preguntó Alex adormilado con la voz pastosa.

—Buenos días, esposo mío, estoy grabando tu despertar, tu primer despertar siendo mi esposo. —Él sonrió, le sacó la lengua y le hizo una carantoña mientras le lanzaba un beso—. Hum, esto de tener una cámara de vídeo en la mano es sumamente poderoso y sugerente.

—¿Ah, sí?

—Sí, en estos momentos estoy viendo una boca muy tentadora, es una boca perfecta. Apuesto a que esos labios besan muy bien. —Él volvió a sonreír y le guiñó un ojo—. Hum, esa sonrisa enamora. Ahora estoy viendo una nuez de Adán que me dan ganas de lamer.

—Eso sonó muy apasionado —le dijo Alex mientras le empezaba a acariciar las piernas—. ¿Y qué más ves?

—Ahora estoy viendo, ¡uf!... unos pectorales mayores ¡que me vuelven loca! y donde me encantaría enterrar mis uñas.

—Guau, eso sonó muy... vehemente y hasta un tanto licencioso, señora Masslow.

—Esta lente es muy poderosa, creo que me está subiendo la temperatura, ¡madre mía! Acabo de descubrir unos abdominales rectos, que parecen una tableta de chocolate, y tengo el antojo de pasarles por encima mi dedo corazón, ¿o, tal vez, sea mejor mi lengua? Hum, creo que me apetecen ambas cosas.

—¡Uf!... nena, me estoy poniendo muy febril. —Ella apartó las sábanas con el pie.

—¡Dios! Ansío pasar mi mano por esas crestas ilíacas, quiero perderme en esos huesos innominados, son los más exquisitos que he visto jamás. —Movió un poco la cara y lo miró a los ojos, que se habían oscurecido increíblemente; los de ella también. Volvió sus ojos a la lente—. Creo que estoy rozando el pecado con el objetivo de la cámara, señor Masslow.

—Hum, esto se pone realmente interesante, ¿dijiste «pecado»? Creo que mi esposa es una chica muy mala. ¿Qué deseás? Contame más.

—Deseo... pasar mi lengua para recoger esa gotita que escapa de tu glande.

—Definitivamente, está usted por arder en el infierno, señora Masslow; me ha provocado una erección con sus palabras.

—Yo sólo digo lo que deseo, estimulada por lo que veo. Su pene está muy hinchado, señor Masslow. —Paula hizo una pausa analizando sus emociones—. Y mi vagina está... empapada.

—¡Dios, Paula, vas a hacer que me corra sin tocarte siquiera! Dame eso —le quitó la cámara—, ahora es mi turno. —Se arrodilló en la cama y la obligó a recostarse, aunque primero la besó con vehemencia. Después adoptó la posición que ella tenía segundos atrás, pero en vez de ponerse de pie se quedó con ambas rodillas rodeándola. Paula le tiró un beso y sacó la lengua relamiéndose los labios; se mostraba descarriada, entonces Alex apartó la cámara y la

miró a los ojos mientras elevaba una ceja conmovido por su desenfado.

—Bueno, señor Masslow, estoy esperando que me describa lo que ve.

Alex sonrió y volvió a colocar el ojo frente a la lente.

—Estoy viendo, naturalmente, el rostro de la mujer que amo, que tiene una boca muy carnosa y una sonrisa que me quita el aliento.

—Le aseguro que esta boca es capaz de hacer muchas cosas que le encantarán.

—Hum, no lo dudo, sé muy bien lo que esa boca puede llegar a hacer.

—No se distraiga, por favor, prosiga y cuénteme. ¿Ahora qué ve?

—Muy bien. Puedo divisar el nacimiento de unos pechos que, si no los hubiera acariciado ya, no podría decir a ciencia cierta si son naturales u operados. —Él estiró su mano y apresó uno de sus senos.

—¿Qué hace, señor Masslow? Eso es trampa, el juego no era ése, sólo tenía que ver con el lente de la cámara.

—¡Al diablo con la cámara, Paula! Sólo quiero perderme en tu cuerpo, me calentaste demasiado y no doy más, te aseguro que la erección que tengo es muy dolorosa.

Dejó la cámara sobre la mesilla de noche, pero olvidó apagarla. Después se movió para apresar su boca. Enterró su lengua ardiente en ella y la rodeó una y otra vez de forma desmedida, se la tragó con el beso y apresó sus manos. Se las llevó hacia arriba estirando sus brazos y, como una hiedra, buscó entrelazar sus dedos con los de ella, mientras restregaba su sexo caliente y húmedo contra su pelvis.

—Así te quiero, Alex. Me encanta saber que te excito de esta manera —le dijo Paula apartándose para tomar aire.

Hicieron el amor apasionadamente; eran una fuente inagotable de deseo. Entre jadeos, gruñidos, lametazos y embestidas llegaron al punto álgido. Mientras vertían sus fluidos, Paula crispaba su cuerpo, lo arqueaba y se arrebujaba entre las sábanas, y Alex la

miraba embobado con los dientes apretados y resoplando hundido en ella. Habían conseguido juntos un orgasmo espectacular y, aunque estaban agotados, se quedaron mirando por unos instantes. Alexander sostuvo su cuerpo con la ayuda de sus brazos tambaleantes y le dijo:

—Sos increíble, nena.

Alex le besó la punta de la nariz y ella levantó sus manos. Le retiró el pelo de la frente con un gesto tierno, le recorrió la cara con el dedo índice y se lo posó en los labios. Él se lo mordió y le regaló una esplendorosa sonrisa.

—Sos mi caballero con armadura de acero, Alex, eso mismo pensé cuando te conocí. Ahora puedo afirmarlo.

Él aún permanecía en su interior y ella estaba con las piernas enroscadas en su cintura.

Estaban listos para partir. Heller acababa de avisar a Alexander que los esperaba abajo para llevarlos al aeropuerto. Bajaron en el ascensor, muy risueños y felices.

—Nos espera un mes muy intenso para amarnos mucho.

—Estoy deseando llegar de una vez a esas playas soñadas. *Ojitos*, gracias por mimarme tanto.

Ya en la planta baja, se detuvieron en conserjería para firmar la cuenta. Alex se aproximó al mostrador y Paula siguió caminando para esperarlo junto a la salida. Cuando él terminó de pagar, se dio la vuelta para ir en busca de su esposa y, en ese mismo instante, la vio hablando con una mujer a la que reconoció de inmediato; le estaba entregando un sobre. Caminó hacia ellas con premura y, después de dar unas pocas zancadas, llegó con el rostro desfigurado y la respiración entrecortada. Estaba preso de una mezcla de sofocación e ira.

—¿Qué mierda quieres de mi mujer, Rose?

—Simplemente, he venido a desearos muchas felicidades, querido yerno, y a entregaros mi regalo de bodas. —Alex la cogió del brazo y la fulminó con la mirada, pero aquella elegante mujer no se

amedrentó: sus ojos destilaban el mismo veneno que los de Alex—. Ahí le he dejado mi obsequio a tu nuevo caprichito, espero que lo disfrutéis tanto como lo haré yo. Querida, ojalá que Alex no se canse muy pronto de ti, pues suele ser muy inestable con sus sentimientos.

—¡Lárgate de una vez o te juro que te saco a empujones de aquí!

La mujer se soltó toscamente de Alexander y se dispuso a salir del hotel, pero antes de hacerlo se dio la vuelta y volvió a hablarles:

—*Happy honeymoon! Bye bye, dear*!

Paula ya había abierto el sobre que Rose le había entregado y encontró en él una citación formal del Tribunal de Justicia de Nueva York, donde se especificaba el inicio de una demanda a Alex reclamándole los óvulos y embriones fecundados. Grapada a la citación había una elocuente fotografía de Alexander y Janice besándose de forma muy escandalosa; se notaba que la foto la había hecho Alex con el móvil extendiendo la mano. Paula se puso pálida, pues ver esa imagen era realmente desagradable. Las cuchilladas que le produjo la hicieron sentir como si nadara en el hielo y, aunque le dolió en el alma, intentó serenarse y encontrar cierta mesura. Alex se la arrebató de las manos y maldijo una y otra vez, mientras insultaba en voz alta a su exsuegra. Cerró los ojos con fuerza y sólo atinó a disculparse:

—Lo siento, preciosa.

—Tranquilo —le contestó ella con la voz temblorosa—. Verlo es muy diferente a imaginarlo, pero ya sé que es tu pasado y no se puede borrar. —Él hizo ademán de romper la fotografía, pero ella se lo impidió—. ¡No! ¿Qué hacés? Entrégasela a Jeffrey, se la daremos a Heller para que se la haga llegar. —Miró hacia arriba y le señaló una cámara que había en la entrada del hotel—. Ahí está la prueba de su acoso. Tranquilo, mi amor, estamos juntos en esto.

—Sos increíble, Paula. —Él estaba verdaderamente amedrentado.

—Te amo, mi amor. Definitivamente, hoy las cámaras seguirán siendo nuestras cómplices. —Sonrieron recordando lo vivido en la

habitación—. Vamos, *Ojitos*, o perderemos nuestro avión. No dejemos que nada empañe nuestra felicidad.

—Estoy asustado, no deseo tener hijos que no sean tuyos.

—Es nuestra luna de miel, Alex —le cogió el rostro con las manos y lo acunó y besó—. Borrá toda esa basura de tus pensamientos; Jeffrey se encargará de eso. Ahora no pensemos en nada más que en nosotros, no permitamos que esa mujer consiga lo que vino a buscar.

Alex se pasó la mano por la frente, asintió con la cabeza y se fundieron en un abrazo gigantesco y sanador. Se colocaron sus Ray-Ban y salieron del hotel. Heller los estaba esperando para llevarlos al JFK.

—Buenas tardes, señor Alex, señora Paula.

—Buenas tardes, Heller —contestaron ambos a la vez.

Paula entró en la camioneta y se acomodó en ella. Su ánimo, por más que intentara levantarlo, estaba amilanado; no podía borrar de su mente la imagen de Alex besando apasionadamente a Janice.

Alexander, antes de subir, intercambió algunas palabras con su empleado y le entregó el sobre.

—Necesito que hoy mismo le facilites esto a mi hermano y le refieras lo sucedido. Y, por favor, coméntale lo de las cámaras de seguridad del hotel, donde seguro que quedó grabado lo que acaba de acontecer.

—Puede estar tranquilo, señor, que así lo haré. Lamento el mal rato que seguramente han pasado. He visto salir a la señora Rose, pero no la he visto entrar; si no, lo hubiera puesto sobre aviso.

—No te preocupes, Heller. Ahora llévanos a tomar nuestro vuelo. —Alex subió a la camioneta y abrazó a Paula con fuerza; en seguida, notó su cambio de humor, por más que ella intentara disimularlo—. ¿Estás bien, mi amor?

—Sí, no te preocupes, tratemos de olvidarnos de lo ocurrido.

—Yo también quiero eso, pero te noto triste y no deseo que estés así. Te amo, nena, te amo mucho.

—Lo sé, *Ojitos*, no te aflijas, ya pasó todo.

—Siento que hayas visto esa fotografía, pero...

—Chis, mi amor. No tenés nada que explicarme, besame y haceme sentir que tus besos son únicos y que son solamente míos; con eso me bastará, porque cuando me besás me olvido del mundo.

A Alex no le costó mucho trabajo acceder a su petición y muy pronto recobraron el buen humor, pues juntos sentían que todo era posible, siempre.

Llegaron al JFK y Heller se ocupó del equipaje. En la pista, ya los estaba esperando un jet privado para llevarlos en su vuelo al paraíso.

—¡Sorpresa, mi amor! Te presento la nueva adquisición de Mindland Inc.

—*Oh, my God*! ¡Alex, finalmente te has dado el gusto! —Él sonrió con autosuficiencia, mientras Paula exclamaba, se tapaba la boca y se aferraba a su cuello.

—Jeffrey y yo acabamos convenciendo a papá, ¿te gusta?

—¡Es genial! —aseguró ella ante el pasmo que le producía el Gulfstream G650 que había en la pista—. ¡Ay, Dios! Qué bien queda el nombre de la empresa en él, ¡me encantaaaa! —gritó Paula emocionada.

Sabía que Alex ansiaba hacía tiempo que la empresa poseyera un jet privado, porque se lo había comentado en varias ocasiones. Joseph y ella, por su parte, siempre se habían mostrado un poco reticentes a una inversión de esa índole; su suegro mucho más que ella, aunque también era cierto que la empresa podía permitirse ese pequeño lujo.

—Espera a verlo por dentro, te fascinará.

—¿Cómo es que no me enteré antes de esto?

—Era una sorpresa que me ayudaron a mantener en secreto para vos.

—¡Tramposo, no cambiás más! —Se besaron.

En cuanto se acercaron a los pies de la aeronave, la tripulación les dio la bienvenida. Ascendieron por la escalerilla e inmediatamente se encontraron con la cocina, ubicada en la parte

frontal del jet; después, estaba el sector de descanso de la tripulación y, separado por una división y una puerta de exquisitos acabados en madera lacada oscura, se hallaban los asientos, una mesa, un sofá cama y, al final, el baño. Paula miraba todo embelesada y Alex se mostraba muy divertido, escudriñando el interior junto a ella. La nave estaba equipada con la última tecnología y muchas comodidades, incluso podía realizar viajes transatlánticos. Después de ese primer contacto, se colocaron y despegaron. Hicieron el itinerario en la mitad de tiempo que si hubieran viajado en un vuelo comercial. Llegaron al aeropuerto de Los Cabos, en San José del Cabo, ciudad ubicada en la Baja California Sur, de México. Tras los trámites migratorios, subieron a un vehículo que los esperaba fuera del aeropuerto para llevarlos al complejo turístico donde Alex había hecho la reserva. Rodaron por la carretera federal no más de veinte minutos y, después, se desviaron hacia la transpeninsular.

Estaba cayendo la tarde cuando llegaron al *resort* Las Ventanas al Paraíso. En cuanto entraron, percibieron que allí hallarían paz, relax y disfrute, pues el lugar conjugaba a la perfección la belleza natural del espacio con la propia de la región. Allí los estaban esperando; todo parecía muy bien organizado. De muy buen ánimo y con acentuada cordialidad, el personal del hotel los guió a la residencia que tenían reservada con vistas al océano. Ingresaron en la amplia sala de estar y comedor, donde el lujo y la calidez los avasallaron. La persona que los había acompañado se retiró muy discretamente, tras dejar las maletas donde le habían indicado.

Todo estaba preparado de manera exquisita: Alex había especificado que iban de luna de miel cuando efectuó la reserva, así que habían dispuesto la habitación para agasajarlos de forma especial. La cama tenía esparcidos pétalos de rosa sobre las sábanas de algodón egipcio, mientras que, a petición de Alexander, una botella de La Grande Dame los esperaba en la mesa, junto a la cama. El ambiente estaba iluminado por candelabros y lámparas bajas; las cortinas, que los separaban de la terraza, estaban abiertas

y eso les permitía contemplar una majestuosa panorámica del mar de Cortés.

—Mi amor, esto realmente es una ventana al paraíso. ¡Me trajiste a nuestro paraíso particular! —Paula se había arrodillado encima de los sillones y miraba por la barandilla.

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? Creo que estoy en un sueño, no me despiertes nunca, por favor. —Paula se volvió, lo abrazó y lo besó—. Gracias, mi vida, siempre pensás en maravillarme.

—Te dije que veníamos al paraíso, deberías haberme creído.

—Para mí el paraíso es estar a tu lado.

—Ídem. —Le rozó la punta de la nariz con la suya y le dijo—: Vení, recorramos el resto de la residencia.

Entraron al baño, que estaba decorado de la misma forma que la habitación, con velas y pétalos de flores en el jacuzzi. Luego exploraron la cocina y después bajaron por una escalera trasera hasta una terraza más baja con piscina propia. Allí, había una cama emplazada sobre un plinto donde, si lo deseaban, podían dormir bajo las estrellas.

—¿Nos quedaremos el mes entero acá? —le dijo aferrándose a su cintura, mientras Alex permanecía quieto, con las manos en los bolsillos.

—Hum —exclamó él entrecerrando los ojos y luego le contestó—: No, mi vida, sólo estaremos una semana; luego iremos a Punta Mita. Pero no te adelantaré nada más, quiero volver a sorprenderte.

Los ojos de Paula estaban chispeantes como los de una niña con un juguete nuevo.

—¿Y ahí nos quedaremos el resto del tiempo?

—¡Qué preguntona estás! —dijo él haciendo un gesto con la boca en señal de reprobación.

—No te quejes, me aguanté mucho más de la cuenta, ¡recién empiezo a preguntar ahora!

—Lo sé, sé que te esforzaste —le habló al oído—. Luego iremos a Mérida y, por último, a Cancún.

—¡Ah, Alex! ¡Me encantan los lugares que elegiste! —gritó mientras se colgaba de su cuello.

—¡Qué bien, mi amor! Me dijiste que querías playas para nuestra luna de miel, así que espero que realmente te impacte el recorrido que escogí.

—¡Me encanta, todo me encanta! —Trepó hasta su cintura de un salto y lo rodeó con las piernas mientras se apoderaba de sus labios —. ¡Tengo el esposo más complaciente del mundo!

Alex la sostenía de las nalgas y se carcajeaban.

Como tenían mayordomo propio, decidieron cenar en la habitación y pidieron una degustación gourmet. Después de la cena, el personal, muy atento y discreto, supo retirarse en el momento justo y de manera muy amable. Antes de irse, el empleado les indicó que no dudasen en llamarlo si necesitaban cualquier cosa.

—Gracias, Carlos, es usted muy atento —le dijo Alex.

—Buenas noches, señor y señora Masslow, sepan que es un placer para mí estar a su entero servicio. Espero que disfruten de su primera noche en nuestro *resort*.

—La cena era exquisita, Carlos, y la atención es inmejorable —lo halagó Paula, satisfecha y agradecida.

Se quedaron solos en la terraza interior bebiendo unos margaritas que Carlos les había preparado.

—¿Tenés frío?

—Un poquito, no sé si es por el cansancio de todo el trajín de estos días previos o si es que el viento del mar se hace sentir.

—¿Preferís que vayamos adentro?

—No, prefiero que me calientes vos con tu cuerpo.

—Señora Masslow, está usted muy pedigüeña.

—Es que mi esposo ha hecho de mí una mujer insaciable.

—¿Muy insaciable? —preguntó él. Ella bebió un sorbo de su margarita, dejó la copa sobre la mesa baja y se sentó a horcajadas sobre sus piernas.

—Muy insaciable —corroboró Paula mientras le lamía el lóbulo de la oreja—. ¿Creés que vas a poder saciarme al menos por un rato?

Alex la recorrió con la mirada, de su boca a sus pupilas, y de pronto el azul de sus ojos se tornó muy brillante. Se inclinó para dejar su copa y luego metió la mano bajo la camisa de Paula.

—Creo que sé muy bien cómo saciarla, señora Masslow. Ahora le voy a formular una pregunta muy simple. ¿Está usted dispuesta a dejarme hacer lo que quiera? Porque para eso necesito su completa entrega.

—¡Señor Masslow! Usted sabe que no hay nada que me agrade más que ponerme en sus manos para que usted haga y deshaga con mi cuerpo a su antojo. —Se dieron un beso.

—¡Qué bien sabe ese margarita! —exclamó él.

—¿Todavía tenés ganas de beber margarita? —insistió ella y Alex frunció el cejo sin entender la pregunta.

Entonces, Paula, sin decir ni pío, se dio la vuelta y cogió la copa de la mesa baja para beberse un sorbo, se arrodilló sobre él y buscó su boca para depositar la bebida que guardaba entre sus labios. Él tragó y saboreó su lengua; se deleitó con ella, mientras que con sus manos se apoderaba de los botones de su blusa. El ambiente había cambiado con rapidez y los dos se mostraban urgentes. Alex abandonó su boca y se apropió de sus senos, los lamió en toda su redondez, succionándolos y mordisqueándolos por encima del encaje. Luego levantó su vista para mirarla; ella tenía la cabeza echada hacia atrás y se movía sobre su sexo, la costura de sus pantalones le producía una brutal caricia en su clítoris y estaba tan cegada de placer, que no podía dejar de hacerlo. Alexander le bajó los tirantes del sujetador, sacó los senos por encima de la copa y se adueñó de ellos con su lengua, los rodeó una y otra vez. En ese instante, levantó la cabeza de nuevo y le ofreció una sonrisa irresistible. Acto seguido, se movió junto a ella para depositarla sobre el sofá. Se arrodilló en el hueco que quedaba entre sus piernas, le desprendió el vaquero y enganchó también el tanga para quitárselos a la vez. Así quedó Paula, desnuda y expuesta para él.

Alex, insaciable, le acarició el monte de Venus con la palma abierta y palpó la sedosidad de su pelvis depilada. Le recorrió la hendidura con su dedo corazón mientras Paula se retorcía de placer. Alex tiró de la abertura de su camiseta y se la sacó por encima de su cabeza, desabrochó sus vaqueros con extrema rapidez y también se deshizo de ellos.

—Mi amor, sos mía, sólo mía. Me fascina disfrutarte de todas las formas posibles —le dijo al oído y el cuerpo de Paula reaccionó al instante. Mientras se aferraba a su espalda, lo notó tenso, le recorrió los omóplatos con sus dedos y lo hizo estremecer. Él bajó una mano y tanteó la humedad de su vagina, le introdujo un dedo, dos, tres, hasta que se dio cuenta de que estaba muy expandida, los retiró y, en su lugar, metió su pene despacio, probando su hechura y profundidad. Dejó que ella lo acomodara en su nido, la miró a los ojos y dejó escapar el aliento contenido en su boca; luego le susurró sobre sus labios—: Me encanta, jamás tendré suficiente de tu cuerpo, jamás me saciaré de esta pasión que me provocás. Tu olor me calienta, parezco un animal en celo que no piensa, no razona, y que sólo vive para amarte.

Cuando terminó de hablarle, ella se movió de tal forma que su pelvis se estrelló contra la de él. Paula quería provocarlo para que comenzara a moverse, pero él sólo se dedicaba a oprimirla, enterrándose siempre un poco más profundo, un poco más adentro.

Paula le clavó las uñas en la espalda y le dijo apremiada sobre sus labios.

—Movete, Alex, por favor, ya... movete de una vez, follame, follame sin parar, hacelo ya, necesito que me folles.

Su voz se oyó tan apremiada que Alexander no pudo más que ceder a su petición. Él también lo necesitaba, lo deseaba del mismo modo, así que comenzó de inmediato a moverse brutalmente, se enterraba y salía con furia, la asía por las nalgas y se las apretaba con fuerza. El olor a sexo y los gruñidos de ambos invadieron el ambiente. Entregados a su pasión incontenible, se movían desbocados para encontrarse, para que sus sexos se friccionasen y

les dieran el placer que anhelaban. Tomándolo por sorpresa, Paula se apartó hacia atrás y sacó su pene de ella, se dio la vuelta bajo su cuerpo y se arrodilló; entonces Alex volvió a enterrarse. Hundió nuevamente su miembro en su abrigo, la apresó con el brazo por la cintura y se recostó ligeramente en ella. Sus latidos eran tan fuertes que redoblaban en su espalda. Así trepado movía su pelvis para entrar y salir sin parar, a la vez que Paula se contoneaba al mismo ritmo para encontrarlo. Cuando ella sintió el primer espasmo de su cuerpo, clavó sus dedos en el sofá e intentó contener sus gritos, pero estaba demasiado excitada, demasiado caliente. Un fuego abrasador le recorrió su interior, un subidón se apoderó de todos sus sentidos y tembló de placer. El orgasmo de Alex no fue menos, porque al sentir que se hacían agua sus entrañas, también se licuó en su interior, le mordió un hombro, graznó y resopló mientras se vaciaba, mientras conseguía su atenuante. El deseo los envolvía y los desmembraba. Paula dejó caer su cuerpo y él se derrumbó agotado sobre ella, aflojó sus brazos y los dejó descansar a los lados mientras recobraban el aliento. Se quedaron tumbados durante un rato, el uno junto al otro; Alex le acariciaba los brazos y le besaba tiernamente el hombro.

—Me estoy durmiendo, Alex, el día ha sido demasiado largo.

—Hum... —musitó él de manera ininteligible.

—Vayamos a dormir.

Se levantaron a desgana y se trasladaron hasta la cama.

Capítulo 20



A*UNQUE* el lugar era tentador para quedarse día y noche en él, el resto de las jornadas no pararon. Había tantas actividades para hacer que no querían privarse de nada. Por otra parte, Alex había planificado todo muy bien. Durante el día, salían y disfrutaban de las atracciones de la región y, por la noche, no paraban de amarse y de entregarse a esa pasión descontrolada que anhelaba sin saciedad la fusión de sus cuerpos.

Les quedaban dos días allí y luego partirían hacia un nuevo destino, así que decidieron prepararse para disfrutar de la sorpresa de la jornada. Alexander había reservado una travesía en velero. A bordo, se dejaron llevar, a la velocidad del viento tropical, por las aguas azul turquesa hacia las playas naturales del mar de Cortés. En el trayecto, avistaron delfines, que parecían atraídos con la estela de la embarcación. Saltaron un rato sobre ella, ofreciéndoles un espectáculo fascinante, hasta que finalmente se alejaron cansados. El velero se detuvo mar adentro, en una zona propicia para tirar el ancla, y Alex, entusiasmado, animó a Paula a hacer *snorkeling*. Ella nunca lo había probado, pero como no podía negarse a nada que él le pidiese, aceptó gustosa.

—Confiá en mí y nos lo pasaremos genial. Además estaré a tu lado y no permitiré que te pase nada, verás que te encantará. —Alex mojó bien su pelo y se lo echó hacia atrás. Le pasaba las manos con

entusiasmo y, como siempre que se ponía a hacer algo, su cara de concentración era un poema. Con ahínco, le despejó el rostro y, luego, hábilmente le colocó la máscara—. Tranquila, mi amor, respirá un poco por la nariz, así provocás que se adhiera a tu piel y quede bien sellada. Ahora relajate para poder disfrutar mucho más. —Ella asentía con la cabeza, entregada a su experiencia, mientras él, con conocimiento, le ajustaba la correa en la parte ancha de la cabeza—. ¿La sentís demasiado ajustada?

—No, está bien ahí.

Luego le colocó el tubo, asegurándose de que estaba en buena posición, junto a la parte delantera de la oreja. Después, la ayudó a ponerse las aletas.

—Bueno, ahora colocate la boquilla en la boca y practiquemos la respiración. Tratá de respirar por el tubo. —Paula, como una buena alumna, hizo todo como Alex le indicaba—. Bien, bonita, ¿ves qué sencillo? —Ella asintió y él volvió a quitarle la boquilla—. Lo mismo será cuando tu cara esté sumergida bajo el agua, te juro que te sentirás igual.

—Sí, parece fácil.

—Lo es, mi amor —le aseguró y la besó—. Por último, cuando patalees, hacelo desde la cadera. ¿Te animás a probarlo? —Paula asintió de nuevo, así que Alex se colocó su equipo con rapidez y se lanzaron al agua—. Bien, primero, hasta que te acostumbres a respirar, lo haremos sólo con el tubo fuera del agua y disfrutaremos de la vista hacia el fondo. Cuando me indiques que te sentís confiada, nos sumergiremos y entonces contendrás la respiración. Luego saldremos para volver a respirar, pero no levantarás tu cabeza hasta cerciorarte de que has vaciado bien toda el agua del tubo, ¿de acuerdo? Soplarás bien fuerte para expulsarla y, si hemos visto algo que nos ha interesado, no dejaremos de mirarlo, porque, si no lo vigilamos, se nos perderá. Respiraremos unas cuantas veces más y volveremos a sumergirnos para seguir contemplando lo que nos había gustado. Sólo descenderemos unos poquitos metros; así que

tranquila: el aire con el que puedas llenar tus pulmones, te alcanzará de sobra, ¿me entendiste? ¿Querés preguntarme algo?

—No, creo que he entendido todo, quiero probar ya.

—En ese caso, ponete la boquilla y aventurémonos. Abajo nos hablaremos con señas, dame la mano, no te soltaré.

Paula, fascinada, no quería salir del agua, y no paraba de sacar fotografías y de filmar.

—¡Me encanta, Alex, me encanta! —Se impulsaban con las aletas en el agua mientras se abrazaban y se besaban.

—Ah, ¡me alegra mucho que lo estés disfrutando! Cuando regresemos a Miami, perfeccionaremos tu técnica y te prometo que iremos a bucear.

Después de la aventura, se tendieron en las tumbonas sobre la cubierta del velero para disfrutar del sol. Se tomaron unas bebidas bien heladas y, entre besos y caricias, comieron unos aperitivos de camarón, ceviche, tacos y guacamole.

Luego, Paula se puso a revisar lo que había filmado en el fondo del mar y, al rebobinar la cinta, se encontró con una filmación que no sabía que existía. Se ruborizó de inmediato y Alex notó su cambio de expresión.

—¿Qué pasa? —Ella se cubrió la boca y dejó escapar una risita—. ¿Qué, Paula? —insistió él. Paula le pasó la cámara para que Alex viera las imágenes y, en cuanto las miró, volvió sus ojos hacia ella, su mirada se oscureció y su entrepierna comenzó a latir.

La joven se acercó a su oído mirando la pantalla junto a él.

—Señor Masslow, por lo que puedo ver, cuando dejó la cámara en la mesilla de noche olvidó apagarla. Tengo la sensación de que estaba usted muy desencajado a la mañana siguiente de nuestra noche de bodas y hasta me atrevería a decirle que perdió su autocontrol.

Alex sonrió y le dijo muy bajito:

—Nena, tu cara era un primor; acepto que me descontrolé un poco, pero vos también estabas bastante perdida, mi vida. —Se quedaron mirando las escenas en que ellos eran los protagonistas

durante un rato y luego Alex la miró fijamente a los ojos y le habló en un tono casi marcial—: Bajá al camarote y esperame en el baño.

Paula dudó un momento, pero se sintió tentada por la propuesta de su esposo, así que sonrió con picardía e hizo lo que él le pedía.

Alexander no tardó demasiado. Ella lo esperaba expectante, con su corazón latiendo desacompasado por la ansiedad. De pronto, oyó unos golpecitos en la puerta y Paula abrió para que entrara.

—Alex, está toda la tripulación arriba en la cubierta. Se darán cuenta. No sé si hemos hecho bien en venir aquí.

—Están todos muy entretenidos, tranquila. Vamos, nena, lo haremos rápido.

Con premura la giró, le corrió el biquini y le acarició su hendidura. Paula estaba húmeda: era obvio que la filmación también la había excitado a ella. Sin pérdida de tiempo, Alex se bajó el bañador y la penetró; él también estaba sólido y preparado para enterrarse en ella. Se hundió de una estocada y comenzó su vaivén, al mismo ritmo que el oleaje que mecía al velero. Alex se aferró a sus caderas mientras se movía cadencioso y se bamboleaba sin parar. Después de unas cuantas idas y venidas, Paula giró su torso para que él se apoderase de su boca, y él la besó carnal y desesperadamente. De repente, apartó sus labios, le dio una palmadita en la nalga y le dijo entre dientes:

—Levantá la pierna sobre el inodoro, nena, quiero entrar más profundo en vos.

Así comenzó una despiadada intromisión que perseguía el rápido alivio para ambos.

—¿Te gustó vernos follando? —le preguntó él.

—Fue muy excitante, Alex, me encantó mucho vernos en esa intimidad. ¿Y a vos?

—¿No se nota, nena, cuánto me gustó? Me puso loco verme perdido en vos, y sólo deseé volver a estar así, enterrado en tu sexo. —Hablaban entre susurros.

Alex se movió unas cuantas veces más hasta que ambos se corrieron, se guardaron los gemidos para sí y apretaron los dientes

cuando consiguieron el ansiado orgasmo. Cuando la adrenalina del momento se pasó y Paula reflexionó un poco, se sintió un poco avergonzada.

—Mi amor, tranquila, somos recién casados. De todos modos, te prometo que nadie se dio cuenta, aunque te juro que esta gente debe de estar más que acostumbrada.

—Si me decís eso, no voy a poder salir de este baño.

—Venga, nena, fue muy lindo. Además, es tarde para arrepentimientos y soy tu esposo, mi vida. —Le guiñó un ojo—. Como en Lupa, ¿sí?, primero salgo yo con mi mejor cara de póquer y después vos. Te amo, nena.

Alex subió a cubierta y, después de unos minutos, lo hizo Paula. Volvieron a tumbarse al sol, cogidos de la mano; a ratos, se miraban con complicidad. Pasaron el resto del día relajados con los sonidos balsámicos del océano de fondo. Divisaron ballenas jorobadas y se deleitaron con el atardecer más bello que jamás habían imaginado contemplar. Los tonos rojizos y dorados en el cielo inundaron el ambiente y el sol desapareció lentamente en el horizonte, hasta casi quitarles el aliento por la belleza del momento.

Durante su última tarde en Los Cabos, fueron a Todos Santos, un pueblecito que originalmente había sido una misión y plantación jesuita, y donde en la actualidad había emplazada una comunidad artística, con galerías y tiendas diversas. Allí compraron joyería de plata hecha a mano, candelabros de hierro forjado y algunos tallados en madera que a Paula le habían gustado, entre otras cosas típicas de la región.

Por la noche, Alex la dejó elegir, así que, entusiasmada, ella optó por ir a un club nocturno. El Pink Kitty era un *nightclub* vip al mejor estilo de Las Vegas, donde bebieron un poquito de más: tequilas, mojitos y champán; sin duda, una mezcla vigorosa.

—¡Bailemos, esta canción me encanta! —Ambos estaban de muy buen humor y se habían divertido mucho con la salida.

Alex se levantó para complacerla y la llevó hacia la pista, donde disfrutaron al ritmo de *Blurred Lines*, el tema de Robin Thicke con T. I. & Pharrell. Como siempre, él se movía con sensualidad y la hacía bailar de manera sinuosa a ella también.

—Nena, me calentás si movés el culo de esa forma. —Paula sonrió pícaramente y continuó bailando. Cuando la canción terminó, ella se aferró a su cuello en el medio de la pista y le plantó un escandaloso besazo en la boca.

—¡Cómo me gustan tus besos, Alex!

—¿Te gustan mucho?

—Demasiado. —Volvieron a besarse.

—Vamos, Paula, regresemos al *resort*. Te aseguro que lo que tengo ganas de hacerte en este momento, acá es imposible.

—¿Y qué tenés ganas de hacerme? Contame, quiero saber si es un plan mejor que quedarnos en este *nightclub*.

Él la miró y se rió licencioso, luego se acercó a su oído.

—Para empezar, voy a darte muchos más besos, porque recién me dijiste que te gustaban.

—Pero eso también podemos hacerlo acá.

—Sí, pero tengo planeado quitarte toda la ropa mientras te beso y, además, prometo que no dejaré ni un solo rincón de tu cuerpo sin lamer.

—Hum, eso sonó muy tentador, aunque aún no me convence, señor Masslow. Siga explicándome, inténtelo un poco más, pues sé que su imaginación es muy creativa.

Alex volvió a reírse, le mordió los labios y volvió a acercarse para hablarle.

—Voy a enloquecerte entrando y sacando mis dedos de tu vagina, mientras te doy mordisquitos en el clítoris; sé que eso te gusta. —Paula abrió los ojos como platos y le plantó un beso.

—Debo reconocer que eso ha sonado irresistible, incluso, ha provocado que me latiera la vagina con fuerza.

Alex miró a todos lados y, cubriéndola con su cuerpo, tomó su mano y se la puso sobre la bragueta.

—Estoy muy duro, Paula, quiero follarte, quiero meter mi pene en vos y contonearme sin parar hasta que lleguemos juntos al orgasmo.

—Definitivamente, creo que me ha convencido, señor Masslow. Accederé a irme con usted.

Se devoraron con un beso húmedo e impetuoso y luego se retiraron de la disco.

Llegaron al *resort* riéndose y hablando en voz un poco alta para la hora que era.

—¡Chis! —la regañó Alex mientras la dirigía agarrada por la cintura.

—Señor Masslow... Alex, creo que no debiste dejarme que bebiera tanto, pues no puedo parar de reírme y me siento un tanto volátil. —Cuando no se carcajeaba uno lo hacía el otro y Paula arrastraba un poco las palabras—. Si seguimos riéndonos de esta forma nos van a echar antes de tiempo por romper la tranquilidad en Las Ventanas. Vamos a tener que dormir en el aeropuerto, esposo mío.

—Creo que yo también bebí de más. Por Dios, qué manera de reírnos, me duele cada músculo de la cara de tanto hacerlo. Hablá bajito o nos van a echar en serio.

Cuando entraron en la residencia, tropezaron y fueron a parar de narices al suelo; otro motivo más para reírse durante un buen rato. Se desternillaron de risa hasta tal punto que se quedaron revolcándose en el piso y cogiéndose la barriga.

—Creo que estoy un poco borracha, Alex.

—Yo también, tomamos demasiado tequila.

De pronto, la risa se transformó en pasión y comenzaron a besarse. Alex le pegó un puntapié a la puerta y sus manos deseosas reptaron por el cuerpo de Paula. Se ayudaron a despojarse de la ropa y terminaron haciendo el amor en el suelo.

Se despertaron con un fuerte dolor de cabeza. Paula ni recordaba cómo habían ido a parar a la cama. La resaca era tremenda, pero

nadie podía quitarles lo bailado. Después de desayunar, partieron hacia el aeropuerto, donde los esperaba el jet que los llevaría al próximo destino.

El viaje fue corto; llegaron a Nayarit y se alojaron en el hotel Saint Regis, uno de los más exclusivos de la zona, construido en la parte natural de Punta Mita. Al entrar, Paula se quedó fascinada por la armonía que emanaba del lugar.

—¡Alex, esto va *in crescendo*! ¡Otro paraíso, mi amor!

—Sólo deseo que jamás olvides nuestra luna de miel, quiero agasajarte con todos mis sentidos. —La abrazó y la besó mientras le hablaba sobre los labios—. Mi hermosa esposa sólo merece lo mejor.

—Vos sos lo mejor, mi cielo, ¡lo mejor de mi vida!

Después de comprobar la reserva, los acompañaron hacia la habitación que Alex había elegido, la Suite Presidencial. Era un espacio voluptuoso, que combinaba a la perfección y con un gusto exquisito el arte provenzal con el mexicano. Las texturas utilizadas creaban un entorno sumamente distinguido. La suite estaba ubicada en una villa privada y les ofrecía una vista panorámica y extraordinaria de la playa, un espectáculo fenomenal para disfrutar del maravilloso romance de su luna de miel. Tenían una terraza privada con piscina, jacuzzi y ducha al aire libre, y un servicio personalizado de mayordomo. El entorno natural donde estaba ubicado el hotel era hermosísimo: el mar, la playa, la vegetación, los atardeceres con los pelícanos, cada detalle que sus ojos podían captar era inolvidable, como los días que iban a pasar allí.

Estaba cayendo la tarde y Alex se sentó a hablar por teléfono con Jeffrey. Aprovechando que Paula se estaba dando una ducha, decidió llamar a su hermano para ver cómo evolucionaba el asunto de la demanda.

—Tranquilo, Alex, dejá de preocuparte y disfrutá de tu luna de miel. Cuando regreses, hablamos. Te aseguro que no tenés que preocuparte más de la cuenta. Esto lo hicieron sólo para joderte la vida, pero no pueden conseguir nada.

—¿Me estás diciendo que puedo quedarme realmente tranquilo?

—Hermanito, confiá en mí, sabés que si existiera algún motivo de preocupación no te lo ocultaría.

—Jeffrey, ponete en mi lugar, no puedo dejar de angustiarme. No deseo tener esos hijos. Estoy convencido de que fecundar esos óvulos fue la estupidez más grande que hice en mi vida. Ahora sé que jamás amé a Janice y un hijo debe venir al mundo rodeado de amor y no en estas circunstancias.

—Tranquilo, no hay jurisprudencia alguna en el estado de Nueva York que avale el nacimiento de esos embriones. Tus exsuegros quieren molestarte y utilizaron eso porque no sabían de qué otra forma hacerlo. Sólo intentan fastidiarte, aunque ellos también saben que no llegarán a nada. Pretenden no dejarte en paz, sobre todo porque no pudieron seguir disfrutando del «paquete social Masslow». Vos, mejor que nadie, sabés que esto siempre se movió por dinero. Alex, no les des el gusto de tenerte en un sobresalto continuo, disfrutá de tu vida, de tu esposa; el resto es pura banalidad.

—Lo sé, Jeffrey, pero necesitaba oírlo de tu boca. Hasta ahora, sólo habían sido amenazas, pero tener esa citación en la mano minutos antes de salir de luna de miel me desestabilizó; no me lo esperaba y menos del modo en que lo hizo. Te juro que Rose se arrepentirá de ese acoso y de meterse con Paula, que nada tiene que ver en este asunto. Te aseguro que me voy a cobrar con creces el hecho de que le haya enseñado esa foto a Pau.

—Alex, hermano, entiendo que necesitaras hablarlo con alguien y que me llamaras por eso, pero no le hagas caso a esa perra que sólo quiso opacar tu felicidad. Esa mujer es una resentida, no la tengas en cuenta, no vale la pena. Enterrá tu pasado de una vez, Alex. Paula merece que lo hagas.

—Te juro que lo intento y sé que Paula merece que lo haga, pero esa infeliz no me deja continuar con mi vida.

Estaba tan ensimismado en la conversación con su hermano que no oyó que ella se acercaba, hasta que notó que sus brazos se aferraban a su cuello. Alex estaba sentado en el sofá de la terraza y

Paula no había podido evitar oír la conversación. Empezó a besarlo sin parar, mientras él terminaba de hablar. Después de que él se despidiera, dio la vuelta, se acurrucó en su regazo y hundió la cara en su cuello para inspirar con fuerza ese olor que la fascinaba.

—No quiero que te preocupes, no quiero enterarme de que algo te angustia de ese modo y que no lo compartís conmigo.

—Lo siento, no quería transmitirte mi malestar.

—¿Por eso esperaste a que me metiera en el baño? ¿Para qué yo no escuchara? —Lo cogió por el rostro.

—No quiero que te angusties más de la cuenta, Paula.

—Tus preocupaciones son las mías, Alex, ahora somos esposos. —Lo besó con ternura—. Debemos compartir todo, lo bueno y lo malo, eso nos prometimos cuando recitamos nuestros votos. Mi amor, analicemos juntos la situación.

—¿Qué querés que analicemos?

—Todo, hagámoslo de la misma forma que procedemos cuando analizamos juntos un negocio.

—No es necesario.

—Sí lo es, ¿recordás la conversación en Miami?

—Sí, la recuerdo bien.

—Bueno, entonces dijimos que confiaríamos el uno en el otro para aliviar nuestros pesares.

—Pero no quiero mezclarte en esto.

—¿Y cómo creés que no voy a involucrarme si te amo tanto? Decime, ¿cómo vas a hacer para dejarme de lado, si vos y yo convivimos a diario? ¿De qué método te valdrás para ocultarme lo que leo con claridad en tus ojos?

—Te amo, nena, te amo con toda mi alma y lamento mucho este sinsabor.

—Yo también lo lamento, Alex, pero ¿sabés qué? Estos sinsabores que nos tocó afrontar nos ayudan a que nos unamos más. Debés tranquilizarte, mi amor. Ahí están los contratos firmados por Janice, y ella estaba en perfecto uso de sus facultades mentales cuando lo hizo. Además está todo dentro del marco legal, ¿no es

así? —Él asintió—. Entonces, pensemos en positivo. —Paula le acarició la frente para borrar las arruguitas que se le habían formado cuando adoptaba ese rictus de preocupación. Le pasó los dedos por la frente una y otra vez hasta que él se relajó—. Sin embargo, también estaría bien que contempláramos el peor escenario, pues es una posibilidad que no debemos dejar de considerar. Juntos es más llevadero todo, mi vida, ¿no te parece? —Alex esbozó una mueca y asintió con su cabeza—. Supongamos que ellos lograran forzarte a dar tu consentimiento para que ese bebé naciera. Bueno, después de todo, sería tu hijo o hija y yo lo querría de igual forma, porque llevaría tu sangre. Y estoy segura de que vos también llegarías a quererlo, porque tu alma es muy generosa. Una vez te dije que te quería completo, con todo lo que viniera con vos.

—Entiendo lo que estás intentando decirme y te lo agradezco; sé que tus sentimientos son buenos, de eso no tengo dudas. Yo también sé que lo querrías y que yo acabaría dándole mi amor; soy consciente de que no estás hablando por hablar, pero no es tan sencillo, Paula. Nuestra vida se convertiría en un verdadero fastidio con Rose cerca de nosotros. Creeme, vos no la conocés, esa mujer es una arpía. Nos pondría pleitos y nos mortificaría por cualquier cosa; sería una situación que, a la larga, podría acabar desgastando nuestra pareja. Por otra parte, ella no se conformaría sólo con ese nacimiento; estoy convencido de que después me llevaría a juicio por la custodia y nos haría la vida imposible. Rose busca dinero y no se quedaría satisfecha sólo con tener un nieto que adorar, como quiere hacernos creer ahora; iría a por todas, pretendería criarlo y no permitiría que vos lo hicieras. Lo que ella desea, de verdad, es tener acceso a mi dinero; lo único que le importa es acceder a determinado estilo de vida.

—¿Tan desmedida es su ambición? ¿No creés que quizá lo haga sólo por tener un pedacito de su hija?

—Rose no tiene sentimientos, Paula. El nacimiento de Janice fue, para ella, el pase a una vida medianamente acomodada. Mi exsuegra tuvo una hija para poder casarse y Audrey nació para que

ella pudiera cobrar una herencia. Esa mujer jamás amó a sus hijas. No sabés lo perra que es; es fría, calculadora, hace y deshace con todo lo que tiene alrededor. Las personas son objetos para ella. Mi exsuegro es un pelele sin carácter que sólo hace lo que ella le ordena y que permitió durante toda su vida que su esposa dilapidara su dinero en apariencias. Mi excuñada... ésa es otra zorra, bastante parecida a su madre, que si hubiera podido, se habría acostado conmigo para quedarse embarazada. En determinado momento de mi vida, en que Rose se dio cuenta de mi desequilibrio emocional, también me intentó controlar y yo casi accedí a esto que hoy pretende por los tribunales. Es por ese motivo por el que no se conforma, porque una vez estuvo a punto de conseguirlo; en cierto momento, me manipuló de tal forma, Paula, y me hizo sentir tan culpable por la muerte de Janice, que sólo creía que podía redimirme cediendo a todo lo que su madre me pedía. Pero, por suerte, reaccioné a tiempo y me di cuenta de lo que en realidad pretendía.

—Tranquilo, no te angusties. Sólo fue una pregunta, necesito saber bien a qué debemos atenernos.

—Paula, mi amor —empezó a decir Alex y le dio un sonoro beso —, en todo esto, lo más importante para mí, lo más válido y el único motivo real y fehaciente es que no deseo ser padre de un hijo de Janice. No quiero tener un hijo con una persona que murió hace más de dos años, no lo deseo y, es más, creo que nunca lo quise. Si puedo evitarlo, lo haré. Cuando accedí a esa fecundación, sólo tenía en cuenta su enfermedad y, en mi afán por hacerla sentir bien, no pensé en mí y en lo que verdaderamente anhelaba. Por eso permití que fecundaran esos óvulos con mis espermatozoides; sé que es una opción un tanto controvertida, pues esos embriones, aunque estén congelados, significan una vida en suspenso, pero para mí no tenía un valor emocional especial, sólo eran procedimientos de criogenia. Sólo ansío tener hijos con vos, Paula, no voy a permitir que esos embriones nazcan.

Finalmente lograron distenderse y decidieron comer en la suite. Por la noche, se entregaron a sus besos y abrazos sanadores.

Al día siguiente, fueron a practicar surf. Se habían levantado muy temprano para trasladarse hasta El Anclote, un paraje frente a los condominios de Punta Mita que le habían recomendado a Alex como el sitio ideal para un principiante, teniendo en cuenta que Paula jamás se había subido a una tabla. El oleaje allí era suave, lento y largo.

Llegaron a las playas y se vistieron con los trajes de neopreno. Alex le ató la cuerda al tobillo y, con paciencia, comenzó a explicarle. Tras indicarle varias veces cómo moverse, se internaron en el mar. Sin embargo, para Paula fue muy frustrante al principio, pues hasta le resultaba difícil mantenerse sentada sobre la tabla. Después de un rato, lograron remar hasta el lugar donde rompían las olas

—No lo conseguiré, mi vida, creo que esto no es para mí.

—Vamos, Paula, sí lo lograrás. Prestá atención a cómo coloco mis manos para ponerme de pie. Debés situarlas muy planas y sin cogerte de los bordes, así. —Alex lo hacía parecer muy fácil, pero cuando ella lo intentaba, no le salía y terminaba tumbándose y, por consiguiente, cayéndose al agua; el esfuerzo estaba resultando agotador—. Mirá mis piernas. Te parás y apoyás ambos pies en la tabla. ¿Ves cómo flexiono las rodillas y tiro ligeramente el torso hacia adelante? Venga, intentalo ahora.

—No voy a poder, mi amor.

—Vamos, bonita, sí podrás, juntos lograremos todo. Descansemos un rato y volvamos a intentarlo después.

Alex la tenía asida por la cintura y flotaba por los dos. Luego la ayudó a trepar a la tabla para que se recostara y descansar un poco más. Al final, con mucha paciencia y tesón, Paula lo logró y pudo alcanzar su primera ola de pie. El ejercicio de compartir ese deporte era fascinante, pero Alex se había quedado con ganas de coger una buena ola, así que hizo unas rápidas averiguaciones y se trasladaron hasta Sayulita, a sólo veinte minutos de donde se encontraban. Allí llegaban con fuerza y parecía un lugar muy divertido, con un ambiente excelente.

Paula se quedó en la playa haciendo fotos y grabando en vídeo las habilidades de su hombre. Después de haber pasado todo el día en la playa, por la tarde, regresaron al hotel exhaustos.

Allí, por más que el día hubiera sido muy intenso, hicieron el amor en el jacuzzi y, luego, por la mañana, antes de partir, volvieron a repetir en la ducha, de donde salieron empapados para llegar al éxtasis final en la cama.

—Lo estamos mojando todo.

—No importa, Paula, nada importa. Sólo quiero saciar esta sed que tu cuerpo me provoca.

Alex estaba perdido en el cuerpo de su hermosa esposa. La había colocado en todas las posiciones posibles. Primero en el baño, donde habían conseguido un orgasmo increíble, y cuando estaban a punto de secarse, un casto beso desembocó en otro desmedido y la pasión volvió a aflorar en ellos. Se perdieron el uno en el otro, de forma incansable. Alex volvió a enterrarse en Paula, hasta que ella lo tendió de espaldas en la cama y, mientras trepaba hasta su sexo y se apoderaba de su boca, lo hizo llegar a un éxtasis que lo hizo enloquecer. Alex gritó y rugió como nunca, con el último aliento expelió su nombre y eyaculó temblando, consumido y aferrado a sus nalgas.

El tiempo pasaba a toda velocidad. Ellos parecían no tener descanso. Alex había planeado una luna de miel en la que nada quedara al azar; cada día estaba proyectado a la perfección. Habían llegado ya a la mitad del viaje y se trasladaban hacia Mérida, un lugar con mucha historia.

—En breve aterrizaremos, Paula, éste será el único tramo de la luna de miel en que estaremos alejados de la playa, pero, habiendo venido a México, me parecía imposible obviarlo; los tesoros arqueológicos de esta ciudad son maravillosos.

—Tu decisión me parece perfecta, mi amor. Todo lo que vos decidas sé, sin duda, que es lo mejor; confío plenamente en vos.

Llegaron a la hacienda Xcanatún, que estaba situada a tan sólo cinco minutos de la ciudad de Mérida, en la carretera a Progreso, y a sólo diez kilómetros del centro histórico. Cerca de allí, había diversos atractivos turísticos: emplazamientos arqueológicos, playas y ciudades coloniales que también tenían pensado recorrer.

En la hacienda, los aguardaban con un recibimiento muy cálido y personalizado. Los invitaron con unos margaritas y, de inmediato, les mostraron las instalaciones. Tras un breve recorrido por el lugar, los acompañaron hasta la Master Suite para que pudieran acomodarse y refrescarse.

El encanto de lo antiguo y la comodidad de la modernidad hacían de esa lujosa habitación, con acabados y materiales naturales y exquisitos, un lugar de ensueño que los transportó a principios del siglo XVIII. Alex y Paula estaban fascinados con el lugar, que a ella le hacía recordar mucho a la vida en la plantación. La hacienda estaba emplazada en un enclave muy silencioso, rodeado de una espesa vegetación. En definitiva, aquél era un ambiente idóneo para desconectar de la vida cotidiana de la ciudad y disfrutar de la naturaleza; ideal para sumirse en su mundo propio, el que habían creado juntos y en el cual no les hacía falta más que su mutua compañía.

La primera noche, cenaron en el restaurante una combinación perfecta de comida francesa y caribeña que Alex y Paula disfrutaron de pleno. Mimosos, románticos y muy atentos el uno hacia el otro, intercambiaron tiernas cucharadas en la boca. Paula había pedido, como plato principal, frijoles con cerdo, una receta tradicional de Yucatán; Alex, en cambio, probó los chiles en nogada, otra especialidad típica de la cocina mexicana. Después de cenar, decidieron caminar por los jardines, abrazados y seducidos por la belleza del paisaje y la pasividad del lugar. Regresaron a la terraza privada de la habitación un poco más tarde y se recostaron en una de las hamacas.

—Hum, me encanta el rumor de los insectos en la noche, me recuerda a Mendoza.

—Cuando hice la reserva en Xcanatún, me imaginé que te gustaría, porque yo también lo relacioné con el ambiente de tu tierra. Sinceramente, eso fue lo que me hizo decidir; a punto estuve de reservar plaza en un hotel de la ciudad.

—Qué bien que no lo hicieras, porque me atrae mucho este lugar, me fascina el contacto con la naturaleza; además, ya estuvimos en muchos hoteles. —Se besaron acariciándose la espalda. Ambos tenían las manos metidas bajo la ropa del otro y sus palmas zigzagueaban con ternura sobre su piel.

—*Blue eyes*, no me sonrías así que estamos afuera. Mi amor, si metieras en este momento tu mano bajo mi tanga te aseguro que podrías saber el poder que tiene tu sonrisa. —Él se pegó a su cuerpo, y le apoyó su sexo para que ella lo notara.

—Mirá lo que tu boca me provoca, nena, ¿sentís lo duro que me ponés?

—Alex, quiero que siempre sea así entre nosotros, es lo que más me gusta de nuestra relación: esta atracción física. Además, quiero que el profundo amor que siento por vos nunca se acabe. ¿Sabés? Antes siempre hablaba con Maxi, bueno, no es un secreto para vos que con él hablábamos de todo, incluso de sexo, y yo siempre le refutaba cuando él me argumentaba que el sexo es una de las cosas más importantes en una pareja. Uno puede sentir cariño hasta por su mascota, pero la atracción sólo sirve cuando la piel te llama. Ahora entiendo lo que él pretendía explicarme; tu piel me atrae, me estremecés tan sólo con rozarme, me excitás cuando te reís y lo que más me asombra es la manera en que puedo expresarte esto que siento.

»Transformaste mi vida en todos los sentidos, Alex, a tu lado me desinhibí por completo; descubrí en mí a una persona que no sabía que existía. Al principio de nuestra relación, cuando pensaba en esto, la atracción física incluso me asustaba. En cambio ahora, deseo que todo sea siempre así, no quiero que sólo permanezca el afecto y que nos acostumbremos a estar al lado de la otra persona; no ansío eso para nosotros. Deseo que vivamos cada día como el primero,

porque así es como me hacés sentir cuando estoy entre tus brazos. Para mí, cada vez es como la primera vez que me hiciste tuya.

—Mi amor, yo anhelo exactamente lo mismo. Cuando estoy entre tus brazos me enamoro nuevamente de vos. Cuando te miro, dejo de razonar, me paralizás. Tu piel es como un bálsamo para mí, tenerte y poseerte es todo lo que necesito. No tomes a mal lo que voy a decirte, pero es imposible no comparar. Estuve con muchas mujeres, Paula, pero jamás sentí con nadie lo que siento con vos, lo nuestro va mucho más allá de todo. ¿Sabés? A veces pienso... ¿Cómo explicarte? Creo que el hombre es más carnal que la mujer; ustedes cuando conocen a alguien son más platónicas, pero el hombre lo único que espera, en un primer momento, es satisfacer sus instintos animales. Con vos, eso se une al estremecimiento que me provoca el solo hecho de que me mires, me hables o me dediques una sonrisa. Yo tampoco quiero que nuestra relación cambie, me encanta cómo nos complementamos en todo, hasta en el trabajo. Y en la cama, ¡uf!, nena, cada vez que hacemos el amor encontrás una manera nueva de sorprenderme. Siempre lo noto diferente, cada día confirmo que podés hacerme sentir más y más intensamente. —Alex la besó y Paula se perdió en la danza de sus lenguas. Después, Alex añadió—: No veo la hora de que pasen esos diez meses que dijo Callinger que debíamos esperar para tener un bebecito.

—Yo también sueño con eso, ¿te imaginás? ¿Vos y yo papás? ¡Oh, Dios! Escuchar sus ruiditos y ponerlo a dormir en medio de ambos.

—Bueno, eso no sé. Después se acostumbran y, la verdad, es que en la cama sólo te deseo para mí. No sé si eso estoy dispuesto a compartirlo.

—¡Celoso! —Alex le mordió la barbilla—. ¿Serás un padre consentidor, Alex?

—Supongo que sí, pues creo que me enloquecerá tanto como vos; creo que tampoco podré decirle a nada que no.

—Alex, quiero que lleguemos a viejitos juntos.

—Yo también lo deseo, mi amor.

—Prometeme que, cuando surjan inseguridades, siempre vamos a intentar superarlas.

—¡Eso es obvio! ¿Qué ocurrencia es ésa?

—Es que seguro surgirán complicaciones, Alex, porque, aunque hace un tiempo que estamos muy bien, aflorarán conflictos. La vida no es siempre color de rosa, ésa es la realidad.

—Pero espero que, por ahora, no surja ninguno. Me gusta mucho estar así con vos y anhelo que los problemas sólo sean provocados por cosas cotidianas de convivencia que podamos superar con facilidad.

—Prometeme que si alguna vez se acaba nuestro amor, jamás nos engañaremos, que siempre nos diremos las cosas de frente —le pidió ella.

—¡Paula, recién acabamos de casarnos y estás pensando en que se puede acabar el amor! ¿Tan poco amada te sentís por mí? ¿Tan poco es el amor que sentís por tu esposo?

—No, mi amor, no es eso. Tu amor es tan enorme como el mío, sólo que no sabemos qué vueltas puede dar la vida. Yo me casé con vos para amarte por toda la eternidad, pero ¿cómo predecir el futuro? Sólo te pido que jamás me engañes, no podría soportar un golpe tan bajo por tu parte.

—Paula, te amo y sé que así voy a sentirlo toda la vida. ¿Por qué esos miedos? Quiero que mi amor te dé seguridad.

—Así lo siento, Alex. No hay lugar donde me encuentre más segura que junto a vos y entre tus brazos. Es más, mirándome como lo estás haciendo ahora, me siento la mujer más afortunada. Pero deseo ser realista y no descartar nada de lo que podría ocurrirnos.

—Jamás voy a engañarte, Paula. Jamás podría faltarte tanto al respeto, nunca más pasarás por esa humillación y, menos, por mi culpa. Mi vida, te lo prometo. —Puso los ojos en blanco y prosiguió —: Y no es porque vaya a creer que nos va a pasar, pero si alguna vez se termina nuestro amor, antes de estar con otra persona, te lo diré de frente.

—Gracias. Yo también... —Le tapó la boca con un beso.

—No me lo prometas, porque para mí no cabe la posibilidad de que nuestro amor se termine.

Se besaron con pasión y, en ese instante, desde otra habitación, empezaron a oírse los acordes de una canción que ambos se quedaron escuchando abrazados:

Es poco decir que eres mi luz, mi cielo, mi otra mitad.

Es poco decir que daría la vida por tu amor y aún más.

Ya no me alcanzan las palabras, no, para explicarte lo que siento yo.

Y todo lo que vas causando en mí, lo blanco y negro se vuelve color y todo es dulce cuando está en tu vos y si nace de ti.

Te voy a amar y hacerte sentir que cada día yo te vuelvo a elegir.

Porque me das tu amor sin medir, quiero vivir la vida entera junto a ti.

—¿Sabés quién canta? —preguntó Alex.

—¿Te gusta?

—Me parece una letra muy emotiva y, además, creo que resume de forma increíble todo lo que acabo de decirte.

—¿Qué sorprendente, no, que después de la charla que acabamos de tener suene este tema? Quien la canta es Axel, un cantautor argentino, y la balada se llama *Te voy a amar*.

Se quedaron mirando mientras la letra seguía.

—Es poco decir que en un beso tuyo siempre encuentro mi paz —recitó Alex; era la última estrofa de la canción.

Se acercó despacio para salvar la mínima distancia que los separaba, le acarició el mentón, le delineó los labios con el dedo y, al

final, le mordisqueó el labio inferior y le lamió la boca pidiéndole entrada. Su lengua pulposa la desarmó por completo y Paula accedió. Alex se apartó ligeramente para admirarla en ese estado: estaba con los ojos cerrados y la boca entreabierta. Entonces Paula abrió los ojos y lo miró; la respiración de ambos había cambiado y, sin poder dilatar más el momento, se entregaron a la caricia sanadora del beso, al lametón que sus lenguas se regalaban con pasión.

—Vamos a la habitación, haceme el amor, Alex. Adorame con tu cuerpo como hacés cada noche, dame todo lo que estoy deseando.

Él le volvió a atrapar los labios, se bajó de la hamaca y la ayudó a levantarse. Cuando se tendieron en la cama, Alex intentó serenarse, pero la desesperación que se apoderaba de él era difícil de contener. Le quitó la ropa, se quitó la suya y se enredaron en la cama con urgencia, acariciándose, besándose y rozándose. La cogió del pelo y tiró su cabeza ligeramente hacia atrás para poder chuparle el cuello. Perdido en su piel, la lamió y la enloqueció con la lengua; ella estaba aferrada a su musculosa espalda e intentaba, con la respiración entrecortada, tomar bocanadas de aire que le permitiesen nutrir de oxígeno los pulmones. Él trazó un camino con la boca hasta su pecho. Paula notaba el calor de su aliento en la piel y la ansiedad le carcomía el alma y hacía que su vientre palpitara.

—Te amo, mi amor; te amo, bonita —le decía Alex mientras le daba chupetoncitos en los senos.

Cogió un pezón con la lengua y lo rodeó una y otra vez, lo atrapó entre los dientes y la observó. Paula se arqueaba abstraída. Alexander la aturdía y Paula comparaba sus sensaciones con lo que había experimentado entre otros brazos, pero no existían palabras suficientes para describir las vibraciones que Alex le provocaba. Antes de él, jamás se había sentido así. Rodó sobre él y se subió a horcajadas, inclinó su cuerpo y lo besó con lujuria y apremio mientras ondeaba su sexo sobre el de él. Alex la seguía, agarrada por la cintura, y la aprisionaba contra su piel. En aquel momento, invadido por el deseo, bajó su mano y cogió su sexo dirigiéndolo a la

entrada de su vagina, tomó impulso y se enterró en ella. Paula tensó sus músculos y se conmovió ante la intrusión, apretó los ojos con fuerza porque no quería perderse ninguna de las sensaciones que su cuerpo experimentaba. Se sintió volar, levitar, su cuerpo estaba más receptivo que nunca.

—*Look at me, look at me always. I need you, I need to see it in your eyes that you caused* [Mírame, mírame siempre. Que necesito, necesito ver en tus ojos lo que te provoco] —le pidió él.

—*Alex, you are my downfall*! [¡Alex, eres mi perdición!] —A Alex le encantaba que ella le hablase en inglés cuando hacían el amor; lo hacía estallar—. Estoy muy caliente.

Alexander la empezó a embestir alocadamente, aferrado a su cintura y totalmente descarriado.

—*I need you, I love you too, baby, you're my doom too*! [Te necesito, yo también te quiero, pequeña. Tú también eres mi perdición.]

—No aguanto más, Alex, voy a correrme.

—Dale, bonita, hacelo, dejame mirarte así perdida y entregada.

Paula llegó al orgasmo y su cuerpo se sacudió, tembló y la hizo bramar de pasión. Alex seguía acometiéndola y castigándola con su sexo; movía su pelvis y se enterraba en ella una y otra vez. Paula comenzó entonces a comprimirlo de nuevo, se apoyó en su pecho, le clavó las uñas y lo miró fascinada, se inclinó y le mordió el labio, mientras le decía:

—¡Gracias, mi amor, tengo otro orgasmo!

—Lo sé, nena, lo estoy sintiendo; me encanta verte así.

Alex apretó los dientes, resopló y gruñó de forma ronca y varonil; cerró los ojos con fuerza y se abandonó mientras eyaculaba. Se entregó a la pasión y luego abrió los ojos otra vez, para encontrarse con los de Paula, que lo miraban extasiada y orgullosa, a sabiendas de que era ella la causante de ese placer. Alex contuvo la respiración mientras dejaba que las más brutales sensaciones se abrieran paso a través de su carne.

Se levantaron para ir al baño y luego se acurrucaron juntos en la cama. Alexander la abrazaba por detrás y le hablaba extenuado con un hilito de voz:

—Mañana nos espera un día largo, iremos a visitar Chichén Itzá.

—Hum, tengo entendido que hay muchísimas historias y mitos en esa zona. Pienso enviarle muchas fotos a Maxi y a Mauricio, para que envidien el lugar donde estoy.

—Dormí, porque necesitaremos estar energéticos para hacer todo el recorrido.

—Si no tengo fuerzas, vos serás el único culpable, me agotaste haciéndome el amor.

—Me encanta extenuarte de esa forma —dijo, y le besó la nuca.

Al día siguiente visitaron la zona arqueológica y exploraron las maravillas del mundo maya que aún permanecían en pie allí. Recorrieron la imponente y majestuosa pirámide del Kukulcán, descendieron por la pasarela, admiraron la belleza natural del Cenote Sagrado, se deleitaron con las leyendas referidas por el guía y escucharon con atención todas las explicaciones acerca de la intrigante construcción que se conoce como «el Caracol». La jornada siguiente la pasaron en Celestún. Salieron muy temprano para ver amanecer por el camino y poder apreciar los cientos de flamencos que exponían sus plumajes rosados a orillas del río. Era un espectáculo inolvidable que, sin duda, guardarían en sus retinas para siempre.

—¿Conocías todo esto, mi amor?

—Habíamos venido en un viaje familiar, pero Amanda y yo éramos muy pequeños. Sólo recuerdo lo que he visto en las fotografías que mamá guarda de ese viaje. De adulto, estuve en DF, en Cancún y en Playa del Carmen.

—O sea que sólo el último tramo de nuestro viaje será conocido para vos.

—En cierta forma, porque ahora he planeado un itinerario diferente. Sinceramente, cuando fui a Cancún me dediqué sobre

todo a conocer la noche y el descontrol.

—Mejor no me cuentes más, prefiero no saberlo.

Alex la besó.

Era su penúltimo día en Mérida y habían previsto un viaje hasta la isla Holbox, donde realizarían un tour y se embarcarían en una lancha para bucear junto con tiburones ballena. Paula no estaba muy convencida de esta última parte y después de ver el tamaño de semejantes animales, mucho menos.

—No, no —decía con pavor—. Cariño, creo que no voy a atreverme a bajar con semejante monstruo en el agua. Es demasiado grande, estoy asustada, Alex.

—Vamos, Paula, no seas miedosa, es muy seguro. Viste los vídeos que nos mostró Raúl —se refería al guía e instructor—. Además, él nos acompañará, ¿verdad?

—Por supuesto, yo estaré con ustedes en todo momento. Anímese, señora, le aseguro que será una experiencia inolvidable y que, cuando termine, sólo querrá volver a pasar por ella. El señor Alex me dijo que estuvieron haciendo *snorkeling* en Los Cabos y que le gustó mucho. Le aseguro que esto es mucho más emocionante; no dará crédito al subidón de adrenalina que notará.

Al fin, entre ambos lograron convencerla.

—Definitivamente, meterse en el agua con un tiburón ballena es de locos, Alex.

—Chis, tranquila, si no te sentís segura regresaremos, no quiero que hagas nada de lo que no vayas a disfrutar realmente, Paula. Pero, mi amor, te aseguro que es un animal inofensivo y que les gusta la compañía humana como a los delfines. Sabés que jamás te pondría en peligro.

—Lo sé.

—¿Querés que volvamos a subir a la lancha?

—No, vamos, ya estamos acá, hagámoslo. Ya nos metimos en el agua, pero no me sueltes la mano, por favor.

—Tranquila, señora, sólo nos acercaremos hasta donde usted quiera. De todas formas, la distancia mínima es de dos metros.

—¡Oh, Dios! ¿Dos metros le parece una buena distancia? ¡Yo quiero estar a mil metros de ella! —Alex y Raúl se carcajeaban.

—¿Confiás en mí, bonita?

—Siempre, mi amor, por eso estoy metida en el agua en este momento.

—Bien, entonces intentemos relajarnos y respiremos hondo. Dame un beso, ¿creés que eso te calmará un poco?

—Seguramente.

Raúl tenía razón, Paula se había enloquecido con aquella experiencia y sólo pensaba en volver a realizarla.

—¡Dios, Alex! Gracias por animarme a hacerlo.

—A mí también me encantó, fue algo único. ¡Qué subidón, madre mía!

—Alex, no puedo creer todas las cosas que has organizado para que hagamos juntos.

Esa noche Paula cayó rendida en la cama muy temprano, mientras Alex se tomaba un mojito en la terraza. Luego entró y se quedó mirándola dormir; estaba desvelado, así que se sentó junto a la ventana y aprovechó para enviarle algunos mensajes con fotos a su madre. Desde donde estaba, podía contemplar el sueño reparador de Paula y se sintió afortunado de poder observarla así, serena y reposada. No pudo resistir la tentación de acercarse y se desvistió para meterse en la cama y embriagarse con su olor. Se puso frente a ella y la abrazó por la cintura; entonces, Paula se acurrucó en su abrazo. Él se quedó mirándola embelesado, hasta que el ritmo sosegado de su respiración lo embriagó y se durmió.

Alexander se despertó antes que ella. Tenía todo planeado y estaba ansioso, se vistió a hurtadillas y, cuando estaba terminando, oyó que golpeaban a la puerta y se apresuró para que Paula no se

enterara. Era muy temprano, estaba amaneciendo, y él recibió el desayuno que había pedido en la habitación.

—Vamos, bonita, es hora de despertarse.

—¿Qué hora es, Alex? Tengo sueño y estoy cansada, creo que nadar con tiburones me dejó sin fuerzas.

—Lo sé, mi amor, es muy temprano, pero hoy es nuestro último día en Mérida y tengo una sorpresa muy especial para vos.

Que Alex hubiera dicho «sorpresa» era suficiente para que ella se despabilara. Después de desayunar con abundancia, y confiada a donde él la quisiera llevar, se vistió con rapidez y partieron.

A mitad de camino, Alex frenó la camioneta que había alquilado y le cubrió los ojos con un pañuelo de seda púrpura.

—¿Falta poco para que lleguemos? —preguntó ella intrigada.

—Estamos a mitad de camino, aún falta.

—Entonces, ¿por qué me cubrís los ojos desde ahora?

—Porque no quiero que veas los carteles; si no te darías cuenta de adónde vamos y realmente quiero sorprenderte. Además, me costó mucho conseguir esto. —Después de un rato, Paula volvió a insistir.

—No llegamos más, Alex, ¿falta mucho?

—¿Trajiste tu iPod?

—Sí, está en mi bolso.

Alexander se detuvo a un costado del camino para conectar el dispositivo.

—¡Tenés una carpeta de Axel acá! —exclamó al encontrarla.

—Sí.

—Bueno, entonces lo escucharemos, me gustó mucho. A ver si escuchando música dejás de quejarte.

—Lo siento, tenés razón, soy una quejicosa, ¡vos siempre sorprendiéndome y yo protestando por todo! Creo que deberíamos haber planeado la luna de miel juntos, te esforzaste mucho para complacerme. —Buscó su rostro a ciegas y lo besó.

—No seas tonta, mi amor, me encantó hacerlo, sólo pienso en mimarte.

Cuando llegaron, Alex la ayudó a bajar y le hizo señas a quien los estaba esperando para que permaneciera en silencio.

—¿Camina alguien junto a nosotros? —preguntó Paula.

Alexander miró al guía y le guiñó un ojo.

—Es posible... Tranquila, ya casi estamos. —Finalmente llegaron a la entrada. Alex le extendió la mano al guía para estrechársela y el hombre desapareció—. Bien, ya estamos.

Le descubrió los ojos y estaban en la entrada de una caverna. Paula se quedó ciega por un instante después de tanto rato con los ojos vendados.

Descendieron por una escalera de piedra hasta el primer nivel. La inmensidad del lugar era apabullante, igual que el cristalino azul turquesa del agua, iluminada a través de un orificio abierto en la parte superior de la caverna; desde allí colgaban multitud de raíces.

Paula se tapó la boca.

—¡Alex, me he quedado sin palabras! Este lugar es... un paraíso subterráneo, ¿qué es eso que cuelga de ahí?

—Son las raíces de un árbol que está en la superficie y que fueron cortadas, aunque aún viven por la humedad del agua. ¿Te gusta? Será nuestro paraíso personal durante un par de horas.

—¿Cómo?

—Sí, tenemos el lugar reservado para nosotros solos por dos horas; sigamos descendiendo.

Paula se lo quedó mirando atónita; no sabía si había entendido bien.

—¿Estás loco?

—Sí, mi amor, loco de amor por vos. —De pronto se sintió sumamente emocionada y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas sin contención—. ¡Hey! ¿No te gustó mi sorpresa? —Paula se abrazó a su cuerpo y le rodeó la cintura con las piernas mientras lo besaba sin parar por todo el rostro.

—¡Gracias, gracias! ¡Sos increíble! No puedo creer lo especial y amada que me hacés sentir a cada instante.

—Vos también sos increíble, nena, y también me hacés sentir especial y amado a cada momento. Amo mucho eso de vos: tu sencillez, tu emoción, tu entrega y tu agradecimiento constante.

—¡Cómo no voy a agradecerte las cosas, mi cielo, si sos el hombre más dulce que existe en esta tierra! Te amo, *Ojitos*, te amo por lo que sos, no por lo que me das. No me importaría que fueses un indigente, amo lo que tenés acá dentro, ya te lo dije muchas veces —le confesó señalándole su corazón.

Descendieron hasta el otro nivel de la caverna por una escalera de madera. Se quedaron unos instantes admirando el lugar y luego volvieron a bajar un poco más, hasta una plataforma desde donde se podían tirar al agua.

—Quitate la ropa.

—Pero ¡no traje el biquini!

—Vamos, Paula, estamos solos.

—¿Estás seguro?

—¿Creés acaso que me gustaría que alguien viera a mi esposa desnuda?

Se despojaron de todas sus vestimentas y se arrojaron al agua, nadaron durante un rato y luego se acercaron hasta la parte más baja. Allá, rodeados de ese entorno magnífico y natural, no pudieron evitar que los besos y las caricias se apoderaran de ellos. Se gozaron, probándose una y otra vez. Él la penetró con ansiedad y le hizo el amor en el agua, entre besos, gemidos, gritos, mordiscos y vaivenes interminables. Así cedieron al derroche de pasión salvaje que los consumía. Después siguieron disfrutando durante un rato del tiempo en que ese paraíso personal les pertenecía.

—Jamás voy a olvidar este lugar, quedará para siempre grabado en mi retina, Alex.

—En la mía también; es nuestro paraíso propio. —La besó—. Te prometo que algún día regresaremos.

—Te tomo la palabra y sé de sobra que la palabra de mi esposo tiene mucho valor. Esperaré ese día con anhelo.

Salieron de la caverna y recorrieron los alrededores del cenote, donde también compraron algunas piezas de artesanía. Tras hacer algunas averiguaciones, fueron hasta la ciudad de Valladolid para almorzar en la Taberna de los Frailes, un lugar con un ambiente exquisito y una comida y unos vinos excelsos.

Al salir, pasearon hasta algunos puntos significativos de la ciudad y luego regresaron a la carretera. Estaban a medio camino de Cancún, su última parada del viaje. Casi al atardecer, llegaron al *resort* Live Aqua, uno de los más exclusivos del lugar, donde un botones los recibió y los ayudó con el equipaje. Después de comprobar las reservas, el personal del hotel los acompañó hasta la suite Sol y Luna, con vistas al mar y a la laguna. Entraron al recibidor y caminaron hasta el salón. Mientras Alex se quedó dándole una propina al amabilísimo empleado, Paula se fue directa al baño para llenar la bañera con hidromasaje y empezó a quitarse la ropa.

—Pedí servicio de habitaciones para la cena. A ver qué te parece: pescados, mariscos y algunos aperitivos más. ¿Te gusta o preferís que bajemos al restaurante?

—¡No! Sin duda, cenar acá es la mejor opción; hoy estoy muerta de cansancio.

—Yo también estoy agotado, aunque el viaje no fue demasiado largo, conducir por carretera me dejó hecho polvo. —Alex estiró sus brazos y su columna vertebral.

—Hum, en ese caso, señor Masslow, nunca mereció tanto un baño con su esposa en el jacuzzi y, como broche de oro, unos buenos masajes en la espalda.

—Es el mejor plan que se me ocurre, no tengo duda alguna.

Se dieron un beso. Paula estaba en ropa interior y él la había cogido por las nalgas. Ella lo llevó hacia el salón de la mano.

—Quiero ver el resto de la suite. Enséñamela mientras se llena la bañera.

De pasada, Alex cogió una botella de agua del minibar y Paula le pidió una gaseosa. Salieron a la terraza desde donde se podía

disfrutar de una asombrosa vista panorámica del mar Caribe.

El resto de los días se dedicaron a tomar el sol. Aquella última semana gozaron bastante de la privacidad de la habitación, ya que contaban con una amplia terraza para ellos solos, un salón, un comedor, un bar y un jacuzzi. Algunos días, sin embargo, decidieron bajar a la playa, donde alquilaron una cabaña privada y se deleitaron con las bebidas que Miguel, el asistente privado, les servía muy atentamente. La música *chill out* del disc-jockey del lugar invadía el ambiente y llegaba discretamente hasta sus oídos.

Una de aquellas noches cayeron en un antro de lo más exclusivo y cosmopolita de Cancún, el Mandala, donde disfrutaron de bebidas y buena música. El resto de los días, ya fuera para comer o cenar, probaron las viandas de todos los restaurantes del *resort*, pero para la última noche habían reservado mesa en el MB. Allí, la exquisita cocina de autor hacía un énfasis especial en los ingredientes mexicanos. Cuando terminaron de cenar, Paula se levantó al baño.

—¿Tomamos unos mojitos antes de irnos?

—Dale, mi amor, pedilos que regreso en seguida.

Cuando salió del baño, pasó por una mesa donde dos mujeres miraban a su marido sin ningún disimulo y comentaban lo apuesto que se le veía vestido de blanco con ese bronceado. Ella, sin ninguna diplomacia, las miró de mala manera y cuando llegó a la mesa, cogiéndolo desprevenido, tomó a Alex por la barbilla y le encajó un besazo que le quitó el aliento a más de uno de los que estaban allí sentados. Después se sentó en su sitio y, adrede, se aferró a la mano de su esposo, entrelazó sus dedos con los suyos y le besó la alianza. Acto seguido, regaló a las mujeres una mueca de desprecio que les demostró con claridad que él no estaba disponible.

—¿Qué mirás? —Alex dirigió sus ojos hacia el lado donde Paula miraba con tanto ahínco y se encontró con la fisgona mirada de ambas damas—. ¿Paula, te estás peleando con esas mujeres?

—Son unas atrevidas. Llevan toda la noche mirándote de forma descarada.

Él sonrió, se acercó a ella y le habló muy cerquita.

—Sos vos quien me calienta, bonita.

Ella se rió satisfecha, apresó sus labios y se los mordió con posesión.

Terminaron de tomarse el mojito y Paula le pidió que caminaran por la orilla de la playa. Se quitaron el calzado, Alex se levantó los bajos de los pantalones y empezaron a pasear.

—No quiero irme de nuestro paraíso personal —le dijo él—, ¡ah, tendremos que regresar al mundo real mi amor!

—Yo tampoco quiero, Alex, pero debemos de tener miles de asuntos pendientes en la empresa. Además, estaría bien que empezáramos a buscar un apartamento más grande para mudarnos.

—Sí, lo sé, de todos modos, aunque me encantó que estuviéramos este mes tan juntos, también es bueno regresar a la realidad.

—Así es, mi amor, a nuestra realidad y a disfrutar del día a día, porque eso también forma parte de nuestra vida como pareja.

Habían caminado lo suficiente como para alejarse de las luces del hotel y estaban en una zona bastante solitaria y oscura; Paula miró hacia todos lados y, después de besarlo, le dijo:

—Quiero que me hagas el amor acá, en la playa.

—¡Señora Masslow, está usted muy osada! —Alex miró hacia todos lados también, pero el lugar estaba realmente muy desolado —. Vení, alejémonos un poco de la orilla.

Resguardados junto a la vegetación de la zona, Alex se quitó la camisa y la tendió en la arena para que Paula se acostara. Él se tendió sobre ella, la oprimió con su cuerpo y empezó a besarla con desenfreno. Su mano reptó despacio para comprobar las esculturales formas de su esposa, le recorrió cada curva hasta que dio con el bajo del vestido. Celoso de que nadie que pasara viera más de la cuenta, Alex metió su mano bajo el tanga y descubrió que Paula estaba empapada. Resbaló un dedo por su vagina, lo giró y exclamó:

—¡Mi amor, estás muy excitada!

—Sí, Alex, creo que este lugar me estimula en demasía.

Mientras atrapaba nuevamente su boca, Alexander llevó la mano a su bragueta, se desprendió el botón y bajó su cremallera liberando su miembro. Sin demasiados preámbulos, pues el lugar donde estaban realmente no lo permitía, y empalmado como estaba, hábilmente apartó el tanga y la penetró. Una exhalación se escapó de la boca de ambos, disfrutaron inmóviles del contacto que sus cuerpos anhelaban y empezaron a contonearse resguardados por la penumbra de la noche.

—Nena, sos irresistible, cómo me calentás.

—Alex, no puedo creer que te haya pedido que hagamos el amor acá, en la playa, pero ¡me calentás tanto, mi amor, y hace muchos días que tenía ganas de hacerlo! Sólo que no me animaba a decírtelo. Con vos, quiero probarlo todo, todo...

Alex empezó a embestirla violentamente, la acometía con su sexo, mientras ella le clavaba los dedos en la cintura y lo recibía gustosa, con los ojos apretados. Lo sentía acoplado a ella de manera perfecta y, aunque quería contener los gemidos que él le provocaba, se le escapaban de manera involuntaria.

—Te adoro, mi amor, me encanta estar dentro de ti. Dejate ir, nena, estoy advirtiendo la opresión de tu vagina; dejame demostrarte que puedo darte mucho placer, permitime llevarte a donde te gusta tanto estar y saber que únicamente yo te transporto hasta ahí.

Paula se arqueó y él se dio cuenta de que el orgasmo estaba próximo, entonces la embistió con agresividad, casi de forma inhumana, mientras él también se corría. Se quedaron unos instantes asimilando las sensaciones que sus cuerpos habían experimentado, boqueando en busca de oxígeno e intentando calmar sus resuellos. Alex le besó la frente, le apartó el cabello y le habló sobre los labios sin salir de ella:

—Quisiera inventar una palabra para decirte lo mucho que te amo, porque decirte simplemente «te amo» ya no es suficiente. Sos mi luz, mi noche, mi vida, mi muerte, sos todo para mí, sos mi mundo, Paula.

—Inventemos un verbo para definir lo que sentimos, porque me pasa lo mismo que a vos; así que busquemos un verbo exclusivo para nosotros.

—«Te infinito», sos mi infinito de pasión, nena, mi amor por vos no tiene ni puede tener fin. De ahora en adelante, te lo diré así.

—«Te infinito», Alex —probó a decir Paula—. Me gusta, también sos mi infinito, porque mi amor por vos tampoco tiene final.

Se limpiaron con unos pañuelos de papel que Paula tenía en el bolso, se pusieron bien la ropa y se quedaron recostados mirando el cielo. De pronto, se oyó a lo lejos a Axel cantando *Eso*. Alex se puso de lado y se apoyó en un codo.

—Tú eres la mujer de esa canción, así eres para mí, esa eres tú —repitió y la besó, la abrazó y se quedaron así, disfrutando de la música que les llegaba desde lejos.

Tú eres ese tipo de mujer que de pronto aparece y no da tiempo a pensar...

Eso que me dices con los gestos, eso que me quita el resto cada vez que estoy contigo, eso que es poesía sin palabras.

Una espina que se clava en el centro de mi instinto.

Oye, si te arriesgas, lo vivimos,

y después tú me lo cuentas, si es que hay algo más bonito.

Tengo la manera más directa, más hermosa y más perfecta, que no va si no es contigo...

Tú eres ese tipo de mujer, que me atrapa y me retiene en la punta de su imán. Esas que te llegan por sorpresa y no sabes si es por ellas o es por ti que va a pasar.

Tú eres ese tipo de mujer que uno sueña y pocas veces es posible de encontrar.

Capítulo 21



ATERRIZARON en el aeropuerto JFK y, después de todos los trámites, salieron por la puerta de llegadas. Heller estaba allí, muy atento, y les hizo señas de inmediato para que lo vieran. Alex empujaba el carrito con las maletas de ambos.

—Bienvenido, señor, señora... Espero que lo hayan pasado muy bien, traen un muy buen bronceado caribeño.

—Lo pasamos genial, Heller, gracias por venir a buscarnos.

—Sí, Heller, gracias. Lo hemos disfrutado tanto que los días pasaron volado.

—Me alegro. Señor, señora, para mí es un placer haber venido a recibirlos.

—Me parece todo tan extraño; siempre me ocurre lo mismo cuando regreso de viaje —dijo Paula. Alex sonrió y le besó el cabello mientras la abrazaba más fuerte todavía.

Llegaron al apartamento de la calle Greene y se encontraron con la señora Doreen, que estaba guardando las compras que había realizado por la mañana.

—Señor, señora, ¡bienvenidos! Espero que disfrutaran.

—Ha sido espectacular, Doreen —le contestó Alex y Paula lo corroboró; como ella era más cálida, se acercó y le dio un beso a la empleada.

—Gracias, Doreen, por esperarnos con la despensa y la nevera llenas.

En ese momento, Astrid, la niña de la señora Doreen, salió del baño, y al ver a Heller salió corriendo hacia él y se echó en sus brazos.

—¡Papá!

Paula miró sin entender.

—Lo siento, señora, he traído a Astrid conmigo porque su maestra estaba enferma; espero que no le moleste.

—¡No, Doreen! ¿Cómo va a molestarme Astrid? No se preocupe por eso, pero, perdone, ¿he oído mal o Astrid le ha dicho «papá» a Heller?

—Sí, señora, él es el padre; Heller es mi esposo —contestó extrañada la señora Doreen.

—¿Qué pasa? —preguntó Alex mientras se acercaba a la cocina, donde ellas estaban hablando.

—Me siento la mujer más idiota y despistada del mundo. ¿Heller y Doreen son matrimonio?

—¡Claro, mi amor! ¿Acaso no lo sabías?

—¡No, Alex, acabo de enterarme! ¡Nunca me lo habían dicho! Bueno, claro, no es que tengan ninguna obligación de comunicarme nada, pero... Heller, lo siento, le juro que asumí que usted era soltero.

—Perdón, mi amor, porque nunca te lo haya explicado, creo que di por supuesto que lo sabías.

—Juro que me siento muy estúpida. ¡Astrid, no me has saludado! —exclamó Paula y la señora Doreen y Heller regañaron a la niña. Alex sonrió por el asombro de Paula—. ¡No la regañen, por favor! —Astrid fue con timidez hacia Paula y ella se agachó y le señaló su mejilla para que le diera un beso; la pequeña, que tan sólo tenía cuatro años, se aproximó—. ¿Te acuerdas de mí, Astrid? —La niña asintió con la cabeza—. ¡Ah, qué bueno, porque tengo un regalo para ti!

—Señora, no hacía falta que le trajera nada.

—Sí que hacía falta, Doreen, he traído regalos para todos, para usted también, Heller; así que prepare un rico café mientras yo los busco en las maletas; así compartimos la entrega entre todos. —La mujer la miró algo cohibida.

—Vamos, Doreen, ya ha oído a la señora. —Alex le guiñó un ojo.

—Sí, señor Alex, claro.

Paula se acercó a la entrada, donde Heller había dejado el equipaje, con la niña de la mano.

—Permiso, yo me retiro.

—¿Adónde va, Heller? ¡Tengo un obsequio para usted también! Además, su señora está preparando café para todos. —Heller miró a Alex.

—¡Basta, Heller! ¿Tú también me miras? ¿Soy un ogro acaso? Para empezar, me siento supermal porque Paula no sabía que los dos estabais casados; después, si ella os dice que quiere tomar café con vosotros, tiene tanta autoridad como yo para decidirlo. ¿No os dais cuenta, acaso, de que ya ha acabado la luna de miel? Presiento que su duro carácter, cuando algo no le guste, ha acabado muy pronto. ¡Aprovechemos!

Todos se rieron, incluso Paula. Mientras ella buscaba los regalos, Heller se acercó a Doreen para ayudarla con el café y Alex se metió en el baño. Paula le regaló a Doreen unas piezas de joyería de plata que habían comprado en Todos Santos. A la niña, le puso una cadenita con la virgen de Guadalupe y le dio un juego artesanal tallado en madera; Astrid estaba fascinada. Y Heller recibió una botella de mezcal y un *jarocho* mexicano, un sombrero hecho de palma.

—Heller, tienes que tomar el mezcal con sal y limón, como el tequila. Allí escarchan el vasito con ambos ingredientes, así nos lo sirvieron.

—Gracias, señora, ha sido muy considerada en pensar en todos nosotros.

—¡Cómo no voy a hacerlo, si vosotros vivís pensando en mí y en Alex!

—Además, no os imagináis con el gusto que eligió cada uno de los obsequios —agregó Alexander.

—Gracias a los dos, señor Alex —dijo la señora Doreen.

—Astrid, ¿te gusta tu virgencita?

—Sí, Alex, además Paula dice que me protegerá.

—Tienes que decirle «señor Alex», Astrid, ¿desde cuándo tanta confianza? —la regañó su padre.

—Está bien, Heller. Sabes que hace mucho que pretendo que tanto tú como Doreen me llaméis simplemente «Alex», sólo que os empeñáis en no hacerlo; al menos dejad que Astrid lo diga así. —Paula le acarició la cara a su esposo, satisfecha por su sencillez.

Por la noche, tenían una cita impostergable en el Belaire con la familia Masslow, en la que Paula siguió repartiendo obsequios para todos. Ofelia estaba exaltada con su huipil yucateco, el vestido tradicional bordado de la península del Yucatán.

—Mi niña, hermosa, te juro que cuando me enteré de adónde iban, rogué para mis adentros que me trajeran uno de éstos. ¿Qué te pareció mi tierra?

—¡Hermosa, Ofelia! Me encantó cada rincón que recorrimos y lo más fascinante es la historia que guardan esas tierras.

—¿Así que fueron a Todos Santos? Ése es mi pueblo.

—Sí, Alex me lo dijo cuando estuvimos allí.

—¿Te gustá tu hamaca, Bárbara? Es para que te recuestes a leer en Los Hamptons.

—Me encantó. Todo lo que trajeron es bellísimo, esas estatuas y las artesanías también lo son. Me fascina lo que le regalaron a Joseph. Estará muy apuesto con su camisa guayabera.

En ese momento, entraron en la sala Amanda y Chad, que eran los únicos que faltaban por llegar. Paula pegó un grito cuando vio la enorme barriga de su cuñada y se levantó a abrazarla.

—¡Me muero, Amanda, cómo te creció! —Paula se tapó la boca y se agachó para besársela.

—¿Viste? Y, además, ¿saben qué? Alex ya podés empezar a pagarme tu apuesta, porque perdiste: ¡es una niña!

Todos se reían y se mostraban muy felices.

—¡Ay, Dios! Te compadezco, cuñado, ¡dos mujeres cuando mi hermana ya vale por tres! —bromeó Alexander.

—Y embarazada todo se potencia, ¡no te imaginás lo histérica y caprichosa que está! —afirmó Chad y Amanda lo miró fulminándolo.

—¡Qué hermoso bronceado caribeño traen! —añadió Alison.

—Mi hijo está hermoso —dijo Bárbara, mientras se acurrucaba entre sus brazos—. ¡Sus ojos están de infarto con ese bronceado!

—Mejor no toquemos ese temita —sugirió Paula—, ni te imaginás los piropos que recibía en la playa y cómo lo miraban en todas partes. No me hagas recordar, porque yo hervía de celos y él se desternillaba de risa.

—Lo más importante es que lo disfrutaron —intervino su otra cuñada.

—Ni te imaginás, Lorraine. Lo pasamos espectacularmente bien cada día, a veces no nos alcanzaban las horas para todos los planes que hacíamos.

—Hermanito, te veo muy bien, creo que el matrimonio te sienta de maravilla, se te ve muy feliz. —Alex chocó las manos con Jeffrey.

—¿Muchos temas pendientes en la empresa? —le preguntó Alexander a Alison.

—¡Ah, no! Hoy es domingo y acá ninguno es mi jefe. Ni se te ocurra pensar que voy a ponerme a hablar de trabajo ahora; mañana arrancamos.

—Mi esposa tiene razón, durante el fin de semana, nada de hablar de trabajo. Vos vendrás muy descansado, pero nosotros no.

—Y nosotros, Bárbara y Ofelia, ahora que Alex y Paula ya están acá, mañana mismo nos mudamos a Los Hamptons —aseguró Joseph.

—¡Qué buena noticia, querido!

—Lamento el juicio que están teniendo que afrontar en la clínica —les dijo Alex a Edward y Amanda, muy apenado; ese tema lo tenía

bastante inquieto.

—Me tiene sin cuidado la zorra de tu exsuegra, sólo es una pérdida de tiempo, quiere hincharte las pelotas —dijo Amanda y Edward le dio un puñetazo a Alex en el brazo.

—¡Cambiá esa cara! Los contratos que firmó Janice son legales, no conseguirán nada, sólo que perdamos el tiempo nosotros y ellos.

Capítulo 22



H*ABÍAN* pasado dos semanas desde su regreso del viaje de luna de miel.

Esa mañana, se estaban preparando para salir hacia la empresa y Alex se encargaba del desayuno en la cocina, mientras Paula terminaba de arreglarse. De pronto, ella apareció como una tromba, cogiéndose la cabeza con expresión de pasmo y tragando saliva.

—¿Qué pasa? —le preguntó Alex.

—Hace veinte días que tendría que haberme venido el período.

—¿Qué?

—¡Que hace veinte días que tendría que haber tenido mi regla!

—Pero ¡si estás tomando anticonceptivos! ¿Estás tomando anticonceptivos?

—Sí, los estoy tomando.

—¿Y no te olvidaste de ninguno?

—No, estoy segura de que no —afirmó ella de manera muy convincente—. Lo que olvidé es la fecha en la que estábamos. ¡Entre la luna de miel, el regreso y la reincorporación a la empresa, además de todos los asuntos pendientes en el trabajo, no reparé que, en Cancún, tendría que haber tenido el período!

De pronto, empezó a sonar la alarma del detector de humo, puesto que ellos estaban tan enfrascados en la conversación que ni cuenta se habían dado de que se les quemaban las tostadas. La

cocina parecía una postal de Londres: las tostadas se habían carbonizado y el humo no dejaba ver nada a veinte centímetros. Así que Alex fue a desconectar la alarma, mientras Paula sacaba las tostadas de la tostadora y las ponía bajo el chorro de agua.

—Debe de ser algún desfase hormonal, nena —le dijo Alex cuando volvió de la cocina—. Tranquilicémonos.

—Alex, yo siempre soy muy regular y más con los anticonceptivos. —Se quedaron mirando durante unos instantes.

—¿Querés que vaya a comprar un test de embarazo?

—Sí, por favor, no soporto esta incertidumbre.

—Bueno, tranquila, arreglá este desastre mientras yo voy a buscar un Predictor. Acabamos de quedarnos sin desayuno, nena.

Alex cogió las llaves del coche y salió. Paula permanecía inmóvil de pie junto a la encimera, mirando todo y nada, pensando en que era muy posible que estuviera embarazada. Se había quedado en blanco, no podía reaccionar. De pronto, levantó la vista y vio que Alexander volvía.

—¿Qué pasa? —le preguntó Paula.

—Te infinito, mi amor.

—Te infinito, mi vida —respondió ella.

—Tranquila, bonita.

Le guiñó un ojo, le encajó un sonoro beso y volvió sobre sus pasos, pero cuando estaba saliendo Paula le pegó un grito.

—¡Alex!

—¿Qué pasa?

—Voy con vos, no aguanto quedarme acá.

—Muy bien, dale, vamos.

Él la esperó, la cogió de la mano y salieron.

Fueron hasta la farmacia más cercana y estaba cerrada, así que se trasladaron hasta la de la calle Broadway. Paula se quedó en el coche y Alex bajó bastante ansioso, entró en el establecimiento y no tardó demasiado en salir, aunque a Paula ese rato le pareció interminable. En seguida regresaron al apartamento. Se metieron en el baño y leyeron las instrucciones. Alex había comprado dos

pruebas, una digital y otra común. Paula siguió las indicaciones, primero con una y después con la otra, y se los pasó a Alex para que los sostuviera hacia abajo, mientras permanecía atento a la evolución de los test.

—¿Y? ¿Hay algún cambio? —quiso saber ella.

—El digital aún parpadea, aunque acaba de parar, y el otro se está tiñendo de rosa, pero aún no se nota cuántas rayitas hay.

Sus corazones palpitaban incesantes, les faltaba la respiración; las manos de Alexander, que sostenían ambas pruebas, temblaban. Paula se puso a su lado, expectante, y, de pronto, el digital arrojó un resultado e inmediatamente el otro también. Ambos se miraron y luego volvieron los ojos a los test.

Sin soltar los aparatitos, Alex la abrazó y comenzó a besarla; Paula estalló en sollozos, embargada por la emoción.

—Estoy asustado, mi amor, es una imprudencia. Tendríamos que haber esperado cinco meses más, pero, de todas formas, no puedo dejar de sentirme feliz. —Él le hablaba sin dejar de besarla.

—A mí también me preocupa un poco, pero no puedo dejar de alegrarme, Alex —le dijo, aferrada a su cuello—. Dejame ver los resultados otra vez.

Él se los mostró; el digital decía «pregnant + 4» y el otro tenía dos rayitas rosas.

—Dice que estoy de cuatro semanas o más, entonces ha sido en la luna de miel, pero yo estoy segura de haber tomado todos los anticonceptivos. —Paula inspiró, contuvo la respiración y se llevó las manos al vientre—. ¿Habrá perjudicado al bebé que haya estado tomando anticonceptivos?

Alex palideció.

—¿Y a vos? ¡Hace tan poco del disparo!

—Alex, pero yo me he cuidado mucho.

Él le puso los dos capuchones a los test y salieron del baño. Se sentaron en el borde de la cama, cogidos de las manos.

—¿Te sentís bien?

—Me siento perfectamente.

Él sonrió y sus lágrimas empezaron a resbalar sin control por su rostro. Ella, al verlo lloriqueando así, también se echó a llorar. Abrazados, se dejaron caer sobre la cama, se besaron de forma desmedida y se acariciaron los rostros. A ratos, los embargaba la emoción y a ratos se reían sin parar. Luego Alex se apoyó sobre uno de sus codos, sorbió su nariz y le dijo:

—Voy a ser papá, mi amor.

—Y yo mamá.

—La mamá más hermosa del mundo. —Alex reptó hacia abajo en la cama, le levantó la blusa y comenzó a besarle el vientre—. Te amo, te amo, hijo, te amo —decía entre beso y beso, exultante. Paula se reía y le arremolinaba el pelo.

—¿Por qué «hijo»? No seas machista, podría ser una niña.

—No importa lo que sea, pero lo amo. —Siguió dándole besos en el vientre, luego gateó en la cama y la miró con un amor incalculable —. Te adoro, Paula, estoy feliz, pero también estoy asustado. No quiero mentirte, me desespera pensar que pueda pasarte algo.

—No me ocurrirá nada, Alex.

—Quiero creer lo mismo que vos, pero hasta que no hablemos con Callinger no estaré tranquilo. Hoy es lunes, ¿tiene consulta?

—No —respondió ella con una mueca de decepción—. Martes, miércoles y viernes son sus días de visita, pero tenemos sus teléfonos. ¿Y si lo llamamos?

—Sí, hagámoslo. No puedo esperar hasta mañana. ¿Dónde tenés su teléfono?

—En mi bolso tengo una tarjeta.

—Yo la busco.

—Está en el vestidor. Voy a por agua.

Mientras Alex buscaba la tarjeta del médico, encontró una de Gabriel Iturbe y no pudo evitar ponerse colérico. Sintió la tentación de romperla, pero la volvió a dejar en su lugar e intentó dejar a un lado su rabia. No podía permitir que el broker le arruinase ese momento. Paula regresó con la botella de agua y hablando por teléfono con Alison.

—Sí, Ali, ya sé que tengo una reunión dentro de veinte minutos, pero no voy a poder ir hasta después del mediodía. —Se quedó pensando—. Mejor cancelá toda mi agenda de hoy y pasalo todo a mañana y al resto de la semana. Organizala, por favor, fijate donde tengo huecos y me avisás. Es que no sé si hoy voy a poder ir a la empresa.

—¿Pasa algo, Paula?

—No, Ali, no pasa nada, sólo que cuando estaba saliendo hacia la oficina me acordé de que tenía una cita con mi médico y sabés que no puedo postergar eso por nada.

—Ah, entiendo. No te preocupes, yo organizo todo. Besitos.

—Besitos, Ali, nos vemos mañana.

Cuando Paula cortó, sonó el teléfono de Alex que volvía del vestidor.

—Mandy.

—Señor Alex, disculpe que lo moleste, pero en veinte minutos llegan los españoles.

—Lo sé, pero te pido que los llames y les digas que no vengan. Acabamos de recordar con la señora Paula que teníamos cita con su médico y hoy no iremos a la empresa. Reorganiza mi agenda, por favor, y cancelá todo lo que tenía programado para hoy.

—Pero vienen por los contratos...

—¿No me has escuchado, Mandy? Suspende todo ¿o es que estoy hablando en un idioma que no es comprensible para ti? —Alex estaba nervioso—. Sé perfectamente para qué vienen los españoles, pero no hay nada más importante que la salud de Paula.

—Perfecto, señor, como usted diga. Y disculpe, no quise cumplir su orden.

—Está bien, Mandy, perdóname tú también; te he hablado de forma muy arrogante, sabés perfectamente que no soy así.

—No se preocupe.

En cuanto Alexander cortó, le entregó la tarjeta a Paula para que llamase al médico; ella marcó su número y puso el altavoz del teléfono.

—Callinger.

—Hola, doctor, buenos días, soy Paula Bianchi. Disculpe la molestia, sé muy bien que hoy no atiende...

Alex hizo una mueca y la corrigió en voz baja.

—Paula Masslow. —Ella puso los ojos en blanco y le tiró un beso.

—Hola, Paula, ¿estás mal?

—No, no, me encuentro perfectamente, bueno, ¡bah!, eso creo.

—¿Cómo que «eso creo»?

—Acabo de hacerme un test de embarazo porque tengo un retraso de veinte días y me ha dado positivo.

—¡Vaya! Felicidades a ti y a Alex.

—Gracias —contestó éste—, pero no han pasado los diez meses que usted nos recomendó que esperásemos y estamos un poco asustados.

—¿Y qué podemos hacer ahora? Es un poco tarde para arrepentimientos, ¿no creéis?

—Me siento mal —añadió ella—, hemos sido muy imprudentes, pero yo no he dejado de tomar mis anticonceptivos. ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Paula, dudo mucho que ese embarazo sea justo el 0,01 por ciento de error que tienen los anticonceptivos. Lo más probable es que hayas olvidado tomar alguna píldora.

—Eso no importa —sentenció Alex—. Como ha dicho, doctor, ya es tarde para lamentaciones. Lo que nos tiene más inquietos, bueno, en realidad más a mí que a ella, son los riesgos que puede correr Paula por no esperar un tiempo prudencial después de la operación.

—Bueno, Alex, en sucesivos estudios hemos visto que la herida ha cerrado muy bien. Paula no ha presentado inconvenientes de ningún tipo a lo largo de estos meses, así que no seamos fatalistas. Venid mañana, que quiero hacer una ecografía para ver el hígado de Paula.

—Pero ¿entonces no hay riesgo y podemos estar tranquilos?

—Tranquilos, tranquilos... todo lo tranquilos que un embarazo os permita estar. Yo, con mi primer hijo, viví ansioso durante los nueve

meses. No os veo, pero parecéis bastante asustados. Os sugiero que respiréis hondo y disfrutéis de esta maravillosa noticia.

—¡Uf!, nos ha quitado un peso de encima —dijo Alex—, al menos a mí.

—¡Claro, hombre, disfruta, que uno no se entera a diario de que va a ser padre!

—¡Ya lo creo que no!

—Paula, es importante que no experimentes excesivos aumentos de peso, al menos durante los primeros meses. Así le daremos tiempo al hígado para que siga sanando, será indispensable una consulta con un nutricionista.

—Lo que usted diga, doctor.

—¿Ya has ido a ver a un obstetra?

—No, acabamos de enterarnos y nos ha dado tanto miedo que sólo pensamos en llamarte a usted.

—Bueno, tranquila; en cuanto conciertes una cita con el ginecólogo, coméntale todo esto también.

—Perfecto, así lo haremos —afirmaron ambos al unísono.

—De acuerdo, ahora os dejo. Os espero mañana en el consultorio.

Se despidieron del médico y se quedaron mirando. De pronto, comenzaron a reírse como locos. Paula se echó en los brazos de Alex, se aferró con fuerza a su cuello y lo besó.

—¡Soy feliz, mi amor, soy muy feliz!

—Tengo miedo de despertarme y de que esto sólo sea un sueño, bonita.

—No, mi amor, es verdad y nos está ocurriendo a nosotros.

—Vamos a la clínica, quiero que te vea un ginecólogo ahora mismo, para quedarnos tranquilos de que todo está bien.

—Pero comamos algo primero, por favor, estoy muerta de hambre y más ahora que sé que somos dos. —Volvieron a reírse.

Entre ambos, prepararon el desayuno y se lo comieron con rapidez. Alex no paraba de sonreír, de besarla y de acariciarle la

barriga. Finalmente, fueron hacia la clínica. Subieron directamente al sexto piso y la secretaria de Amanda los atendió de inmediato.

—Hola, Grace, ¿está ocupada mi hermana?

—Buenos días, señor Alex, la doctora Amanda está libre, aún no ha llegado su primera visita. ¿Desea que lo anuncie?

—No, muchas gracias, nosotros lo haremos. Por cierto, le presento a mi esposa, Paula.

—¿Qué tal, señora? Ya nos conocíamos porque un día estuvo aquí con la señora Amanda.

—Así es Grace, ¿cómo está?

—Muy bien, muchas gracias, señora.

Alex se asomó al consultorio de Amanda por una rendija de la puerta, con Paula cogida de la mano.

—¿Se puede, hermanita?

—¡Qué sorpresa, buen mozo, claro, entrá! —Alex abrió la puerta del todo y entró risueño junto a Paula—. ¿Qué hacen ustedes dos acá tan temprano?

—¡Vinimos a verte!

Paula se acercó y le dio un beso en la mejilla y otro en la barriga a su cuñada.

—¿Vinieron a verme? ¿Y para qué vinieron a verme? A esta hora, ¿no deberían estar en la empresa? —los interrogó, mientras abrazaba a su hermano. Alex sacó las dos pruebas de embarazo que traía en su bolsillo y las puso sobre el escritorio.

—Vinimos a verte para esto.

—*Oh, my God! Oh, my God*! Juro que lo supe en cuanto entraron. —Amanda se levantó de su sillón y los abrazó a ambos; no paraba de gritar y de lloriquear: los tres estaban muy emocionados —. ¡Tendré un sobrino! ¡Alex, serás papá! —Le besó el rostro a su hermano, acunándolo entre sus manos—. ¿Cómo te sentís, Paula?

—De maravilla, sólo que estamos un poco preocupados porque esto ocurrió mientras tomaba anticonceptivos, ¿pueden hacerle daño al bebé, Amanda?

—Evidentemente no los tomaste muy bien; alguno o algunos debés de haberte salteado, pero eso no importa ahora. ¿Cuánto mal pueden hacerle al bebé? Eso depende del período en que lo hayas tomado hasta que te diste cuenta del embarazo. Veo en el visor que estás de más de cuatro semanas, lo que es un tiempo bastante corto. Así que, a bote pronto, yo les diría que no se alarmasen. De todas formas, haremos algunas pruebas. El ginecólogo que te atendió la otra vez y te recetó los anticonceptivos no es obstetra, así que yo preferiría que te vea un obstetra ya para que te haga los exámenes de rutina del primer trimestre.

—Calmate, Amanda, me estás mareando. Es demasiada información junta, aún estoy asimilando que Paula está embarazada —exclamó Alex.

—Siéntense y déjenme decirle a Grace que me comunique con la doctora que ya tengo en mente para vos.

—¿Dónde atiende?

—Acá, Paula, trabaja con nosotros, es una excelente obstetra y, además, habla español porque es madrileña. Creo que el hecho de que hable tu idioma te dará más confianza, puesto te podrás comunicar con más fluidez con ella. Supongo que mi sobrino nacerá en mi clínica, ¿no?

—¿Por qué «sobrino»? Alex está igual, ¡quizá sea una niña!

—Cierto, cierto, pero no sé por qué presiento que es un varón.

—Recién hablamos con Callinger. En realidad, tendríamos que haber esperado diez meses para que Paula se quedara embarazada —le explicó Alex.

—¡Error, empezamos mal!

—¡Ya sé, Amanda! No empieces a regañarnos ahora. Sabemos que fue una imprudencia, pero el médico nos dijo que todo iría bien.

—¡Eso ya lo sé! Sé perfectamente que fue una imprudencia, pero ¿qué se puede hacer ahora? El bebé ya existe. A lo que me refiero es a lo que dijiste antes, ¿cómo que «que Paula se quedara embarazada»? No es sólo ella la que está embarazada, ¡están

embarazados los dos! —Alex puso los ojos en blanco, pero el sonido del teléfono los interrumpió—. Esperá, voy a atender.

—Hola, Noelia, soy Amanda. Quisiera saber si tenés un huequito en tu consulta para atender a mi cuñada y a mi hermano que están embarazados y están acá conmigo.

A Paula y a Alex les gustó cómo lo dijo Amanda; se arrebujaron en sus asientos y entrelazaron sus manos con fuerza.

—Pero ¿qué pregunta es ésa? Si no tuviera un hueco, pues me lo hacía y los atendía de todas maneras. Vale, diles que suban ya que los espero. En seguida aviso a mi secretaria para que los haga pasar de inmediato.

—Gracias, Noelia, ahora subimos.

Amanda colgó.

—Vamos, la doctora nos espera.

—Pero ¿no tenés pacientes? —le preguntó Paula.

—Tengo visitas a partir de las once, pero, en todo caso, que me esperen un rato. ¿O creen que voy a perderme la primera consulta?

Subieron hasta el piso diez, entraron en el consultorio y la doctora los recibió con mucha amabilidad e infundiéndoles muchísima confianza.

—Alex es mi hermano y Paula, mi cuñada. Les presento a la doctora Noelia Martín Toribio.

—Un placer... Adelante, poneos cómodos y relajados, que aún no me he comido a nadie en mi consulta y nos quedan muchos meses por delante para vernos las caras. Amanda me ha explicado que estáis embarazados.

—Así es —confirmó Paula.

—Desde ya os digo que será un honor para mí traer al mundo a un Masslow. Claro, eso siempre y cuando me elijáis a mí para hacerlo, pues ésta es vuestra primera consulta, así que si no os caigo en gracia estáis en todo vuestro derecho de cambiar de obstetra.

—Amanda te recomendó —dijo Alex—, además nos parece importante que hables español, ya que Paula se sentirá más cómoda

en el parto si se puede comunicar en su idioma. —Paula asintió.

—Vale, eso es cierto, a mí también me lo parece. —La doctora sonrió—. Contadme, ¿qué tipo de prueba os habéis hecho para saber que estáis embarazados?

Alex sacó rápidamente los dos test de embarazo que traía en el bolsillo.

—Veo que habéis hecho dos pruebas caseras.

—Estamos preocupados porque yo estaba tomando anticonceptivos.

—Aquí dice que estás de más de cuatro semanas, así que no es mucho el tiempo durante el cual los has tomado. Por consiguiente, no debería ser un problema, pero será algo que tendremos en cuenta. Controlaremos, por encima de todo, el crecimiento del bebé y te enviaré a hacer pruebas de laboratorio rutinarias. Si algo no va bien, lo sabremos por los valores.

—Hay algo más que debemos contarle —agregó Alex—. Hace cinco meses, Paula recibió un balazo en el hígado en un intento de homicidio. Se suponía que debíamos esperar al menos diez meses para que ella se quedara embarazada, pero, bueno, ha sucedido ahora.

—Y es que seguramente te has saltado algunas píldoras, no creo que exista otra explicación —sentenció la doctora.

—Sí, asumo que fue así, porque todo el mundo me lo dice —contestó Paula mirando a Amanda, que le guiñó el ojo. Luego siguió hablando—: Lo comenté con mi cirujano y él cree que probablemente no exista riesgo. Mañana nos espera para hacerme una ecografía del hígado y nos pidió que te lo comentásemos, sobre todo para que me diera hora para una consulta con un nutricionista y así poder seguir una dieta adecuada que no me permita aumentar demasiado de peso durante el primer trimestre. De ese modo, mi hígado tendrá unos meses más de margen para curarse.

—Me parece perfecto, así lo haremos. Además, es lo primero que me ha venido en mente en cuanto me habéis contado lo de la herida. Ahora, Paula, te invito a que te quites la ropa tras el biombo

y te pongas una bata para hacer algunas pruebas; quiero pesarte, tomarte la tensión sanguínea; te haré un test de Papanicolaou y te realizaremos una ecografía transvaginal para determinar con exactitud la edad gestacional del bebé y cerciorarnos de que todo está en orden. ¿Qué quiero decir con que «todo está en orden»? Me refiero a que el bebé esté dentro del útero, entre otras cosas.

—Bueno —contestó Paula bastante asustada.

—Mientras tanto, ¿Alex, verdad?

—Sí.

—Vale, Alex, me ayudarás con algunos datos y lo que no sepamos, nos lo dices tú, Paula; así que mantente atenta a lo que pregunto, ¿de acuerdo?

—Bien —respondió ella.

—Pero ¡cambien esa cara, por Dios! ¡Parecen dos pollos mojados! —los regañó Amanda que, hasta el momento, se había mantenido en silencio—. Relajate, hermanito, y disfrutá del momento. ¡Y vos también, Pau! —Alex sonrió y respiró hondo.

Paula salió cambiada y la doctora Martín Toribio, al verla aparecer, se puso de pie y la llevó hasta la balanza para pesarla; luego la acompañó hasta la camilla e hizo que se recostara.

—Alex, ponte al otro lado de la camilla, junto a ella, y así los dos podéis mirar el monitor. ¿No habéis traído nada para sacar fotos o para filmar? —preguntó la ginecóloga.

—No —dijeron ambos afligidos mientras se miraban.

—No sabíamos que hoy mismo le harían una ecografía —contestó Alexander.

—Vale, no importa, seguro que tenéis un buen móvil, ¿no? Así que os aconsejo que lo utilicéis para que os quede un hermoso recuerdo de la primera ecografía. —Amanda le guiñó un ojo a su hermano—. ¿Amanda, tú quieres mirar en mi monitor?

—Será un gusto, Noelia, estoy superansiosa.

Todos sonrieron.

—Paula, relájate y pon los pies en los estribos, igual que cuando te van a hacer un Papanicolaou. Así, el culo bien adelante. ¿Te has

hecho alguna vez una ecografía transvaginal?

—No.

—Vale, en ese caso te la explicaré. Te introduciré un transductor, esta sonda con forma de huso. —Se la mostró—. Le pondré un preservativo y la meteré dentro de tu vagina. Esto lo presionaré contra las paredes vaginales próximas al útero y, entonces, se registrarán ondas de sonido de alta frecuencia que se convertirán en imágenes. Es una prueba totalmente indolora.

—Perfecto.

Alex grabó la ecografía y todo cuanto acontecía en el consultorio con su móvil, mientras le sostenía la mano a Paula.

La doctora giró la cabeza y miró a Amanda.

—¿Lo ves?

—Sí, lo veo perfectamente —contestó Amanda mientras se acercaba al monitor.

—¿Qué pasa? —preguntaron Alex y Paula a la vez, mientras se cogían con fuerza de las manos.

—¿Lo dices tú o lo digo yo?

—No decilo vos, Noelia, sos la doctora de Paula y Alex.

—Vale, tranquilos, no pasa nada, relajaos. Voy a explicaros todo lo que estamos viendo. Esto de aquí —dijo señalando a la imagen— es la terminación de la vagina; esto otro que observáis aquí es el cuello del útero y esto con forma de corazón es el útero. Lo que está ahí es el saco gestacional y el saco vitelino, pero si miráis con un poco de atención, al lado se ve otro saco gestacional.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Paula. La ginecóloga miró a Amanda y asintió con la cabeza.

—Son mellizos. ¡Alex, Paula, van a tener mellizos! —gritó Amanda mientras gimoteaba de emoción.

Ellos tampoco pudieron contenerse y se echaron a llorar mientras se besaban sin parar. Amanda le arrebató el móvil a su hermano para grabar ese beso que estaban dándose. Tras unos momentos y superada en parte la sorpresa, intentaron recomponerse para que la

doctora siguiera con la prueba, sorbieron sus narices y Amanda les alcanzó unos pañuelos de papel.

—¿Están bien? ¿Los bebés están bien?—preguntó Paula.

—Vale, a ver, por el tamaño, podemos saber que estás de 5,3 semanas gestacionales. Ambos sacos están dentro del útero; esto que se ve aquí es lo que luego será la placenta. Todo se ve perfecto. Como los dos embriones tienen un buen tamaño, pondré el sonido. —Al oír los latidos de sus corazones volvieron a escurrírseles lágrimas de emoción. La ecografía había terminado y la doctora Noelia le entregó un DVD a Alex con la grabación—. Muy bien, Paula, no te levantes aún, sólo me queda sacar una muestra para analizarla. No te asustes, todo esto forma parte del protocolo. —Le colocó el espéculo y sacó una muestra del cuello del útero—. Todo se ha visto normal, así que no creo que tengamos que preocuparnos de nada. Ya hemos terminado, sólo te pediré que te bajes la bata un poco, para poder explorarte las mamas. ¿A ver? Levanta tu brazo y ponlo por detrás de la nuca. Listo, todo bien, ve a vestirte para que te dé las recetas.

Amanda y Alex no paraban de abrazarse. Entretanto, sonó el teléfono de la doctora Martín Toribio y, cuando atendió, le pasó la llamada a Amanda.

—¿Qué haces ahí, acaso te encuentras mal?

—No, Edward, tranquilo, estoy bien. Espérame en el consultorio, ya bajo y te cuento.

Paula volvió vestida, la médica ya le había extendido las recetas.

—Bueno, esto es para que te hagas análisis de sangre y orina, y esto es lo que debes tomarte por ahora: un comprimido diario de ácido fólico. Cuando tengáis los resultados del laboratorio, me venís a ver para determinar si necesitas alguna otra vitamina. Esto es una crema para que comiences a hidratar tu piel, ya que debes prepararla para que se ponga elástica; durante el último trimestre lo necesitarás. De esa forma, evitaremos la formación de estrías, comenzarás con dos aplicaciones diarias y, a medida que vaya creciéndote la barriga, irás aumentando las dosis. Puedes utilizar

también algún aceite. En fin, cuanto más hidratada tengas la piel, mejor. No olvidemos que son dos bebés y tu barriga crecerá bastante. —Paula y Alex asentían con la cabeza—. Es posible que aparezcan estrías en tus pechos por el aumento de tamaño, así que deberás hidratar esa zona también.

—Perfecto, no quiero que me queden marcas.

—Trataremos de evitarlas. ¿Queréis preguntarme alguna cosa?

—Al ser dos bebés, ¿es un embarazo de riesgo? —preguntó Alex.

—No, por ahora nada indica eso, pero, claro, tendremos que hacer más controles que si fuera uno solo. Ahora, dejadme deciros algo que no todos se atreven a preguntar. Tranquilos, sé de sobra que son las dudas naturales que siempre surgen. En cuanto a vuestras relaciones sexuales, os pido que sean con más cuidado, pero que el embarazo no afecte a la conexión que hay entre vosotros. Estás preñada, no enferma, Paula. Os digo esto porque sé que es un temor habitual de todos los padres primerizos y no quiero que os enfrasquéis en temores absurdos; todo es normal, así que no hay restricciones para que sigáis con una vida sexual activa. No le haréis daño a los bebés, puesto que el cuello del útero está sellado por una gruesa membrana mucosa que lo protege contra infecciones. Por otra parte, dejadme que os cuente que, durante el acto sexual, la oxigenación del bebé es mayor, por lo que es una sensación bastante placentera para él. Por último, a medida que vaya creciendo la barriga, Paula misma irá viendo cuál es la posición más cómoda, ya que a veces, con el transcurso de los meses, algunas no lo son tanto. Si todo sigue como hasta ahora, podréis hacerlo hasta el último día.

Ambos asintieron con la cabeza.

—Gracias por aclararlo —dijo Alex—, seguramente son preguntas que tarde o temprano nos habrían surgido.

—¡Si no le has causado ningún daño hasta ahora tampoco se lo harás! Haremos controles periódicos para estar tranquilos y ver si todo va bien.

»Otra cosa, Paula, es posible que tus pechos se pongan hipersensibles y te duelan con el roce, especialmente durante el primer trimestre. Por lo general, disminuye con el paso de los meses, pero es normal. Aunque ahora no las hayas tenido, también es posible que aparezcan náuseas matutinas muy fuertes, ya que como tienes dos placentas se generarán muchas más hormonas que con una sola, y esas náuseas son producidas, principalmente, por las hormonas placentarias. ¿Hay algo más que queráis saber y que no os haya dicho?

—Sí —añadió Paula—, me pregunto si siendo dos bebés es posible tener un parto vaginal.

—Vale, Paula, es difícil, pero no imposible. Eso no lo podemos saber todavía, lo iremos determinando con el paso de los meses, todo dependerá de la posición en que se encuentren los bebés. También es posible que, siendo dos, no lleguemos a término, pero todo eso lo iremos viendo con el avance del embarazo. De todas formas, iremos tomando precauciones. No os olvidéis que estamos en una clínica donde los procedimientos que se llevan a cabo con técnicas de fertilización, por lo general, nos hacen trabajar a menudo con embarazos múltiples, así que estamos habituados a estos partos. Tenemos ventaja en cuanto a cuidados, cosa que, desde luego, debe daros tranquilidad a vosotros también.

Amanda se mostró orgullosa y Alex le guiñó un ojo.

—Lo preguntaba porque ellos dos son mellizos y mi suegra me explicó que su parto había sido natural, pero los de Edward nacieron por cesárea.

—¡Ah, vaya! ¡No sabía que vosotros sois mellizos! —exclamó la doctora mirando a Amanda y a Alex—. Veo que hay varios casos de mellizos en la familia.

—Los de Edward son por fertilización, Noelia, pero nosotros no. Y sí, es cierto, mamá nos tuvo por parto natural, mi hermanito es el más pequeño de los dos —le contó Amanda.

—¡Ah, vale, vale!

—¿En qué mes se comenzarán a sentir sus movimientos? —preguntó Alex y Amanda lo miró con gran ternura. Ella no intervenía, aunque bien le podría haber contestado, pero en ese momento se encontraba en calidad de tía.

—Bueno, no os lo puedo contestar con exactitud. Serán evidentes seguro hacia el cuarto mes, pero siendo un embarazo múltiple, muchas mujeres aseguran que los notan antes y en diferentes lugares a la vez. Es posible que, al principio, sólo pueda sentirlos Paula, ya que como son muy pequeñines flotarán en el vientre, se balancearán y girarán en el líquido amniótico y esas sensaciones sólo las percibirá ella.

—En mi caso, al principio notaba como palomitas de maíz reventando en mi barriga, pero otras mujeres lo describen como un pez nadando de un lado a otro o una mariposa aleteando en su barriga —les contó Amanda, mientras Alex y Paula la escuchaban con atención.

—Vale, espero que todo haya quedado claro y que os hayáis sentido cómodos.

—Muy cómodos, doctora, ¿verdad, mi amor? —dijo Alex y Paula lo miró.

—Sí, por supuesto, ha sido usted muy paciente y nos ha despejado todas las dudas. Además, gracias por su tiempo, vinimos sin cita previa.

—Tranquilos, para mí también ha sido un placer. Cuando lo tengáis todo, aviséis a Amanda y ella me lo comunicará. Entonces, volveremos a hacer un hueco como hoy, no hace falta que pidáis hora.

Salieron de ahí sin terminar de caer en la cuenta de la realidad a la que se enfrentaban, cogidos con fuerza de la mano.

Cuando llegaron al consultorio de Amanda, Edward estaba sentado de espaldas, relajado, bebiendo agua mientras esperaba. Al oír el ruido de la puerta, se giró de golpe y se encontró, no sólo con Amanda, sino también con Alex y Paula; los tres traían una sonrisa

de oreja a oreja. De inmediato frunció el cejo y no tuvo que esperar a que nadie le dijera nada.

—¿No me digáis que estáis acá en la clínica porque voy a ser tío?

Alex lo estrechó entre sus brazos, mientras le corroboraba sus sospechas.

—Así es, estamos embarazados. —Se palmearon varias veces la espalda y luego Edward soltó a Alex para felicitar a su cuñada.

—Felicidades a los dos, ¡qué noticiόn! ¡Vaya! ¡No habéis perdido el tiempo! Pero ¿cómo ha sido? —Los cuatro se rieron por la espontánea muletilla lanzada por Ed—. Hablando en serio, ¿está todo bien?

—Perfectamente bien... —empezó a explicarle Paula y, de pronto, se calló porque le asaltaron unas tremendas ganas de llorar.

—¡Uf, mi amor, estás sensible!

—Es que no puedo creerlo —le dijo a Alex haciendo un puchero y luego prosiguió hablando con su cuñado—: Edward... —sorbió su nariz—, estamos esperando mellizos.

—¿Qué? ¡Enhorabuena! —Los abrazó a ambos—. Recuerdo vivamente cuando nos enteramos de Liam y Harry, ¡fue tan bonito cuando supimos que ambos implantes habían sobrevivido! A nosotros la noticia no nos pilló por sorpresa, pero supongo que para vosotros debe de haber sido un tsunami.

—Son tantas emociones juntas que aún no me doy cuenta del todo —le confesó Alex.

Salieron de la clínica y se subieron al Alfa-Competizione para regresar al apartamento.

—¡Estoy tan contenta que tengo ganas de sacar la cabeza por la ventanilla y gritar para contárselo a todo el mundo!

Alex extendió su mano y con el pulgar le delimitó los labios.

—Te infinito, mi vida.

—Yo también, Alex, es inexplicable lo que estoy sintiendo. —Hizo una pausa y, de pronto, le espetó—: ¡Tengo una idea!

—¿Qué idea?

—Vamos a la empresa, les contamos a Jeffrey y a Alison, y luego nos vamos a Los Hamptons para explicárselo a Joseph, Bárbara y Ofelia.

—Dale, hermosa, hagamos eso.

Cuando llegaron a la casa de campo, los encontraron a punto de sentarse a comer. Los tres se pusieron muy contentos al verlos llegar, pero considerando que era lunes, también les extrañó que no estuvieran en la empresa.

—¿Pasa algo? —preguntó Joseph.

—No, papá, simplemente queríamos venir a pasar el día con ustedes. ¿Nos invitan a comer?

—Por supuesto, tesoro, ¡qué cosas dices! —lo regañó Bárbara.

—Yo voy a por platos, siéntense —les dijo Ofelia.

—Realmente, es extraño que vengan un lunes por acá —comentó Bárbara.

—La verdad es que, durante todo el camino, estuvimos imaginando con Paula cómo decírselo, pero ahora no nos sale nada de lo que habíamos planeado. —Ofelia se tapó la boca y se echó a llorar, y Bárbara, se puso de pie, cogió a Paula por los hombros y, casi en una exhortación, le preguntó:

—¿Me harán abuela?

Paula sonrió y asintió levemente con la cabeza. Joseph se levantó disparado de la silla y puso a Alex en pie para abrazarlo con fuerza. Bárbara apretujaba a Paula y la besaba sin parar. Cuando su padre lo soltó, Alex se percató de que Ofelia seguía muy emocionada.

—¿Qué pasa, viejita linda?

—¿Qué va a pasar, Alex? ¡Estoy vieja y sensiblera, y vos nos das esta noticia sin anestesia! ¿Sabés lo que siento al saber que podré aupar a un hijo tuyo? ¡Sos mi preferido, querido! —Alex le besó el cuello.

—Bueno, en ese caso, andá preparando ambas piernas, porque tendrás que aupar a dos bebés.

—¡¿Qué?! —exclamó Bárbara.

—Sí, mamá, estamos embarazados de mellizos. —Y hasta ahí llegó su contención. Él y su madre se fundieron en un abrazo y empezaron a llorar. Joseph, mientras tanto, aprovechaba para felicitar a Paula.

—¿Estás bien? ¿Está todo bien?

—Sí, Joseph, hoy fuimos a la consulta y, al parecer, va todo bien.

—¡Mi niña! Yo supe, desde el primer momento en que te vi entrar en el Belaire, que serías una bendición —exclamó Ofelia—. ¡Cómo consentiré a esos niños! Aunque no me lo permitas, lo haré igual.

—Despreocupate, Ofelia, ¡estaré encantada de que los consientan! —le aseguró Paula, mientras se acercaba para abrazarla.

El día había sido extenuante, con demasiadas emociones, todas ellas muy placenteras, y Paula se sentía agotada. Ya se habían metido en la cama y Alex la cobijaba mientras ella le apoyaba la mejilla en el pecho.

—Tendremos que acelerar la búsqueda del nuevo apartamento, para poder preparar los cuartos de los bebés con tiempo —sentenció Alex.

—Sí, eso mismo estaba pensando. —Paula levantó la cabeza y se quedó mirándolo, le mordió la barbilla y dijo—: Alex, sé que igual te suena un poco injusto, pero... ¿sabés? He sentido un poco de envidia del abrazo que te diste con Bárbara. Me encantaría poder estrujarme así con mi mami cuando se entere.

—¿Y qué te hace pensar que no lo harás? Iba a preguntarte si querías que el fin de semana fuéramos a Mendoza.

—¿En serio? —Paula pegó un salto en la cama y se sentó a horcajadas sobre él—. ¿Que si quiero? ¡Claro que quiero! —Se inclinó y lo besó por todo el rostro—. Tengo el esposo más bueno, el más lindo y el mejor. ¡Y es mío, todo mío! —le decía entre beso y beso.

—Paula, despacio, no saltes tanto.

—Alex, hasta buceo he practicado cuando no sabíamos que estaba embarazada.

—Bueno, pero ahora lo sabemos y debemos cuidarlos.

—Y los cuidaremos, pero tampoco exageres. Ya oíste lo que dijo hoy la doctora: no estoy enferma, estoy embarazada y, ahora mismo, lo que más quiero es que mi esposo me haga el amor.

—Ay, Paula, te juro que tengo cada una de las palabras de la obstetra grabadas en mi mente, pero me da miedo hacerles daño; ¡es que son dos! —Paula se quedó mirándolo, luego se inclinó y le pasó la lengua por los labios.

—Te deseo, mi amor, prometo que si algo me duele te lo haré saber. Además, lo haremos despacito, como cuando me dieron el alta después del balazo. ¡Bah! Aunque ese día que volviste de París, no fuiste muy cuidadoso en la oficina. —Se rieron. Luego Paula lo miró de forma provocadora y él se perdió en sus ojos—. Te amo, Alex, saber que llevo a tus hijos en mi vientre me convierte en la persona más afortunada del mundo, ¿te das cuenta, mi amor? ¡Pronto seremos cuatro!

—Es increíble, cierro los ojos y me parece que fue ayer cuando entré en el Faena y rogué que no fueras la novia de ninguno de los que estaban ahí. Hoy sos mi esposa y la madre de mis hijos. ¡Guau! ¡Qué grande es esa palabra! Nunca tuve verdadera conciencia de lo mucho que significa hasta ahora, los voy a cuidar siempre a los tres.

—Lo sé, sé de sobra que nos amarás mucho. A mí me lo hacés sentir a diario.

—¡Dios, es que de golpe me han surgido tantos miedos...! Sé muy bien lo que siento por vos, y lo que ya siento por ellos, pero me da terror no ser un buen padre.

—De eso no me cabe duda, mi amor, sos una gran persona y sé que a nuestros hijos les darás tanto amor como a mí, aunque a veces nos equivoquemos. Pero ¡es que no hay un manual donde se aprenda a ser padre, Alex!

—Vos, en cambio, serás una gran mamá, te he visto actuar con mis sobrinos.

—Y vos también serás un gran papá. Imaginémoslo, dale, cerrá esos hermosos ojos que tenés y figúrate con ellos en los brazos. —

Alex asintió e hizo lo que le pedía—. ¿Te los estás imaginando?

—Sí, me veo supertieso, hablándoles de manera muy cursi. —Abrió los ojos—. No quiero ser un padre ausente, Paula, quiero participar en todo desde que nazcan, cambiarles los pañales, darles el biberón, bañarlos. Deseo que compartamos todo, pero tampoco quiero ser un padre obsesivo, sólo darles lugar para que crezcan con sus ideales, pero con mi guía.

—¿Y tenés miedo de ser un mal padre? ¿Acaso no te estás escuchando? Serás el mejor, Alex.

Él la hizo girar y la dejó bajo su cuerpo.

—Te amo, Paula, me siento completo en todos los sentidos. Sos mi amor, mi vida, y no me voy a cansar nunca de decírtelo. Gracias por todo lo que me das a diario, por tu amor, y ahora por esos hijos hermosos que tendremos. —La besó, luego se apartó y le confesó—: Es contradictorio, pero aunque no quiero perderme ni un solo instante del embarazo, también quisiera cerrar los ojos y que ya estuvieran junto a nosotros.

—Lo sé, me pasa lo mismo. —Ella le acarició el puente de la nariz —. Quiero que se parezcan a vos, estoy enamorada de tu cara, ¡sos tan lindo...!

—Y yo deseo, con todas mis fuerzas, que se parezcan a vos. Me encantan tus facciones, tu boca, ¡sos tan linda...!

Se miraron con mucho amor y el momento se transformó, los miedos desaparecieron de pronto y fluyó esa pasión que los quemaba por dentro. Alex la olisqueó, le pasó la nariz por el rostro, la miró mientras le sostenía la frente y le dijo gesticulando:

—Te infinito.

—Te infinito —le respondió Paula de la misma manera y, acto seguido, le habló en su idioma, porque sabía que eso lo ponía muy caliente—: *I love you too... you're my world... I wish too much...* [Yo también te quiero... Eres mi mundo... Te deseo tanto...]

Alex frotó su sexo contra su pelvis: que ella le hablara así era suficiente para desencajarlo. Bajó su mano y se desprendió del

calzoncillo. Con habilidad, le quitó el tanga y tocó su vagina. Paula estaba más que preparada.

—*Baby, my love*... —Tomó su pene y lo situó en la entrada de su vagina; la penetró lentamente y se quedó mirándola—. Te amo, sos sublime.

Empezó a moverse mansamente, mientras Paula se meneaba también para encontrarlo. Era un vaivén continuo de sus pelvis, una danza pausada pero exquisita, un baile ritual que ese día no parecía tener fin ni pausa. Paula se mantenía aferrada a su espalda y él le hundía la cara en su cuello, mientras ahogaba sus gemidos. Sentía que su cuerpo se licuaba con cada embestida, que sus entrañas se derretían con cada roce.

—Así, Alex, así te quiero. Tenés la misma expresión que cuando lo hicimos la primera vez, jamás la voy a olvidar.

—Mi razón y mis deseos se extravían en tu cuerpo, Paula, como aquel día en que te tuve por primera vez entre mis brazos.

Siguieron contoneándose, encontrándose y, entonces, mientras ella se perdía extasiada en sus ojos, comenzó a sentir un fuego que estaba a punto de quemarla viva, sus entrañas empezaron a convulsionar, sus extremidades se crisparon en torno a él y lo apretó con fuerza contra su cuerpo, le enredó las piernas en la cintura y gritó su nombre. Alex exhaló la respiración contenida, mientras la espoleaba con su pene y, casi al filo de la locura, vació sus ganas dentro de ella. Cayó desmembrado a un costado, como un buen padre cuidadoso de sus retoños.

—¿Estás bien? —le preguntó él con un hilo de voz.

—Perfecta, feliz y satisfecha, como cada vez que me hacés el amor. —Unos cuantos minutos después, Paula interrumpió el silencio —: ¿Te has dormido?

—No, Pau, aún no.

—¿Sabés? Hoy, mientras me bañaba, pensé en lo que dijo la doctora de que estoy de 5,3 semanas y me puse a sacar cuentas.

—Fue en Punta Mita, en la ducha o en la cama, cuando estábamos partiendo para Cancún —se adelantó Alex.

—Sí, ¿también estuviste sacando cuentas?

—No he parado de pensar en eso desde que nos hemos enterado —corroboró él.

—Yo tampoco.

Capítulo 23



EL jet de Mindland aterrizó en el aeropuerto de San Rafael Mendoza en hora. Paula estaba feliz de llegar a su tierra y Alex disfrutaba de su alegría. No habían avisado de que viajaban, porque querían sorprender a todos, así que, al salir del aeropuerto, alquilaron un coche con chófer para que los llevase hasta la plantación.

—Usted es la más pequeña de los Bianchi, ¿verdad? —le preguntó el conductor a Paula.

—Sí, disculpe que no lo reconozca, pero hace bastante que no vivo acá.

—Soy el sobrino de Exequiel, Mariano. No sé si me recuerda, pero yo iba seguido a la plantación y jugaba con su hermano.

—¡Ah! ¿Cómo estás, Mariano? Disculpame el despiste. Te presento a mi esposo, Alexander. —Éste le extendió la mano muy amablemente.

—Mi tío y mi tía nos contaron que se han casado. ¡Uf! Si los hubieran visto, no paraban de hablar del fiestón.

—Pues nos costó mucho subir al avión a ese viejo para que fuera, pero al final lo logramos —dijo Paula con gran cariño.

—¿Vinieron de visita?

—Sí, sólo por este fin de semana. —Siguieron en silencio un rato, Alex contemplaba el paisaje mientras le acariciaba la mano—. Mariano, ¿podrías parar el coche que me siento descompuesta?

Alexander la miró asustado, ella estaba muy pálida. El chófer paró de inmediato en el arcén y Paula salió despedida del compartimento y empezó a hacer arcadas. Alex, que ya estaba junto a ella, le sostenía la frente mientras ella vomitaba.

—¿Te sentís mejor?

—Sí, pasame un pañuelo de mi bolso y la botella de agua, por favor.

—¿Te habrá caído mal algo que comimos en el avión?

—Espero que sea eso, porque si es que voy a empezar con náuseas diarias realmente es horrible. No sé, pero me encontré mal muy de golpe.

—¿Estás mejor? ¿Seguimos?

—Sí, continuemos.

Subieron de nuevo al coche y Paula se recostó en el hombro de Alex mientras él la cobijaba en su abrazo. Poco a poco fue recobrando el color. Finalmente, llegaron al portón de rejas que servía de entrada a Saint Paule. Sobre el arco de medio punto se erigían las letras de hierro forjado que resaltaban el nombre de la bodega. Entraron por el camino que los llevaba hasta la casona y Mariano aparcó el automóvil frente a la puerta de entrada. Guillermina salió de inmediato al oír el ruido del vehículo. Al ver que descendían Paula y Alex, empezó a dar gritos para llamar a todos. La primera en salir fue Sofía y, por detrás, venía tambaleándose Franco.

—¡Hola, mi tesoro! ¿Cómo estás?

—¡Tía, qué sorpresa!

—¿Verdad que los sorprendí? Pero ¡yo también lo estoy! Mirá, este muchachito ya camina, ¡ya era hora, Franco! —Levantó al pequeño y Alex la miró y se lo quitó de los brazos y lo aupó él, pero como el niño era muy dócil no se quejó. Paula saludó cálidamente a Guillermina y Exequiel, que no había tardado en llegar hasta la entrada. Alex también les dedicó un amistoso saludo a los caseros.

El chófer ya había bajado las maletas, saludó a sus tíos y se despidió, pero antes Alex le dio una suculenta propina.

—Adiós, Mariano, un gusto haberte visto —le dijo Paula antes de perderse dentro de la casa. Sofía estaba aferrada a su mano y no la soltaba—. Pero ¿dónde están todos?

—Están en la bodega —le informó Exequiel—. Hay visitas.

—¿Visitas? —preguntó Paula extrañada, pues era obvio que quien había llegado no conocía la bodega y por eso estaban mostrándosela.

—Sí tía, creo que es un amigo de la abuela —dijo Sofía, y Paula y Alex se miraron—. Habla raro, pero también habla como Alex, en inglés, y no sabe español. Yo no fui con ellos porque ya conozco la bodega y preferí quedarme jugando. Y Franco, cuando se fueron, estaba durmiendo.

—¿A quién se refiere Sofía? —preguntó Paula.

—Al señor Luc y su hija, que llegaron anoche de Francia —le contestó Guillermina.

—¡Ah, bueno! Creo que la sorprendida soy yo, entonces.

Alex la abrazó y le besó el pelo.

—¿Querés que vayamos a un hotel? —le preguntó Alex a Paula.

—No es necesario. —Se miraron a los ojos—. Te acabo de decir que no es necesario, ¿o sí lo es? —le preguntó ella con sorna.

—Paula... —le contestó él en tono de advertencia.

—¿Hace mucho que se fueron? —le preguntó él a Exequiel.

—No, cuando ustedes llegaron hacía muy poquito que ellos se habían marchado. ¿Quieren una de las camionetas para ir hasta allá?

—No sé lo que quiere hacer Paula, Exequiel. —La miró esperando una respuesta.

—Sí, vamos, pero nosotros buscamos la camioneta, no te preocupes, viejito.

—Miren que para mí no es molestia, al contrario.

—Está bien, Exequiel, sólo traiga las llaves, nosotros la vamos a buscar —insistió Alexander mientras le palmeaba la espalda.

—¿Puedo ir con ustedes, tía?

—Voy a conducir yo, así que me tenés que preguntar a mí si te llevo —le contestó Alex.

Entre ellos no había habido mucho *feeling*, pues la niña se había mostrado muy celosa cuando lo había conocido en Nueva York. Sofía miró a Paula para que interviniera, pero ella no lo desautorizó.

—Además, ¿me parece a mí o no saludaste a Alex cuando llegamos?

—No me acuerdo —respondió la niña.

—Yo sí me acuerdo bien y no me saludaste. —Alex se inclinó y le señaló su carrillo. Sofía no tuvo más remedio que darle un beso. Alexander le dio otro a ella y la cogió de la mano.

—Por supuesto que podés venir con nosotros —concluyó.

Franco se quedó con Guillermina y los tres partieron rumbo a la bodega. Cuando llegaron, los empleados los saludaron de inmediato y Paula se cercioró de si su madre y compañía aún estaban ahí.

—Sí, señora, están en la cava —le dijo el capataz.

Bajaron por la escalera y, cuando estaban llegando, la cara de Alex se transfiguró.

—¡Bingo, mi amor! Por lo visto. yo voy a tener que aguantar a la francesa, pero a ti te va a tocar Gaby. ¡Claro, corrés con ventaja! Seguro que Gaby no se queda a dormir.

—Muy chistosa, pero no entiendo qué mierda hace ese idiota acá.

Pablo sintió el murmullo de ellos hablando y se dio la vuelta y los vio bajar.

—¡Paula, Alex! ¡Qué sorpresa!

—¡Hija querida, no puedo creer que estén acá! —Julia salió casi corriendo a su encuentro, se abrazó a su hija y la llenó de besos; luego la soltó, cogió a Alex por la cara y también lo llenó de besos—. Pero ¿por qué no avisaron de que venían?

—Queríamos sorprenderlos, mamá. —Pablo también se acercó a ellos, junto con Mariana, y se abrazaron.

—Pero ¡qué bronceados están! Todavía guardan un color muy caribeño —hizo notar Julia mientras tomaba distancia para mirarlos. Se acercaron hasta donde estaban los demás.

—*Bonjour*, Luc, Chloé.

—*Bonjour*, Paula —le contestaron a la vez, y la saludaron con dos besos. Alex también los saludó.

—Hola, Gabriel. —Ella se acercó y le dio un respetuoso beso en la mejilla.

—Hola, Paula, Alexander... —Gabriel le extendió la mano pero Alex se la dejó extendida, sólo le contestó de forma tosca con una inclinación de cabeza.

—Estábamos mostrándole a Luc y a Chloé la bodega y ahora íbamos para la plantación —dijo Julia rápidamente tratando de salvar el mal momento.

—Bueno, yo los dejo —se disculpó Gabriel.

—¡Pero si ibas a quedarte a comer un asado con nosotros...! —se quejó Pablo.

—Te lo agradezco, de verdad, pero mejor lo dejamos para otro día.

—Por mí podés quedarte, para mí no existís —le dijo Alex.

—Alex —le dijo Paula entre dientes.

—¿Qué? —se encogió de hombros mientras la miraba—. Acabo de decirle que para mí no existe, ¿que querés? Que le ruegue que se quede a comer, si quiere hacerlo que lo haga, no me interesa.

—Alex, Gabriel es mi invitado y mi amigo —intervino Pablo.

—Pero da la casualidad de que tu amigo quiere hincarle el diente a mi esposa... Pero no hay problema, cuñado, no te preocupes. Como veo que preferís a tu amigo, mi esposa y yo nos vamos. —La cogió de la mano y quiso irse.

—Un momento —le dijo Paula poniéndose firme—. Si yo puedo hacer el esfuerzo, vos también podés hacerlo.

Chloé hundió su mirada en el suelo, y Alex miró a Paula fulminándola.

—Vamos, Luc, Chloé. Sigamos recorriendo la bodega, vayamos a la embotelladora y luego a la plantación, acompañadme —los invitó Julia a que la siguieran.

Todos salieron de ahí y Alex y Paula se quedaron solos en la cava. El aire se cortaba de la tensión acumulada.

—¿Tanto te interesa que tu amiguito se quede?

—Alex, no seas irracional. Fue muy desagradable lo que le dijiste a Gabriel. ¿Cómo quedo yo frente a Luc? Además, no me olvido de que la zorra de Chloé, según vos, se te desnudó y la rechazaste.

—¿Qué? ¿Todavía tenés dudas sobre lo que pasó con Chloé?

—¿Debo tenerlas? ¡No soy yo quien se está comportando como una troglodita! Y creo que tendría motivos de sobra como para hacerlo.

—Si no lo estás haciendo es porque ella es la hija de la pareja de tu madre.

—Por eso mismo. ¿Sabés lo importante que es para ella que Luc y su hija estén acá? Es la primera vez que entra un hombre en esta casa desde que mi padre falleció. —Hizo una pausa—. Por supuesto que no me faltan ganas de mandarla a la mierda, porque, por más que Chloé me pidiera disculpas en París, no me olvido. Pero ¡lo intento, por mi madre, pero sobre todo por el respeto que merece nuestro amor! Para mí tampoco es fácil. ¿Sabés, Alex? Fue muy molesto que los demás se dieran cuenta de nuestras inseguridades.

Alexander se quedó mirándola con chispazos de fuego en sus ojos azules.

—¿Por qué guardás una tarjeta con su dirección?

—¿Qué?

—No te hagas la desentendida, Paula, la tenés en tu monedero.

—¿Anduviste hurgando en mi monedero?

—No, no anduve hurgando. La vi el otro día cuando me mandaste a buscar la tarjeta de Callinger. ¿Para qué la guardás? ¿Acaso pensás ir a visitarlo?

—¡Sos un... pelotudo, no es justo Alex! —Se puso a llorar—. Ni me acordaba de que estaba ahí, vinimos a contarles a mi familia nuestro embarazo y mirá con lo que me salís.

—Es que no soporto a ese tipo, sé perfectamente que te habló mal de mí en el aeropuerto.

—¡Ah, veo que tu soplón hizo muy bien los deberes aquel día! Bueno, pedile entonces que te relate el cuento completo, porque ese

día, cuando él me habló mal de vos, saqué mis uñas para defenderte.

—Sí, pero aceptaste su tarjeta y aún la conservás.

—Sos insufrible, Alex, siempre querés tener la razón. ¿Qué tendría que haber hecho yo cuando llegamos y saludaste a Chloé como si nada? ¡Incluso acepté que le enviáramos una invitación a nuestra boda! ¿Vos habrías permitido que yo invitara a Gabriel? A mí también me duele lo de Chloé y encima me la tengo que tragar, porque tenemos negocios con ellos y, por si fuera poco, ahora mi madre tiene un asunto amoroso con su padre. —Paula se echó a llorar con verdadera congoja; entonces, Alex sacó las manos de sus bolsillos e intentó abrazarla—. ¡Dejame! No quiero que sientas lástima por mí, ya es suficiente la lástima que siento yo de mí misma.

—No es lástima, Paula, te amo, por eso me pongo así.

—Pero me hacés daño, no te doy motivos para que desconfíes de mí de esta forma.

—Lo sé, lo sé, no te angusties, te va a hacer mal a vos y a los bebés. No nos peleemos más. Es que yo sé que él babea por vos y no lo soporto, no aguanto que nadie te desee más que yo.

—Imaginate entonces la visión que yo tengo de ella desnuda frente a vos.

—Basta, Paula, no quiero que te angusties más. Vinimos a compartir con tu familia nuestra felicidad y mirá en lo que hemos terminado.

—No es culpa mía.

—Ya sé que no es culpa tuya, no llores más.

Volvieron a la casa. Los ánimos no estaban como para unirse al recorrido con los demás. Paula se dio un baño mientras Alex le hacía compañía a Exequiel, que estaba preparando un costillar en el asador. Habían decidido darse un espacio, para que a ambos se le pasara el enfado.

—Don Alex, sé que recién vienen de ahí, pero ¿no me acompañaría a la bodega? Me gustaría bajarle un vinito de la última

cosecha de mi señor Bianchi a la niña Paula; ella siempre toma ese Malbec cuando viene y la verdad es que están tan altos que yo no me animo ya a trepar hasta ellos.

—Con gusto lo acompaño, pero le voy a contar un secreto que aún no sabe nadie: Paula esta vez no va a beber vino.

—¿Ah, no? —Exequiel se mostró apenado y no entendió mucho lo que decía Alex.

—Está embarazada.

—¡Oh, don Alex, qué gran noticia! —El viejo le palmeó la espalda y hasta lagrimeó un poquito—. Felicidades a usted también, quédese tranquilo que no voy a decir nada, tengo mi boca con siete candados, pero con más razón vayamos a por ese vino: la familia querrá brindar de manera especial cuando sepa la noticia.

—Vayamos, entonces.

—¡Ahora entiendo por qué vinieron sin aviso! —Alex le guiñó un ojo mientras subían a la camioneta—, en cuanto se entere mi mujer, se pondrá a tejer patucos.

A la hora de comer, todos habían regresado ya del recorrido y Alex fue a buscar a Paula, que estaba con su sobrina en la habitación de Sofía. Cuando entró, casi se desternilla de risa, porque estaban jugando a la peluquería y la niña había hecho estragos en el aspecto de su tía, que parecía el león de la Metro Goldwyn Mayer y estaba pintada como un payaso. Alexander intentó contener su risa, pues como las relaciones con la niña no eran muy buenas no quiso que pensara que se burlaba de ella.

—Permiso, ¿les falta mucho? Porque ya vamos a comer. Mi amor, ¡qué hermosa estás! Creo que deberías dejar que Sofía te maquillase y te peinase más seguido.

—¿Cierto que está hermosa, Alex?

—Sí, Sofi, realmente la dejaste más hermosa de lo que tu tía ya es. —Alex le guiñó un ojo.

—Pero yo aún no pude verme al espejo, Sofía no me deja hasta que no termine.

—Te juro que vas a quedar impactada cuando te veas.

—¿Estoy linda?

—Muy linda.

—¿Viste, tía? A Alex le ha gustado. Te lo dije, tenés que peinarte así para ir a la oficina.

—Sí, mi amor, creo que tenés que hacerle caso a Sofía y adoptar ese *look*. —Paula se acercó a Alex y le habló entre dientes.

—Suficiente, no la incites más que no me va a dejar sacar el maquillaje ni el peinado y voy a tener que ir a comer así.

—¡Oh! Yo creo, Sofía, que tu tía debe salir así y que todos vean lo bonita que la dejaste, ¿qué crees?

—Sí, tía, quiero que mi mamá te vea.

—Te mato. —Paula pellizcó la cintura de Alex mientras le hablaba en tono bajo.

—¡Ay, eso ha dolido!

En eso entró Mariana y fue la salvación para Paula.

—¡Ah, pero que le hiciste a tu tía! Parece el Joker de Batman.

—¿Verdad que está hermosa, mami? A Alex le gustó cómo le queda.

—Sí, hermosa, para suplir al payaso del circo del pueblo. Vayamos a lavarte las manos y la cara, que ya vamos a comer. Aprovechá, cuñada, y andá a hacer lo mismo.

Alex y Paula fueron hasta la habitación que siempre ocupaba ella cuando vivía ahí.

—¿Se te pasó el enfado? —le preguntó él abrazándola por detrás, mientras ella, frente al espejo, intentaba sacarse con una toalla desmaquilladora el emplaste que Sofía le había puesto en el rostro. Paula lo miró a través del espejo, pero no le contestó. Siguió con su tarea mientras Alex le besaba el cuello—. No me contestaste, ¿seguís enojada?

—Un poco.

—¿Y cuánto es «un poco»? —Le dio vuelta y la cogió por la cintura.

—Un poco es un poco.

—Depongamos esa actitud, Pau, no deseo seguir peleando. ¿Puedo decirte algo sin que te enojes aún más?

—Por supuesto.

—A ver, entiendo perfectamente lo que sentís por Chloé, porque siento lo mismo por Iturbe. —Ella quiso hablar—. Chis, en la cava yo te escuché y, cuando tuve que pedirte disculpas, lo hice. Ahora es mi turno. —Ella asintió levemente con una bajada de ojos—. Nena, sé que estás haciendo un gran esfuerzo por tu mamá y por el negocio, y creeme que yo también, pues desde que ocurrió lo de París, no deseo tener ningún tipo de relación con Chloé. Vos estás por encima de todo para mí y quien se meta con vos también se mete conmigo. Cuando recuerdo que pudo ser la causa de nuestra separación, me encolerizo. Ahora, dame un motivo por el cual tenga yo que aguantar a Iturbe y te juro que lo hago. ¿Qué pasaría si un día llegamos a casa de mis padres y resulta que mi madre y Amanda están de lo más felices con una de mis ex? O, mejor, no digamos «una de mis ex», porque el idiota ese nunca fue algo tuyo, ya lo sé —se corrigió antes de que ella lo hiciera—. Digamos, entonces, que llegamos a mi casa y está Audrey, ¿te gustaría encontrarla ahí sabiendo que me tiene ganas? ¿Cómo te sentirías si mi familia la tratase con pompa como si vos no existieras?

—Lo siento, pero mi familia no sabía que nosotros veníamos.

—No se trata de si veníamos o no. ¿Sabés qué? No soy estúpido, sé que tu hermano lo hubiera preferido a él a tu lado y no a mí, sé que no me perdona lo del disparo y me culpa por cada una de tus lágrimas y, en el fondo, lo entiendo. Pero lo que me da más rabia es que, en realidad, no sé si son sus propios pensamientos o los que Iturbe le mete en la cabeza.

—Paula, Alex. —Julia golpeó la puerta interrumpiendo la conversación.

—¿Sí, mamá?

—Permiso. —Asomó la cabeza por una rendija de la puerta antes de entrar.

—Pasá, mami. —Ella entró y los abrazó por la cintura.

—Alex, no quiero que te sientas incómodo en mi casa por ningún motivo. Me encanta que estén acá y ya le pedí a Gabriel que se fuera.

—No era necesario, Julia, no quiero que Pablo se disguste.

—Primero, sí era necesario; segundo, ésta es mi casa; y tercero, por más que mi hijo haya cargado a cuestas a esta familia, no puede arrogarse derechos que no le corresponden. Ahora, dejame decirte algo más: vos sos el esposo de mi hija y, por lo tanto, acá tenés los mismos derechos que Mariana.

Alex besó en la cabeza a su suegra.

—Gracias, Julia.

—No hay nada que agradecer. Ahora vamos a comer. Y vos —sentenció mientras miraba a Paula fijamente—, luego me vas a explicar por qué esa tirantez con Chloé, cosa que presiento desde que fuimos a París.

—No sé a qué te referís; será porque hemos tenido algunos encontronazos en los negocios, mamá. Tuvimos un par de intercambios de opiniones, pero, tranquila, nada que no pueda subsanarse. Me encanta que Luc esté acá, pero me pregunto una cosa, mami: ¿será que dentro de poco voy a tener que viajar a París cuando quiera verte?

—No sé, Paula, dicho así me da un poco de vergüenza, pero seguí tu consejo y lo estoy conociendo.

—¡Tonta! —Paula besó a su madre.

—Muy bien, suegra, déjeme decirle, como hombre, que usted todavía es muy apetecible. Ahora no se sonroje más y vayamos a comer ese costillar, que estoy muerto de hambre.

—Vayamos.

Salieron los tres abrazados.

Todos estaban sentados a la mesa mientras Exequiel servía el asado.

—Guille, ¿y los platos de ustedes?

—Exequiel y yo vamos a comer en la cocina, Julia.

—¡Ni lo sueñes, mujer, te traés los platos y comemos juntos, como todos los días!

—¿Cómo es eso, Guille, vengo a visitarlos y no querés compartir la comida conmigo? —le preguntó Paula.

—¡Ay, niña! ¿Cómo va a ser por eso? Sólo que mi viejo y yo queremos que coman en familia.

—Traé los platos y dejate de bobadas, Guille. ¿O pretendés que todos nos traslademos a la cocina? La mesa de allá no es tan extensa —le dijo Pablo mientras destapaba el Malbec y hacía ademán para servirle a Paula antes que a nadie, pero su hermana lo detuvo, puso la mano sobre la copa y le dijo:

—Gracias, Pablo, no voy a tomar vino.

—Pero es el que a vos te gusta, el de la última cosecha de papá.

—Lo sé, pero no puedo beber alcohol.

—¿Acaso han surgido complicaciones en tu salud por el disparo?

—No, tranquilo, estoy perfectamente, no se trata de eso. —Paula cogió de la mano a Alex y se dieron un beso, luego ella siguió hablando—: Estoy embarazada.

—¡Ay, no puedo creerlo! ¡Mi nena va a ser mamá! —Julia se levantó de su lugar y fue hasta donde estaba su hija para abrazarla con verdadero sentimiento. Pablo también se puso en pie y se acercó a Alex; le dio un abrazo afectuoso, le palmeó la espalda con fuerza y, luego, fue a buscar a su madre y a su hermana y las cobijó a ambas en un sentido abrazo.

—¡Felicidades, pendeja!

Todos se acercaron a saludarlos, incluso Luc y Chloé.

—¡Felicitaciones! Un bebé siempre es una bendición.

—Gracias, Chloé, realmente me siento muy bendecida.

Guillermina y Exequiel se mostraban también muy conmovidos. La que no parecía estar muy contenta era Sofía, pues otro bebé significaba menos protagonismo para ella. De todas formas, se acercó para darle un beso a su tía, incitada por su madre.

—Déjenme llenar las copas y brindemos —dijo Pablo y se ocupó de servir el vino para todos, menos para Paula—. ¡Brindo por mi

primer sobrino!

—Hagamos un brindis doble —dijo Alex muy feliz—, porque esperamos dos bebés: estamos embarazados de mellizos.

—¡Dos! ¡Mierda, no saben lo que los espera! No es que quiera desilusionarlos, pero si uno no te deja dormir, ¡imagínense dos a la vez! —exclamó Pablo y la mesa estalló en festejos otra vez.

—Hija, ¿está todo bien? ¿Ya fuiste al médico?

—Sí, va todo perfecto. Me hicieron los primeros exámenes y todos salieron bien.

—No puedo creerlo, pero si hace poquito más de un mes estábamos con los preparativos para la boda.

—Para nosotros también fue una sorpresa. Paula estaba tomando anticonceptivos y se suponía que debíamos esperar unos meses más por la herida —añadió Alex.

—¿Y no hay riesgo para Paula? —preguntó Pablo alarmado.

—No, tranquilo, Pablín, ya fuimos a la consulta del cirujano y todo está en óptimas condiciones. Sólo debo cuidarme durante los primeros meses para no aumentar demasiado de peso, algo que, siendo dos bebés, va a ser más difícil, pero todo está perfecto. No tienen que preocuparse por nada, de verdad.

Había sido un día muy intenso. Por la noche, Alex y Paula se sentaron en la galería del fondo, en una tumbona. Mientras Alex le acariciaba la barriga a Paula, llegó Pablo y se acomodó a su lado. Traía una botella de vino y una copa para él y otra para Alexander, las llenó y le pasó una.

—Gracias.

—¿Disfrutando de la calma de la noche mendocina?

—Así es, hermanito.

—Parece que lo de mamá y el francés va en serio, salieron a caminar.

—No seas celoso, Pablo; Luc es una buena persona.

—No, si no digo lo contrario. Simplemente, me resulta extraño ver a mamá con alguien.

—Pero parece contenta —comentó Alex.

—Sí, mi madre está feliz, no puedo negarlo.

—Cuñado, creo que me voy a llevar unas cuantas botellas de este Chardonnay. Realmente me gusta mucho.

—Ésta es una de nuestras mejores cosechas de este vino. Mañana temprano te hago preparar unas cuantas para que se lleven.

—Gracias.

—Voy al baño, ya vuelvo —dijo Paula y desapareció dentro de la casa.

Se quedaron en silencio hasta que Alex decidió romperlo.

—No confiás en mí, ¿verdad? ¿No me creés digno para tu hermana?

—¿Por qué tendría que pensar eso?

—Me gustaría que me lo explicaras vos, porque realmente amo a tu hermana más que a mi vida. —Alex se sentó en la tumbona, se giró y quedó de frente a Pablo mientras buscaba sus ojos. Había decidido hablarle sin tapujos y decirle todo lo que pensaba de una vez. Bebió de su copa y continuó hablando—: ¿Qué es exactamente lo que te dijo Iturbe de mí para que tengas tan mal concepto de mi persona?

—No sé por qué creés que Gabriel tiene algo que ver con lo que yo pienso sobre vos. —Alex se rió con sorna.

—Sé que me ha investigado. —Se hizo un silencio entre ellos—. Pablo, antes de conocer a tu hermana, mi vida sólo se limitaba a trabajar y a acumular millones y conquistas. Nadie me interesaba más que para echarme un buen polvo y, por suerte, nunca me costó conseguir una mujer para llevarme a la cama. —Pablo hizo un rictus con la boca demostrando asombro—. Lo siento, quizá te suene presumido, pero así era yo, sólo usaba a las mujeres para saciar mi placer. Espero que no te ofendas por lo que voy a decirte, porque te hablaré de nuestra intimidad y quizá te choque. —Pablo lo escuchaba con atención—. Cuando conocí a Paula, ella no era diferente a las demás, no me costó llevármela a la cama. La llevé a la habitación del hotel donde estaba alojado y lo único que quería

con ella era un buen revolcón y lo tuve. No se negó a nada, hice con ella todo lo que me apeteció. —Pablo lo miró con desprecio—. Lo sé, dicho así duele, pero te estoy hablando como te hubiera hablado el Alexander Masslow que llegó a Argentina por aquel entonces. Increíblemente, ninguno de mis trucos de seductor resultaron; tu hermana me puso patas arriba, rompió toda la estructura de mi vida; me dejó tambaleando desde el primer momento que estuve con ella y, cuando la volví a ver, supe que no iba a poder olvidarla. Ahora me doy cuenta de que tampoco quería hacerlo, pero entonces me sentía tan omnipotente e irresistible que quería convencerme de que lo único que buscaba con ella era volver a revolcarme porque el sexo había sido muy bueno. Pero ¿sabés qué? Ya me había enamorado. Sí, el presuntuoso Alexander Masslow había sucumbido a la inteligencia, la sencillez, la belleza y los buenos sentimientos de su empleada. Me costó reconocerlo, porque mi esencia quería luchar contra eso. Además, por esos días, aún me castigaba por no haber hecho feliz a mi exesposa, su muerte era un saco de piedras que cargaba sobre mis hombros y sentía que no era merecedor de dar amor a otra persona, ni de que me lo dieran. Sólo buscaba alivio sexual y pretendía vivir mi vida sin involucrarme sentimentalmente con nadie. Me creía tan macho, follándome a una mujer diferente cada vez, que estaba convencido de que lo lograría. Por eso, cuando hubo ese malentendido entre nosotros y Paula no quiso que le explicara lo de mi esposa, no la saqué de su equivocación y me fui, y le rompí el corazón sin importarme nada. Estaba asustado, en parte, por lo que ya vislumbraba que sentía por ella. —Tomó un sorbo de su copa—. ¡Idiota de mí! La dejé destrozada acá y yo también me estaba destrozando por no tenerla. Lloré noches enteras recordándola y no me avergüenzo de decírtelo, ¿sabés lo que hice? Me compré su perfume y, por las noches, rociaba mi almohada para creer que la tenía a mi lado. Por eso, cuando la recuperé, ese mismo día le entregué un anillo de compromiso, porque ya no concebía mi vida sin ella. Tu hermana es la persona con la que quiero vivir y compartir el resto de mis días. Mi mundo empieza y termina en

Paula. Me duermo haciendo esfuerzos para no hacerlo, porque la amo tanto que temo no despertar y dejar de verla. —Respiró hondo y miró al cielo antes de continuar—: Cuando Paula recibió ese disparo, creí que me moriría, y no es solamente una frase hecha, te juro que me sentí morir y me asusta este estado, porque a veces entiendo que dependo mucho de ella. El otro día, cuando hicimos el test de embarazo y dio positivo, volví a morirme de miedo. Si el médico no me hubiese garantizado que ella estaría bien con este embarazo, no hubiese permitido que continuara con él.

»Pablo, me acuesto pensando en su bienestar y me levanto con ello en mi mente. Tuve una vida sexual muy activa antes de estar con ella, pero eso se ha terminado, porque sólo la necesito a ella. Tu hermana me complementa y es todo para mí.

Paula llegó de forma inoportuna cuando Pablo estaba a punto de hablar.

—¿Charla entre cuñados?

—Una muy buena charla entre cuñados —sentenció Pablo.

Paula se sentó en las piernas de Alex, le retiró el pelo de la frente y se la besó.

—¿Saben que ustedes dos son los hombres más importantes de mi vida?

—¡Uf, menudo rival me tocó! —bromeó su hermano.

—No, Pablín, rivales nunca. Cada uno ocupa un lugar muy importante e irremplazable en mi corazón. —Ella estiró su mano y la enlazó a la suya.

—Estás cambiada, Pau, te veo afianzada.

—Soy feliz, Pablo. La felicidad nos hace diferentes, el amor cambia a las personas.

Miró a Alex y le besó la punta de la nariz.

Capítulo 24



T*RES meses después*...

—*Paula*, ¿estás lista? ¡Es tarde y nos espera el agente inmobiliario!

Alex había entrado en su despacho con cierta inquietud y ella le hizo señas de que esperase, que terminaba en seguida con la llamada telefónica que estaba atendiendo.

—Señor Masslow, cuánta urgencia, parece usted muy ansioso.

—Perdón, pero creo que anoche la ansiosa eras vos —inclinó la cabeza y levantó una ceja—. Cuando llamó Anne Rosen confirmando la cita, tuve la sensación de que no dejarías de hablar de la casa, ¿ya se te pasó el entusiasmo?

—¡No, amor! ¡Qué ocurrencia! Sólo que vamos bien de tiempo, tranquilo.

Se abrazaron y se dieron un cálido beso; luego, Alex se inclinó y también besó su barriga.

Salieron de Mindland; Heller los esperaba afuera para llevarlos hasta Great Neck. Emprendieron el viaje por carretera y, en menos de treinta minutos, llegaron al lugar: el número 30 de Lighthouse Road. Heller giró en una rotonda y atravesó el portón de hierro de la entrada.

—¡Guau! Me gusta la piedra con la que está revestida la fachada, ¿y a vos?

—A mí también, Pau, es una casona de estilo americano muy suntuosa; a mí me agrada especialmente la puerta de acceso a la residencia.

La agente inmobiliaria los esperaba en la entrada. Alex bajó primero y fue a ayudar a Paula. Se acercaron de la mano a Anne Rosen, que los saludó muy cordialmente.

—Buenas tardes, señor y señora Masslow, adelante.

Ambos le estrecharon la mano y la siguieron hasta el interior de la casa.

La mujer les flanqueó la entrada y penetraron en un vestíbulo con el suelo de madera de pino tea en un tono claro que parecía impecable. Desde allí se podía acceder a la cocina y a los dormitorios. Frente a ellos, había dos imponentes columnas que delimitaban la entrada al salón principal, que tenía una vista increíble de Long Island Sound; a lo lejos, a través de los amplios ventanales, podían divisarse el muelle y los veleros navegando en la lejanía. Mientras la mujer les hablaba de las texturas y acabados de la casa, Paula apretó la mano a Alex emocionada. La construcción era un gran mirador; las paredes, hechas con paneles vidriados, les daban una panorámica inmejorable de toda la ribera. Anne, toda una experta en ventas, les hablaba sin respiro y se deshacía en esfuerzos para explicarles las características del lugar, pero ellos se habían quedado obnubilados con la imponente imagen del atardecer neoyorquino. La agente inmobiliaria los guió por todas las estancias de la casa, recorrieron los amplios dormitorios, el estudio, la moderna y muy bien equipada cocina, que tenía una isla central con taburetes altos y desde donde se accedía al comedor formal y al diario, dos exquisitos miradores íntegramente vidriados y con techos artesonados. El comedor diario tenía dos puertas por donde se salía a la terraza de piedra caliza que bordeaba la casa, con jacuzzi exterior y piscina. Recorrieron la terraza, pasaron por la barbacoa y, cuando llegaron al otro extremo, se metieron en una piscina cubierta y un gimnasio que, a su vez, comunicaba con una pista de baloncesto también cubierta. Paula no paraba de darle apretones de

manos a Alex cada vez que entraban en un nuevo ambiente y él se los devolvía guiñándole el ojo. Mientras tanto, seguían en silencio y escuchaban a la vendedora con mucha atención. Al final del recorrido, fueron hasta el garaje, que tenía capacidad hasta para cinco coches y que separaba la casa principal de la de los empleados domésticos. La vivienda destinada para el personal de servicio era mucho menos suntuosa, pero seguía las líneas de la casa y sus acabados, y contaba además con un salón bastante extenso, una cocina comedor, dos dormitorios bastante amplios y un lugar destinado para el lavado. Volvieron tras sus pasos por la terraza y descendieron los escalones para ir hasta la pista de tenis. Tras recorrerlo todo, y como faltaba muy poco para que el sol se terminara de esconder, Anne se disculpó y se alejó, dejándolos solos durante unos minutos, para encender las luces interiores de la casa. Ellos caminaron por el prado, pasaron por un estanque y, finalmente, llegaron a la zona de la playa privada.

—Alex, me encanta este lugar. A vos, ¿te gusta?

—También me fascina.

—Mi amor, definitivamente, creo que acá es donde quiero que crezcan nuestros hijos, esto es... —las palabras le fallaban por la emoción— es hermoso.

Se estrecharon y se besaron bajo el cielo purpúreo, con mezclas de rojo y anaranjado, y así permanecieron en silencio durante un buen rato. El sol se perdía en el horizonte y la brisa marina agitaba sus cabellos; de fondo, se oía el murmullo del oleaje. Poco a poco, a lo lejos empezaron a distinguir las luces de la ciudad en la orilla contraria del río. Alex la abrazó por detrás, mientras le acariciaba el abultado vientre de cuatro meses.

—¿Te gusta de verdad, Paula? ¿Querés que la compremos?

—Yo quiero, pero ¿vos querés? Ésta es una decisión que debemos tomar entre los dos. Quiero saber tu opinión, pues yo estoy demasiado embelesada por esta postal que tenemos enfrente.

—Mi amor, me encanta la paz que se respira, creo que es el lugar perfecto para disfrutar de nosotros y de nuestros retoños, para que

crezcan rodeados de naturaleza.

—Entonces, ¿la compramos?

—La compramos, señora Masslow.

Paula largó un gritito.

—¿Lo notaste?

—¿Qué?

—¡Se han movido! ¡Los bebés se han movido!

—No me di cuenta, ¿estás segura?

—Te digo que sí, Alex, sentí claramente cómo se movían, ¿y ahora? ¿Lo notaste? Se movieron otra vez.

—Sí, ahora sí, en mi mano derecha. —Alex abrió los ojos como platos y, de pronto, soltó una carcajada—. ¡Ahora en mi otra mano!

Ambos se reían; Alex la giró y se acuclilló para besarle la barriga. En ese instante, los bebés volvieron a moverse sobre sus labios.

—Creo que están felices porque vamos a comprar la casa —afirmó Paula—. Fue increíble cómo se movieron y me emociona mucho que también los hayas podido sentir vos.

—¡Hey! Papá y mamá les comprarán una casa muy bonita para que puedan corretear y jugar bajo el sol y, además, ¿saben una cosa? Voy a contarles otro secreto: estoy seguro de que la cabecita de mamá ya va a mil por hora pensando en cómo decorarles las habitaciones.

Paula se carcajeó mientras él le hablaba a su barriga.

—¡Cómo me conocés, mi amor! —Ella le hundió los dedos en los mechones del cabello—. No he parado de imaginarlo desde que entramos. Habrá que comprar muchos muebles para llenar semejante casa.

Alex se levantó y le rodeó la cintura con las manos, descansándolas en la redondez del nacimiento de sus prominentes nalgas.

—¡Uf!, creo que no le costará mucho trabajo salir de compras, señora Masslow, ¿verdad? —Entrecerró los ojos y frunció la boca—. Presiento que se sentirá a sus anchas con esa labor. Me atrevo a

asegurar sin temor a equivocarme que será una gran tarea para usted.

—¡Sí!, creo que será algo muy placentero. —Lo cogió por la nuca y apresó sus labios. Alex le devolvió el beso gustoso y se acariciaron las lenguas con mucho mimo—. Pero quiero que lo hagamos juntos.

—Hum, pero será tu casa, mi amor, quiero que esté todo a tu gusto.

—No, Alex, será nuestra casa. Ansío que todo lo que pongamos en ella nos agrade a ambos para que la sintamos propia. —Él sonrió y le encajó un sonoro beso.

—Por supuesto, sabés que no puedo negarme a ninguna petición tuya.

—Te amo, Alex.

—Te infinito. —Volvieron a besarse y Paula sintió de nuevo un movimiento en la barriga. Ambos sonrieron y luego miraron hacia la casa, que ya sentían como su hogar. Una emoción infinita los invadió pues, con todas las luces encendidas, parecía muchísimo más majestuosa.

Estaban ambos durmiendo abrazados en el apartamento de la calle Greene, cuando de madrugada sonó el teléfono de Alex. Paula se despertó sobresaltada.

—Alex, mi amor, suena tu teléfono.

Adormilado, después de que su mujer lo zarandease para despertarlo, atendió la llamada. Era Chad.

—*Hello*...

—Cuñado, estamos en la clínica, Bianca está a punto de nacer.

—¿Cómo está Amanda?

—Está bien, todo está bajo control, pero vení, tu hermana quiere que estés acá con ella.

—Sí, por supuesto, se lo prometí; ya mismo voy para allá.

Paula, que había escuchado la conversación, ya estaba en el vestidor buscando ropa que ponerse.

—¿Adónde vas?

—A la clínica, ¿dónde creés que voy a ir a estas horas? —le contestó muy fresca.

—Quedate descansando, estabas agotada.

—Estás bromeando, ¿no? ¿Mi sobrina está a punto de nacer y suponés que voy a quedarme durmiendo? ¡Ni lo sueñes! Si no me llevás, llamo a Heller para que venga a buscarme.

Alex sabía que era inútil discutir, pero al menos lo había intentado.

Llegaron a la clínica y se encontraron con la noticia de que Amanda ya estaba en la sala de partos. La familia Masslow en pleno estaba ahí, junto a la familia de Chad, todos expectantes. No había pasado ni media hora cuando éste salió con una sonrisa de oreja a oreja y cargando a su hija. Todos se abalanzaron de inmediato para conocer a la pequeña, que era idéntica a su padre. Después de que todos babearan durante un rato, Bárbara preguntó:

—¿Cómo está Amanda?

—Perfecta, el parto fue muy rápido, por suerte. Voy a devolverle a Bianca y a ver si ya la han trasladado a la habitación. Suban y esperen allá.

Hicieron lo que Chad les decía y, a los pocos minutos de entrar en la habitación, trajeron a Amanda en camilla y a Bianca en una cuna. El orgulloso padre iba con ellas.

A pesar del esfuerzo, Amanda estaba radiante. Todos se centraron en la recién nacida, salvo Paula que quiso informarse sobre el parto.

—Contame, Amanda, ¿los dolores son muy fuertes?

—No lo sé, pues cuando empezaron, pedí la epidural, pero ya sé que vos no la querés.

—No, por ahora es lo que pienso, aunque Alex no está del todo de acuerdo. Igual, te confieso que tengo un poquito de miedo a que los dolores sean realmente demasiado intensos.

—Bueno, en ese caso, siempre podrás pedirla.

—Sólo espero que pueda tener un parto natural, aunque sé que siendo dos es bastante improbable.

—Tranquila, te aseguro que en ese momento lo único que querés es ver a tu hija en tus brazos; todo el resto pasa a un segundo plano.

—Bianca es hermosa, Amanda, me siento sumamente emocionada.

Se abrazaron con mucho cariño. En ese momento, y aunque Amanda era la dueña de la clínica, entró la tocóloga que había asistido su parto y, como si se tratara de una paciente más, les pidió a todos que se retiraran para dejarlas descansar a ella y a la niña.

Capítulo 25



H*ABÍAN* pasado otros dos meses. Entre una cosa y otra, y tras algunas reformas en los cuartos de baño, Paula y Alex se habían mudado; en realidad, más por voluntad de ella que de él, puesto que todavía quedaban detalles por arreglar en la vivienda. Los decoradores aún tenían que ultimar algunas cosas en las habitaciones de los niños y también había un equipo de trabajadores acondicionando la pista de tenis y el embarcadero, ya que Alex se había empecinado en reconstruirlo, pues necesitaba estar seguro de que el lugar sería sólido y seguro.

Por la noche, después de cenar y de un día muy intenso, se sentaron en el sofá del salón frente al ventanal que daba a la playa. Paula se recostó en el sillón, con los pies sobre Alex, para que él le hiciera un masaje.

—No puedo creer que ya estemos acá, en nuestra casa.

—Yo hubiera esperado a que las obras terminaran, pero te empecinaste de tal forma... Además, tengo claro que no hay quien te haga cambiar de parecer.

—Pero, Alex, lo que falta por hacer no nos incomoda para nada.

—¡Terca, sos una terca!

—Creo que me contagiaste. ¡Mirá que emprender semejante obra en el embarcadero cuando no era necesario!

—Paula, esa madera era demasiado vieja. Necesito saber que cuando te pongas de pie sobre él no pasará nada.

Ella le tiró un beso y él levantó su pie y se lo mordió.

—Necesito un baño y unos muy buenos masajes de mi esposo; me duele mucho la espalda.

—Muy bien, señora Masslow, sus deseos siempre son órdenes para mí. Y si de bañarme con usted se trata, me parece una proposición sumamente irresistible.

Se metieron en el jacuzzi y Alex le masajeó la cintura, mientras le daba besos en el cuello.

—Hum, qué afortunada soy. Primero, por tener un marido tan atractivo; luego, porque me mima mucho, y, por último, y es lo que más me gusta, porque es sólo mío.

—Me encanta consentirte, Paula, te lo he dicho millones de veces: jamás me cansaré de hacerlo.

—¿Aunque esté gorda y nada atractiva?

—Sos la mujer más atractiva del universo. Además estás panzona, no gorda, y esta barriga es el regalo más grande que Dios nos ha podido enviar. —Él pasó sus manos sobre su prominente vientre de seis meses.

—Lo sé, y también creo lo mismo, sólo que a veces tengo miedo de que... no sé, de que otra chica delgada y bonita te haga caritas y vos te obnubiles con sus curvas.

—¡Hey, hey! ¿Qué estás diciendo? —La cogió por la barbilla y le giró el rostro para que ella lo mirase—. Paula, te amo, ¿por qué creés eso? No tengo ojos y pensamientos más que para vos. —Le dio un sonoro beso en los labios.

—Yo sé que me amás, Alex, pero tengo miedo, a veces me siento insegura, pues soy consciente de que no es sólo mi cuerpo el que ha cambiado. Con esta transformación, también han pasado otras cosas... por ejemplo, nuestra intimidad no es como era antes.

—Pero es algo circunstancial, Paula, ya retomaremos la intensidad más adelante. Paula, mi amor, cuando te hago el amor, aunque haya posiciones y cosas que ahora no podamos hacer, no

me importa, lo disfruto igual, porque sé que te estoy cuidando a vos y a los bebés. Y vos tendrías que gozarlo de la misma forma.

—Yo siempre disfruto, Alex, ¿cómo no hacerlo? ¡Mirá el cuerpazo que tenés! —Hizo una pausa mientras lo admiraba—. No seas vanidoso, no te rías así. —Ella se acercó y le besó el pecho—. Pero me angustia pensar que te quedás con ganas de más.

—Paula, mi vida, me enfada y me ofende lo que decís. ¿Acaso no te demuestro lo mucho que me hacés vibrar con cada orgasmo que consigo con tu cuerpo?

—¿De verdad?

—Me estás cabreando en serio, nena, no me parece justo que, a estas alturas, tenga que estar explicándote esto.

—No, *Ojitos*, por favor, no te enojes; intentá entenderme.

—No puedo, Paula, esta conversación es una estupidez total.

—Yo no lo creo así, son inseguridades que me genera mi estado y, si no las comparto con vos, ¿con quién voy a hacerlo? —Lo besó en la boca y luego le pidió—: Haceme el amor acá.

—Paula acá es medio incómodo. Estás pesada, la barriga está muy grande, vayamos a la cama, ¿para qué esforzarte? Tendrías que moverte vos y tu vientre es realmente voluminoso.

—Probemos, al menos probemos.

Él la miró con muchísima ternura: ella estaba angustiada y Alex no quería verla así. Le retiró el pelo de la cara y, con el dedo pulgar, le resiguió la boca, se acercó despacio, la olisqueó y le habló sobre la comisura de sus labios.

—Te amo, mi amor, te amo con el alma.

Apresó su boca, la acarició con su lengua y la hizo estremecer. Se apartó unos centímetros y le guiñó un ojo sonriéndole francamente por la sensación que había desatado tan sólo con un pequeño lametazo. Entonces cogió su mano y la llevó hacia su sexo.

—¿Todavía tenés dudas sobre cómo me excitás? Mirá cómo me tenés, Paula, mirá lo duro que estoy.

Paula apresó su pene y se lo acarició de arriba abajo una y otra vez, mientras él se apoderaba de sus labios con los suyos. Alex se

apartó un instante para tomar oxígeno y se movió para besar su cuello; lo recorrió con su lengua ansiosa, mientras ella tiraba la cabeza hacia atrás.

—Decime que me deseás.

—Como el primer día, Paula, igual que la primera vez que te vi.

Soltó su cuello, la recostó sobre su pecho, estiró el brazo y, con su mano, buscó su vulva y se la acarició. Le pasó el dedo corazón por la hendidura y notó la viscosidad de su sexo. Sus manos ansiosas se apoderaron de su clítoris, le dio unos pequeños pellizcos, luego lo rodeó con su pulgar y lo acarició una y otra vez hasta que la sintió muy tensa y jadeante. A él también le faltaba la respiración, estaba muy excitado. La cogió por las caderas y la levantó, para colocarla sobre su pene. Paula se aferró al borde del jacuzzi y descendió despacio, probando la textura de su esposo. Ambos soltaron una espiración y a ella se le escapó un gritito, y entonces comenzó a moverse guiada por las manos de Alex, que la ayudaban a meterse y salir de su miembro. El agua se movía a su alrededor formando remolinos que acompañaban su excitación. Sus resuellos marcaban el momento, Alex emitía primitivos gemidos, perdido en su deseo.

—Necesito que te muevas, mi amor, metete más profundo, Alex.

Él se hundió un poco más, exhalando en cada embestida, y en ese instante la notó tensarse. Paula ladeó la cabeza hacia atrás y pescó sus labios. Mientras buscaba la lengua de Alex con intenso frenesí, su cuerpo encontró el placer absoluto. Su sexo devoró al de su hombre, lo apresó y lo oprimió, consiguiendo aumentar sus sensaciones y que él también llegara a la cumbre. Al darse cuenta de que su esposa gozaba así, Alex se dejó ir y eyaculó gritando su nombre, le apretó las nalgas mientras la oprimía contra su sexo, su cuerpo se estremeció, se le erizó la piel y hasta sintió vértigo. Para intentar recomponerse de la agitación, él la acunó entre sus brazos y la rodeó con sus manos para acariciarle el vientre.

—¿Estás bien, mi amor?

—Perfectamente, Alex, y tus hijos están muy felices también, mirá cómo se mueven.

—¡Uf!, creo que con tanto bamboleo se despertaron —dijo él, lo que provocó sus carcajadas.

Poco después, se secaron y se metieron en la cama. Paula descansaba de costado con la cabeza apoyada en el pecho de Alex.

—¿Pensaste en lo que te dije en el trabajo?

—Sí, lo estuve pensando, pero aún no quiero dejarlo, no me siento tan pesada como para no poder trabajar. Te prometo que no me esforzaré más de la cuenta.

—Pero ¿qué necesidad tenés, Paula? ¿Por qué sos tan necia?

—Alex, un mes más, quiero esperar hasta entrar en el séptimo mes. Luego aceptaré trabajar desde una terminal instalada acá, pero, por ahora, deseo seguir yendo a Mindland.

—Terca, sos muy terca, así no vas a llegar a término.

—No es terquedad, Alex. Recordá lo que dijo la doctora. Cuanto más activa esté, mejor; si me quedo todo el día en casa sola, voy a terminar comiéndome todo y me voy a poner como una vaca. Además, mamá va a venir el mes que viene para esperar el parto con nosotros, así que todo será diferente con ella acá.

Aquel día tenían cita con la doctora Martín Toribio. Paula ya estaba a las puertas del séptimo mes del embarazo.

—Adelante, Paula, Alex. —Se sentaron frente a su mesa después de estrecharle la mano—. ¿Qué tal estás, Paula? Veo que tu barriga ha crecido mucho.

—Estoy empezando a notarme muy pesada y, además, siento cierta presión en la pelvis.

—Ahora lo miraré, pero seguramente es por el peso de los dos bebés.

—¿Es normal que orine tanto? —preguntó Alex.

—Sí, Alex, es normal, es por la presión que los pequeños ejercen en la vejiga. Es posible que eso se mantenga así hasta el final. Dime, ¿has sangrado? ¿Algún síntoma fuera de lo normal? ¿Hinchazón?

—No, nada, doctora.

—Perfecto. Alexander, ¿por qué no la ayudas a cambiarse y a que se tumbe en la camilla? Le haré un ultrasonido y revisaremos el cérvix, quiero estar segura de que todo marcha bien y que el parto no se adelantará.

Estaban cogidos de la mano; la imagen de los niños era muy nítida, incluso se veía que uno de ellos estaba con los ojos abiertos y el otro se chupaba el dedo.

—¿No se puede ver su sexo, doctora? ¿Siguen sin dejarse ver? —preguntó Alex ansioso.

—A ver... vamos a intentarlo, pero estos críos están empecinados en no mostrarse, es increíble. Vale, Paula, ya están los dos con la cabeza hacia abajo, eso explica la presión que estás sintiendo. Si siguen en esa posición, podrá ser factible un parto natural.

Paula le apretó la mano a su marido y él se la levantó y le besó los nudillos.

—Se están moviendo menos, ¿eso está bien?

—Considerando que casi no tienen espacio es lo normal, pero igual debes estar atenta a sus movimientos. Veamos, éste ha apartado su pierna... Mirad lo que tenemos aquí: un hermoso varón, ¿lo veis?

—¡Dios, un varoncito! —Paula empezó a llorar y Alex se inclinó para besarla emocionado.

—Mirad, mirad, ahí tenemos en primer plano al otro. ¿Lo estáis viendo?

—¡Es una niña! —gritó Alex.

—Si, papá, ésa es tu niña —corroboró la obstetra—. ¡Mirad, os ha hecho una caída de ojos muy seductora!

—¡Qué bonita se ve su cara! —exclamó Paula y se tapó la boca conmovida.

—Mi hija es hermosa, quiero tenerla ya entre mis brazos. ¿No se puede ver la carita de mi hijo?

—Ahora la buscamos, Alex.

Pasó el transductor hacia el otro lado, buscando el rostro del bebé hasta que también lo tuvo en primer plano.

Habían salido de la consulta. Todo iba bien y el embarazo avanzaba a la perfección. Paula y Alex caminaron hacia el aparcamiento, mirando obnubilados las imágenes de sus hijos; la ginecóloga había hecho unas capturas de sus rostros y se las había impreso.

Subieron al coche y se pusieron en camino hacia Great Neck.

—No puedo creerlo, Alex, este embarazo no deja de sorprendernos.

—Aunque abrigaba esperanzas de que fuera una parejita, te juro que pensaba que no sería posible. ¿Estás feliz?

—Muy feliz, llamaré al decorador para definir ya el empapelado de las habitaciones.

Alex le acarició el vientre, mientras estaban parados en un semáforo. Paula no dejaba de mirar las imágenes.

—Aunque sólo son ecografías, se nota que son muy bonitos. ¡Me está entrando una ansiedad, Paula!

—¡Qué papá tan baboso...! Tendrías que haberte visto la cara cuando descubriste a tu niña.

—Presiento que me pondré muy celoso con ella.

—Creo que el niño tiene tus labios. Por cierto, ahora que ya sabemos su sexo, no podemos seguir diciéndoles bebés, deberíamos decidir ya sus nombres.

—Yo tengo un nombre de niña que me gusta mucho, me gustaría que nuestra hija se llamase como vos.

—No, Alex, si querés de segundo nombre, como vos llevás el de tu padre, pero elijámosle otro. Quiero que ellos tengan su propia identidad. —Se estiró y le acarició la nuca—. ¿Te parece bien?

—Pero tu nombre me encanta.

—Pensemos otro, por favor, ¿o vos querés que el niño se llame Alexander?

—No me molestaría, aunque... pensándolo bien, tenés razón.

Llegaron a la casa y Paula se sentía bastante fatigada, así que se quitó la ropa y se recostó en el sofá del salón. Alex trajo unas almohadas para que estuviera más cómoda y, mientras se las colocaba, entró la señora Doreen.

—Permiso, señor. Señora Paula, ¿cómo la han encontrado?

—Todo está muy bien, gracias.

—Ya sabemos el sexo de ambos bebés —intervino Alex mostrándose muy entusiasmado.

—¿Se han dejado ver?

—Sí, Doreen, por fin, ¡son un niño y una niña!

—¡Ah, señor, señora, felicidades! Ahora podrán definir los colores de las habitaciones de los niños.

—¡Uf, cómo te conocen, mi amor! Es de lo que vino hablando todo el camino, Doreen.

—¡Pobre Doreen! Es que esta semana la volví loca pidiéndole su opinión.

—A mí me encanta cuidarla, señora, conversar con usted me fascina.

—Sí, pero reconozco que estuve bastante obsesiva y preocupada por no poder definir los colores de los dormitorios y sé que te aburrí en más de una oportunidad.

—Usted sabe que no es así. —Paula extendió su mano y la señora Doreen se la estrechó—. ¿Desean que les prepare la comida ya?

—Yo ya me voy, prepare únicamente la de la señora —dijo Alex y Paula hizo un puchero—. Sabés que tengo una reunión, bonita, no me pongas esa cara.

—Lo sé, pero pensé que quizá tendríamos tiempo para comer juntos. ¿A qué hora es la reunión?

Alex miró la hora en su Tourbillon Saphir, levantó la vista y le dijo a la señora Doreen:

—Si hay algo rápido para comer, me quedo.

—Sí, señor, en seguida les cocino algo rapidito. —La empleada se retiró y los dejó solos.

—Gracias, mi amor. ¿Puedo pedirte algo más? No me mires así, no es nada descabellado. Ya sé que últimamente estoy insufrible, pero esta vez sólo se trata de que me alcances el Mac, quiero conectarme con Bárbara y con mamá para contarles lo de los bebés y enviarles las fotos.

Alex se inclinó, le dio un beso y fue en busca del ordenador. Ambas abuelas, vía Skype, se enteraron de la noticia a la vez. Estaban superemocionadas. Julia, de paso, les confirmó que viajaría la semana siguiente y les pasó el día y la hora en que llegaba para que fueran a esperarla. Después de almorzar, y de consentirla un poco más con besos, masajes y muchos mimos, Alex se fue.

—¿Vas a extrañarnos?

—Por supuesto. Regresaré en cuanto me desocupe.

—De acuerdo. Yo intentaré contactar con los decoradores por lo del empapelado, y luego intentaré trabajar un poco desde acá.

Se besaron y se despidieron.

Alexander partió en su Alfa. Desde que Paula estaba en casa, Heller se quedaba siempre allí, por si ella se sentía mal y había que trasladarla a la clínica.

Al llegar a la Interestatal, le dio la sensación que un Chevrolet Cruze negro con los vidrios tintados lo había acompañado durante todo el camino y le pareció extraño. Aminoró la marcha y dejó que lo adelantara, pero entonces el vehículo se perdió de su vista. Más tranquilo, siguió su camino hacia la reunión de negocios que tenía.

Hacía una semana que Julia había llegado de Mendoza y estaba instalada en la casa de Great Neck, para hacerle compañía a su hija, pero esa mañana había quedado en encontrarse con Bárbara para ir a almorzar. Los Masslow también habían dejado temporalmente Los Hamptons y se habían instalado en el Belaire para estar más cerca mientras esperaban el nacimiento de los mellizos, ya que era muy factible que no llegasen a término. Paula ya había pasado de las 37 semanas y media de gestación y ese día se sentía hastiada en la

casa, así que se fue al vestidor, se arregló y llamó a Heller, que no tardó en aparecer en el salón de la casa.

—Necesito que me lleve hasta la empresa, Heller. —El empleado dudó, sabía que ella debía hacer reposo y que su jefe se iba a enfadar con él, pero no podía desautorizar a Paula.

—No lo tome a mal, pero... ¿quiere que avise al señor de que vamos para allá?

—De eso se trata, Heller, quiero sorprenderlo. Estoy bien, no se preocupe, sólo será un rato.

Llegaron a Madison Avenue y Heller la ayudó a descender del coche y le abrió la puerta de la entrada del edificio.

—¿Quiere que la acompañe hasta arriba?

—No es necesario, Heller, muchas gracias por todo. Puede regresar, porque volveré con Alex.

—Perfecto, señora.

—Y no haga trampa ahora que me aparto de usted, no le avise de que estoy subiendo.

—¿Cómo podría hacer eso?

—Es lo que siempre hace, Heller, sé que le cuenta todo. —Él se ruborizó—. No se aflija, está bien que cuide su trabajo.

Paula desapareció tras la puerta y el conserje, al verla entrar, se aproximó para saludarla y acompañarla hasta el ascensor.

—Muchas gracias, Charlie.

Llegó hasta el piso de Mindland y entró en la recepción con su tarjeta.

—¡Señora Paula, qué sorpresa!

—Hola, Marjorie.

—¡Guau, qué panzota!

—¿Viste? Primero llegan mis niños y después entro yo. —Paula se carcajeó y la recepcionista también—. Luego te veo.

Entró en la sala de las oficinas y Alison y Mandy la vieron de inmediato; ambas salieron raudas de sus despachos para saludarla.

—¡Paula, por Dios! Hace sólo una semana que no te veo, pero tu barriga es un fenómeno.

—¿Viste, Ali? Ya pesan casi 2,200 kilos cada uno.

—Está hermosa, señora Paula.

—Gracias, Mandy. —Alison estaba acariciándole la barriga cuando los niños se movieron.

—¡Se han movido!

—Todo el tiempo, Alison, aunque su ajetreo no es tan intenso como antes, pues ya casi no tienen espacio. Dame tu mano, Mandy, para que los sientas.

—¡Oh, qué maravilla! Tener esos niños en su vientre es, sin duda, una gran bendición.

—Así es, Mandy. ¿Alex está?

—Sí, señora, está con la ingeniera Marshall. ¿Desea que la anuncie?

—No es necesario.

—Perfecto, señora, en ese caso voy a seguir con mis actividades.

—Adelante, Mandy, te veo antes de irme.

—Estaba pensando en enviarte al mensajero con unas cosas que tenés que firmar —le explicó Alison—, pero ya que estás acá te las alcanzo después, ¿te parece?

—Perfecto.

Paula caminó despacio hasta la entrada de la oficina de Alex y, cuando estaba a punto de entrar, advirtió que se carcajeaban y se quedó escuchando en la puerta. Se oía cierto bullicio, aunque sin mucha claridad. Finalmente, decidió abrir la puerta y lo hizo con sigilo. Entonces, pudo ver que estaban mirando unos planos que reposaban sobre la mesa de la oficina. Alex estaba de espaldas, con los codos apoyados en la mesa, y la ingeniera estaba apoyada con descaro en su hombro, mientras le enseñaba algo. Sin poder ni querer disimular su rabia, entró y golpeó la puerta al cerrarla. Alex se giró de inmediato y, al ver que era ella, empalideció. Paula se lo quería comer, de sus ojos salían chispazos, estaba furiosa y se le notaba.

—Paula, mi amor, ¿qué haces aquí?

—¿Me contáis el chiste, así me río con vosotros?

Alex se acercó a la entrada para recibirla; la quiso guiar hacia los sillones, sin hacer caso al comentario, y le dio un beso en la boca.

—¡Qué sorpresa, mi amor!

—Sí, una sorpresa enorme, ¿verdad? Ya me he dado cuenta de que no me esperabais. No quiero sentarme, Alex, ¿qué estabas haciendo?

—Estábamos mirando con Ruth los planos del proyecto de Boston y de East Hampton.

—¿Ah, sí? No se notaba que estuvierais trabajando; hubiera jurado que, cuando entré, Ruth te estaba contando un chiste: primero, por la cercanía a tu oído, y segundo, por cómo te reías. —La ingeniera Marshall tenía las mejillas rojas de vergüenza y Alex no sabía qué decir, pues Paula, en parte, tenía razón o, al menos, eso era lo que le había parecido.

Paula se acercó a la mesa, a revisar los planos.

—¿Por qué no me lo cuentas a mí también, Marshall? Quiero reírme tanto como se estaba riendo mi esposo, una dosis de risas dicen que es siempre curativa o que, por lo menos, puede atenuar la mayoría de nuestros males, aunque yo no estoy enferma. ¿Amor, quizá te sentías mal y la ingeniera te estaba haciendo risoterapia?

—Bueno, Paula, ya está bien.

—Me voy, Alex —dijo Ruth—, luego seguimos. Lo siento, Paula, no malinterpretes nada, por favor, me siento triste y avergonzada.

—Haces bien en sentirte así.

—Ruth, no tienes por qué sentirte así, no estábamos haciendo nada malo, sólo estábamos trabajando en un marco cordial; las sonrisas no son algo infame en una oficina.

—Estás preciosa con tu barriga, Paula, me alegra verte bien. Te pido disculpas si mi actitud te ha ofendido. Yo me encargo de cancelar las reservas, Alex.

—Perfecto.

La ingeniera se fue y los dejó solos. Paula rodeó el escritorio y se sentó en el sillón de Alex.

—¿Qué haces acá? Deberías estar haciendo reposo.

—Claro, así no te estropeo nada, ¿verdad?

—No seas necia.

—¿Tanta cara de estúpida tengo?

—Estúpida estás siendo por ponerte de ese modo.

—Perdón, acabo de entrar y veo a mi esposo flirteando con una empleada, ¿te parece estúpido que te llame la atención? —Se quedaron mirando desafiantes—. ¿Sabés qué? Creo que tenés razón, querido; por lo visto, soy una estúpida por estar en casa a punto de parir a tus hijos y dejar que vos estés acá coqueteando con tu empleada.

—Paula, sólo nos estábamos riendo.

—Claro... y tenía que apoyarse así en vos, porque se estaban carcajeando, ¿no?

—Es suficiente, no creo que tenga que justificarte nada.

—¿Suficiente? ¡Y una mierda! ¿Qué reservas iba a cancelar Ruth?

—Íbamos a salir a almorzar.

—¡Qué bien! Mirá vos, ¡para comer conmigo en casa nunca tenés tiempo! Perfecto, andate a almorzar con ella, no hace falta que anule las reservas. —Paula se levantó decidida a salir de ahí, pero Alex la cogió del brazo.

—Paula, es trabajo.

—¿Trabajo? ¡Y una mierda! Yo no trabajo de esa forma. Sos un descarado.

—Si tuviese algo que ocultar, no lo tendría acá dentro, donde sé que podría entrar cualquiera de la misma forma en que lo hiciste vos. No seas tonta, mi amor, te estás poniendo mal sin sentido.

—No me gustó entrar y encontrarte en esa actitud de absoluta confianza con ella. Si hubiera sido al revés, tampoco te hubiera gustado. Sé que estoy gorda y deformada y que ya ni cosquillitas te provoco. —Paula se echó a llorar y él quiso abrazarla, pero ella lo apartó—. ¡Dejame, estoy enojada!

—Basta, Paula, te amo, no seas boba. Estás hermosa con esa panza, ¿podés sacarte esas ideas de la cabeza?

—Me amás, pero cuando entré tendrías que haber visto tu cara: te pusiste pálido de golpe. Si no tenías nada que ocultar, ¿por qué reaccionaste así?

—Tenés razón, quizá en ese momento tomé conciencia de que no era una situación agradable para tus ojos. Te pido disculpas, pero te juro que no tengo nada que ocultarte. Perdoname, mi amor.

—Estoy harta de perdonarte estas cosas. Deberías poner más distancia con tus empleados. No me parece normal entrar acá y ver que ella y vos tienen tanta familiaridad. Además, Alex, otra persona hubiera golpeado, así que no hubiera advertido lo que yo vi.

—¡Paula, por favor!

—¿Qué tenés con esa golfa? ¿Ya te la follaste?

—Paula, es mi empleada.

—Yo también lo era y me recontrafollabas, ¿o ya te olvidaste?

—Paula, nuestra historia nada tiene que ver con esto. Yo estaba enamorado de vos. Basta, nena, no quiero que llores más. Asumo que acabás de ver una situación atípica y te pido disculpas. Además, te prometo que no volverá a pasar, pero no imagines cosas que no son, te lo ruego.

—Sos un desvergonzado y un fresco. —Paula le estaba gritando con los dientes apretados.

—Tenés razón, tenés razón en todo, pero jamás pasó por mi mente pensar en ella de otra forma. Es sólo una empleada, te lo juro, Paula.

—Vine a buscarte para que almorzáramos juntos y resulta que vos ya tenías plan.

—Perdón, te prometo que iré todos los mediodías a almorzar a casa, si es lo que querés. Soy un desconsiderado, tenés razón; vivimos cerca y bien podría hacer ese esfuerzo.

—¡Basta de darme la razón como si estuviera loca!

—Bueno, ¿y qué querés que haga? Asumo mi error, lo estoy haciendo. —Paula se desplomó en el sofá—. ¿Qué pasa? ¿Acaso te sentís mal?

—No, pero me pesa la panza. —Hizo un mohín y Alex se acercó para ponerle uno de los almohadones en la espalda; se sentó a su lado, la abrazó y le dio besos en el cuello—. No me engatuses, Alex.

—Sí, quiero hacerlo, necesito que me perdones. —Se inclinó para besarle el vientre.

Le costó trabajo convencerla, pero finalmente ella cedió.

—Voy a arreglarme, debo de tener toda la cara llorosa.

—Estás hermosa.

Salieron de la oficina para almorzar, pero Alison los interceptó en el camino.

—No te vayas, Paula, fírmame esto que te pedí. —Se sentaron en la sala y Paula puso su rúbrica en todos los papeles. Alex, mientras tanto, le indicó a Mandy que le pasara cualquier llamada a su teléfono, porque no pensaba regresar.

Cuando estaban a punto de salir a la calle, Jeffrey los detuvo.

—¡Qué bien que los encuentro acá! Y juntos, mucho mejor. Traigo una muy buena noticia.

—¿Qué sucede, Jeffrey? —preguntó Paula intrigada.

—¿Saben lo que es esto?

Alex cogió la carpeta y leyó lo que decía en la tapa.

—Novedades del juicio por los embriones.

—Sí y no pueden ser mejores: el juez ha fallado a tu favor. No hay nada que tus exsuegros puedan hacer.

Alex estaba muy feliz, se había sacado un gran peso de encima. Él y Paula finalmente se fueron a almorzar; la noticia que Jeffrey les había dado había disipado por completo todo su mal humor y consiguieron pasar una tarde hermosísima.

Después del vendaval de aquel día, Paula se presentaba en la oficina sin avisar, pero nunca volvió a ocurrir algo como lo que había presenciado esa mañana. Incluso, en una ocasión, encontró a Alex de nuevo con Ruth Marshall trabajando en unos planos, pero la situación entre jefe y empleada era absolutamente correcta.

Capítulo 26



D*ORMÍAN* profundamente, Alex la tenía abrazada por detrás, con una mano aferrada al vientre. Paula se despertó de madrugada, se sintió mojada y de inmediato se dio cuenta de que estaba teniendo una contracción, aunque no era muy dolorosa. Entonces, reparó en que había roto aguas.

—¡Alex! —Paula le dio un pequeño codazo—. ¡Alexander, mi amor, despertate!

—¿Qué pasa, Paula? Dormite, es de madrugada.

—Rompí aguas, Alex.

—Bueno, dormite.

De pronto, se dio cuenta de lo que Paula le había dicho y se sentó en la cama como si le hubieran puesto un resorte y se tocó el pijama; él también estaba todo mojado.

—Chis, Paula, ¿te sentís bien?

—Sí, aún no siento dolores fuertes, pero tengo contracciones; eso fue lo que me despertó. Andá a llamar a mi mamá y avisale a la doctora de que vamos para allá; quiero ducharme, dale, ayudame. —Alex estaba de pie al lado del cama y se rascaba la cabeza—. ¡Alexander, reaccioná, por favor! Movete, hacé lo que te dije y andá a llamar por teléfono al resto de la familia, por favor.

—Sí, sí ahí voy. —Salió despedido del dormitorio hacia el que Julia ocupaba—. ¡July, despertate, por favor! ¡Paula rompió aguas!

Julia había saltado de la cama en cuanto oyó los golpes en su puerta y abrió con premura. Ambos corrieron hacia el dormitorio principal.

—¿Estás bien, hija?

—Sí, mamá, tengo contracciones pero son leves. Quiero darme una ducha.

—Yo te ayudo —dijo Alex—, también necesito una porque estoy todo mojado.

—¿Llamaste a la doctora? —le preguntó Paula; Alex estaba atontado, parecía no reaccionar.

—Ahora lo hago.

—Bueno, yo los dejo. Si quieren puedo colaborar llamando al resto de la familia.

—No te lo tomes mal, July, pero quisiera avisarles yo.

—¡Cómo me lo voy a tomar mal, tesoro! Me parece muy tierno por tu parte. —Julia besó a Alex en la mejilla, después abrazó a Paula conmovida y se marchó para cambiarse.

Cuando llegaron a la clínica, todos los Masslow estaban ahí, pues a ellos les quedaba más cerca. La obstetra también los estaba esperando. Las contracciones, a esas alturas, ya eran más frecuentes y eran bastante más dolorosas. Metieron a Paula en una habitación y comenzó el control previo. Primero, la conectaron a un monitor fetal; luego, la doctora Martín Toribio le hizo un tacto y pudo comprobar que ya había dilatado un poco más de la mitad.

—Paula, ¿no quieres que te pongamos la epidural?

—No, doctora, estoy bien así, quiero sentir nacer a mis hijos.

—No seas tozuda, Paula —protestó Alex. En ese momento, llegó una nueva contracción y ella le estrujó la mano, mientras respiraba como le habían enseñado en el curso de preparación al parto.

—Tranquilo, Alex, todo está bien y si Paula desea parir así, no es bueno que la pongamos nerviosa. Cuando pase la contracción, estaría muy bien que te sentaras un rato y tú, Alex, le masajearas la espalda para que se relaje un poco. Vuelvo dentro de un rato.

Pasó otra media hora y las contracciones cada vez se volvían más intensas.

—Vale, Paula, recuéstate un momento —le pidió la ginecóloga, que había regresado—. Voy a mirarte para ver la dilatación del cérvix.

Mientras se estaba recostando, llegó otra contracción más intensa. Entonces, la doctora Martín Toribio esperó a que pasara e hizo la revisión después.

—Vale, Paula, lo estás haciendo muy bien. Recuerda que siempre estamos a tiempo de ponerte la epidural o, si lo prefieres, de hacer una cesárea.

—No quiero —contestó Paula de forma entrecortada mientras tenía una nueva contracción.

—Vale, vale, tranquila, no haremos nada que tú no desees.

Alex no estaba muy de acuerdo, le parecía un sufrimiento innecesario, pero como no deseaba que se pusiera nerviosa, no la contradecía, sólo se encargaba de acompañarla y contenerla. Él estaba sobre la cama y, cuando venía la contracción, le masajeaba la espalda y la abrazaba con fuerza respirando junto a ella, como les habían explicado en el curso prenatal. Después de esa contracción, la doctora terminó de revisarla.

—Todo está perfecto, mejor nos vamos ya para la sala de partos. Paula, cuando venga la próxima contracción, empuja un poco; eso te aliviará bastante. —Paula estaba aferrada a Alex y hacía lo que la doctora le indicaba—. Basta, Paula, suficiente. Nos vamos para la sala de partos, ya has empezado a coronar. Tranquila, ya queda poco, pronto tendrás a tus bebés en los brazos.

Salieron de la habitación en camilla. La familia entera se percató de que ya la trasladaban y se acercaron a saludarla. Una nueva contracción llegó a medio camino, así que Alex los apartó a todos de mala manera para que los dejaran caminar; estaba muy nervioso.

En la sala de partos, todo estaba preparado para recibir al primer bebé, el varón.

—Vale, Alexander, sostén la espalda de tu esposa. Paula, cuando venga la contracción empujarás con energía y de manera continuada. Haz fuerza hacia abajo y tú, Alex, tienes que sostenerla. Ahí viene, ¡vamos, empuja!

—¡Aaaaaah!

—¡Empuja, empuja! No dejes de hacerlo hasta que sientas que la contracción se va. Bien, muy bien. Ahora relájate, mamá, lo estás haciendo muy bien, Paula. Descansa un poco, toma aire que ahí viene la otra. Volverás a empujar igual, ¿de acuerdo? ¡Vamos, va, ahora!

—¡Aaaaaah!

—Ven, Alex, ven a ver cómo nace tu hijo. La enfermera sostendrá a Paula. Con la próxima ya lo tendremos afuera. Toma aire y prepárate, porque ya está a punto de nacer. Cógete al potro y emplea toda tu fuerza para ayudarlo a salir. Vamos, respira hondo que ahí viene la contracción.

—¡Aaaaaah!

—Sigue así, vamos, continúa —le indicaba la doctora.

—Dale, mi amor, ya salió la cabeza. —Alex tenía los ojos llorosos y estaba filmando el momento del nacimiento.

—Ahí viene la otra, vamos que con ésta ya sale —la animó la obstetra.

Paula hizo una fuerza mucho más intensa y el bebé finalmente nació. Lo sacaron y lo apoyaron en su pecho. Le entregaron unas tijeras a Alex y él, con los ojos embargados de emoción, cortó el cordón umbilical. Luego se movió y apresó los labios de su esposa, mientras sostenía la manita de su hijo. Ambos lloraban conmovidos. Alex tenía un nudo en la garganta, pero todavía estaba nervioso. Rápidamente, cogieron al bebé y se lo llevaron para hacerle las primeras revisiones. Alex estaba expectante a lo que los médicos dijeran.

—Está perfecto, su test de Apgar ha dado 9. Tranquilo, papá, su hijo está increíblemente sano —le explicó el neonatólogo a

Alexander. Y entonces él volvió con Paula, que aún tenía que dar a luz a su hija.

—Nicholas Alexander está perfecto —le informó. Habían decidido ponerle al niño de primer nombre el del padre de Paula, pero en inglés y, de segundo nombre, el de Alex—. Pesa 2,550 kilos. ¿Cómo estás, mi amor?

—Estoy bien, cansada, pero bien, aún tengo energía. ¡Qué tranquilidad saber que todo va bien!

—¿Realmente te parece que vas a poder? ¿No querés aliviarte el dolor con la epidural?

—Estoy bien, mi vida, quiero sentir nacer a mi hija también.

Una nueva contracción interrumpió la conversación.

—Con la próxima contracción, empujarás un poco, Paula, para ayudarla a descender —le indicó la doctora—. Toma aire, inspira con fuerza y así preparas bien tus pulmones. Ahí viene, Paula, empuja mientras dure.

—¡Aaaaaah!

—Vale, vale, tranquila, ya es suficiente, ya ha descendido bastante. —La obstetra también manipuló un poco su barriga para ayudar a que la niña se colocara mejor. ¿Te sientes con fuerzas suficientes, Paula?

—Sí, estoy bien —contestó fatigada, pero muy decidida.

—Perfecto, cuando venga la siguiente contracción, no empujes, tan sólo respira y, en la próxima, iremos con toda tu energía, ¿sí?

Hizo dos pujos más y un último, en que, incitada por Alex y la ginecóloga, sacó fuerzas de donde ya no le quedaban.

—¡No puedo más, no podré!

—Una más mi vida, ¡vamos! Su cabecita ya está fuera, ¡vamos, sí que podés!

—Vale, Paula, tan sólo un esfuerzo más y todo terminará. ¡Ahí viene! ¡Empuja, mujer, que ya nace tu hija!

—¡Aaaaaah!

El llanto de la pequeña fue casi inmediato. La pusieron en seguida sobre el pecho de su madre y, mientras Alex cortaba el

cordón, los tres dieron un verdadero concierto de gimoteos. Se llevaron a la pequeña para hacerle las primeras evaluaciones y su test de Apgar dio 8, que también era muy bueno. Alex estaba atento a la niña, mientras Paula expulsaba las placentas. Iban a comenzar a suturarle la episiotomía, cuando apareció Alex con ambos bebés en sus brazos. Con la ayuda de una de las enfermeras, se los colocaron a Paula encima, que otra vez se puso a llorar de emoción.

—¡Son hermosos, mi amor! ¡Gracias! Soy el hombre más feliz de esta Tierra.

—Gracias a vos por permitirme ser la madre de tus hijos. No puedo creer que ya estén con nosotros.

—Yo tampoco puedo creerlo, ¡son tan bonitos...!

—Ambos son igualitos a vos, Alex.

—Paula, aún no se puede saber, están recién nacidos.

—¡Felicidades, mamá, papá! No quisiera interrumpir este idilio con vuestros hijos —les dijo la doctora—, pero tengo que coserte, Paula. Alexander, ¿por qué no vas a presentarlos en sociedad mientras yo termino aquí con esta madre tan valiente?

—¡Ya lo creo que es muy valiente! —exclamó él henchido de orgullo y le dio un beso en la boca a Paula—. Mi esposa es sumamente valiente. Te amo, ya vuelvo.

—Te infinito, mi vida, regresá pronto.

Todos estaban expectantes en la sala de espera. Ya sabían que los mellizos habían nacido y que estaban bien, porque Amanda y Edward, utilizando sus privilegios, habían recopilado información. De improviso, por la puerta de la sala de partos, apareció Alex con sus dos hijos en brazos y una sonrisa que ocupaba toda su cara.

Todos se abalanzaron sobre él. Julia, sumamente conmovida, no paraba de llorar y de besar las manitas de sus nietos, al igual que Bárbara. Joseph le palmeaba la espalda a su hijo y le besaba la mejilla. Amanda lloraba emocionada abrazada a Chad y los demás no paraban de felicitar a Alex que estaba extremadamente feliz, exultante.

—Son idénticos a vos, mi cielo.

—No exageres, mamá, son recién nacidos.

—Pues me temo que tu madre tiene razón, Alex, no tienen nada de Paula. La recuerdo muy bien de recién nacida —comentó July.

Capítulo 27



AQUÉLLA iba a ser su primera noche en casa con los niños. Al final, habían decidido poner ambas cunas en el dormitorio principal hasta que fueran un poquito más grandes, pues como había que atenderlos cada tres horas, era más cómodo y facilitaba las cosas tenerlos cerca. Ya habría tiempo de sobra más adelante para que cada uno ocupase su dormitorio.

Alex cambió los pañales de Melissa, que justo había terminado de tomar el pecho, mientras Paula amamantaba a Nicholas.

—Uy, uy, sí, mi princesa. Ya sé que no te gusta que te moleste, pero te has hecho cacona y papá debe limpiarte, para que esa piel tan tersa no se resienta —le hablaba Alex con una voz ñoña, mientras le levantaba las piernitas para limpiarla.

Paula los miraba embelesada. Alexander se desenvolvía con sus hijos de manera extraordinaria, parecía todo un experto en el cuidado de bebés. Después de cambiarla y de arroparla bien, se sentó en el borde de la cama para darle el suplemento de leche que le habían indicado como refuerzo para su alimentación, ya que, como eran dos, la leche de Paula no era suficiente para que se alimentaran como correspondía.

—Despacio, princesita de papi, te vas a atragantar. —De repente, Paula se quejó—. ¿Qué pasa?

—Es que Nicholas me hace ver las estrellas cuando succiona. ¡Este bandido es muy tragón!

—Estás hermosa amamantando a nuestro hijo. Sinceramente, no puedo creer cómo han cambiado nuestras vidas.

—¡Son tan bonitos, Alex...! Y no es porque sean nuestros hijos, pero son unos bebés realmente bellos.

—Sí, lo son.

—Me siento feliz de que ambos hayan salido con el color de tus ojos.

—A mí me hubiese encantado que tuvieran el tuyo.

Paula se estiró y le acarició la mejilla a contrapelo.

—Ahora tengo tres ojitos en casa. —Alex se movió y la besó en los labios.

El período de cuarentena pasó y ellos ya habían aprendido a organizarse bastante bien con los niños. Todo estaba establecido al dedillo: los horarios de la comida, los del baño, los de los cambios de pañales. Los dos pequeños eran adorables y descansaban bastante bien por las noches.

Pero a pesar de lo tranquilos que eran, tanto Alex como Paula estaban bastante agotados y tenían la sensación de no disfrutar de tiempo para ellos. Así que, después de hablar largo y tendido sobre ello, y aconsejados por el pediatra y también por Edward y Lorraine, decidieron buscar ayuda para comenzar a gozar más de la paternidad y también de su relación de pareja. Al final, optaron por contratar a una niñera para que los ayudara durante el día.

—Me siento angustiada por haber sacado las cunas de nuestro dormitorio.

—¡Hey, mi amor! Tenemos los monitores instalados correctamente. Mirá, desde acá podemos verlos y oírlos: están perfectamente dormidos.

—Lo sé, sin embargo me preocupa que ya no estén acá con nosotros, ya me había acostumbrado.

—Pero ¡con tan hermosos dormitorios que hiciste decorar! Lo lógico es que los usen, ¿no?

—Tenés razón. —Se abrazaron.

—Además, señora Masslow —le dijo Alex con voz melosa, la cogió de la cintura y la oprimió contra su pecho—, su marido la extraña demasiado.

—Lo sé, yo también te echo de menos, mi amor.

Alex la besó con intensidad.

—En ese caso, déjeme decirle, que hoy usted está irresistible con ese pantalón que lleva puesto. —Su mirada se oscureció—. Tu culo me volvió loco durante todo el día, me muero de ganas de hacerte el amor, Paula.

Ella cogió su rostro entre las manos y le lamió los labios.

—Yo también quiero que retomemos nuestra actividad sexual y que sea tan intensa como antes de saber que estaba embarazada. Deseo que me hagas el amor de todas las formas en que se te ocurra hacérmelo.

Alex la besó con urgencia, con sumo apremio, moviendo su lengua por toda su boca. Sin abandonar sus labios, la llevó hacia atrás, hasta que finalmente chocaron con la cama, entonces la tendió sobre ella y se recostó sobre su cuerpo, metió una de sus manos bajo el suéter de hilo y le acarició los senos sobre el sostén.

—Estoy realmente desesperado por entrar en tu cuerpo.

Paula alzó los brazos sobre su cabeza y él levantó el suéter para quitárselo; con la palma extendida le recorrió las formas, le acarició su tersa piel y admiró aquellas curvas tan conocidas para él, pero que ese día parecían nuevas, diferentes.

Había pasado un mes y medio desde que Paula había dado a luz a los mellizos, pero su cuerpo lucía escultural otra vez, idéntico a como había sido antes, sólo que ahora tenía la huella de la maternidad, algo que él conocía muy bien porque la había acompañado en todo el proceso. La deseó como nunca, se estremeció acariciándola mientras la recorría una y otra vez con sus manos, la atrapó de la cintura y volvió a dominar el néctar de su

jugosa boca, se adueñó de sus labios de terciopelo y los arrulló con su lengua mullida y sedosa.

Alex restregaba la bragueta de su pantalón contra el de ella, para enseñarle lo duro que estaba. Llevó sus manos a la cremallera del vaquero, la bajó y se apartó para quitarle el pantalón. De pie junto a Paula, se quitó el jersey por encima de la cabeza, desabotonó su pantalón y se deshizo de él. Ambos estaban en ropa interior. Paula se sentó en la cama con los pies apoyados en el suelo y le recorrió los huesos de la cadera con las manos y, cogiendo el elástico del calzoncillo, se lo bajó para liberar la sublime erección de su esposo. Le atrapó el pene con la mano y lo apresó con la boca, le lamió la punta recogiendo una gota y lo miró mientras lo succionaba. Entonces se dio cuenta de que estaba desarmado, entregado a la caricia que su boca le proporcionaba. Alex se inclinó y la cogió por los hombros, mientras emitía un sonido gutural. Hizo reptar sus manos de los hombros hasta la espalda y le desabrochó el sostén, la ayudó a recostarse y, con las palmas extendidas, le acarició el vientre. Acto seguido, enganchó sus dedos en las tiras de su tanga para deslizarlas por sus muslos y Paula lo ayudó levantando sus caderas. Alex la miró obnubilado, la admiró desnuda, tentado por la exquisitez de su cuerpo, le acarició la pelvis con la palma de su mano, descendió lentamente y hundió un dedo en su vulva, mientras con el pulgar le rodeaba el clítoris y la hizo gritar. Presuntuoso disfrutó de verla retorcerse de placer, sonrió con lascivia y la deseó con lujuria. La cogió por la cintura con habilidad y la hizo girar sobre la cama, la dejó boca abajo y arrodillado se inclinó para apoderarse de su espalda, le pasó su lengua por toda su extensión, lamiéndola, mordiéndola y dándole chupetoncitos sobre la piel. La sentía más suya que nunca, él era su único dueño; Paula le pertenecía en todos los sentidos.

Sin poder resistirse más, le separó las nalgas y se hundió en su vagina, introdujo su pene y comenzó con la fricción. Ella había estirado sus brazos hacia adelante y él también estiró los suyos hasta apresar sus muñecas, mientras seguía con el intenso vaivén de

su cuerpo. La embistió, la espoleó con su sexo, mientras gemía en su oído con desenfreno.

—Te amo, Alex —dijo ella con voz entrecortada.

—Yo también, Paula, tenerte así es glorioso.

—Te extrañaba más de lo que creía.

—Hum, sos exquisita, nena. —Alex, embriagado con el aroma de su cuello, no dejaba de moverse. La pasión los consumía sin mesura.

Paula reptó sobre la cama, lo hizo poner de espaldas y se subió sobre él a horcajadas. Él posicionó su sexo a la entrada de su vagina y volvió a penetrarla. Ella trotó sobre él, lo cabalgó desbocada y Alex movía su pelvis para encontrarla en cada movimiento. Ambos habían fijado su mirada en el otro y sus ojos decían mucho más de lo que sus labios podían pronunciar. Se deseaban de forma irresistible, sus cuerpos necesitaban calmar su sed de pasión. Se cogieron de las manos, Paula inclinó su cuerpo para besarlo y ella le habló sobre la boca:

—No aguanto más.

—Tranquila, preciosa, tranquila.

Alex detuvo sus movimientos dejándola con ansiedad. La colocó bajo su cuerpo y se metió despacio en el hueco que sus piernas le dejaban. Con su miembro en su interior, la miró, le acarició los muslos y dejó escapar un quejido audible. Después, comenzó a moverse de nuevo, a espolearla, a arremeter contra ella con más furia que antes; todas sus pretensiones de autocontrol se habían disparado. Tenía una mano en sus caderas y con la otra le acariciaba el vientre.

—¡Voy a correrme, Alex!

—Lo sé, mi amor, lo estoy sintiendo.

Ambos consiguieron el alivio a la vez. Paula apretó las sábanas y él se aferró a sus nalgas, le clavó los dedos en los muslos y también se dejó llevar.

Delirantes, agitados aún, se quedaron de costado mirándose a los ojos. Paula le recorría el puente de la nariz con un dedo y Alex le

acariciaba la espalda desnuda, estaban extenuados, la pasión había acabado con sus fuerzas.

—No puedo creer que nuestra vida sea tan perfecta.

—Hum, es que nuestro amor es inmenso, Paula, por eso es posible.

Miraron los monitores para cerciorarse de que ambos bebés dormían y, entonces, Alex cogió el cobertor y los tapó; entrelazaron sus brazos y sus piernas para entregarse también a un sueño reparador.

Capítulo 28



ESA mañana, le costó alejarse de la casa. Los pequeños acababan de cumplir tres meses y él debía retomar su actividad en la empresa, reintegrarse al trabajo allí, ya que durante todo ese tiempo lo había hecho desde casa.

—La jornada va a parecerme interminable, Paula.

—A mí también, pero acá estaremos esperando a que regreses.

Paula estaba en la terraza con los niños, el verano estaba a punto de llegar y el día era diáfano e inmejorable. La brisa que llegaba de la costa acariciaba el rostro de los bebés, que permanecían en sus cochecitos mientras Alex los llenaba de besos para despedirse. Nicholas se desternillaba de risa con los besuqueos que su padre le daba en el cuello. Eran dos niños muy alegres y sanos. Cuando fue el momento de decirle adiós a la pequeña Melissa, Alexander no pudo resistir la tentación de coger en brazos a su princesa y lanzarla, jugando, al aire.

—¡Alex, acaban de comer! —protestó Paula, pero su advertencia llegó demasiado tarde. La pequeña ya le había vomitado en la chaqueta del traje, así que se la dio a Paula y volvió al dormitorio con urgencia, para cambiarse.

Paula dejó unos instantes a los pequeños con la niñera y acompañó a su esposo hasta el garaje. Alexander ya se había

montado en su deportivo y ella se inclinó para despedirse con un beso apasionado.

—Si me desocupo al mediodía, prometo venir a almorzar con ustedes.

—No te preocupes, mi amor, conducí con cuidado. Llamame, eso sí, porque creo que te extrañaré mucho, ya me había acostumbrado a tenerte acá con nosotros.

—Yo también os echaré de menos, porque amo esta rutina, pero poco a poco debemos retomar nuestras actividades en Mindland. De todos modos, quiero decirte que si prefirieras quedarte en casa para criar a nuestros hijos y abandonar toda actividad, juro que no me molestaría.

—Sabés que deseo ese plan de vida, Alex. Me tomaré un par de meses más y regresaré a la empresa, me encanta mi carrera, Alex.

—Está bien, ya lo hemos hablado mucho y lo he entendido, no tenés que explicarme nada más.

—Quizá por la tarde vaya a hacer algunas compras; anoche te lo comenté, ¿te acordás? Y le pediré a la señora Doreen que me acompañe, porque Diana hoy se va temprano. Es que me apetece comprar ropa nueva para los bebés; ¡crecieron tanto que todo les está quedando pequeño! Te lo recuerdo por si no lo tenías en mente.

—Sí, me acordaba, mi amor. Bueno, bonita, intentaré venir al mediodía.

Volvieron a besarse, Alex puso el coche en marcha y maniobró para salir.

Paula se quedó mirando cómo se iba. Alexander tocó el claxon y contempló por el retrovisor la imagen de su hermosa esposa, que poco a poco se alejaba de su campo visual.

En el trayecto hasta la Interestatal, un coche de vidrios tintados siguió su recorrido muy de cerca y él entonces recordó al Chevrolet Cruze de aquella mañana lejana, en que también le había parecido que lo seguían. Intentó memorizar la matrícula para pasársela a Heller y que averiguara.

Cuando estaba a punto de entrar en el túnel Queens Mindtown, se dio cuenta de que el automóvil había desaparecido.

Con su reincorporación en la empresa, eran muchos los asuntos pendientes que se le habían acumulado y tenía la sensación de que lo solicitaban en todas las secciones; así que le fue imposible ir a almorzar a casa.

—No te preocupes, mi amor, ya me imaginé que estarías muy solicitado hoy y no me hice ilusiones de que vinieras.

—Estoy comiendo un bocata, Paula, esto es un caos.

—Me lo imagino. Mejor no me lo cuentes, porque ya empiezo a sospechar lo que será a mi regreso. En un rato saldré para el centro con Doreen y los niños; quizá si no se me hace muy tarde, decida pasar por la empresa para visitarte, el día está hermoso.

—Hum, me encantaría, además si me traés a los niños, podría babearlos un ratito. ¡No te imaginás cómo los extraño a los tres! A ratos, me cuesta concentrarme porque me quedo embobado pensando en ustedes.

—Hum, me estás haciendo hinchar de orgullo, haré todo lo posible, mi cielo, pero no quiero regresar tarde.

—Perfecto, te amo.

Después de almorzar, prepararon a los niños y salieron con Doreen hacia el centro de la ciudad. Los bebés ya estaban acomodados en sus sillitas de transporte en la parte trasera y ellas ya estaban sentadas en el interior con los cinturones puestos. Heller les abrió el portón para que se fueran.

Paula decidió ir primero a Mindland, porque Alex estaba desesperado por ver a sus hijos; nunca creyó que le costaría tanto reintegrarse al trabajo y apartarse de su familia. En cuanto llegaron todos se abalanzaron sobre ellos para conocer a los mellizos. Alexander, que estaba al teléfono, oyó el bullicio y se apresuró a terminar la comunicación para salir a su encuentro. Embriagado de orgullo, le arrebató los niños a Alison y a Jeffrey, que en ese momento los tenían en brazos. Después de auparlos, apresó los labios de su esposa para saludarla.

—¡Qué hermosos están, Alex! —le dijo su hermano.

—¿Viste? Y mirá cómo reconocen mi voz y se ríen cuando me oyen, ¿verdad que sí? ¿Verdad que saben que soy su papá?

—Cuñado, necesitás un babero gigante. Te veo así tan paternal y me cuesta creerlo.

—Está embobado, Ali, te aseguro que yo tampoco doy crédito.

Los cuatro se metieron en la oficina de Alex para tomarse un café, mientras le hablaban de manera ñoña a los niños. Alex le besó la barriguita a Nicholas y el pequeñín empezó a carcajearse con sus mimos; Melissa, por el contrario, estaba empezando a dormirse.

—Mi amor, me parece que Nicholas necesita un cambio de pañal —sugirió Alexander.

—Doreen tiene el bolso, dejame ir a buscarlo.

Mientras Alex cambiaba los pañales de su hijo, llamaron a la puerta; Mandy le traía unos formularios para que firmara, así que Paula terminó de vestir a Nicholas y él se ocupó de lo que su secretaria le pedía.

—Bueno, Alex, nos vamos, así no llego tarde a casa.

—Está bien, mi amor, gracias por pasarte un ratito para que los viera.

—Dejame que les dé unos cuantos besos a mis sobrinos antes de que se vayan —le pidió Jeffrey.

—Y ustedes, ¿para cuándo? —preguntó Paula.

—Queremos disfrutar solos de todo este año y para el próximo encargaremos un bebé, ¿verdad, mi amor? —explicó Alison.

—Sí, así es —corroboró Jeffrey.

—No saben lo que les va a cambiar la vida. Les aseguro que tener un hijo es lo más sublime que a una persona le pueda pasar.

Jeffrey le palmeó la mejilla a su hermano. Le encantaba verlo tan feliz.

Paula y Doreen recorrieron las tiendas de Saks junto a los niños. Entraron en D&G, y Paula se enamoró de inmediato de un hermoso vestido para Astrid y, aunque la señora Doreen se negaba a que le comprara algo a su hija, lo hizo de todos modos. Cuando salieron,

fueron hasta la tienda de Óscar de la Renta y ahí encontró unos modelos increíbles para Melissa; luego, en Ralph Lauren, compraron prendas para Nicholas. Paula le envió fotos a Alex para que viera lo guapo que su hijo estaría con esa ropa. Al salir de ese local, y como última parada, entraron en Burberry y ahí también adquirió cosas bellísimas para ambos bebés. Al final, cuando ya se marchaban, pasaron por la tienda de Michel Kors y ella no pudo resistir la tentación y se compró algunas prendas para ella, también bolsos, zapatos y algunas camisetas para la señora Doreen.

Cuando salieron de Saks, caminaron hasta el aparcamiento donde habían dejado el coche, salieron de allí y buscaron un estacionamiento cercano a Gucci. Al entrar, Ettore reconoció a Paula de inmediato y entonces, atendiendo a su demanda, le buscó rápidamente los últimos modelos de camisas que habían llegado, también se llevó unos jersey y unas camisetas de la nueva colección. Nicholas estaba ya bastante molesto, con hambre y empezaba a reclamar la teta, así que volvieron raudas hacia el aparcamiento.

—¡Aaaaaah, señora, me olvidé mi bolso sobre el mostrador! Siga caminando que yo vuelvo a buscarlo.

—Bueno, tranquila, Doreen, seguro que Ettore lo guardó. Camina despacio con la chiquitina. Yo me adelantaré y así le doy un poco el pecho a este tragón antes de salir, a ver si se calma.

—De acuerdo, señora.

Paula estaba guardando los paquetes en el maletero, mientras intentaba calmar a su hijo, que no paraba de llorar. Cuando acabó, lo cerró y se dio la vuelta. Casi se muere del susto, se quedó paralizada y sintió que las piernas le fallaban.

—Hola, Paula.

Ella estaba diferente. Su fisonomía había cambiado, se le había oscurecido el pelo y su aspecto era desaliñado. Aunque vestía con ropa modesta, Paula la reconoció de inmediato, sobre todo cuando le habló. Ella temblaba frente a Rachel, el miedo la había invadido, pero aquella mujer no la miraba, sus ojos estaban clavados en el pequeño. En un primer momento, Paula creyó que se trataba de una

visión, pero cuando oyó su voz, todas sus dudas se disiparon. Rachel estiró su mano y quiso tocar al bebé. Como un acto reflejo y temiendo que pudiera hacerle daño, Paula se apartó. En ese momento, recordó que la última llamada que había hecho había sido a Alex, así que metió la mano en el bolso con disimulo y apretó el botón de rellamada; no sabía a ciencia cierta si lo había logrado, pero al menos lo intentó.

—No nos hagas nada, Rachel, por favor —le rogó—, déjame que ponga al bebé en su silla.

Paula intentaba hablar alto para que Alex la oyera. Él había atendido la llamada, pero ella no podía contestar. Con el teléfono en la oreja y sin entender nada, Alex se disponía a cortar y volver a llamarla para ver lo que ocurría, pero en ese instante la oyó con claridad. Casi se muere del susto cuando escuchó en boca de Paula el nombre de Rachel y salió despedido de su oficina hacia la de Jeffrey.

—Llamá a la policía, Jeffrey, Rachel está con Paula, la tengo en línea. ¡Date prisa, hermano!

—¡Mierda, no es posible!

—Sí lo es, Paula me llamó hábilmente para que pudiese oírlas. Mandá a la policía, yo salgo para allá.

—Pero ¿dónde están, Alex?

—¡Mierda, mierda! ¿Dónde están? ¡No sé dónde están! —Alex se puso pálido. Los dos hermanos corrían de un lado al otro sin saber qué hacer. Alex estaba desencajado, al otro lado de la línea no se oía nada y él se cogía la cabeza mientras intentaba encontrar una solución—. ¡Hace más de media hora me envió fotos desde Saks! —dijo desesperado.

Salió de la oficina, bajó en el ascensor, corrió hasta el estacionamiento y se montó en su deportivo; le faltaba el aire, conectó el teléfono al sistema de manos libres y rogaba que Paula volviera a hablar. De pronto, la oyó gritar y creyó que iba a morirse de la desesperación.

—¡Paula! ¡Paula! ¡Mi amor, contestame...! ¡Por favor, contestame! ¡Decime que están bien, me estoy muriendo! —le gritaba al teléfono, pero al otro lado nadie le respondía.

Alex pensó en llamar a la señora Doreen, pero no quería cortar la comunicación. Además, el tráfico a esa hora estaba terrible, había atascos por todos lados. Seguía hablando, pero ya se había dado cuenta de que no tenía sentido. Llegó a Saks, dejó el automóvil aparcado en cualquier parte y bajó como un rayo de él. Cortó y, cuando se disponía a marcar el número de la señora Doreen, entró una llamada precisamente de ella.

—¿Dónde está Paula?

—¡Estamos en el aparcamiento contiguo a Gucci, señor! ¡La han atacado! ¡Venga pronto, está desmayada con un golpe en la cabeza! ¡Ya he llamado al 112!

—¿Y los niños?

—¡Perdóneme, señor! —La empleada lloraba, gritaba y le hablaba entre sollozos; pudo oír que la pequeña Melissa también berreaba—. ¡Perdón por dejarlos solos, perdón, señor! ¡El bebé no está, Nicholas ha desaparecido!

Alex se sintió ahogado, se arqueó apoyándose en sus piernas y lo invadieron las náuseas; no podía dar crédito a lo que estaba pasando.

—Voy para allá —le dijo y cortó.

Se subió de nuevo a su coche y salió conduciendo enloquecido; se saltó varios stops pero nada le importaba. En el trayecto, llamó a Jeffrey para contárselo.

—¡No te entiendo, Alex, calmate por favor!

—Se ha llevado a Nicholas —volvió a repetirle—. ¡Paula está inconsciente con un golpe en la cabeza en el estacionamiento contiguo a Gucci!

Alex cortó sin más explicaciones y condujo a ciegas por las calles de Manhattan. Llegó al aparcamiento y dejó el coche en la entrada. El empleado del lugar empezó a gritarle que lo apartara, pero él no escuchaba nada. Las sirenas de la policía se estaban acercando y

Alex corría desesperado por las rampas sin poder dar con Paula ni con la señora Doreen. Finalmente las encontró; Paula estaba en el suelo, recostada contra el cuerpo de la empleada, con la cabeza ensangrentada y llorando sin parar. Había vuelto en sí hacía un instante. Alex se desplomó a su lado para contenerla.

—¡Se lo ha llevado, se ha llevado a mi bebé!

La pequeña Melissa lloraba en los brazos de Doreen, que intentaba calmarla en vano. De pronto, llegó Jeffrey con la policía y, tras ellos, una ambulancia, cuyos doctores querían llevar a Paula, a toda costa, al hospital para hacerle pruebas. Sin embargo, ella sólo permitió que le suturasen la herida y se negó rotundamente a que la trasladaran. Alex la abrazó contra su pecho y ella empezó a relatarles lo ocurrido.

—¿Cómo mierda es posible que esa perra esté en la calle? ¿Con qué te golpeó?

—No sé con qué fue. Yo estaba de espaldas, dejando a Nicholas en su silla, cuando me pegó. ¡Aaaaaah! —gritó desconsolada—. ¡Por favor! —rogaba y lloraba Paula—. ¡Quiero a mi bebé, Alex, lo quiero acá conmigo! ¡Por favor, encuéntrenlo!

—Chis, mi amor, calmate, te prometo que lo vamos a encontrar.

—¡Por favor, Alex! ¡Por favor, mi amor! ¡Voy a morirme si le pasa algo! —Paula estaba fuera de sí y hablaba de forma inconexa—. Se ha cambiado el color del cabello, lo tiene oscuro —recordó de repente—. Llevaba una camiseta negra y unas mallas negras o grises, no recuerdo. —Paula se puso de pie y lo cogió de la camisa —. ¡Buscalo, Alex, buscalo y traelo de vuelta con nosotros! —De pronto, estalló en un ataque de nervios y le pegó una bofetada a Alex, mientras le gritaba descontrolada—: ¡Es culpa tuya! ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Vos la enloqueciste y ahora se ha llevado a mi hijo!

Alex la abrazó con fuerza contra su pecho intentando darle contención; sabía que Paula no pensaba eso, pero era tanta su desesperación que él también estaba empezando a creerlo. Tuvieron que dejar la camioneta en el estacionamiento para que la policía hiciera las pruebas periciales, en busca de huellas que verificasen

que, efectivamente, la autora del rapto había sido Rachel; aunque ya se sabía que no estaba en la clínica.

Todos los Masslow se reunieron en la casa de Great Neck para hacerles compañía. Joseph y Bárbara habían venido desde Los Hamptons en cuanto se enteraron de lo ocurrido. La familia, tanto en Nueva York como en Mendoza, estaba consternada; su vivienda había sido invadida por detectives y personal policial, que se habían instalado en la villa para intervenir todos los teléfonos.

Alex los insultaba a todos sin distinción: a Parker, que le había garantizado que les informaría de cualquier cambio; a los jueces, al hospital psiquiátrico y a la vida misma. El detective que estaba a cargo de la investigación hizo su entrada en escena en ese momento.

—¡Parece que se estén burlando de nosotros, detective Miller! ¿Cómo es posible que esa mujer, con lo peligrosa que es, haya logrado salir de donde se suponía que estaba confinada en régimen de aislamiento?

—Lo sé, señor Masslow, créame que el responsable lo va a pagar caro.

—No se trata de eso, sino de que se suponía que mi familia estaba segura con ella encerrada, ¡y mire lo que ha ocurrido hoy! Mi mujer está viva de milagro, ¡es la segunda vez que ella atenta contra su vida y, por si fuera poco, se ha llevado a nuestro hijo!

—Lo comprendo perfectamente y le aseguro que mis hombres están moviéndose de manera incansable para encontrarlo. Están todos los agentes en la calle, rastreando Nueva York, para dar con el paradero de Rachel Evans.

—Tranquilo, Alex, la policía está actuando para encontrar a tu hijo.

—¡Papá! ¡Cómo puedes decirme que me quede tranquilo! ¡Mierda! ¡No sé dónde está mi hijo! ¡Y lo único que tengo claro es que está en manos de una loca!

—¿Qué explicación han dado en el Columbia Psychiatry? —le preguntó Jeffrey al detective Noah Miller.

—¡No hay mucho que explicar, lo que puedan decir no justifica que ella esté en la calle cuando no debería ser así —contestó Alex con furia!

—La clínica está intervenida, señor Masslow, y mi personal está investigando. Nos enteraremos de quién es el responsable de facilitarle las salidas a Rachel Evans, pero no podemos garantizarle que eso nos indique el lugar adonde iba cuando lo hacía.

—¡Dios, esto es una pesadilla! —Alex extendió los brazos al cielo y luego se cogió la cabeza—. Mi casa está invadida de gente, nos atosigan a preguntas hasta el punto de agobiar a mi esposa y poner en duda sus afirmaciones; ¡hasta han sugerido que ella le entregó nuestro hijo a alguien! ¡Ya han pasado seis horas desde que Nicholas desapareció y usted no puede darnos ni una respuesta!

—Créame, señor Masslow, tengo a todo mi personal buscando a su hijo; le garantizo que la ciudad está cerrada, no hay manera de que pueda sacarlo de Nueva York. Lo encontraremos, sólo es cuestión de tiempo. Lamento las molestias que podamos causar a su familia, pero es inevitable, debemos descartar todas las posibilidades.

—¡Sí y pierden tiempo interrogando a mi esposa, en vez de buscar a esa zorra!

—Entiendo su nerviosismo, pero no es exactamente así; la búsqueda no se ha detenido en ningún momento. Le pido un poco de tiempo y que se tranquilice.

—Tiempo... tiempo... ¡*Mierda*! ¡Mi hijo no tiene tiempo en manos de esa loca!

—¿Dónde están buscando en este momento? —quiso saber Edward, mientras se arremangaba las mangas de la camisa y se desabrochaba uno de los botones del cuello.

—Mi personal está analizando las cámaras que hay repartidas por la ciudad para ver si logramos dar con ella. Muy pronto daremos con el paradero de esa mujer. Además, hay que considerar que no

cuenta con medios suficientes como para moverse por la ciudad con soltura. La encontraremos, se lo prometo. Les doy mi palabra de que para mí este caso es prioritario, como pide el señor Masslow. —El detective Miller miró fijamente a Alex a los ojos y prosiguió—: La ciudad tiene una deuda con ustedes, esto no debió ocurrir nunca. Yo me comprometo a hacer todo lo que esté en mi mano para volver a poner a su hijo en los brazos de su esposa, le pido que confíe en mí.

La información reunida a priori indicaba que Rachel sobornaba a los empleados de la clínica y lograba salir durante algunas horas de allí. Sin embargo, Alexander sabía que era el dinero de Bob Evans el que conseguía esas salidas. El detective, antes de ir hacia la casa de Great Neck, se había presentado personalmente en casa de los Evans para interrogarlos, pero no había obtenido nada.

Había pasado la medianoche y Paula dormía. Le habían tenido que administrar un sedante porque había estallado en un brote de histeria otra vez y no había forma de calmarla. Alex se quedó de pie en el resquicio de la puerta y la miró durante un rato; se sentía abatido, no le quedaban más fuerzas. Salió de ahí, fue hacia el cuarto de Melissa y se acercó a la cuna para verla dormir. La pequeña estaba serena y parecía inocente, ajena a todo el calvario que se vivía en la casa. La arropó bien, la besó en la frente y salió, pero cuando pasó por el dormitorio de Nicholas no pudo evitar escurrirse dentro. Se aproximó con temor a la cuna vacía y, de pie frente a ella, sacudió la cabeza mientras suspiraba con fuerza; ansiaba con fervor que todo fuera una pesadilla, pero no lo era. Cerró los ojos, pero cuando los abrió nada había cambiado. Por más que desease con toda su alma encontrar a su hijo allí, nada de eso iba a ocurrir. La cruda realidad que les tocaba vivir era otra. Cogió la almohada y la olisqueó, en busca del perfume de su bebé. Aspiró su olorcito como un verdadero poseso y volvió a cerrar los ojos. En su intento por evadirse del mundo real, hasta tuvo la sensación de oír esos ruiditos que Nicholas siempre emitía cuando él se acercaba a mirarlo. Y fue entonces cuando su aplomo cedió, su contención se quebró y se largó a llorar desconsolado, abrazado al cojín. No podía,

ni quería, contener los clamores agudos y los sonidos guturales que brotaban de su garganta. De rodillas, aferrado a la almohada y a los barrotes de la cuna, lloraba desconsoladamente para desahogarse. Alex necesitaba sacar de su pecho toda aquella angustia a la que no podía dar rienda suelta delante de Paula. Ante ella, debía mostrarse entero e incorruptible, para infundirle confianza y fe en que su hijo aparecería. Una mano se posó sobre su hombro, su tacto le era familiar. Eran los dedos de la persona que siempre lo había acompañado en los peores momentos de su vida; Bárbara se había acercado a ofrecerle contención y él se aferró con fuerza a ella, buscando el alivio necesario a todos sus temores en el abrazo de su madre.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué tuvo que pasar esto ahora que estábamos tan bien? ¿Cuándo se va a terminar esta pesadilla?

—Tranquilo, hijo, lo encontraremos. Llorá en mis brazos, mi tesoro, y sacá toda tu angustia. Siempre estaré cuando me necesites. Desahogate bien, para poder levantarte después y usar tu inteligencia para pensar y tu fuerza para brindarle contención a Paula.

—¿Y si a esa loca le da un brote psicótico y le hace daño? —lloraba Alex—. No puedo pensar, mamá, si le pasara algo así a mis hijos o a Paula, el dolor me paralizaría.

—Tranquilo, Alex, sos muy fuerte, mi amor. Debés confiar en Dios y plantarte frente a la vida como siempre has hecho. —Amanda apareció, en ese momento, en busca de Alex.

—¿Qué pasa?

—Paula se ha despertado y pregunta por vos, llora desconsolada otra vez.

Alex se secó las lágrimas, sorbió su nariz, salió de ahí y fue hasta el dormitorio donde Lorraine y Alison intentaban calmarla sin éxito. Cuando ella lo vio aparecer, se dio cuenta de que había estado llorando y le preguntó desesperada:

—¿Por qué estabas llorando? ¿Qué ocurre? ¿Acaso pasó algo que no me querés contar?

—Nada, Paula, podés calmarte, no pasó nada, te lo juro. Yo estoy tan devastado como vos, pero tranquilicémonos. Vení acá conmigo. —Él se sentó a su lado, con la espalda apoyada en el respaldo y la abrazó—. Chis, mi vida, calmate —le susurraba mientras le acariciaba la espalda para relajarla—. Ya no pueden darte más sedantes, Paula, me estás asustando.

—¡Quiero a mi bebé, Alex, lo quiero acá con nosotros!

—Yo también lo quiero acá, mi vida. Lo vamos a tener nuevamente en nuestros brazos, no lo dudes. Dios no va a permitir que le pase algo, lo están buscando por toda la ciudad.

—Debe de estar llorando, cuando esa loca se lo llevó estaba llorando porque tenía hambre, me pedía teta y por eso yo me adelanté, para poder darle de comer. Alex, por favor... —le pedía entre sollozos—, Alex, hacé algo.

—No te atormentes más, mi amor, tenés que calmarte. Melissa también te necesita y, si seguís tan nerviosa, se te puede retirar la leche y no podrás seguir dándole la teta—. Paula lo cogía por la nuca y lloraba mientras él le hablaba y la besaba.

Después de un rato, logró apaciguarla y Paula volvió a dormirse. Se había recostado a su lado para mirarla descansar, cuando de pronto recordó el coche de vidrios tintados que había intuido que lo seguía aquella misma mañana. Se levantó con sigilo para no despertarla, fue a buscar a Heller y le pidió que investigara la matrícula que guardaba muy bien en su memoria. Su empleado le trajo novedades en seguida. Heller se asomó discretamente al salón y apenas Alex lo advirtió se puso de pie, para guiarlo hacia la terraza.

—¿Qué pudiste averiguar, Heller?

—Se trata de un automóvil de alquiler y, al parecer, lo alquiló una tal Alanis Morissette. Aún no lo han devuelto, pero, si quiere, puedo ir a esperar a que lo devuelvan para ver de quién se trata. —Alex sonrió.

—No es necesario, Heller, podría casi asegurar que se trata de Rachel; ése es el nombre de su cantante preferida.

—En ese caso, deberíamos decírselo al detective.

—Aún no, dejame intentar algo.

—Alexander, no hagas nada estúpido, deja a la policía. —Los nervios y la necesidad de proteger a su jefe hicieron que Heller empezara a tutearlo.

—¿Qué ha hecho la policía hasta ahora? —exclamó Alex iracundo —. ¡Sólo dejarnos desprotegidos y expuestos! Sacá el coche, dejalo en la salida y abrí el portón.

—¿Adónde vas? Los lugares que Rachel frecuentaba ya han sido registrados por la policía.

—No sé adónde, pero no me voy a quedar aquí de brazos cruzados.

—Voy contigo, entonces.

—No, Heller, quedate aquí con la familia. Si averiguo algo, prometo avisarte para que se lo transmitas a la policía.

—No hagas nada que debamos lamentar, Alexander. Piensa en Paula y en Melissa.

—Anda a hacer lo que te dije. Prepárame el coche. Se supone que trabajas para mí y debes obedecerme.

Alex no sabía a ciencia cierta qué iba a hacer y tampoco tenía idea de dónde buscar, pero estaba decidido a desentrañar el misterio de la desaparición de Nicholas. Sin que nadie lo advirtiera salió de la casa, él único que lo vio partir fue Heller que le abrió el portón para que se fuera. Decidió ir directamente al domicilio de los Evans, en Sands Point, y, cuando llegó, comenzó a golpear y a tocar el timbre del portón frenéticamente. Las luces del interior se encendieron pero nadie salió a recibirle. Desquiciado y dispuesto a todo, se subió de nuevo al coche y derribó el portón de entrada de la vivienda con su deportivo. Entró en la propiedad como un lunático y sólo entonces el matrimonio Evans se atrevió a salir en bata a la explanada de la mansión. Alex derribó a Bob de un puñetazo y siguió golpeándolo en el suelo mientras le exigía que le dijese el paradero de Rachel. Estaba furioso y arremetía con ira contra él porque lo consideraba

responsable directo de la situación; después de todo, él era quien le entregaba el dinero a su hija.

—¡Basta, Alex, lo vas a matar, por favor! —le rogó Serena Evans tironeando de él. Alexander paró, se puso de pie y tropezó mirándolo desquiciado—. Ve a su casa de playa, puede que esté ahí. ¡No sabemos dónde está, te lo juro, pero debes frenarla! ¡Mi hija ya no puede hacerle más daño a nadie, por Dios!

Alex sacudió la mano, dolorida por los puñetazos y con los nudillos lastimados, pero nada le importaba. Se subió a su magullado coche y emprendió viaje hacia Jamesport. No recordaba muy bien el camino a la finca, sólo había ido una vez a ese lugar y no le había prestado demasiada atención a la ruta. Finalmente, después de dar varias vueltas, lo encontró. En el garaje, estaba estacionado el automóvil de alquiler que lo había seguido durante la mañana. Bajó de su vehículo con discreción e intentó espiar a través de la ventana; pero las cortinas estaban cerradas. Buscó alrededor de la casa y, al final, encontró una rendija por donde mirar. Ahí estaba Rachel, recostada en uno de los sofás, con su hijo dormido sobre su cuerpo. Creyó que el corazón se le iba a escapar del pecho por lo fuerte que le latía. Tomó una bocanada de aire y pensó qué hacer; no sabía cómo actuar. Siguió espiando durante un rato más mientras decidía cómo proceder. De repente, Nicholas se despertó y empezó a llorar; Alex se desesperó, pero Rachel parecía tratarlo con cariño, lo acunó en sus brazos y se levantó, quedando fuera de su campo visual. La desesperación de Alex iba *in crescendo* porque no podía ver lo que aquella desquiciada mujer estaba haciendo con su hijo, pero Rachel no tardó en regresar al sofá. Se sentó con el pequeño en su regazo y se dispuso a alimentarlo con un biberón. Ese gesto le demostró que, al menos, no tenía intenciones de hacer daño a su pequeño. No obstante, aun así debía actuar con prudencia, pues la mente de Rachel era inestable y nada le garantizaba que en determinado momento decidiera ensañarse con el niño y lastimarlo. Cogió otra bocanada de aire, fue hacia la puerta de entrada y golpeó, sin saber si estaba haciendo bien.

—¡Rachel, soy Alex, he llegado! —Pasaron unos instantes hasta que ella finalmente contestó.

—¿A qué has venido? ¡Vete, no queremos verte! —le gritó desde adentro.

—¿Cómo que a qué he venido? He venido a estar contigo y con mi hijo.

—¡Vete, Alex, nos abandonaste para irte con esa golfa, ya no te necesitamos, estamos bien sin ti!

—¡Ábreme, Rachel, quiero veros, quiero estar con vosotros!

Después de unos cuantos intentos y de seguir probando frases que la convencieran, oyó que quitaba el cerrojo y vio que ella, lentamente, abría la puerta. Alex estiró los brazos de inmediato para coger al pequeño, necesitaba resguardarlo contra su pecho, pero Rachel se lo negó, se apartó y sacó un arma de atrás de la cintura de su pantalón.

—¡Entra! —le ordenó, mientras manipulaba el revólver.

—¿Por qué el arma? No es necesaria, Rachel, nadie va a venir a hacernos daño aquí. No me parece seguro para nuestro hijo que la manipules tan cerca de él. —Alex intentaba hablarle con calma.

—Sé que quieren venir a llevárselo y debo protegerlo —le espetó ella y lo miró con desconfianza—. ¡No te lo vas a llevar! —Levantó el arma y lo apuntó.

—¡Hey, hey, Rachel! No sé quién te hizo creer eso, pero te aseguro que lo único que anhelo es estar con vosotros. —Alex intentó engatusarla y dio un paso al frente para acercarse, pero frenó en seguida porque ella volvió a apuntarle. Entonces, él respiró hondo y consideró apropiado darse la vuelta para ir a cerrar la puerta. Cuando se volvió a mirarla, le sonrió con dulzura; necesitaba que confiara en él.

—Te he echado de menos, Alex, te hemos echado mucho de menos.

—Yo también os he echado de menos, Rachel. —Alex miró hacia la mesita baja—. ¿Estabas dándole el biberón? ¿Por qué no nos sentamos y lo sigues alimentando? —Ella asintió con la cabeza,

Alexander se sentó en el sofá, cogió el biberón y se lo alcanzó, pero ella todavía no estaba del todo relajada y lo rechazó. En ese preciso momento, ella vio sus nudillos ensangrentados.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Rachel en un tono que delataba una profunda preocupación.

—Nada, no es nada —le contestó Alexander quitándole hierro al asunto, no te preocupes.

—Iré a buscar algo para curarte.

—Después, Rachel, demosle de comer al bebé primero y más tarde buscas algo para vendarme. Ven, siéntate a mi lado. —Ella negó con la cabeza—. ¿No me dejas darle el biberón? —siguió probando él, pero ella no aceptaba.

—No, es mi hijo.

—Ya lo sé, Rachel, lo sé. Es nuestro bebé.

—¿Te quedarás con nosotros?

—Por supuesto, a eso vine. ¿Me dejas cogerlo?

—No —le contestó rotundamente y movió el arma que aún tenía en la otra mano.

—Tranquila, Rachel, no quiero que te pase nada. —Ella lo miraba con desconfianza y analizaba sus palabras. El niño comenzó a llorar y Alex se puso nervioso—. Déjame que lo coja, Rachel, por favor.

Él siguió insistiendo con paciencia y suavidad hasta que, finalmente, ella le entregó al bebé, aunque no abandonó el arma. En cuanto lo tuvo entre sus brazos, Alex lo apretó contra su cuerpo y lo besó; Nicholas pareció reconocerlo de inmediato porque emitió unos ruiditos y le sonrió, mientras él le besuqueaba la mejilla.

—Todo va a salir bien, hijo, papá está con vos —le susurró con ternura.

Alexander cogió el biberón y se lo dio para que tomara la leche. Rachel no les quitaba el ojo de encima a ninguno de los dos, atenta con la pistola en la mano. Alex entonces hizo una mueca de dolor.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó ella con aflicción.

—Me duele mucho la mano, Rachel, ¿por qué no buscas eso que me ofreciste antes para curarme? Te esperamos aquí. Ven a darme

un beso antes de irte —le pidió Alex, probando cómo engatusarla. No quería poner en peligro a Nicholas actuando de una forma demasiado heroica, así que pensó que si ella se alejaba, correría con su bebé en brazos para sacarlo de allí.

Rachel se animó mucho con la petición de Alex y se acercó para besarlo, pero él sólo permitió que le rozara los labios; en seguida volvió a quejarse.

—¿Te duele?

—Sí, muchísimo, ve a buscar algo para vendarme la mano, por favor.

Rachel accedió, se levantó llevándose consigo el arma y subió la escalera. Alex había logrado que ella se alejara.

Sin perder más tiempo, se puso en pie para salir, se movió con rapidez, quitó el cerrojo de la puerta intentando no hacer ruido y, en el mismo instante en que se disponía a traspasar la puerta, sintió el estallido de un disparo y notó que algo impactaba en su brazo derecho y lo hacía tambalearse. El balazo le quemó la carne y empezó a ensangrentar su bíceps, pero no tenía tiempo para nada más que cubrir con su cuerpo al pequeño Nicholas y convertirse en su escudo humano. Con los ojos cerrados, esperó que ella siguiera vaciando la carga en él, pero entonces, en una ráfaga de segundos, un uniformado con máscara y chaleco antibalas abatió la puerta y se abalanzó sobre él. Después, se oyó otro disparo, que impactó sobre la pared, y acto seguido, una última detonación. Fueron tan sólo segundos, interminables segundos. Se oyó el crujido de la barandilla de la escalera, Alex volvió la cabeza y, en ese preciso instante, vio cómo ella se desplomaba por el balcón interno de la planta superior.

El detective Noah Miller se había apostado en medio de la sala, con su chaleco antibalas y el arma en alto. Alejó de un puntapié la pistola de Rachel, se acercó a ella, le buscó el pulso en la carótida e hizo un gesto con sus manos indicando que todo había terminado.

Rachel yacía abatida en el suelo y la casa se había llenado de policías. Multitud de hombres uniformados con chalecos a prueba de balas habían irrumpido en la propiedad para hacerse cargo de la

situación. Alexander ya no sentía su hombro, del que no paraba de brotar sangre. El detective que horas antes había estado en su casa guardó el arma en la cartuchera de su axila y se acercó para ayudarlo; lo sentó en el suelo apoyándolo contra la pared a la espera de que llegara personal médico para auxiliarlo.

—Ha sido muy estúpido lo que ha hecho, señor Masslow. Dé gracias a que su empleado nos llamó informándonos sobre el coche de alquiler y pudimos rastrearlo por el sistema de recuperación vía satélite que poseen estos vehículos.

—Lo trasladaremos al hospital, para curarle —le informó el médico de la ambulancia que ya lo estaba atendiendo—. De todas formas, todo parece indicar que la bala no ha impactado de lleno.

Alex no se apartó ni por un instante de su hijo, no había manera de que pudieran arrancarlo de sus brazos; sólo pedía que avisaran a Paula de que Nicholas estaba con él y de que estaba bien.

Bárbara se sentó en el borde de la cama junto a su nuera y la despertó muy tiernamente para explicarle todo.

—¿De verdad los dos están bien?

—Sí, tesoro, eso nos dijeron. Nos explicaron que llevaban a Alex al hospital para curarle el brazo y ya está. —Se abrazaron.

Apenas Paula se enteró de lo ocurrido, se levantó, arropó a su hija, cogió las llaves de una de las camionetas y salió despedida hacia el garaje.

Nadie pudo detenerla; con impaciencia, colocó a Melissa en la sillita de viaje y salió como un ciclón hacia el hospital donde estaban su esposo y su hijo. Condujo casi a ciegas; la familia salió a la desbandada tras ellas, pero Paula llegó antes que nadie. Estacionó el vehículo en una zona reservada para ambulancias, desesperada por ver a su hijo y a su esposo y constatar que ambos estaban bien. Bajó con la niña en brazos y, en la entrada de urgencias, el detective Miller la reconoció de inmediato. Las enfermeras quisieron detenerla, pero el mismo oficial, viéndola tan atormentada, le flanqueó la entrada:

—Adelante, señora Masslow, pase.

Alex estaba sentado en la camilla con su hijo en brazos; lo estaban suturando. Paula se cubrió la boca y se acercó corriendo hasta ellos, sollozando embargada por la emoción. Los atrapó en un abrazo y los cuatro se quedaron así, fundidos en un emotivo instante.

—Estamos bien, mi amor, ya pasó todo. Todo terminó, Paula, tranquila, acá está tu hijo, como te prometí.

Se besaron. Paula, entonces, separándose de su hombre, besó a Nicholas y se sentó en la camilla junto a ellos.

Como un torbellino, Bárbara y Joseph también irrumpieron en la sala de urgencias. Nadie habría podido detenerlos. Los encontraron y abrazaron a su hijo y a su nieto interminablemente; entonces, el médico que intentaba atender a Alex se encolerizó. Intentando poner un poco de orden, mandó que todos se retiraran para poder terminar de suturarlo, pero Alex no pensaba permitir que sus hijos y su esposa se apartasen de él.

—Mi mujer y los niños no se mueven de mi lado. Haga lo que tenga que hacerme con ellos aquí.

—Es usted insoportable. Si no fuera porque me acaban de explicar por todo lo que han pasado, los hacía irse de esta sala bajo su responsabilidad. ¡Dé gracias a que hoy tengo un buen día!

Cuando terminaron de coserlo, salieron los cuatro de urgencias. Alex llevaba el brazo en cabestrillo y parecía bastante fatigado. Sus hermanos se acercaron a abrazarlo, felices de verlos bien a él y a Nicholas.

Pero Alex y Paula se despidieron con premura y les informaron de que se alejarían de la ciudad para evitar a los periodistas que ya estaban como aves de rapiña en la puerta del hospital, intentado obtener información sobre lo ocurrido. En el aparcamiento, Paula colocó a los niños en las sillitas, ayudó a Alex a subir a la camioneta y le abrochó el cinturón. No iban a quedarse ahí ni un minuto más, ya habían planeado todo. Por el camino, sonó el teléfono.

—Sí, Heller, vamos en camino, ¿has reunido todo?

—Sí, señor, como me ordenó.

—Perfecto, nos vemos dentro de un rato.

—¿Te sentís bien, Alex? ¿Estás seguro de que no querés ir a casa?

—No, mi amor, necesito que nos vayamos lejos los cuatro, lejos de toda esta basura.

—Pero vas a tener que declarar.

—¡Me importa una mierda, Paula! Si ella hubiera estado en una cárcel, como correspondía, todo esto no hubiera ocurrido. ¡Ahora que no me jodan con nada!

Paula le acarició los labios y él le besó la mano. Llegaron al aeropuerto, donde Heller los aguardaba con las maletas y con toda la documentación de ellos y de los niños.

El jet privado de la empresa ya estaba en la pista esperándolos y, en menos de dos horas, aterrizaron en Miami. Salieron del aeropuerto después de hacer los trámites de rutina y fueron a buscar el coche que Heller les había alquilado por teléfono.

Paula se puso al volante y encendió la radio con el fin de distenderse un poco. En la emisora local de música latina, empezó a sonar un tema de Beyoncé a dúo con Alejandro Fernández:

Anda, dime lo que sientes, quítate el pudor

y deja de sufrir, escapa con mi amor.

Y después te llevaré hasta donde quieras

sin temor y sin fronteras, hasta donde sale el sol.

Contigo soy capaz de lo que sea,

no me importa lo que venga

porque ya sé adónde voy.

Soy tu gitano, tu peregrino, la única llave de tu destino,

el que te cuida más que a su vida,

soy tu ladrón.

Soy tu gitana, tu compañera,

la que te sigue, la que te espera.

Voy a quererte aunque me saquen el corazón.

y aunque nos cueste la vida

y aunque duela lo que duela,

esta guerra la ha ganado nuestro amor.

Esta guerra la ha ganado nuestro amor.

Yo nací para tus ojos, para nadie más.

Siempre voy a estar en tu camino.

Alma de mi alma, corazón de tempestad

dime por dónde ir

y después te llevaré hasta donde quieras

sin temor y sin fronteras, hasta donde sale el sol.

Contigo soy capaz de lo que sea,

no me importa lo que venga

porque ya sé adónde voy.

Se miraron en silencio mientras escuchaban la letra, que les había llegado al alma. Paula le acarició la nuca y él cogió su mano y se la besó. La miró con deseo y se llevó uno de sus dedos a su boca, se lo lamió y le demostró cuánto la deseaba.

Llegaron al apartamento, Alex bajó las maletas y las cargó en uno de los cochecitos de los bebés. Paula se hizo cargo de los niños y subieron hasta el ático. Los acostaron en seguida y, sin demora, fueron hacia el dormitorio principal. Ella lo desvistió con cuidado, tomando todas las precauciones para no hacerle daño en el brazo y luego se desvistió ella. Se acercó despacio hasta donde estaba Alex, le olisqueó el cuello, que despedía aroma a Clive Christian, como siempre, y se embriagó con su fragancia. Alex la atrapó por la nuca para apoderarse de su boca, con el brazo que tenía sano, y la besó desesperadamente, mordió sus labios y le habló sobre ellos.

—Sólo nos espera felicidad, Paula. Toda esta pesadilla ha terminado, mi vida. Te prometo que, de ahora en adelante, sólo viviré para hacerlos felices a los tres.

—Te amo, Alex. Vos y mis hijos son mi vida, perdón por haberte culpado de todo en el estacionamiento.

—Chis —la hizo callar con un beso.

Luego hicieron el amor con ternura y se entregaron a las caricias sanadoras de sus cuerpos, a la pasión que los devoraba. El tiempo se detuvo en ese instante; nada más les importaba, sólo ellos y la conjunción perfecta de sus almas y sus cuerpos. Después de alcanzar el éxtasis, se quedaron de lado, mirándose mientras los tintes rosados teñían el ambiente en el amanecer de Miami. Alex no tenía mucha movilidad, pero Paula le delimitaba el rostro con ternura mientras se adoraban con los ojos. Tomándolo por sorpresa, ella se movió para besarle el pecho en el lado del corazón y luego volvió a mirarlo embobada.

—Hoy tienen vetas marrones —le dijo Alex con una calma inmutable y la magia del silencio se rompió, como en aquel primer despertar juntos en el Faena.

Paula frunció el entrecejo, igual que ese día, fingiendo no entender a lo que se refería y él comprendió el juego de inmediato y lo siguió, regalándole una de esas sonrisas que nublaban la razón.

—Tus ojos, hoy tienen vetas marrones —volvió a afirmar él—. Anoche los tenías mucho más verdes —continuó.

Paula sintió correr mariposas por su cuerpo como aquella primera vez en que él se lo había dicho en el hotel en Buenos Aires. Pero esta vez no se calló como ese día; esta vez, se lo dijo a la cara y mirándolo fijamente a los ojos.

—¡Dios! ¿Cómo es posible que me seduzcas sólo con decirme que cambió el color de mis ojos? ¿Cómo es posible que sigas desatando en mí las mismas sensaciones que aquel día?

—Son los ojos verdes más hermosos que he visto nunca —siguió diciendo Alex.

Paula sonrió y le recorrió el puente de la nariz con los dedos, tan perfecto y hermoso como aquella vez.

—No creía que recordaras las palabras que habías empleado ese día.

—¡Qué poca fe en su esposo, señora Masslow!

—¿Sabés lo que pensé cuando desperté a tu lado aquella mañana y me estabas mirando?

—No, nunca me lo contaste.

—Dije para mis adentros: «¿Qué me ha visto este hombre tan perfecto para llevarme a la cama con él?».

Alex le guiñó un ojo y le besó la punta de la nariz con una sonrisa un tanto vanidosa. Paula se colocó sobre él.

—Pero hoy todo es diferente. No te diré «adiós, *Ojitos*», porque no hay nada que pueda alejarme de tu lado.

—Así es, mi amor, no hay nada sobre esta Tierra que pueda separarnos, nuestro amor es para toda la eternidad.

—Te infinito, mi amor.

—Te infinito, mi vida.

Epílogo



27 *de septiembre, catorce meses después*...

—¿*No* hay nadie en esta casa que venga a recibir a un esposo y a un papá deseoso de besos?

Alex, de pronto, mientras se quitaba la corbata, vio unas flechas de color rojo pegadas en el suelo y supuso que debía seguirlas. Llegó hasta el dormitorio guiado por ellas y, entonces, del vestidor salieron Melissa y Nicholas sosteniendo un paquete.

—¡*Pelí pumpeanos, papi*! —le dijeron los dos a la vez.

Entonces Alex los levantó a ambos, los besuqueó y se sentaron en la cama.

—¿Y mami dónde está? —les preguntó mientras abría el paquete que sus hijos le habían entregado.

Los pequeños señalaron hacia el vestidor, pero él siguió abriendo el regalo. Justo en el mismo instante en que él terminaba de retirar el envoltorio, una música invadió el ambiente; Rosana comenzaba a cantar *Respiras y yo*.

Contracciones de amor, van y vienen de ti.

Por dentro y por fuera, de repente los latidos se aceleran.

Empiezo a sentir que es algo especial.

La bolsa parece papel celofán, se rompe a la vez que veo

escapar el mar que en tu vientre me hacía flotar.

No sé si será esta vez, la última o la primera,

sólo sé que hay olor a primavera.

Me acerco a luz,

me alejo de ti,

te cambio por eso que llaman vivir.

Me acerco a la luz, tú abres la salida.

que me lleva a eso, a lo que llaman vida.

Alex sacó una prueba de embarazo del paquete, que sostuvo tembloroso entre sus manos. Levantó la vista y allá estaba Paula, de pie en el resquicio de la puerta, mirándolo mientras se mordía un dedo expectante a su reacción.

—¿Es lo que creo? —preguntó él, abrió los ojos como platos y se quedó con la boca abierta.

Ella asintió con un movimiento de cabeza, sin decir ni mu; estaba muy emocionada, tenía un nudo en la garganta. Alex bajó a los niños de la cama, y luego, de dos zancadas, se apoderó de la cintura de su esposa, la besó con urgencia y luego la apartó para recorrerla con los ojos, se inclinó y le besó la barriga.

—¿Estamos embarazados nuevamente?

—Sí, mi vida. ¿Estás feliz?

—Estoy flipando en colores, Paula. —Volvió a besarla y luego se apartó de su boca por unos instantes—. ¡Vengan acá! —Alex llamó a los niños que saltaban alrededor de ellos—. ¿Saben lo que tiene

mamá acá adentro? —les preguntó mientras señalaba la barriga de Paula. Nicholas le levantó el suéter a su madre y, entonces, Melissa dijo:

—Un bebé.

—¿Vos lo sabías? —le preguntó Alex a su hija un tanto extrañado, y entonces la niña asintió con su cabecita.

—*Sho tamien* —dijo Nicholas mientras le besaba la panza a su madre. Paula estaba desternillada de risa por la complicidad con sus hijos. Los cuatro se sentaron en el suelo.

—¿Y cómo es que yo no me había enterado? —exclamó Alex atónito.

—Porque era tu sorpresa de cumpleaños, mi amor, y debíamos guardar muy bien el secreto hasta este día. —Paula le cogió el rostro con ambas manos, le retiró el pelo de la frente y luego lo besó—. Te amo.

—Yo más.

—Es imposible amar más de lo que yo te amo.

—Te amo igual, entonces. —Se quedaron mirándose con verdadero sentimiento, pero los niños ya se habían puesto de pie y colgado de sus cuellos interrumpiendo sus deseos. Entonces, Alex, sabiendo que para lo que realmente tenía ganas debía esperar, dijo —: ¡Se han ganado una sobredosis de cosquillas! ¿A quién atrapo primeroooooo?

Los tres corrieron por el dormitorio, perseguidos por Alex que los amenazaba abriendo y cerrando sus manos. Atrapó a los niños y les mordió el cuello haciéndolos carcajear. Paula se cogió de su cintura y él buscó los labios de su esposa para besarlos con mucho mimo.

—Te amo. Gracias, mi amor, gracias por esta maravillosa vida —le dijo conmovido.

—Yo también te amo, *Ojitos*. Gracias a vos por hacer que mis días sean los más bellos.

Agradecimientos



¡*Gracias*!

A mi familia, por acompañarme en cada paso. Gracias a mis hijos, y a mi incondicional esposo.

A mi editora, Esther Escoriza: gracias por confiar en mí, por la paciencia y la contención, y por esta oportunidad única para darme a conocer.

Vanessa Rodríguez: mi dominicana bella, gracias por esas frases que he hecho mías y que he plasmado en este libro, y gracias también por la ayuda para encontrar los mejores lugares en Miami.

Mariana Ibarra: gracias por tu amistad, y muy especialmente por haber compartido este proceso de mi vida cuando estabas atravesando uno muy difícil en la tuya. Gracias también por mostrarme tu tierra y esos magníficos lugares donde Alex y Paula fueron de luna de miel.

Marieta Bianco: gracias por la ayuda con los textos en francés.

Anabel Espinoza: gracias por el poema que me regalaste para que lo coloque en mi libro. Y por la ayuda con la jurisprudencia de Estados Unidos.

A ustedes, mis lectores, a cada uno, les agradezco el cariño que me brindan a diario. Está de más decir que sin ustedes ahí yo no existiría.

Que la magia de este gran amor nos acompañe por siempre.

«Los infinito.»

Reseña biográfica



NACÍ el 5 de julio de 1970 en Argentina, en Buenos Aires capital, donde vivo en la actualidad. Descubrí mi pasión por la lectura a los ocho años. Me habían regalado *Mujercitas*, de Louisa May Alcott, y no podía parar de leerlo y releerlo. Ése fue mi primer libro gordo, pero entonces la familia entera comenzó a regalarme novelas para leer.

Soy esposa y madre de dos hijos, y siempre me ha gustado escribir. En 2004 redacté mi primera novela como un pasatiempo, pero nunca la publiqué. Además, tengo otras tres que nunca se publicaron. «En tus brazos... y huir de todo mal» es el título de una serie formada por *Seducción* y *Pasión*. Si me decidí a publicar esta

novela, fue motivada por amigas que la habían leído y me animaron a ello. Me declaro sumamente romántica.

Encontrarás más información sobre la autora y sobre su obra en: www.fabianaperalta.com

Datos editoriales

EN tus brazos... y huir de todo mal, II. Pasión

Fabiana Peralta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, Shutterstock

© Fabiana Peralta, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2014

ISBN: 978-84-08-12891-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com